

Julio 1907

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.

MATILDE

6

EL ANGEL DE VALDE REAL,

EPISODIO HISTORICO DE LA GUERRA CIVIL,

POR LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Ilustrada con magnificas láminas ejecutadas por nuestros primeros artistas.)



CONDICIONES DE SUSCRICION.

Esta novela se publica por entregas de 16 páginas en 4.º prolongado, en papel superior y excelentes tipos. Constará de 20 á 25 entregas, y se regalarán para ella cuatro hermosas láminas y la preciosa portada que va de muestra en la primera entrega.

A pesar del lujo de la edicion y de su tamaño, su coste será el de un real entrega en toda España.—Se repartirán sin interrupcion dos entregas semanales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en todas las librerías donde esté de muestra la primera entrega, y en la administracion, Postigo de San Martin, núm. 9, cuarto tercero derecha.

En provincias en las principales librerías, y en casa de todos los corresponsales de *La Violeta*.

22819

June 11

BIBLIOTECA DE VENEZIA

LIBRO

EL ANGELO DE SAN JUAN

DE SAN JUAN

DE SAN JUAN

(Impreso en la imprenta de San Juan)



L47 9614

~~1789~~
2219

MATILDE

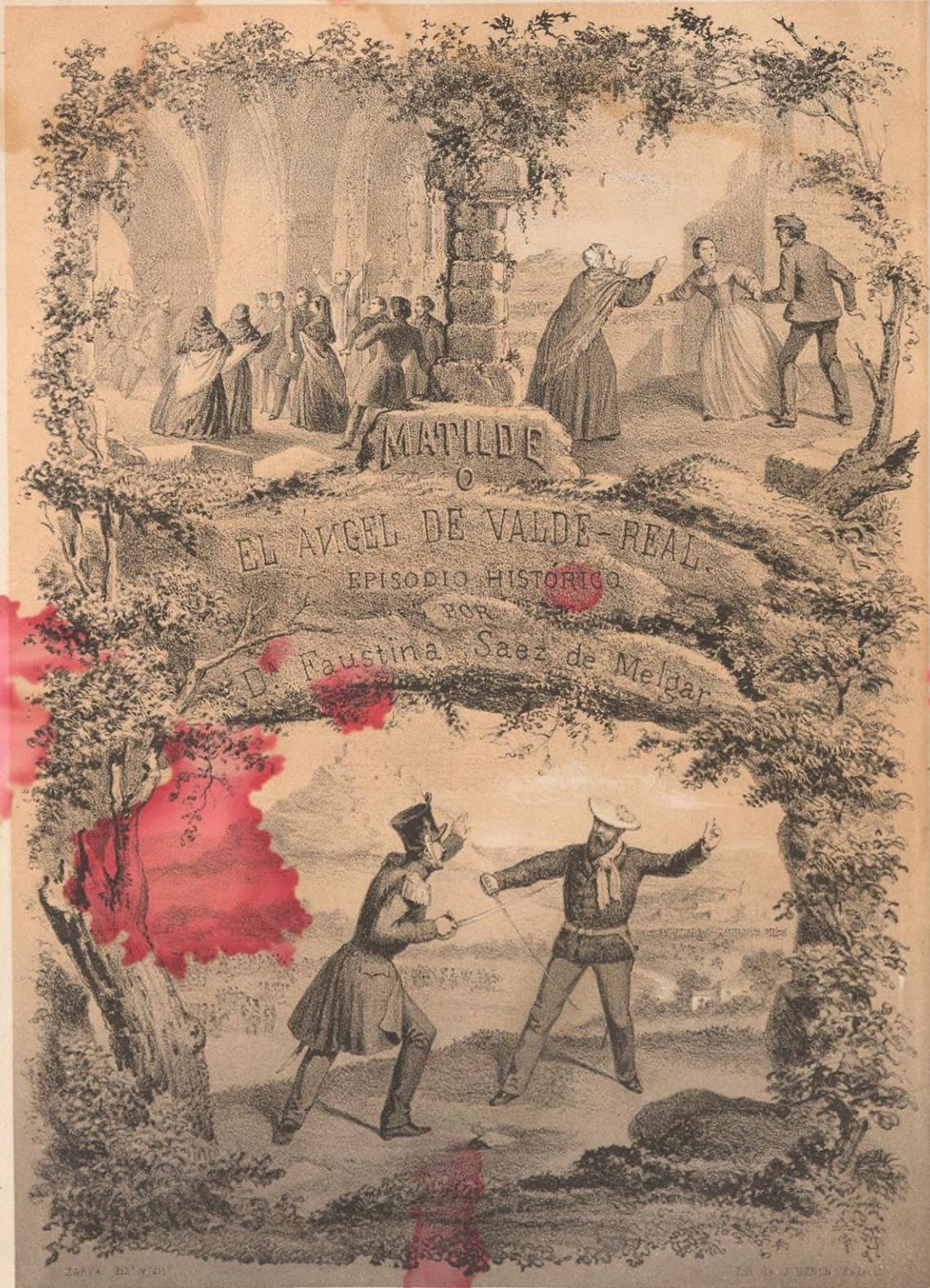
6

EL ANGEL DE VALDE REAL.

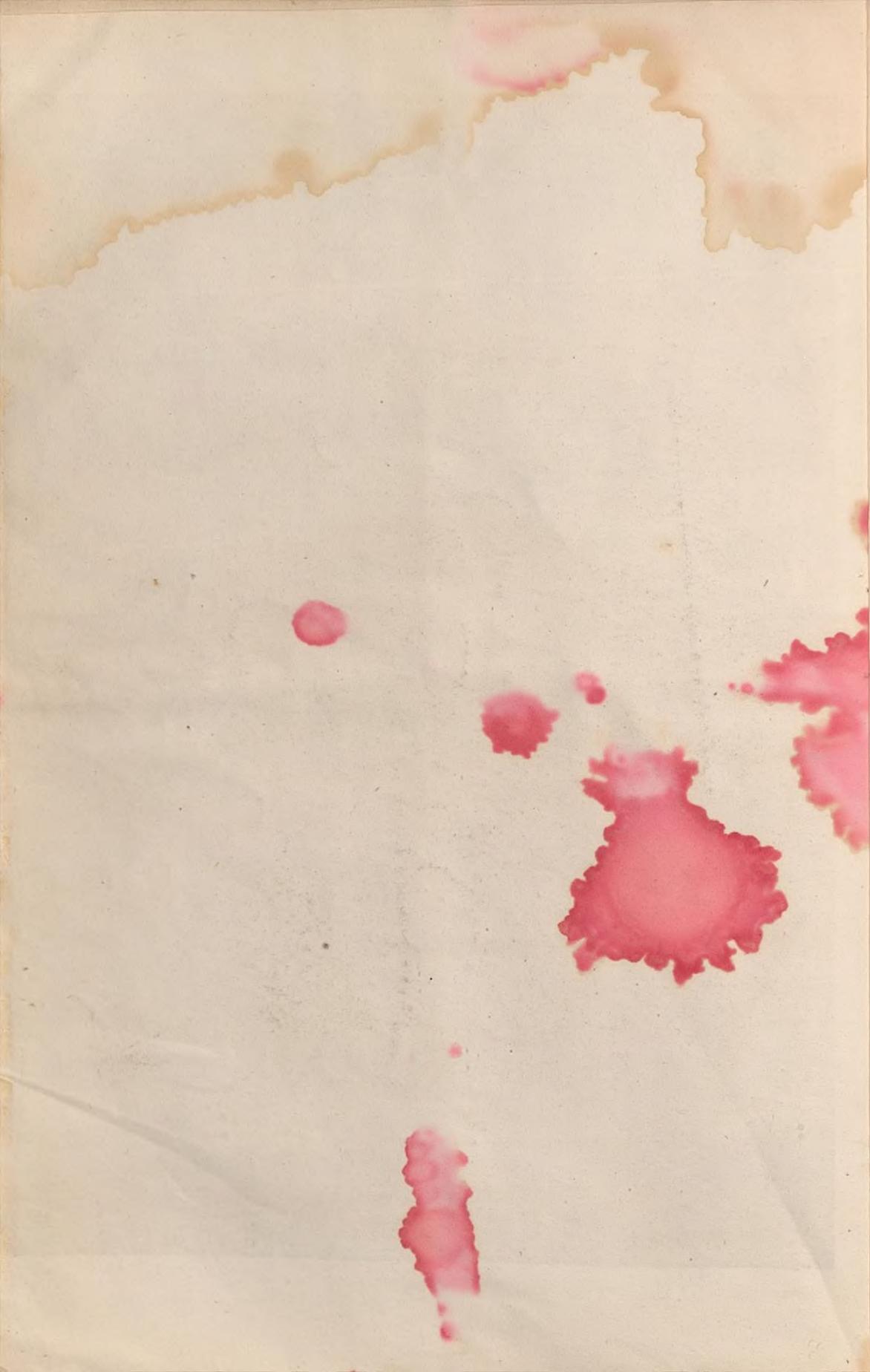
Lucretia Socer de Nuyes

MATILDE

EL ANGEL DE VALDE REAL



MATILDE
O
EL ANGEL DE VALDE-REAL
EPISODIO HISTORICO
POR
D. Faustina Saez de Melgar



BIBLIOTECA DE SEÑORAS.

MATILDE

6

EL ANGEL DE VALDE REAL,

EPISODIO HISTORICO DE LA GUERRA CIVIL,

POR LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:

IMPRESA DE MANUEL DE ROJAS,
Pretil de los Consejos, 3, pral.
1863.



BIBLIOTECA DE SEÑORAS.

WATILDE

6

EL VALDE DE VALDE REAL. Es propiedad de su autora.

EPISODIO HISTÓRICO DE LA GUERRA CIVIL.

NOVELA

DOÑA BAUSTINA SAENZ DE MELGAR.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID:

IMPRESA DE MARRAS Y CAÑA.

1907

1907

A LA BELLA Y SIMPATICA SEÑORITA

DOÑA MATILDE ARGÜELLES TORAL Y HEVIA.

Amiga mía: Hay una época de barbárie y de crueldad en la historia de nuestra patria, que aparece cual un negro borron en sus gloriosos anales. Hablo de la guerra civil; esa desastrosa lucha de los siete años, durante la cual muchos españoles olvidaron su tradicional y caballeresco carácter, para convertirse en ciegos instrumentos de la rebelion y el fanatismo.

Dias de duelo, dias de eterno luto, fueron aquellos, cuyos estragos aún recuerda el alma estremecida. Nuestros asolados campos fueron testigos de inauditas escenas de horrible matanza donde la humeante sangre embargaba sin duda los ánimos, porque para los furibundos adalides, no tenian eco la voz fraternal del parentesco, la de la amistad, ni aun siquiera la humana cuanto caritativa piedad, que no pueden menos de sentir todos los corazones cristianos.

En mi país, como próximo á los montes de Toledo, en cuyo seno se guarecieron muchas turbas de facciosos, hubo infinitos, terribles episodios que aun recuerdo con pavor. Uno de estos es el que presento en mi obra, embellecido con la novelesca fábula de unos amores, que al propio tiempo que recuerden aquellos dias aciagos, interesen al lector, procurándole un rato de inocente distraccion.

Tal es la nueva obra que ofrezco al público, animada por su cordial benevolencia; y en cumplimiento de la promesa que hice á Vd., mi querida amiga, se la dedico, poniendo á mi heroína el bello nombre que Vd. lleva, y rogándola vea en ello solamente un testimonio del sincero y especial cariño que la profesa su apasionada amiga

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Madrid, octubre de 1862.

CAPITULO PRIMERO.

Preliminares.

ERA un hermoso día de primavera, en esa turbulenta y borrascosa época de la guerra civil, cuando el partido carlista se agitaba furioso, sembrando do quiera el terror y la desolacion.

En el centro de la Alcarria, y situada en una llanura que atravesaba un riachuelo, alzábase una pintoresca aldea, si así puede llamarse á un grupo de veinte ó treinta casas que la formaban.

A su inmediacion y en la eminencia de una pequeña colina, distinguíase una magnífica casa, castillo feudal en otro tiempo; pero á la sazón despojado de todos sus atributos señoriales y reconstruido cien veces por sus numerosos descendientes, habia llegado, en la época á que me refiero, á ser una especie de quinta rodeada de huertas y alamedas donde los últimos herederos de la ilustre casa de Valde Real vejetaban tranquila y pacíficamente.

Componíase esta familia de un anciano orgulloso y altivo, como todos los de su raza; su esposa, señora

buena y caritativa, aunque enteramente conforme con las ideas del marido. Dos hijos, un varon y una hembra, eran el consuelo y apoyo de su vejez.

El jóven Hernan tenia igual carácter que su padre; era militar, y como todo buen español, en aquellos tiempos se hallaba en Cataluña defendiendo el trono de Isabel II.

La niña Matilde era un ángel; fresca y rosada como la aurora, blanca y pura cual la azucena, con cabellos negros, ojos de terciopelo y cútis de raso.

Sus quince años y su belleza la hacian encantadora; sus virtudes adorable. Era muy frecuente verla acompañada de su anciana nodriza recorriendo la reducida aldea, llevando á los pobres y á los enfermos consuelos y limosnas.

Apenas la conocian por su nombre; todos la llamaban la Flor de Valde Real, el ángel de la aldea, ó simplemente la señorita. Habíala designado con tan poéticos nombres un jóven llamado César, hermano de leche de Hernan, que se habia criado en el castillo.

Era costumbre inmemorial el designar con este título la casa de Valde Real, aunque ya fuese todo menos lo que indicaba su nombre; empero habíalo sido antiguamente, seguia perteneciendo á la misma familia, y la aldea habia recibido de él su denominacion.

Proseguiremos describiendo la localidad, á fin de que el lector conozca el teatro de los sucesos antes de hacer íntima relacion con los personajes.

Separaba el castillo de la aldea unos cien pasos; esta la atravesaba, segun he dicho, un riachuelo jugueton y cristalino en primavera, convertido en torrente en invierno, y en verano asemejándose á una estrecha y plateada cinta.

A su derecha, y casi besando las aguas, se alzaba la ermita de Nuestra Señora de Gracia.

Era un pequeño santuario, pobre y desmantelado, sin más adorno en sus blancas paredes que algunos cuadros de escaso mérito, varias cruces y una escultura que representaba el Cristo del Perdon.

En el altar donde se hallaba colocada la imagen de la Virgen, se veían algunos jarrones con flores, vasos de porcelana, candeleros con velas de cera y otros adornos, regalo todo de la señora del castillo.

También se ostentaba una preciosa sabanilla, magníficamente bordada y guarnecida de encaje, obra, según diremos más adelante, de la encantadora Matilde.

Nada más de notable se observa en la ermita; saliendo de ella, se ven á la puerta unos poyos de yeso; enfrente un paseo de árboles que conduce á la aldea; á su izquierda un estenso monte, al que precede el castillo; á la derecha el riachuelo, coronado de plantas y de flores, inmediato un molino, con su ruidosa cascada, su casita rústica rodeada de grandes árboles; más lejos, viñedos, olivares y una dilatada vega donde verdeguean los cereales, creciendo robusta y lozanamente las hermosas espigas de los trigos y las cebadas.

En el centro del grupo de casas que forman la aldea, se alza un sencillo campanario; es el de la modesta y pobre iglesia donde concurren diariamente los aldeanos, atraídos por la dulce y persuasiva elocuencia de su anciano pastor, digno cura párroco que desempeña este cargo en Valde Real desde su juventud.

Habita una casita contigua á la iglesia. Como vamos á conducir al lector á ella, la describiremos antes.

Compónese de un patio pequeño rodeado de parras y enredaderas; un portal grande á la derecha de la cocina; á la izquierda la sala con una alcoba, enfrente una puerta que conduce á otras habitaciones interiores y á la corraliza.

La salita era cuadrada, con una reja al campo, sin

más adornos que una docena de sillas de paja, un sofá, una mesa, sobre la cual habia un crucifijo encerrado en una urna, y dos candeleros de metal con velas de cera.

Junto á la reja, un estante de pino lleno de libros religiosos; cerca una mesa cargada de papeles, y á su lado el sillón de roble con asiento y respaldo de cuero, que ocupaba generalmente el cura.

Las paredes, recién blanqueadas, hacían resaltar una docena de cuadros que representaban escenas sagradas.

Sin embargo de que era primavera, aún se sentía bastante frío, y con todo, el piso de la sala, como el de las demás habitaciones, estaba enladrillado, limpio y lustroso; pero sin estera. La pobreza y humildad del buen párroco no le permitían hacer gastos supérfluos cuando tantos infelices carecían hasta de lo necesario.

Se hallaba sentado el noble anciano junto á la ventana en la sombra que proyectaba la madera, teniendo los piés estendidos por calentarlos un poco, recibiendo los rayos del sol, que penetraban hasta el centro de la sala.

Era imposible contemplar una vez al buen sacerdote sin sentir una especie de respetuosa veneración, imposible de contener. Su fisonomía expresiva, dulce y franca, era la imágen de su alma tiernísima y bondadosa.

Representaba unos sesenta años; de alta estatura, grueso, debió ser arrogante y gallardo en su juventud; mas el peso de los años y los padecimientos habían hecho encorvar un poco hácia adelante aquella espalda, recta en otro tiempo. Tenía el cabello blanco enteramente, lo que con la majestad de su presencia y con la mirada magnética y severa de sus grandes y negros ojos, le hacían imponente y respetable.

—Buenos días; —dijo una mujer entrando en la sala.

—Muy buenos, hija mía; —la contestó el buen cura dejando sobre la mesa, que estaba á su derecha, el breviario en que leía.

Era la recién llegada alta, gruesa, representaba unos cincuenta años, y tenía los cabellos casi blancos, sujetos en la nuca en forma de castaña. Sus ojillos negros y vivarachos, revelaban una penetración poco común en las gentes de su clase. Sus maneras bastante finas y distinguidas, denotaban que tenía costumbre de tratar á personas de una esfera más alta que la suya.

Vestia un hábito de estameña color de pasa, por lo cual, y por el escudo de plata y la correa de charol pendiente de su cintura, conocíase que era del Cármen.

Un delantal de percal y un manton de lana completaban el traje, aumentando un pañuelo de seda ceniciento con que cubría sus bien peinadas canas.

—¿Ha ocurrido alguna novedad en el castillo, señora Andrea?—la preguntó el sacerdote.

—No señor; ¿por qué lo pregunta Vd.?

—Me estraña verla tan temprano por la aldea.

Eran las siete de la mañana.

—Vengo con recado de los señores á prevenir á usted que será el casamiento mañana.

—¿Se han decidido por fin?

—Sí señor: el novio tiene mucha prisa; se le figura que le van á quitar la alhaja; ¡válgame Dios, señor cura! ¡qué cosas se ven en el mundo! ¡Quién me había de decir que esa criatura tan hermosa, tan angelical, se casaría con ese mal hombre! ¡El perillan... caballero de industria, llevarse un pimpollo tan hermoso, al ángel de Valde Real, como la llaman en la aldea!... ¡Oh! Yo que la he criado á mis pechos... que la quiero como si fuera mi hija, no puedo soportar la idea de que se case con él; toda la noche me he pasado llorando, y cada vez que le miro me dan impulsos de ahogarle. ¡Ah! Perdóne Vd., señor cura, si me escedo... estoy fuera de juicio.

La buena nodriza, diciendo esto, lloraba como una criatura.

—Vamos, señora Andrea, deje Vd. obrar á la razon; cuando los señores, que son padres de la niña, y tienen motivos para quererla más que Vd., consienten en la boda, tendrán sus razones para ello.

—Porque los tiene engañados; es un hipócrita, embustero, que sabe más que Merlin; les ha cojido el pan debajo del brazo, como se suele decir, y así les ha trastornado á todos el juicio.

—Pero Matilde, ¿le ama?

—; Quiá! ; no señor!... Bien sabe Vd. que mi pobrecita niña es un ángel, y se sacrifica por darles gusto.

—Si no ha de ser feliz con él, es una crueldad el casarla.

—Ya lo creo; pero como no tiene fuerza de voluntad para decir no le quiero, y cuando la hablan contesta:— Bien; me casaré, ya que Vds. lo creen conveniente.—¿Y serás feliz? la preguntan.—Creo que sí; toda mujer es dichosa cumpliendo sus deberes, y yo nunca faltaré á los míos.—De aquí no la sacan. Y luego los lloros y los suspiros son en la soledad de su cuarto; yo, que ando siempre acechando, la he visto muchas noches en vela, y pasadas en un dolor angustioso.

—; Pobre niña; es una santa!...

—; Ah! señor cura; yo quisiera que Vd. la hablase esta tarde antes de ver á sus padres, y se enterase del estado de su corazon; porque á mí nadie me quita de la cabeza que ella tiene alguna pena oculta, que no quiere revelar á nadie.

—Sí, lo haré, sí; á las cuatro estoy allí. Daria cualquier cosa por verla feliz.

—Entonces aguardaremos á Vd. en el jardin. Luego procura Vd. con maña enterarse del ánimo que tienen los padres y de las intenciones de ese novio aborrecido.

—Pierda Vd. cuidado, señora Andrea; haré lo que esté de mi parte para conciliarlo todo lo mejor posible.

—Dios le ilumine á Vd. , y les haga tocarles en el corazon , á ver si desisten de ese malhadado casamiento.

—Vaya Vd. tranquila.

—Pues hasta la tarde , señor cura ; que no se haga usted esperar.

—Vaya Vd. con Dios. Mis recuerdos á los señores.

—Mil gracias. Voy á saludar á la señora Leoncia antes de marcharme.

—En la cocina estará : por aquí ; por esta puerta de la derecha.

—Ya sé ; no se incomode Vd.

—Nada de eso ; yo tambien me marchó á decir misa.

An rea entró á buscar al ama del cura y éste , poniéndose los manteos y el sombrero de teja , salió de la sala , dejando cerrada la puerta y la ventana. Luego cojió unas perdices , que en sus jaulas , y cubiertas con fundas de bayeta verde , tenia puestas en una tabla. Las descubrió , y dejándolas entre sol y sombra debajo del emparado , se dirigió con lento paso hácia la iglesia.

CAPITULO II.

Dos cotorras.

—¡Señora Leoncia, señora Leoncia! ¿Dónde está usted metida?...—entró diciendo Andrea.

—¿Quién es? ¿Quién me llama? ¡Hola, es Vd.! ¡Cuánto me alegre! ¿Y cómo vá?

Diciendo esto el ama del cura, salió de la despensa con las manos llenas de masa, y descubiertos hasta arriba unos brazos negros y huesosos, muy diferentes á los blancos y redondos de la señora Andrea.

—Así, así; vamos pasando. ¿Vd. siempre tan robusta y tan ocupada?...

—¡Y qué hemos de hacer!... ¡En algo se ha de pasar esta vida miserable!... Pero pase Vd. á sentarse.

—No quiero incomodar; prosiga Vd. en sus ocupaciones.

—Pues entonces venga Vd. aquí; continuaré mi tarea, y hablaremos un rato.

—Eso sí, con mucho gusto; es mi pasión favorita la charla: yo me moriría si me obligasen á callar mucho tiempo.

MATILDE Ó EL ANGEL DE VALDEREAL.



Andrea y el ama del Cura.

Imp. de EL SIGLO XIX.

—A mí me sucede igual; y por mi desgracia estoy condenada al silencio: con el señor cura no se puede nunca entablar conversacion; siempre metido en la sala con sus libros y sus rezos, allá se está y no quiere que le incomoden.

—¡Es un bendito de Dios!

—Eso sí, bueno como el buen pan; pero taciturno y metido en sí como él solo. ¡Ay! ¡En eso no se parece á su antecesor: aquel sí que era un amo como hay pocos! ¡tan franco, tan alegre, tan comunicativo!... No hacía nada sin consultarlo conmigo, y siempre me estaba mirando á la cara á ver si estaba contenta.

—Por eso guarda Vd. tan buenos recuerdos suyos.

—Sí, señora; hace veinte años que se murió, y todavía le estoy llorando. ¡Pobre D. Anselmo!

—Se enjugó Leoncia una lágrima con la punta de su delantal; y luego, como queriendo desechar aquel recuerdo, movió la cabeza, dió un fuerte suspiro, y empezando á batir la masa con afan, exclamó:

—¡Hablemos de los vivos! Vamos, señora Andrea, cuénteme Vd. algo de la boda mientras concluyo de amasar estos bollos.

—¡Hola! ¿Está Vd. de repostera?

—¡Psch!... De todo hay que hacer; son los dias del señor cura mañana, y quiero obsequiarle con algunas frioleras, que no probará, por supuesto; porque es como en todas las cosas: se alimenta de legumbres, y siempre está con ayunos y abstinencias.

—Con eso se las come Vd.

—Así será; en todo sucede lo mismo: se ponen las cosas rancias, hasta que yo las quito de enmedio por evitar que se echen á perder.

La señora Leoncia era el verdadero tipo del ama de cura: entrometida, golosa, murmuradora y charlatana. No le faltaba nunca la gallina en el puchero, ni los pollos

asados en la despensa, ni los almíbares, bizcochos y otras mil golosinas.

Si alguien la hacía notar tanta prodigalidad, contestaba:

—Lo hago por el pobrecito señor cura. Con esas abstinencias tan continuadas, me temo que pierda el estómago, ó á lo mejor le dé un desmayo, y no quiero que me coja desprevenida. Mujer prevenida, vale por dos.

El exceso sin duda de la buena vida que se daba, no la dejaba engordar. Era alta y delgada, de formas y ángulos salientes, con nariz de papagayo, ojos grises, boca hundida y huérfana de dientes y muelas.

A pesar de sus cincuenta años, la gustaba vestir con elegancia, y siempre llevaba unos trajes muy churriguerescos y llenos de cintas y lazos.

Pretendia ser hija de un alto funcionario, y tenia sus humos aristocráticos.

—¡Ea! Pero dígame Vd. algo de la boda; tengo impaciencia por saber lo que hay;—insistió, mirando fijamente á la nodriza para que no eludiese la contestacion.

—¿Qué quiere Vd. que la diga?

—¿Cuándo se casan?

—Mañana quieren los padres y el novio.

—¿Y la novia?

—Calla y obedece; es un ángel, y no tiene bastantes ánimos para oponerse á la despótica voluntad de sus tiranos.

—A mí me podian venir con esas; pronto los echaba á paseo y hacía mi gusto; porque aquí para entre nosotros, yo creo que Matilde está enamorada. ¿No le parece á Vd.?

—¿Qué me cuenta Vd.? ¿Y de quién?

Andrea, haciéndose de nuevas, queria sacar puntos al ama.

— ¡Toma! ¿Qué, no lo sabe Vd.? Pues no se dice otra cosa en toda la aldea.

— Pues aseguro á Vd. que ignoro los rumores que puedan correr acerca de mi querida señorita, y nada he notado á pesar de que estoy siempre con ella.

— ¡Vaya, vaya! ¿Ahora estamos en esa? ¡Es muy extraño!

— Pero cuénteme Vd. lo que sepa.

— Lo que sabe todo el mundo: que el pobre César ha desaparecido del castillo sin saber cómo.

— Ese es un acontecimiento que no tiene relacion con Matilde.

— ¿Y si hubiera sido ella la causa?

— ¿Por qué?

— Está visto: con Vd. es preciso hablar claro; pues allá vá: César, hace muchos años, estaba enamorado de la señorita: ha vivido con la ilusion de que era correspondido, y al aparecer en campaña ese novio madrileño, ha perdido las esperanzas completamente, y se ha marchado desesperado, Dios sabe dónde.

— ¿Y quién ha propalado esos embustes?

— No lo sé; ello corre por todas las casas de la aldea, y de donde sale la noticia más adornada de fábulas y comentarios es de casa del sacristan.

— ¡Hola! ¿Tienen algun interés en ello?

— Mucho: como que Mauricia, la hija del sacristan, está perdida por César, y eso que él nunca la ha dicho siquiera «buenos ojos tienes.»

— Pues pronto se cortarán esas hablillas, porque mañana se casan. Puede Vd. dar esa buena noticia á la sacristana.

— ¿Pero es de veras?

— Como que con ese objeto he venido á ver al señor cura.

— ¡Ay, pobre chico! Mal rato vá á pasar cuando lo sepa....

— ¿Pero de quién habla Vd.?

— De César; se muere de pena, seguro.

— ¿Y Vd. dá crédito á semejantes calumnias?

— ¿Qué he de hacer? Cuando el rio suena, agua lleva.

— Pues lo que es este rio, aunque suena, está seco. Todas esas habladurías no tienen un átomo de verdad.

— Usted es muy reservada, y no quiere confesarlo: en fin, allá lo veremos.

— El tiempo es el mejor testigo.

Ambas mujeres callaron, quedando un instante cortada la conversacion.

Leoncia habia concluido sus bollos, y se lavaba las manos en una palangana.

Andrea, asomada á la ventana de la cocina que iba á la calle, se colocaba el pañuelo de seda en la cabeza.

— ¿Qué, ya se vá Vd.? — preguntó el ama.

— Sí señora; tengo mucho que hacer.

— ¡Tanta prisa! Vaya, siéntese Vd. otro poquito.

— Muchas gracias.

— Me enfada la soledad y el silencio.

— Aquí viene Mauricia, que hará á Vd. compañía.

— Muy buenos dias, señoras; — dijo ésta entrando en la cocina con la mayor franqueza.

— Adios, mujer: ¿cómo te vá? — la preguntó Andrea.

— Perfectamente: ¿Vd. siempre tan lucida? ¿Y los señores, y la señorita Matilde?

— Todos buenos, á Dios gracias.

— He visto á Vd. entrar aquí, y vengo en su busca.

— ¿Qué cartas son esas que llevas en la mano? ¿Te ha escrito el novio? — preguntó Leoncia señalando á un paquete que la jóven llevaba.

— Acaba de venir el correo, y me las ha dado mi padre para que se las traiga á la señora Andrea.

—¿Son para el castillo?

—Sí; y una tiene el sobre para Vd.

—Dáme, hija mia; dáme.

—Dios quiera traigan buenas noticias;—indicó Leoncia deseando con sus miradas penetrar el contenido de ellas.

—¡Ojalá! Serán de Cataluña; del señorito Hernan, que el pobrecillo está peleándose como un leon, con esos malhadados facciosos;—dijo Andrea guardándose las.

—¡Tan jóven y tan guapo! Es lástima que se haya ido tan pronto á la guerra.

—¡Orgullo de familia!... Todos los primogénitos de la casa han sido militares, y desde tiempo inmemorial vienen siguiendo la costumbre.

—Y ahora que hablamos de esto,—dijo Mauricia,—¿saben Vds. que paso un miedo horrible todas las noches?

—¿Y por qué?

—He oido decir que la faccion está á dos leguas de aquí, y la partida de ese maldito capitan que llaman el Solitario, está haciendo estragos en los pueblos inmediatos.

—No hagas caso de eso; aunque vengan, ¿á nosotras que nos han de hacer?

—¡Toma! Robarnos cuanto tengamos y llevarse las jóvenes á los montes de Toledo, para sacar por ellas buen rescate.

—Nada tendria de extraño, porque en toda España están cometiendo esos malvados actos de esa especie;—murmuró Andrea estremeciéndose.

—¡Y el Solitario! Con la fama que tiene de valiente y arrojado, si se presenta en la aldea con media docena de hombres, no hay quien se le ponga delante.

—Ya lo creo; como que de treinta vecinos que habia en Valde Real, apenas han quedado diez; todos, dejándonos los viejos y los chicos para que hagan ruido, se han largado á buen paso; unos á defender á Isabel II, y otros á Carlos V.

—De estos últimos ha sido César; ¿no es verdad, señora Andrea?—dijo con intencion el ama del cura.

Mauricia se puso colorada. Andrea replicó algo amostazada:

—¿Y yo qué sé? ¿A qué me hace Vd. semejantes preguntas?

—Como está Vd. en correspondencia con él, debe saber su paradero.

—¿Y quién ha dicho tal cosa?

—Esa carta que se ha guardado Vd. en el bolsillo; ¿creía Vd. que no conozco su letra? Precisamente tengo aquí unas letrillas escritas por él para cantarlas en la novena que hicieron el año pasado á la Virgen del Cármen. Mírelas Vd.

Con la idea de hacer que la nodriza sacase la carta y asegurarse de que efectivamente era de Cesar, fué á un armario y sacó las coplas; pero se llevó chasco, porque Andrea, retirándolas con la mano, no estando dispuesta á satisfacer su curiosidad, repuso:

—¡Vaya, que Vd. con ese pretesto, quiere enterarse de quién son las cartas! Y como son dirigidas á mis señores, no puedo vender sus secretos; por consiguiente, siento infinito no complacer á Vd.

—Tiene razon la señora Andrea,—dijo Mauricio; pero no porque tuviese menos ganas que la otra de enterarse.

—Lo que tiene es mucha malicia y mucho disimulo;—replicó el ama, colérica al verse burlada.

—¡Ea! que Vds. lo pasen bien;—dijo la nodriza dirigiéndose á la puerta:—otro dia haremos la descripcion de mis cualidades.

—Vaya Vd. con Dios, señora Andrea,—dijo Leoncia dulcificando su gesto;—y no me guarde Vd. rencor por lo que le he dicho, que ha sido una chanza.

—¡Pues no faltaba más! Nosotras siempre seremos buenas amigas; adios, Mauricio.

—Que Vd. lo pase bien; espresiones á la señorita.

—Gracias, mujer, lo estimará.

—¡Qué taimada de vieja!—dijo el ama apenas la nodriza estuvo fuera del alcance de su voz. —¿Has visto, no poderla sacar una palabra? Pues yo estoy segura que la carta es de él.

—Y yo tambien; no tengo duda, porque ahuecándola un poco he visto la firma.

—¿Y no la has abierto? ¡Qué tonta!

—No he tenido tiempo, porque lo hubiera observado mi padre, y ya sabe Vd. el génio que tiene.

—Pues por más que esta vieja proteja sus amores con la señorita, se lleva chasco; mañana se casa.

—¡Ay! ¿Es de veras?...

—¡Lo que oyes! Acaba de decírmelo Andrea, y lo creo, porque su venida ha sido con objeto de avisar al señor cura que ha de unirlos mañana en santo lazo.

—¡Ah! ¡quiera Dios sea muy feliz! Yo no la quiero mal, sin embargo de que me ha robado la dicha.

—Desde luego, si no está por enmedio, se casa contigo.

—Sí; llegué á tener alguna esperanza cuando hicimos las comedias en casa del alcalde; por lo menos estuvo tan rendido, tan fino representando el papel de mi amante, que casi me llegó á ilusionar; y desde entonces data esta pasion que no puedo dominar.

Mauricia, que hacía vivos esfuerzos por contener su emocion, rompió á llorar amargamente.

—¡Pobre niña!—esclamó el ama derramando una lágrima; pues en medio de todo era compasiva.

—¡Cuán desgraciada soy, señora Leoncia! Y ni aun tengo el consuelo de llorar en el seno de una madre.

—¿Acaso no te ama la tuya?...

—¡Ay! Voy á depositar un secreto más en el pecho de usted: ¡mis padres, no son mis padres!...

CAPITULO III.

Mauricia.

— ¡Cómo! ¿qué dices? Expílicate.

— ¿Qué más explicaciones he de darla?

— ¡Tus padres no son tus padres!...—murmuró el ama reflexionando.

Mauricia seguía llorando.

—Es decir, que el sacristan y su mujer...—continuó Leoncia.

—No son mis padres;—añadió la jóven completando el pensamiento de la vieja.

— ¡Ya! Ahora lo comprendo; y entonces, ¿de quién eres hija?

—No lo sé.

Los ojos de Mauricia, nublados por el llanto, se alzaron al cielo con amarga espresion de indefinible tristeza.

Nuestros lectores desearán conocer á fondo el retrato de esta bella jóven que ha de hacer un papel interesante en nuestra historia; procuraremos satisfacerles, presentando algunos rasgos de su carácter y de la sencilla historia de su vida.

Su edad, nadie la sabia de cierto; representaba de diez y ocho á veinte años. Era de corta estatura, más bien gruesa que delgada; pero esbelta, airosa, y de ademan arrogante y altivo.

Tenia la tez blanca como la nieve, los cabellos y los ojos negros, la nariz fina y graciosa, la boca fresca, diminuta y sonrosada.

Educada en la sociedad, hubiera sido un modelo de elegancia y de cultura; mas resentíanse sus maneras y sus acciones en cierto modo, del descuido con que la habian dejado crecer los que hasta la época en que nos referimos pasaron por autores de sus dias.

Tenia talento y una imaginacion viva: habia leído y estudiado algo; aunque sin direccion ni concierto, devorando los libros que la llegaban á las manos, aunque fuesen diametralmente opuestos en doctrinas. De aquí provenia la confusion de ideas que se agolpaban á su mente, haciéndola muchas veces vacilar entre el bien y el mal, sin saber inclinarse á ningun partido; su falta de esperiencia y de criterio la ocasionaron muchos disgustos.

Su alma, esencialmente franca y expansiva, necesitaba comunicarse con alguien para no sufrir; encontró cierto compasivo cariño en el ama del cura, y la hizo su confidenta, sin advertir que la charlataneria y las vulgaridades de Leoncia no podian favorecerla, sino todo lo contrario, perjudicarla mucho.

Esta verdad llegó á comprenderla demasiado tarde por desgracia.

Una triste fatalidad habíala perseguido desde la cuna; queria amar á sus padres, y aunque hiciera de ello firme propósito, la era imposible cumplirlo, porque el carácter de estos, y la desdeñosa indiferencia con que la miraban, hacian imposible todo punto de simpatía.

El sacristan Pedro Gil era un misterio en la aldea,

nadie conocia su vida pasada , y tanto él como su mujer, tenian un génio áspero é intratable.

Hacia seis años que estaba en Valde Real. Su instalacion fué del modo siguiente:

Llegaron un dia de verano á la caida de la tarde. Iba Pedro Gil montado en un caballejo de escuálida y pobre figura, pero corredor como un galgo.

Lázara, su mujer, y Mauricia, que contaria entonces diez ó doce años, montaban un burro tuerto, de tan escasa valía como el caballo.

El equipaje de los viajeros consistia en una maleta vieja y unas alforjas llenas de ropa, colocadas en las ancas del jamego.

El traje de Pedro consistia en un sombrero de anchas alas, un chaqueton negro, cubierto con una blusa azul, y un ancho pantalon de paño negro.

El de las mujeres, era de indiana, colores fuertes, pañuelos de crespon encarnados ceñidos al talle, y delantales negros.

Para no caer del burro, iban las dos estrechamente abrazadas, prestándose mútuo apoyo.

Pedro Gil llevaba con mucho cuidado en la delantera de la silla un perrillo de lanas, único sér á quien prodigaba caricias y atenciones aquel hombre rudo y desabrido.

De este modo llegaron á casa del señor cura, rodeados de una caterva de chiquillos y mujeres ociosas, que en todas las aldeas insignificantes siguen con curiosidad al que se presenta por primera vez. Y mucho más á la estraña cabalgata que se ofrecia á sus ojos, llamándoles la atencion en alto grado la horrible fealdad de Pedro y de Lázara, unido al contraste que formaba junto á ellos la hermosura de Mauricia.

Ambos esposos parecian cortados por un patron; altos, delgados, de cútis cetrino, diferenciándose única-

mente en que el de Pedro estaba cubierto de los hoyitos y manchas que dejan las viruelas. Lázara ocultaba su escasa cabellera bajo un pañuelo de seda verde, cuyo color contribuía á aumentar su fealdad, haciendo resaltar el moreno subido de su rostro.

— ¡Jesus! ¡qué mujer tan fea, y qué niña tan guapa!... ¡Dios la bendiga!... — dijo uno de los curiosos, contemplando con admiración el peregrino rostro de Mauricia.

— ¡Es hija de Vd., tía tuerta? — preguntó otro.

Se nos ha olvidado decir que Lázara había perdido en su juventud el ojo derecho.

— ¡Y á Vd. qué le importa?... ¡insolente! ¡no tengo otro nombre?... ¡Vaya!... ¡el mocoso!... ¡tía tuerta!...

— ¡Y qué sé yo cómo se llama Vd.... buena mujer!...

— ¡Silencio! ¡habladora! — gritó Pedro apeándose de un salto.

— Ganas me dan de pegarle un puntapié á ese chicleo para quitarle las ganas de llamarme otra vez tía tuerta.

— ¡Huy! ¡já, já!... ¡qué rabia le ha dado!... Vaya con la mujer.... Pues tuerta, y retuerta....

— ¡Infames!...

— ¡La tuerta!... ¡La tuerta!... — gritaron á coro todos los chiquillos, corriendo en distintas direcciones por librarse del látigo que Lázara había enarbolado para descargarle sobre ellos.

Desde aquel día no la nombraron en la aldea de otro modo, siendo este el origen de su mote.

Pedro no la defendió de las burlas y chanzonetas de la multitud, porque había entrado á ver al señor cura.

Nadie supo lo que entre ellos pasaría; á la media hora de estar encerrados en la sala que ya conocen mis lectores, salió Pedro con el gesto más sombrío aún que de costumbre: llevaba una llave en la mano.

En la misma calle, y frente por frente de la del cura,

habia una casita pequeña y de pobre apariencia. Era la destinada al sacristan.

Allí se detuvo el matrimonio con su linda hija. La multitud los seguía: Pedro abrió la puerta, hizo entrar á Lázara y á Mauricia; luego al jamelgo y al pollino; despues, quitando con mucha calma la llave, la colocó por dentro; entró, y dando un portazo, dejó á todos con la boca abierta,

— ¡Miren el tio Zancasvanas! ¡ Con qué aire ha cerrado!... — dijo uno.

— ¡ Qué pocas palabras gasta! — dijo otro.

— Será sin duda el sacristan que estaba esperando el señor cura.

— Tiene cara de renegado.

— Y ella de lechuza.

— Pues la niña parece una flor entre dos cardos.

— Imposible que sea hija suya.

— ¡ Quiá!... Si parecen dos gitanos; la habrán robado en el camino.

En estas y otras murmuraciones se ocupaban las gentes de la aldea, en tanto que los viajeros se instalaban pacíficamente en su nuevo domicilio.

Aunque nunca habian visto en Valde Real al tio Pedro, él, sin embargo, recorrió toda la casa como si la conociese perfectamente, colocando cada cosa en su lugar.

Para la buena inteligencia de los acontecimientos que han de tener lugar en ella, haremos su descripcion, que nuestros amables lectores tendrán presente para cuando llegue el caso.

Ya hemos dicho que la puerta principal está frente á la casa del señor cura, y ambas en la calle más notable de la reducida aldea.

Atravesando el umbral, se encuentra una pieza grande, portal, segun le llaman en los pueblos; á la derecha hay una sala con una alcoba que ocupa el matrimonio; tiene

reja á la calle. A la izquierda una cocina, con ventana á un patio; en este, que se halla rodeado y casi cubierto de parras, hay una salita que permanece siempre cerrada, y en la cual penetraremos despues, puesto que nosotros, deseosos de investigarlo todo, no respetamos misterio ninguno.

Sigamos con el patio: tiene á la izquierda una puerta que comunica con las cuadras y con una estensa corraliza, cuyos límites están en el campo, sin que por aquel lado la incomoden la proximidad de ningun vecino. Volviendo al patio, en un extremo y debajo de una parra, se vé una puertecilla, baja, de pobre apariencia; abierta descubre una escalerilla, por la que se baja, segun dicen los sacristanes, á la cueva: empero, á nuestra doble penetracion no debe ocultarse que en ella se encierra un gran misterio, puesto que el tio Pedro Gil acostumbra muchas noches á desaparecer por allí, volviendo al amanecer, ó algunas veces tarda dos ó tres dias, y suele regresar acompañado de varios personajes sospechosos.

Seis años hacía que vivian en la casa, la víspera precisamente del dia en que hemos visto á Mauricia en casa del cura, cuando aquel desapareció, segun costumbre, por la sospechosa cueva, y regresó al amanecer, conduciendo en sus nervudos brazos á una señora, al parecer dormida ó desmayada.

A un silbido imperceptible del tio Pedro, se presentó su mujer con una llave en la mano. Abrió la sala misteriosa, colocaron entre los dos á la señora en una cama, y volvieron á salir, dirijiéndose el uno á la cueva y la otra á las habitaciones interiores.

No concluiremos sin que nuestros lectores conozcan la habitacion de Mauricia; tiene la entrada por el portal: es una pieza grande con dos ventanas al patio. Los únicos muebles que la adornan, son una mesa, donde hay recado de escribir, varios libros, una cestita con la labor

y algunos bordados, un confidente, media docena de sillas, otra mesa con un espejo encima, que sirve de tocador, un estante con libros y dos cuadros de escaso mérito, que representan el uno la Magdalena arrepentida á los piés del Señor, y el otro la Oracion del Huerto.

Lo único de notable que aquí advertimos, es que el rostro de la Magdalena y el de Mauricia tienen una semejanza tan perfecta, que cualquiera los juzgaria el original y el retrato.

Otra cosa tambien debemos tener en cuenta. El dormitorio de la jóven, situado en el testero principal de la sala, tiene una ventana con reja que cae al campo. A ella acude diariamente la pobre niña á respirar el aire libre y á entregarse á sus dolorosas meditaciones. Seis años ha pasado en esta habitacion, sin comunicarse apenas con los que juzga autores de sus dias; que por su parte la dejan completa libertad. Siempre triste, siempre solitaria, sin expansiones ni afectos, y llena su imaginacion de romancescas ideas. La única época en que disfrutó algunos dias de placer, fué un Carnaval, que representaron comedias en casa del alcalde, ejecutando ella y César los principales papeles; mas este leve placer fué amargado por infinitos sinsabores, porque allí su corazon ardiente y apasionado no pudo resistir el atractivo del espósito del castillo (como llamaban á César), sintiendo por él una pasion vehemente y profunda que la hacia desgraciada.

La tia tuerta y Pedro Gil guardaron con ella una reserva absoluta, no habiendo llegado jamás á sospechar las entradas y salidas de este, ni la secreta comunicacion de la cueva. Tampoco habia entrado nunca en la sala misteriosa, creyendo buenamente, segun la dijeron, que el dueño de la casa encerraba algunos objetos en aquella habitacion, guardando por este motivo la llave.

Ahora, si nuestros lectores lo permiten, atenderemos á la conversacion de Mauricia con Leoncia, que hemos dejado pendiente, puesto que ella nos dará alguna luz sobre los sucesos que han de tener lugar en nuestra novela, para lo cual, dando por terminado este capítulo, comenzaremos el siguiente.

CAPÍTULO IV.

Confidencias.

— Leoncia habia preguntado á la joven: «¿pues de quién
eres hija?» y esta, con triste abatimiento, contestó: «no

lo sé. Después de haber desahogado su pecho con
un profundo suspiro, se enjugó las lágrimas, suspirando
y dijo:

— «Sabe Vd. que en los seis años que llevamos en este
pueblo, no he tenido más amigos que Matilde y usted,
señora Leoncia. Nadie que me ha distinguido, nadie me
ha mirado con interés ni cariño, comparados de
mis amargas penas: solo en Vds. encuentro simpatía y
aliento.»

La diferente posición que ocupa la señora de Valde
Real y la distancia que por esta causa nos separa, ha
hecho que la mire con enternible amor siempre, pero
con respeto también.

Así es, pues ignora la prohibición de sus penas,
habiendo sido Vd. la única y esclusiva depositaria de
mis secretos.

CAPITULO IV.

Confidencias.

Leoncia habia preguntado á la jóven: «¿pues de quién eres hija?» y esta, con triste abatimiento, contestó: «no lo sé.»

Luego, despues de haber desahogado su pecho con un profundo suspiro, se enjugó las lágrimas, sentáronse, y dijo:

—Sabe Vd. que en los seis años que llevamos en este pueblo, no he tenido más amiga que Matilde y usted, señora Leoncia. Nadie aquí me ha distinguido, nadie me ha mirado con interés ni cariño, compadeciéndose de mis amargas penas; solo en Vds. encontré simpatía y afecto.

La diferente posicion que ocupa la señorita de Valde Real y la distancia que por esta causa nos separa, ha hecho que la mire con entrañable amor siempre, pero con respeto tambien.

Así es, que ignora la profundidad de mis penas, habiendo sido Vd. la única y esclusiva depositaria de mis secretos.

—Pocos son los que hasta hoy me has confiado; solamente tu amor á César, y el desprecio ó más bien insultante desvío con que te han mirado tus padres.

—Es verdad; pero ahora voy á fiar á su discrecion otros dos, no menos interesantes.

—Veamos; lo que me importa sobre todo, es saber cómo has descubierto que el tio Pedro Gil no es tu padre.

—Muy sencillo: yo acostumbro á levantarme con la aurora; me pongo á trabajar y no salgo de mi cuarto hasta muy entrado el dia. Anoche, antes de acostarme, me dió mi madre un gran cesto de ropa para repararla; entre ella habia un chaqueton de mi padre, para guarnecerle de cinta y botonadura.

Desde luego resolví dar principio á mi matutino trabajo por aquella prenda, por lo cual, apenas me levanté cuando ya estaba sentada en mi salita cerca de la ventana que cae al patio.

Examiné los bolsillos del chaqueton con ánimo de coserlos, y encontrando en ellos una carta abierta, notando con sorpresa que el sello con que habia estado cerrada ostentaba dos iniciales y una corona de conde, no pude resistir mi curiosidad y la leí. Eran cuatro renglones que se grabaron en mi imaginacion de una manera indeleble.

—¿Y de quién era?—preguntó el ama.

—Decia así: «Querido Pedro: Te aguardo esta noche donde sabes; he creído que nadie mejor que tú puede llevar á cabo la empresa que voy á confiarte; no vacilarás, pues en ello estriba la dicha de...»

»En cuanto á Mauricia, deshazte de ella cuando quieras; conozco que no ligándote á ella ningun lazo de parentesco ni de cariño, y siendo para todos más bien un objeto de ódio, te será insoportable su presencia.

»Sobre todo, que no advierta la estancia en tu casa

de Efigenia; la exaltacion del carácter de ambas pudiera sernos funesta.

»Adios, tuyo de corazon

A.»

Leer esta carta y apoderarse de mí un temblor convulsivo, fué obra de un momento; sin embargo, poseida de un valor sobrenatural y resuelta á pedir la esplicacion de aquel misterio, me fuí al cuarto de mis padres. —

No estaban: hallé la cama intacta, como si no se hubieran acostado; los busqué en toda la casa inútilmente. Esto me salvó; pues más sosegada despues, reflexioné que hacer frente á un hombre tan brusco y arrebatado cuando deseaba *deshacerse de mí*, era apresurar mi sentencia.

Entonces volví á mi cuarto, puse la carta donde estaba, y dejé el chaqueton como si no le hubiera visto. Pero mi cabeza era un volcan; necesitaba respirar el aire libre; que el ambiente de la mañana refrescára mis sienes.

Me dirijí á la puerta de la calle, y ¡cuál sería mi asombro al verla cerrada por dentro con cerrojo y llave! Me dije á mí misma:

— Por esta puerta no han salido; no los encuentro en toda la casa; luego, ¿dónde están? Abismada en estas reflexiones, llegué maquinalmente al patio, en el cual, como Vd. sabe, hay una habitacion que yo no he visto nunca abierta en los seis años que llevamos en la aldea.

Sin embargo, como uno de mis mayores defectos es la curiosidad, he aplicado el ojo varias veces al hueco de la cerradura, notando con sorpresa que está amueblada con magnificencia, porque se ven alfombras, colgaduras, marcos dorados, y al frente una cama elegantísima, por lo cual la he designado siempre con el nombre de la sala misteriosa.

La casualidad me llevó esta mañana debajo de aquella

puerta; me senté en el poyo que forma el ingreso, y profundamente pensativa, puse los codos en las rodillas, apoyando la cara en mis manos. Un ligero grito que oí á mi espalda, me sacó de mi enajenacion. Levantéme con viveza, y mirando por la cerradura, ví á los que he creído siempre mis padres, dentro de la habitacion, y sujetando cada uno por su lado á una señora, que pálida y angustiada pugnaba por desasirse de sus brazos.

Ignoro lo que querian hacer con ella; solo ví que al cabo de un rato se quedó la señora como aletargada; la pusieron en la cama, corrieron las colgaduras, sentóse Pedro Gil á la cabecera, y mi madre se dirigió á la puerta. Yo eché á correr á encerrarme en mi cuarto. Apenas habia cerrado, cuando la sentí llamarme con furia.

—¡Perezosa! ¡holgazana!... ¿Todavía no te has levantado?...—gritaba con ira.

Me quité el vestido y salí á abrir soñolienta, finjiendo sobresalto y como si acabára de salir de la cama.

Las primeras miradas de Lázara fueron al cesto de la costura.

—¿Has cosido el chaqueton?—me preguntó.

—No he tocado al cesto todavía...—murmuré en voz trémula y sobrecojida por las mil impresiones que produjo en mi alma la malhadada carta y el posterior descubrimiento de aquella señora en la sala misteriosa, á la cual no vacilé desde luego en llamar Efigenia, juzgando fuese ella la que anunciaban á Pedro en las fatales líneas que yo habia leído.

—¡Tráele! ¡tú siempre has de ser holgazana!—me dijo Lázara asiendo con precipitacion y con finjida cólera el chaqueton. Al marcharse, ví que con disimulo buscó en el bolsillo el papel, que afortunadamente puse en su sitio momentos antes.

Me asomé á la ventana á ver si se dirijia á la sala

misteriosa, lo cual no hizo; se fué á la puerta de la calle, abrió, y á poco se presentó el chico con la balija de la correspondencia.

—¡Ya está aquí el correo!...—dijo; yo escuchaba desde la puerta de mi cuarto. Luego gritó:—Mauricia, ven...—acudí en seguida.—Abre la balija y coloca esas cartas en su orden.

Mientras la obedecía se fué hácia el patio, sin duda á llamar á mi padre, ó más bien á Pedro Gil, puesto que no lo es. Apareció este en seguida, y tomando toda la correspondencia, separó la dirigida al castillo. Durante el tiempo que tardó en esta operacion, vimos entrar aquí á la señora Andrea.

—Toma,—me dijo entregándomelas;—lleva á la nodriza de Matilde estas cartas; llega á tiempo de evitarme un viaje.

Lo demás ya lo sabe Vd.; he venido, y al propio tiempo Pedro Gil, cumpliendo su cargo de cartero, se ha ido á repartir. ¿Pero qué tiene Vd., señora Leoncia? ¡Se ha quedado Vd. pensativa!...

—¡Ay! ¡hija, si lo que me cuentas es maravilloso!... Me has dejado absorta. ¡Tantos misterios en ese hombre... secretos tan asombrosos!... ¡Dios mio! ¡qué horror!... Acaso sea un gran criminal... ¡y yo que estoy en contacto con él todos los dias!... Hija mia: no puedo menos de estremecerme y temblar por tu vida...

—¡Tambien yo, señora Leoncia!... Por eso le pido á usted consejo y amparo...

Mauricia se arrojó á los brazos del ama rompiendo en copioso llanto.

—¡No te aflijas, hija mia!... Vamos á dar parte al alcalde...

—¡Nunca! eso no; si Pedro llega á saber que he revelado sus secretos, me mata sin compasion, y yo no tengo pruebas para decir que no es mi padre.

—¡Pues no puedo callar esto!... ¡Es un cargo de conciencia!...

—¡Ah! ¡Por Dios, no me pierda Vd.!

—¡Imposible, hija!... ¡imposible!... Es necesario salvar á esa desgraciada señora, á la que quizá asesinen mañana, y aun á tí misma...

—¡Por compasion, señora!... ¡guarde Vd. mi secreto!... Siquiera hasta que yo adquiriera pruebas de su culpabilidad.

—¿No es bastante prueba el encierro de esa señora?

—¿Y qué sabemos en qué sentido estará, si voluntariamente ó detenida por fuerza?...

—Eso le corresponde averiguarlo al alcalde.

—¡Oh, señora!... El alcalde es un hombre inepto, que ni aun firmar sabe, y aquí necesitamos una persona de ilustracion y de esperiencia que nos ilumine y aconseje.

Al decir esto Mauricia, se presentó el señor cura en el patio: apenas le vió, exclamó con viveza:

—¡El señor cura viene!... ¡Dios le envia en nuestro auxilio!... ¡Vamos á confiarnos á él!

—Tienes razon, — contestó el ama;—se lo contaremos todo mientras le sirvo el chocolate.

Leoncia puso en una bandeja una jícara de chocolate, un vaso de agua, unas rebanadas de pan tostado al fuego y una servilleta, blanca como la nieve y primorosamente doblada.

Encamináronse las dos á la salita, donde ya el venerable y afabilísimo sacerdote se habia sentado en su sillón de roble.

—¿Qué traes, Leoncia? ¿Ignoras que hoy es dia de ayuno para mí?

—Entonces todos lo son. ¡Válgame Dios, señor! ¡Tantas abstinencias concluirán por arruinar la salud de Vd., y no sé á qué viene!...

— ¡Chist!... El exceso de tu celo estravía tu lengua; sabes que no te permito censurar mis actos.

El tono algo severo con que pronunció el anciano estas palabras, hicieron sonrojar algun tanto á Leoncia. Sin embargo, se repuso pronto; y dirigiéndose á Mauricia, que medio desfallecida habia caido en una silla, exclamó:

— ¡Mira, tómalo tú, pobrecilla, que bien lo necesitas! ¡Ay, señor cura! ¡Si supiera Vd. qué cosas tan atroces!

— ¡Ah! No, mil gracias;—repuso la jóven rechazando con suavidad el plato que la presentaba el ama.

— ¡Tómalo, hija mia, te lo ruego!— la dijo el señor cura mirándola con atención y previendo alguna cosa funesta por su angustiosa palidez y por las exclamaciones de Leoncia.

— ¡Mil gracias, lo agradezco infinito! La agitacion de mi alma no me permite tomar nada.

El ama, que era pesada hasta la saciedad, porfiaba con vivas instancias.

— ¡Me haria daño, señora!— exclamó Mauricia disgustada por aquella tenacidad.

— Vamos, llévatelo, Leoncia, — interpuso el sacerdote; — los obsequios se imponen por voluntad, no por fuerza.

— Yo lo agradezco muchísimo; pero está mi alma tan agitada, que cualquier alimento me perjudicaria; — se apresuró á decir la aflijida jóven, deseando calmar el gesto de enojo que apareció en la fisonomía de la indiscreta Leoncia.

— Y bien, hija mia: ¿te ocurre alguna afliccion... alguna desgracia que yo pueda calmar ó remediar?

— Sí, señor; una muy grande, y vengo á ponerme bajo su amparo.

— ¿Y quieres que te oiga como amigo ó como sacerdote?

— El secreto que voy á confiar á Vd. exige el silencio,

y si antes hubiera sido, le diría que me oyese en confesion, pero ya lo he revelado á Leoncia.

—¡Imprudente!.... Ningun secreto grave debe revelarse á organizaciones tan frágiles y ligeras como la de Leoncia. Pero en fin, hija mia, sigue, que yo pondré trabas á su charlatanería inusitada.

—La he juzgado siempre una buena mujer... y el cariño que me profesa.....

—Eso sí: escelente criatura... honrada; pero de carácter tan débil, que la subyugan casi con facilidad las impresiones del momento, dejándose llevar con frecuencia de su inmoderado deseo de hablar.

—Ya viene;—murmuró Leoncia.

—¿Pero ha visto Vd., señor cura?... ¡Qué cosas tan horribles, tan misteriosas!... Es preciso que le prendan...

—¿A quién han de prender, qué dice? Vamos, hija mia... habla, habla.

—¡Todavía no se lo han dicho!... ¡Vaya una calma!... cuando quisiera yo que lo supiera todo el mundo, y ver á ese pícaro colgado en el palo.

—Leoncia: vete á cuidar las palomas, y deja que Mauricia se esplique.

—Yo vengo para ver si se toma una determinacion.

—Lo que tú tienes que hacer es guardar el más inviolable secreto de todo cuanto esta jóven acaba de confiarte.

—¡Secreto! ¡Buenas cosas son para calladas!... ¡Bien se conoce que no las sabe Vd. todavía!

—¡Bachillera! He dicho que calles y salgas de aquí. ¡Pronto!

El tono con que el señor cura pronunció estas palabras hicieron obedecer al ama.

Mauricia, entonces, contó detalladamente al señor cura cuanto la hemos oido referir. Apenas concluyó su relato, cuando se presentó Pedro Gil en la estancia.

—Despídete del señor cura, Mauricia, que nos vamos,
—dijo Pedro.

—¿A dónde?—murmuró aterrada.

—A Madrid, á que conozcas á tus tíos, que me han escrito que te lleve.

—¡Dios mio!...

—¿A qué viene esa exclamacion?—preguntó el sacristan alarmado.

—Yo os lo explicaré;—dijo el anciano anticipándose por sacar de apuros á la jóven, y disipar la sospecha que hubiera podido concebir Pedro.—Acaba Mauricia de hacerme una promesa, y el intempestivo viaje que la viene usted anunciando, la imposibilita de cumplirla; hé aqui la causa de su exclamacion.

—Justamente;—murmuró la jóven recobrando su presencia de espíritu con la tranquilizadora mirada del cura.

—¿Y qué promesa es? Si me es posible, no me opondré á que la cumpla.

—Muy sencilla; la de pasar unos dias en el castillo al lado de Matilde hasta que esta se case.

—¿Lo ha solicitado la señorita?

—Sí, con vivo anhelo: ayer me suplicó alcanzase el permiso de Vd., y casi la prometí conseguirlo, no esperando quedar desairado con una negativa por parte de Vd.

—Eso no; que vaya cuando guste: dejaremos el viaje para otro dia.

—En este momento nos vamos.

A poco se dirijian al castillo y Pedro á su casa.

CAPÍTULO V.

La faccion.

PARA que nuestros lectores comprendan perfectamente los acontecimientos que vamos á referirles, es preciso que tengan conocimiento del estado de España en la época á que me refiero.

Era en abril de 1834. La guerra civil, ese anatema formidable y desolador, cundia, haciendo rápidos y destructores progresos en nuestra noble y desventurada patria.

Con las denominaciones de Cristinos y Carlistas se hacian la más cruda guerra dos partidos, defendiendo unos á Carlos V, otros á Isabel II.

La insurreccion de los vasco-navarros acrecentóse con el vigor de D. Tomás Zumalacárregui, que con sus batallones hacía frente á las tropas de la Reina.

Don Carlos estaba refugiado en Portugal, y en las Castillas vagaban las nacientes hordas de Merino, Balmaseda y Cuevillas. Infestaban el antiguo Principado los bandidos Tristani, Plandolit y sus secuaces; Carnicer, Quilez y Tallada ejercian su vandalismo en Aragon y

Valencia. Todas las provincias de España estaban invadidas por la faccion, germinando á la sombra de los carlistas y bajo el pendon de un partido político, toda clase de malhechores, que á mansalva ejercian sus actos de barbárie, cometiendo todo género de infamias é iniquidades, y hollando, en una palabra, todos los respetos humanos.

A favor de tan calamitosas circunstancias fermentaban en los pueblos grandes las pasiones políticas; y en los pequeños, las banderías de familia, las venganzas, los ódios eran satisfechos con brutal exacerbacion, siendo á veces arrebatados los indefensos niños y las jóvenes adultas del seno de sus madres para conducirlos á las entrañas de los montes, exijiendo por sus rescates crecidísimas sumas, que las infelices familias se veian á veces en la imposibilidad de poder satisfacer.

En las llanuras de la Mancha pululaban los asesinos del Locho y de Palillos; y recorrían otros mil y mil cabezillas la Alcárria y la Serranía, donde se hallaba situada la pobre aldea en que pasan los sucesos que vamos á referir.

El nombre del Solitario alarmaba en alto grado á los pacíficos vecinos de Valde Real: le habian oido sonar muchas veces en sus oídos; pero no llegó el caso de que los visitase al frente de su partida. Sin embargo, á fuerza de sus hazañas por todas partes, de saber su aproximacion, se acostumbraron á vivir con cierto temor, y á esperar la muerte á mano armada ó la pérdida de sus frutos y sus riquezas.

Recojíanse con el sol á sus hogares, exentos de tranquilidad, pues imaginábanse á cada paso en un inminente riesgo, figurándose ser presa de las llamas, del robo ó de la violencia.

Tampoco tenian confianza para espontanearse con sus amigos y vecinos: érales preciso ocultar sus opiniones;

porque una palabra, dicha sencillamente, era causa muchas veces de que perdieran la vida. ¡Y cuántos en nuestras aldeas creían hablar con amigos, y luego eran agentes de la facción que desempeñaban el doble papel de espías y denunciadores, al paso que suministraban á los cabecillas noticias y antecedentes que les eran necesarios para llevar á cabo sus actos de vandalismo!

A estos últimos pertenecía Pedro Gil. No importa que nuestros lectores sepan un poco anticipadamente lo que han de saber despues. Por esto comprenderán sus nocturnas entradas y salidas por la cueva, que por medio de una escavacion subterránea, tenia salida al monte.

Por ahora, dejándole dirigirse á su casa cabizbajo y pensativo, volvamos á escuchar la conversacion del anciano párroco de Valde Real y de Mauricia.

—No perdamos tiempo, hija mia; deseo cuanto antes ponerte bajo la proteccion del conde.

—¿Y vá Vd. á confiar el horrible secreto de que acabo de hacerle depositario á otra persona más?

—Tú nada temas; sigue en todo mis instrucciones, y abriga la seguridad de que no comprometeré en modo alguno, ni tu tranquilidad, ni tu vida.

—Pero yo no quisiera volver otra vez á poder de ese hombre.

—Eso no puedo prometerte; pero si vuelves, estarás segura en su casa.

Por el relato de Mauricia, comprendió el sacerdote que Pedro Gil era un gran criminal, comprometido en mil diabólicas tramas; y afirmóse más en esta idea, porque nunca le vió llegarse al Tribunal de la Penitencia: cumplia con exácta uniformidad sus obligaciones de sacristan, alguacil y cartero, sin ser nunca demasiado oficioso ni descuidado tampoco.

Muchas veces habia pedido permiso para ausentarse por algunos dias del pueblo, pretestando ir á otro inme-

diato, distante dos leguas de Valde Real, donde iba con objeto, segun decia, de cumplir sus deberes de cristiano con su confesor de siempre.

El cura, que no tenia motivos para sospechar, creíale de buena fé, concediéndole el permiso que demandaba.

Cuando seis años antes se presentó en su casa solicitando la plaza de sacristan, iba ya acompañado de su mujer, su hija y todo su ajuar, como en la seguridad de que habia de serle otorgado lo que pedia.

Efectivamente, una carta que presentó al anciano sacerdote fué suficiente para que este le pusiera sin más informes en posesion de su destino, al que desde tiempo inmemorial iban anejos en el pueblo el de cartero y alguacil.

Las palabras de Mauricia, unidas á otras anteriores sospechas, hicieron al cura estar sobre aviso, y al efecto, deseando cerciorarse más y más, tomó de entre sus papeles la precitada carta, la colocó en el bolsillo de su levita, y tomando los manteos y el sombrero de teja se dirigió hácia el castillo llevando á la jóven á su lado.

Antes de salir recomendó eficazmente á Leoncia el mayor secreto sobre lo que habia oido aquella mañana, encargándola la más estricta observacion sobre los sacristanes y su misteriosa casa.

Mientras llegan al castillo, adelantémonos, amigos lectores, á fin de que conozcais á la bella heroína de nuestra novela. Ya en el primer capítulo hice referencia á sus cualidades físicas y morales, debiendo añadir en éste solamente algun ligero detalle antes de presentar á vuestros ojos los inocentes secretos de su cándido corazon.

Esta graciosa niña poseía una naturaleza impresionable, sensible én alto grado, generosa y amante en demasia quizá, porque su carácter tímido, dulce é irresoluto la hacía infeliz, careciendo del valor necesario

para luchar en pró de sus sentimientos, defendiendo las más caras afecciones de su alma.

Para que fuese feliz era necesario imponerla la felicidad por fuerza, de otro modo, esclava siempre de su deber; no se aventuraba á aceptar espontáneamente aquello mismo que deseaba con más ardor.

El respeto que la inspiraban los autores de sus dias, era una especie de temor; pero temor terrible que la constituia en una esclava subyugada al despótico dominio de un tirano.

Educada por ese sistema antiguo, que antepone el respeto al amor y á la confianza, y que aún por desgracia vemos bastante arraigado, particularmente en las poblaciones pequeñas y entre cierta clase de personas, Matilde temia, más que amaba á su padre.

Desde la infancia habia el conde empleado con sus hijos la severidad y la dureza, desterrando de sus corazones la íntima y dulce confianza que debe reinar entre los jóvenes con los autores de sus dias. Perjudicialísimo error que no puede menos de acarrear grandes males, porque se priva á la inesperta juventud de ese apoyo legítimo, generoso y verdadero que solo puede hallarse en el corazon de un padre.

Pues bien: lejos la pobre niña de tener en sus padres unos amigos, solo tenia en ellos unos jueces inflexibles, obcecados, llenos de rancias preocupaciones y muy envanecidos con sus blasones y pergaminos. Así fué, que no hallando nunca donde esparcir su alma, concentró toda su expansiva confianza en su nodriza y en César, únicas personas que comprendieron su carácter, y amándolas con una ternura infinita, recojieron en sus senos el generoso manantial de sus inocentes y puras expansiones.

La mañana á que nos referimos, abandonó su lecho temprano, preguntó por Andrea, y habiendo sabido que

estaba en el pueblo por encargo de sus papás, bajó al jardín con ánimo de esperar su regreso.

La palidez de su semblante y el círculo morado que rodeaba sus ojos, dejaban comprender que había pasado en vela gran parte de la noche.

Triste y pensativa, envuelta en los profusos pliegues de su larga bata de mañana, con la negra y lustrosa cabellera graciosamente recojida en rizos, fué á sentarse en un banco de piedra, desde cuyo sitio se veía la senda que conducía á la aldea, y por la cual esperaba ver á su nodriza venir, proponiéndose preguntarla el objeto que la había llevado al pueblo.

Apenas se había sentado apareció al final de una calle de árboles un caballero jóven, buen mozo, elegante; pero de rostro sério y con una espresion marcadísima de un desden profundo que prevenía desde luego en contra suya. Se llamaba D. Amalarico y era el prometido esposo de Matilde.

Se acercó á la jóven en silencio; esta, en actitud pensativa, tenia la cara cubierta con las manos y no le vió llegar.

—¡Oh! ¿qué tiene Vd.?—esclamó él.

—¡Dios mio!—murmuró Matilde, sorprendida y levantándose vivamente. Al separar las manos, cayeron de sus ojos dos gruesas lágrimas.

Advirtiéndolo Amalarico la dijo:

—¡Llora Vd., cuando el momento de nuestra dicha se acerca?... ¿cuando antes de veinticuatro horas vamos á ser felices?...

—¡Oh! ¡tan pronto!... ¿Está resuelto?... ¡Con que al fin se han decidido!...

—Porque se haga el casamiento mañana al amanecer.

—¡Triste de mí!...—esclamó Matilde palideciendo y en una voz tan baja, que Amalarico no pudo comprender el sentido de aquellas palabras.

—¿No se alegra Vd. por esa resolución? Yo creí que colmaba su felicidad como colma la mía, repuso con seriedad viendo que los ojos de su prometida volvieron á inundarse de lágrimas.

—Sí, ¡ es verdad!... ¡ Lloro no sé por qué!... ¡ perdonadme!...—balbuceó la desgraciada.

Su rostro, su profundo disgusto demostraban cuán odioso la era aquel enlace que habia de labrar la infelicidad de toda su vida; y sin fuerzas para rechazarle, gemia dolorosamente haciendo que su lábio pronunciase mentidas frases que no dictaba el corazón.

Demasiado lo conocia Amalarico, hombre sagaz y versado en la escuela del gran mundo. Comprendió la aversion que inspiraba, y con todo apresuró el casamiento porque convenia á sus fines particulares unirse á la antigua familia de Valde Real.

Amalarico era hijo único de un opulento banquero, y pasaba en Madrid por un calavera sin corazón, lleno de vicios y abrigando sobre todo el innoble del juego, al que perdiendo continuamente enormes sumas, habia casi arruinado á su padre.

Tenia varias posesiones en el término de Valde Real, y habiendo una vez ido de caza, conoció al padre de Matilde, trabó amistad con él, y desde entonces frecuentando la aldea empezaron las relaciones con Matilde, á las cuales esta prestó más bien que su asentimiento una obediencia pasiva.

Con la severidad de siempre impusieronla sus padres aquel amor, manifestándola la conveniencia de un enlace que la proporcionaria no solo una fortuna sino tambien una posicion elevada y respetable en la aristocracia.

Su timidez, su respeto, el miedo mejor dicho que tenia á sus padres, la hicieron enmudecer ante semejante proposicion, que la dejó aterrada, sintiendo en el corazón un dolor agudísimo.

Medio trastornada fué á ocultar en su cuarto aquel dolor tan grave, y recordando toda la triste historia de su vida, se creyó más bien culpable que desgraciada. La infeliz se reprochaba como un crimen su amor á César; en esta creencia aceptó como una expiacion el tormento que como un castigo á su falta la impusieron los autores de sus dias, ultrajados por ella en su legítimo orgullo.

CAPITULO VI.

Los condes de Guayaquil.

A fin de que nuestros lectores puedan comprender con claridad los sucesos que vamos narrando, nos es preciso retroceder algunos años presentando á su vista los acontecimientos y la historia de cada uno de los personajes de nuestra novela.

Al efecto, dejando á Matilde devorar en silencio el disgusto que le ocasionaba su prometido, trasladémonos á Madrid penetrando desde luego en casa del rico banquero americano D. Patricio de la Estrella, conde de Guayaquil.

Era á principios del presente siglo, despues de haber estallado la sangrienta insurreccion del 2 de mayo.

Un dia de otoño, hallábase Efigenia, la jóven esposa del conde, sumamente aflijida. Estaba en su tocador concluyendo de vestirse, cuando un criado se presentó anunciándola que el almuerzo aguardaba.

—¿Ha venido el conde? —le preguntó ella.

—No, señora; — contestó el criado, inclinándose para salir.

—Oye, Pedro, acércate;—le dijo, deteniéndole y despidiendo á la doncella con un ademán.

El criado se acercó.

—Te llamas Pedro Gil, ¿no es verdad?—le preguntó.

—Sí, señora condesa.

—Estás casado, según creo... y tendrás hijos...

—Sí, señora condesa; hace un año que me casé, y mi mujer se halla en cinta desde hace cuatro ó cinco meses.

—Bien; tú sin duda querrás la felicidad de tu esposa, de tu hijo... quisieras vivir con ellos...

—Es mi mayor deseo; ahora ella vive con su padre, que es el sacristán de un pueblecito inmediato á Valde-Real, y yo en la corte, hasta que pueda ganar lo suficiente para establecernos por nuestra cuenta.

—Pues mira: yo prometo hacer tu fortuna, protejerte en todo, si me sirves con lealtad en el asunto que voy á confiarte.

—¡Ah! Señora; crea V. E. que no tendrá queja de mí; puede disponer de mi pobre persona con entera confianza en la seguridad de que la serviré como el esclavo más fiel y más sumiso.

—Sí; lo creo; me pareces muy bueno... ¿Y llevas mucho tiempo en la casa?

—Cerca de un año hace que me recibió el señor en clase de ayuda de cámara.

—Y en este tiempo, ¿no has observado la conducta desarreglada de tu amo, su extraño desden para conmigo?...

—¡Señora!...—murmuró Pedro.

—Nada de vacilaciones; quiero que me hables con entera franqueza, del mismo modo que yo lo haré. No se me oculta que mi esposo pasa las noches fuera de casa, apenas se cuida de los negocios, nunca me distingue con la más pequeña atención, y rara vez se digna acompañarme á la mesa; ¿no es verdad?

—Aunque sea cierto, es doloroso agravar la pena de V. E. confesándolo.

—Mi pena es ya tan honda, tan profunda, que no admite aumento; sé que he perdido el amor de mi esposo, pero ignoro la causa; quizá alguna mujer me roba su corazón y sus caricias: hé aquí lo que pretendo averiguar, y el servicio que exijo de tí. ¿Estás pronto á emplear todos los recursos de tu imaginación hasta descubrir su secreto?

—Haré por V. E. toda clase de sacrificios.

—Bien; no perdones medio; sígueme á donde vaya, pregunta, averigua; dime el nombre de esa rival aborrecida, y cuenta con mi protección y con una fuerte recompensa.

La condesa, después de este paso, se sintió más tranquila; salió al comedor, donde almorzó sola, retirándose luego á su cuarto, esperando con impaciencia el resultado del continuo espionaje á que había sometido al conde.

La condesa era una bellísima joven: no muy alta, pero esbelta y graciosa. De tez blanca, ojos y cabellos oscuros, sonrosado color y diminuta boca. Vestía con elegancia; y sus hábitos y maneras la hacían conocer como á una distinguida dama del gran mundo.

Cuando se casó con el conde era huérfana: hija de una familia elevada, si bien tan pobre que apenas pudieron reunirle un dote escasísimo.

Seis años llevaba de matrimonio: los cinco primeros fué muy feliz; el sexto empezó á gustar las amargas de esa estóica indiferencia que domina á los maridos cuando de amantes pretenden trasformarse en buenos amigos.

¡Hastío cruel, que para la mujer que, como ellos, no ha dejado de amar, es una tortura insoportable! Poco á poco van privándola de las caricias, de las atenciones,

de los tiernos cuidados; y por último, prefiriendo la compañía de los amigos á la suya, la dejan una noche tras otra sola con su dolor, con su martirio, y á veces luchando con los mil y mil encontrados pensamientos que bullen en su mente, producidos por la conducta y por la fría indiferencia del esposo convertido en amigo.

Sin embargo, esa luna de miel, que suele durar en los matrimonios generalmente un año, se prolongó para Efigenia en cinco, que cruzaron dichosos y rápidos en demasía, llevando en pos de sí el eterno luto de aquella pobre alma dolorida.

Un año hacía que el conde empezó á salir solo, haciendo varias escursiones al campo y faltando de casa muchas noches. Efigenia, que le amaba con delirio, en cuyo inocente corazón ardía siempre inestinguible y pura la llama del primer amor, no pudo sufrir aquel desden sin quejarse, llorar, suplicar, hacerle toda suerte de recriminaciones; pero en vano: para el hombre que ha dejado de amar, las lágrimas y los ruegos son otros tantos motivos de disgusto.

Así le sucedió á D. Patricio de la Estrella: dotado de un carácter inconsecuente y frívolo, le bastaron cinco años para satisfacerse ámpliamente de un cariño que juzgó al casarse inestinguible quizá.

Luego no tenían hijos, esos hermosos ángeles que, con los lazos de su amor, unen los corazones de sus padres, dulcificando los sentimientos ágrios, cortando todas las cuestiones y estableciendo en el seno conyugal la bienhadada concordia y la tranquila paz.

Este era un mal irremediable; porque el conde, último vástago y único que quedaba de su noble familia, había soñado desde su juventud con tener un heredero de su nombre. Quizá esta idea le obligó á casarse cuando él ni siquiera lo pensaba; y al salir fallido su cálculo, destruidas sus esperanzas, júzguese cuál sería su desesperacion

y su dolor, acaso causa primordial de aquel desvío que llegó á inspirarle su pobre mujer.

Abandonó su casa ; sus negocios ; el cuidado de sus intereses, y se dedicó con desenfrenado ardor á toda clase de diversiones, procurando aturdirse en el inmenso golfo de la sociedad madrileña ; tambien llegó á cansarle este género de vida , en el que no encontraba aquellos goces purísimos que ambicionaba su alma, los que proporcionan los hijos , la familia , el hogar doméstico.

Su mujer habia llegado á ser para él una esclava sumisa , ó mejor dicho, una alhaja preciosa que se conserva con gusto ; pero con cuya posesion hemos llegado á mirarla con indiferencia. Indiferencia que nace de su esterilidad , de la conviccion que adquirimos de que no ha de valer más de lo que vale.

Efigenia, adornada con la santa aureola de la maternidad, hubiera recobrado su imperio en el corazon de su esposo ; pero infecunda , sin más auxilio que su ternura y sus lágrimas , tenia por precision que irle perdiendo más y más.

En este apuro apeló al recurso que hemos visto , le rodeó de un espía constante ; ¿y qué adelantó? Nada. Supo, y aun lo vió ella misma , que se iba á un café, donde solo, triste y aburrido, pasaba largas horas en esa especie de soñoliento letargo que produce el uso inmoderado de licores.

No encontró la rival que se imaginaba ; su esposo solia pasar las noches en el café, ó en las casas de juego derrochando el dinero sin el menor duelo, y contestando cuando le preguntaban la causa de aquella prodigalidad:

—¡Pchist! ¿Para qué lo quiero?... ¡No tengo hijos y mi título pasará á un extraño cuando yo muera!...

Estas palabras , que le fueron trasmitidas á Efigenia por Pedro Gil , la hicieron comprender su desventura y

la causa de aquel disgusto funesto que amargaba los días de su esposo.

Una mañana, contra su costumbre, el conde entró en el tocador de su esposa. Esta, sorprendida, dejó brillar en su rostro una ráfaga de felicidad.

—¡Oh, amigo mio!—esclamó.—¡Cuán dichosa soy en verte por aquí!

—Vengo á darte un adios de despedida.

—¿Te marchas?...—esclamó la condesa palideciendo.

—Sí; voy á viajar por espacio de algun tiempo.

—¡Y me dejas!...

—Sí, querida mia; es preciso: nuestras provincias están todavía en continua alarma y sería peligroso para una señora el esponerse.

—¡Yo por ir contigo daria con gusto la vida!...—murmuró ella con sentido acento enjugándose una lágrima.

—¡Ya empiezan los lloriqueos!... ¡Qué fastidio!... ¡Si lo sé no me despido!—dijo el conde con impaciencia.

La condesa, que estaba ya profundamente lastimada en su amor propio, enjugó sus lágrimas, y le preguntó con dignidad:

—¿Y volverás pronto?...

—Voy por tiempo indefinido...

—¿Es decir, que resuelves nuestra separacion?...

—¡No, hija! ¿Quién habla de separarse?

—Lo comprendo así; porque conozco que á causa de mi esterilidad he perdido tu cariño.

—¡Qué necedades!...

—¿Lo niegas?

—Es claro: no tengo motivo para otra cosa.

—¿Y si cuando estuvieras lejos de aquí yo te anunciase que ibas á ser padre, volverias?

—¡Oh! ¡ya lo creo, vendria á abrazar á mi hijo si posible fuera con el vuelo de un águila; pero ese bello sueño no se realizará!

—¡ Quién sabe !...

—¡ Oh ! ¡ qué dices !... ¿ tienes alguna esperanza ?...—
esclamó él con arrebató.—¡ Oh !... dímeló pronto... mas
que no sea un engaño mentido... no me hagas ver la luz
para dejarme luego á oscuras... Si fuera cierto, no me
marcharia, y me tendrias á tus piés dia y noche ado-
rándote y bendiciendo mi fortuna.

—¡ No me hagas caso !... ¡ parte á tu viaje !... ¡ estoy
loca !...

—¿ Tienes esperanzas ?...

—¡ Quién vive sin ellas !... Lo que me falta es una di-
chosa realidad.

—Bien ; pues si tu sospecha se confirma , llámame , y
verás tornar á sus hogares, no al marido adusto y hastia-
do de la vida, sino al padre amante que vuelve lleno de
júbilo á estrechar contra su corazon al hijo y á la madre.

Efigenia bajó la cabeza con la espresion de un pro-
fundo dolor ; su marido abrazándola cariñosamente partió
con direccion á Cádiz en la silla de postas que ya le
aguardaba en la calle.

CAPITULO VII.

Sacrificio.

Ya se iba perdiendo á lo lejos el prolongado ruido del carruaje, y aún Efigenia permanecía en su asiento como herida del rayo: inmóvil, abatida, sin conciencia siquiera de su triste situación.

Pedro Gil, que entró en el gabinete, se quedó cerca del dintel con los brazos cruzados y moviendo la cabeza en actitud desesperada. La condesa, al verle, lanzó un grito y rompió á llorar con desgarradores sollozos, exclamando:

—¡Se marcha!... ¡Me abandona!... ¡Desdichada de mí!

—¡Y cerquita que vá el pájaro!... ¡Ya, ya!... ¡Para alcanzarle de un vuelo!...—dijo Pedro, sin dejar de menear la cabeza á uno y á otro lado.

—¿Dónde se dirige? ¿Tú sabes, Pedro, cuál es el término de su viaje? ¡Oh, dímelo pronto por compasión!...

—¿Qué, no lo sabe V. E. ?...

—¡Nada me ha dicho!

—Ha hecho bien de ahorrarla un disgusto; en ese caso yo también me callaré.

—Yo te mando que hables; quiero apurar hasta las

heces esta copa funesta. ¡Oh! ¿Dime, dime dónde vá?

—¿Lo exige V. E.?

—Sí; lo exijo, lo mando.

—Bien; pues el señor vá á Cádiz para embarcarse en un buque que le aguarda para hacerse inmediatamente á la vela con rumbo á las Antillas.

—¡Dios mio!...—esclamó la infeliz mujer, oprimiéndose el corazon con las manos y cayendo desmayada sobre el sofá.

—Esto ya lo preveía yo,—murmuró Pedro;—pero en fin, así daremos tiempo para que se aleje.

Luego, llamando á las doncellas para que la socorriesen, se retiró al fondo de la estancia, contemplándola con una alegría infernal.

El rostro de aquel hombre antipático reflejó un instante la especie de feroz satisfaccion de que se hallaba animado; tumultuosos pensamientos cruzaban por su mente, y sobre todos, uno, que parecia acariciarle con ardor, le dominaba completamente.

La condesa volvió en sí, pero fué para sufrir nuevo tormento; porque se vió atacada de una enfermedad nerviosa, que la obligó á guardar cama algunos dias: en este tiempo el conde llegó á Cádiz, se embarcó; y á bordo ya del buque que le debia conducir á su destino, la escribió anunciándola su viaje á Ultramar, donde sus padres vivian, y en cuyo punto pensaba distraerse del horrible tédio que habia llegado á dominar su ánimo y su corazon.

Cuando Efigenia recibió esta carta estaba Pedro delante. La leyó visiblemente conmovida; despues, mirando al criado, le dijo:

—Acércate, Pedro, y óyeme: solo de tí espero la salvacion.

—Yo seré muy feliz en proporcionar á mi amada señora algun alivio en su desgraciada situacion.

—Tú lo puedes todo; si tienes valor para hacer un sacrificio en obsequio mio, escucha:

Pedro se acercó.

—Hace tiempo,—dijo la condesa,—que bulle una idea en mi mente, idea que hoy me hallo en el caso de realizar si he de recobrar el amor de mi esposo, y con él mi porvenir y mi fortuna. Si no tomo esta determinacion estoy perdida: mi esposo, olvidándose por completo de mí, acaso contraiga por allá nuevos lazos; y aunque no, como no tenemos hijos, todos sus bienes al morir él pertenecen á su familia; y yo, que durante seis años he sido esclava de su albedrío, me veré á la vejez sola y en la miseria.

— ¡ Oh, ciertamente! ¡ Qué fatalidad!

—Pues bien, Pedro, se me ha ocurrido un medio para evitar todo esto, y tú puedes contribuir á llevarle á cabo.

—Disponga V. E. de mí; estoy dispuesto á todo.

—Se trata de un sacrificio doloroso, de desprenderte de una prenda que debe ser muy cara á tu corazon.

—No importa. La salvacion de V. E. es lo primero.

Efigenia, antes de hablar, fijó en Pedro Gil una mirada indefinible, llena de ansiedad, escudriñadora, como queriendo leer en el fondo de su alma. Le encontró impasible, resuelto á complacerla: entonces, haciendo un esfuerzo para dominar su poderosa conmocion, dijo:

—Se trata de que me cedas tu hijo.

— ¡ Mi hijo, señora!... — exclamó Pedro con hipócrita fingimiento.

—Si; el hijo que tu mujer lleva en su seno le haremos pasar por mio; ¿comprendes? De este modo, el conde volverá á mis brazos.

— ¡ Ah, sí; es una feliz idea!

—Yo le aseguro el bienestar, la fortuna, un sitio distinguido en la aristocrácia; y él, en cambio, hará que

recobre mi corazón la dicha que ha perdido con el amor de mi esposo.

—Tiene razón V. E.; está perfectamente pensado: solo que aquí las víctimas vamos á ser mi mujer y yo, que perdemos nuestro hijo, sin que nos quede siquiera el consuelo de abrazarle como á tal; en fin, nos consolará la satisfacción de haber procurado al primer fruto de nuestro cariño una posición tan halagüeña.

—¿Con que accedes?

—Sí, señora; con mil amores.

—Bien; yo te lo agradezco infinito, y te probaré que no soy ingrata al señalado servicio que vas á prestarme.

—Tendré que consultarlo con mi mujer, aunque desde luego podemos contar con su asentimiento.

—Lo que debes hacer es traértela aquí; vivirá oculta en una habitación que al efecto la tendremos preparada, y cuando se aproxime la época de su alumbramiento, se trasladará á mi casa de campo en Torre-Azul. Allí, en los aposentos que yo ocupo, hay una puerta secreta que comunica con una sala, conocida solamente de mi familia; en ella se ocultará hasta el momento del parto.

A fuerza de dinero conseguiremos que un comadron nos preste su cooperación en este asunto, que tendrá todos los visos de una evidencia completa, porque yo haré que varios amigos reunidos en el salón inmediato á mi alcoba, reconozcan al recién nacido. ¿No te parece?

—¡Oh, está muy bien! Pero quedaría completamente destruido tan bello plan si el señor conde se presentase en el momento del parto.

—Eso no puede ser; ya lo tengo calculado. En esta carta me anuncia su partida, y no puede dudarse, porque está escrita á bordo del buque en el cual ha de hacer la travesía: ahora le escribo yo anunciándole mi estado interesante, diciéndole que, aunque debo hallarme ya en el quinto mes, no tenía antes una completa seguridad

para participarle tan fausta nueva. Mientras llega mi carta y él vuelve aquí, habrán pasado lo menos cinco ó seis meses, el tiempo necesario para llevar á cabo en debida forma nuestro proyecto.

—Corriente; en ese caso me presto á todo, dejando á V. E. cargar con la responsabilidad.

—No temas nada; me ha costado mucho trabajo decidirme á poner en plan este pensamiento; pero una vez resuelta, no hay consideracion humana que me haga retroceder, ni obstáculo que me intimide.

En efecto, la condesa preparó todo lo necesario para la ejecucion de aquella tarea, que segun su cálculo debia hacerla feliz; cálculo fatalmente desgraciado, porque debia atraer sobre su cabeza una eterna desdicha.

Pedro Gil, demasiado sagaz, no opuso dificultad, prestándose á todo sin trabas ni inconvenientes de ninguna especie. Empero cuando ya estaba todo arreglado, el alumbramiento próximo y el conde lleno de alegría en camino para Madrid, acompañado de sus padres, que gozosos venian con él á recibir en sus brazos al nuevo vástago que debia perpetuar su apellido, entoncés, que la condesa no podia retroceder, se le ocurrió á Pedro Gil imponer condiciones.

Era primavera: las flores esparcian su aromático perfume en todas las habitaciones de la preciosa quinta de Torre-Azul.

La condesa, elegantemente vestida con un ancho traje de seda, cuya amplitud y entretelas dejaba conocer el abultado vientre y grueso talle de la dama, estaba sentada delante del bufete y cerca de una ventana que daba al jardin.

Pedro Gil entró sin pedir permiso; el favor que concedia á la condesa le autorizaba para todo. Esta, sin atreverse á decir una palabra, devoró en silencio aquella primera humillacion, ocasionada por el hombre indigno

en cuyas manos habia puesto su suerte , y del que tenia que sufrir tantos insultos.

—¿Qué hay, Pedro? — le preguntó, procurando dulcificar el tono de su voz.

—Sé que ha tenido V. E. cartas y venia á preguntarla si es alguna del conde; porque, francamente, hasta que salgamos de este laberinto estoy inquieto.

—No temas que su presencia nos interrumpa; me escribe que se embarcará con sus padres ocho dias despues de escrita su carta ; anunciándome se encontrará en Madrid á fin de mes, estamos á primeros y esperando el parto de un dia para otro ; ya ves si tenemos tiempo.

—Es verdad: ¿y vendrá muy contento?

—Mucho. Su júbilo es inmenso ; ¡qué satisfaccion tan grande será la suya cuando hace que sus padres abandonen su país y atraviesen los mares con el solo objeto de conocer á su hijo!

—Pues yo, señora, siento decírselo á V. E. ; pero tengo un disgusto grande: hace dos noches que no duermo pensando en ello.

—¿En qué?... ¿te ocurre alguna nueva duda?

—Me atormenta la idea de si mañana ú otro dia, y cuando mi hijo esté acostumbrado al esplendor de que vá á verse rodeado en la cuna, se disgusta V. E. con él, por cualquier cosa, y bien porque la fatalidad haga que tenga un hijo verdadero y descubriendo el pastel me le deja sin titulo y sin fortuna.

—Eso no puede ser ; puesto que en la partida de bautismo ha de aparecer como hijo nuestro.

—No me basta eso ; yo quisiera una seguridad mayor.

—Te daré mi palabra de no descubrirlo nunca por escrito si lo exiges.

—Sí, señora ; mas el testimonio que yo quiero ha de ser de un género nuevo, pero para mí más seguro que todos los documentos del mundo.

—¿Y cuál es?...

—Por ejemplo una carta como esta escrita toda de mano y letra de V. E. y firmada con su nombre.

Pedro sacó de su cartera un papel y le presentó á la condesa. Esta le leyó en voz baja, poniéndose más y más pálida á medida que avanzaba en la lectura.

El criado se sonreía como gozando en aquel tormento.

Hé aquí el contenido de aquella carta tan infernalmente calculada:

« Querido Pedro: te marchas y me dejas cuando más necesito de los auxilios de tu amor. ¡ Oh! ¡ vuelve pronto! Necesito que me perdones una resolución que he tomado. Sabes y tienes de ello innegables pruebas y una completa seguridad de que el hijo que llevo en mi seno es tuyo; pues bien, el amor de madre ha despertado en mí la idea de hacerle pasar por hijo del conde mi marido; de este modo aseguro mi porvenir y el de nuestro hijo que llevará en lugar de la mancha de nuestro crimen una corona de conde.

» ¡ Oh! aunque no apruebes mi pensamiento, que si le aprobarás, el mal está hecho: la carta en que anuncio á mi marido la para él tan fausta nueva, está en el correo y parte para su destino.

» Ven pronto; te aguarda mi amor, que durará tanto como mi vida.

» Siempre tuya,

EFIGENIA TORRE AZUL, CONDESA DE GUAYAQUIL.

La infeliz mujer, al concluir la lectura de aquella carta fatal, la retiró con indignación, estremeciéndose horrorizada; Pedro, con su irónica sonrisa y con un tono que anunciaba la seguridad de su triunfo, añadió:

—Esta carta llevará el sello de V. E., y dirigida á mi nombre la pondremos en el correo; yo iré á recogerla al

pueblo donde están los padres de mi mujer, y la conservaré siempre, respondiéndome ella de vuestra palabra y de la inviolabilidad del secreto que concede á mi hijo una posicion y un nombre.

—Pero yo no puedo acceder á una demanda tan horrible,—esclamó Efigenia.—¿No conoces que esa carta puede deshonorarme á los ojos de mi marido, que me acusará de adulterio cuando mi frente se conserva pura como la de un niño en el regazo maternal?

—Sí, señora; pero esa carta no la verá el Conde ni nadie, mientras V. E. conserve á mi hijo en el puesto en que vá á colocarle, sin descubrir el secreto.

—¡Esto es una infamia!... —murmuró Efigenia en el calor de la más santa indignacion.

—Señora, —dijo Pedro revistiéndose de cierta seriedad, y con un tono ofendido:—yo no soy infame; al consentir en desprenderme del primer fruto de mi amor, debo asegurarle su suerte; de otro modo no consentiré en someterme á esa farsa, todavía más infame que mi proposicion; porque á mí me la dicta el más noble de los sentimientos, el amor de padre, y á vos el más indigno, el egoismo.

—Únicamente el deseo de recobrar el amor de mi esposo... ¡ay! ¡y qué caro me vá á costar!... ¡voy á comprar el goce de algunos instantes, acaso por la desdicha de toda mi vida!...

—Aún estamos á tiempo... me llevo á mi mujer; mi hijo nacerá en el pueblo, se llamará Pedro Gil, y punto concluido...—dijo el criado en un tono tan resuelto, que la condesa asustada le dijo con una voz en que se traslucía su emocion y las angustias de su alma:

—¡Detente!... tienes tanto cálculo, como yo poca prevision... ya no es tiempo de retroceder; ¡estamos al borde del abismo!... ¡adelante, y sea lo que Dios quiera!...

La condesa rompió en amarguísimos sollozos: Pedro,

sin inmutarse siquiera, la puso delante un pliego de papel timbrado con las iniciales y la corona, mojó una pluma en el tintero de plata cincelado, y presentándosela, dijo:

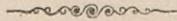
—Escribid; yo os dictaré.

—No hay necesidad, deja la carta; la copiaré...; ahora necesito estar sola.

—Una hora doy á V. E. de término; si en este tiempo no está en mi poder, queda deshecho nuestro trato;—añadió Pedro saliendo de la estancia.

—¡Ahora impone condiciones!... ¡ah! ¡malvado, cómo aguarda para dictarlas al último momento!...—murmuró Efgenia contemplando con doloroso abatimiento aquella carta fatal.

Pasó una hora, durante la cual debió sufrir horriblemente aquella infeliz mujer; porque cuando Pedro se presentó en la estancia, le entregó la carta escrita y sellada por ella misma, y luego lanzando un agudo grito cayó en tierra atacada de una convulsion nerviosa.



CAPITULO VIII.

Dolor de madre.

Dos meses despues de la escena que acabamos de referir, se hallaba la condesa en su elegante gabinete de la quinta de Torre-Azul. Estaba pálida, pero radiante de felicidad porque habia conseguido su objeto. El conde la adoraba, y loco de júbilo abrazaba al hijo querido que habia sido el símbolo de su ventura. Hacía un mes que el conde estaba en Madrid, ó por mejor decir, en la quinta, á donde se trasladó inmediatamente de su llegada, encontrando á su mujer en cama aún, sin embargo de que habian transcurrido quince dias desde su falso alumbramiento.

Sus ancianos padres gozaban con acariciar al pequeño vástago, y contribuyeron mucho á establecer la concordia y la armonía entre aquellos corazones tan desunidos antes.

Efigenia hubiera sido completamente feliz sin el continuo roedor de su conciencia, y sin el recuerdo fatal de la funesta carta que Pedro conservaba como un tesoro, sirviéndole admirablemente para conseguir de la pobre mujer que tenia en su poder, cuanto se le antojaba.

— El conde entró con la sonrisa de la alegría en los labios. Llegaba en traje de caza, cubierto de polvo y sin haberse desprendido del equipo del cazador.

— ¿Y mi niño? — preguntó con ansiedad.

— Duerme tranquilo en brazos de su nodriza. — le contestó la condesa; — pero ¿qué tienes? estás agitado.

— No; es la impaciencia: cuando salgo de casa, vuelvo siempre anhelante por ver á nuestro pequeño Amalarico. ¡Ha sido tan deseado ese hijo querido!...

— Es verdad; el cielo quiso darme con tu amor la dicha, siendo ese niño el lazo que unió nuestros corazones, nuestros destinos, viniendo al mundo para ser el venturoso emblema de nuestra concordia.

— ¿Y qué quieres? Yo lo deseaba, no solo porque veía estinguirse mi apellido, pasando el título de mis antecesores á una rama estraña, sino porque he considerado siempre el matrimonio sin hijos como un árbol sin fruto, como una flor sin aroma.

— Es verdad; y la mujer estéril que no proporciona al hombre los goces de la paternidad, llega á ser mirada con el desden, con el desamor que tú has tenido para conmigo; como si hubiera sido una falta, una culpa de mi voluntad.

La dulcísima mirada de la condesa, fija en su esposo, espresaba su angustia, su amor, y las amargas torturas de su corazón.

Revelaba su semblante un dolor tan agudo, que él, besando sus manos con transporte, murmuró:

— ¡Ah, mi dulce Efigenia; perdona lo pasado en gracia de lo presente! ¡Te amo tanto!... Mira, vamos á ver á nuestro ángel, y esto nos consolará de los pasados sinsabores.

— Sí, sí, vamos; porque el llanto está pronto á brotar de mis ojos, como incesantemente brota de mi corazón; — exclamó la condesa asiéndose del brazo de su esposo,

MATILDE Ó EL ANGEL DE VALDE-REAL.



Oh! aborrezco á ese niño!... dijo la condesa.

Imp. de El Siglo XIX.

y pasando con él al cuarto de aquel dichoso huérfano que aparecía como primogénito del ilustre conde de Guayaquil.

Pedro, desde una galería, los vió pasar; y sonriendo con una infernal satisfaccion, siguió sus pasos, yendo á colocarse detrás de una colgadura con objeto de observar las caricias que prodigaban á su hijo.

Efigenia, con un frívolo pretesto, dejó al conde con el niño y se asomó al balcon: su mirada se retiraba con disgusto de aquella criatura; sus lábios se negaban á acariciarle; y sin poderlo remediar, dejó escapar estas frases, salidas de lo más íntimo de su alma:

—¡Oh! ¡Dios mio!... yo no sé por qué; pero aborrezco á ese niño tanto como á su padre.

Pedro Gil oyó estas palabras, y lanzándola una mirada de reto dijo con espresion amenazadora:

—¡Oh! ¡no le amas!... ¡pues tendrás que amarle por fuerza, y él será feliz á costa de tu desgracia!...

Efectivamente, los dias pasaban en la quinta de Torre-azul, con dulce serenidad para el conde, con indefinible tristeza para su esposa, con inusitada alegría para Pedro Gil, que veía crecer á su niño, habiéndole asegurado un porvenir lisonjero.

Llegó un tiempo en que toda la familia se trasladó á Madrid; la estacion avanzaba y Efigenia conforme pasaban dias y meses iba sintiéndose cada vez peor; un mal-estar indefinible, una languidez desconocida la aquejaban.

Se encerró en sus habitaciones sin permitir á su espíritu la más pequeña distraccion; ella creyó que su enfermedad era producida por el remordimiento; por el pesar que le ocasionaba aquella funesta farsa que la habia dado los derechos de la maternidad sin concederle sus goces.

Un dia el conde la halló más pálida, mas acongojada

que otros, y vivamente alarmado por su salud hizo llamar al médico.

Resistíase Efigenia al principio; mas viendo la obstinacion de su esposo consintió en manifestar al médico los síntomas de su mal.

El doctor, que era un anciano con mucha esperiencia del mundo, se enteró perfectamente de todas las particularidades que la enferma iba diciendo, y despues de observarla con escrupulosa atencion, dijo mirando frente á frente á los dos esposos:

—Esta señora está embarazada.

—¡Dios mio!...—murmuró la condesa cayendo desmayada sobre el sofá como si la hubiera herido un rayo.

La fisonomía del conde, que al oír las palabras del médico se iluminó por una viva alegría, nublóse repentinamente al ver el desmayo y la exclamacion de su esposa. Aunque no dijo una palabra, allá en el fondo de su conciencia no pudo menos de repetir:

—¡Qué efecto tan fatal le ha producido una noticia que á mí me colma de alegría! ¿Si me será infiel?... ¡Quién sabe!

La infeliz condesa, tan pura, tan angelical, recobró los sentidos con la certidumbre de su inmensa desdicha; llevároula á la cama donde permaneció quince dias en una completa agonía, producida más que por sus dolores físicos por las reflexiones que la atormentaban. Allá en el fondo de su alma repetía sin cesar:

—¡Qué desgraciada soy! ¡he despojado á mi pobre hijo, al hijo de mis entrañas, de la herencia de sus padres, de sus derechos como primogénito y tal vez le haya labrado la desdicha de toda su vida juntamente con la mia!...

Estas ideas eran una tortura y mucho más, porque vió que su marido se manifestaba con ella frio, circunspecto; pareciendo como que estaba siempre á la espec-

tativa; vigilando siempre y observando con la más escrupulosa atención todos sus actos.

Llegó la época del parto; era primavera: el sol, las auras y las flores vertían torrentes de luz, de aroma y de armonía.

La quinta de Torre-azul hallábase de gala; esperábase un fausto acontecimiento, el feliz natalicio del segundo hijo de los condes de Guayaquil.

El rico banquero habíase convencido de que su esposa sufría; pero no la encontró culpable de la más leve mancha por más cuidado que tuvo en espiar sus acciones. Sin embargo, el recelo, ese inflexible centinela que siempre está dando la voz de alerta no se había extinguido completamente en su corazón; empero supo disimular, y amoldándose á las circunstancias recibió en sus brazos un hermosísimo niño que con toda felicidad dió á luz la condesa.

Este suceso fué recibido en la quinta con júbilo infinito. Todos los amigos, parientes, criados y conocidos se aprestaban á celebrar el bautizo con la pompa y algazara que se merecía tan grato acontecimiento.

Entre la general alegría formaba marcadísimo contraste el adusto ceño y el insoportable mal humor de Pedro Gil.

Sus temores se habían realizado; la condesa tenía un hijo, ¿qué sería de Amalarico?... ¡Ay! esta idea era un tormento: fué al pueblo donde su mujer habitaba, y acordados los dos se propusieron llevar á cabo un pérfido plan, que veremos en breve ejecutado.

El niño recién nacido recibió en la pila bautismal el nombre de su padre Patricio, así como Amalarico llevaba el de su abuelo. Concluyó la ceremonia con grandes fiestas, que terminaron á las doce de la noche.

Cansados de la broma consiguiente en esta clase de regocijos, todos los habitantes de la quinta retiráronse á descansar. Pedro Gil habíase fingido enfermo y llevaba dos dias sin salir de su cuarto, que estaba situado en el extremo de un largo corredor, por el que se iba tambien á las habitaciones ocupadas por la condesa. Consistian estas en un salon, un gabinete y la alcoba. Situadas en el piso bajo tenian rejas al campo; y estaban estas en una disposicion que por entre los barrotes podia pasar con mucha facilidad cualquier cuerpo extraño, aunque fuese bastante abultado.

Las doncellas que asistian á la señora llevaban tres ó cuatro noches sin dormir, y como ya la condesa se hallaba convaleciente no necesitaba tenerlas á su lado. Estaban en una pieza inmediata; pero tan cerca que sentian hasta el más leve movimiento de la enferma.

El dormitorio estaba débilmente iluminado por una lámpara de cristal, igualmente que el gabinete, donde no habia nadie. El salon estaba á oscuras. Sin embargo, en medio de la oscuridad, una mano bastante diestra abrió la puerta del salon, entró con silencioso paso, y abriendo una reja preguntó en voz baja á una persona que debia aguardar por la parte de afuera:

—¿Estás ahí?...

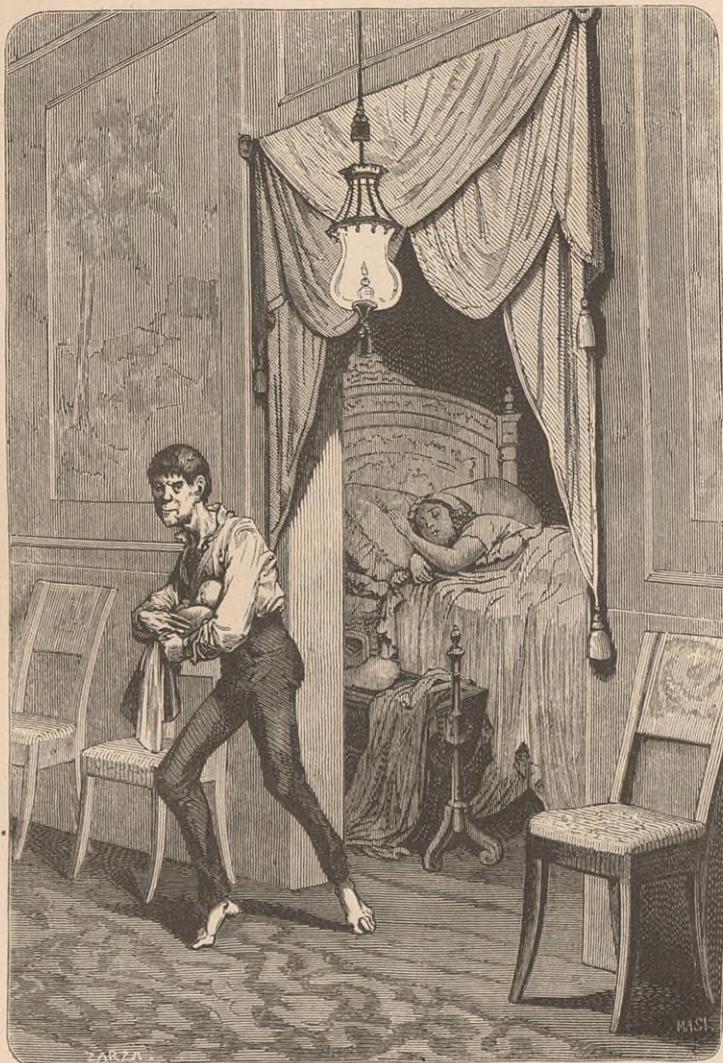
—Sí; aquí estamos: despáchate.

—Allá voy;—contestó retirándose y entrando audazmente en el gabinete de la condesa.

Avanzó la cabeza para mirar dentro de la alcoba, no sintiendo el más pequeño ruido. Un silencio profundo reinaba en el aposento, escuchándose solamente la respiracion dulce é igual de la condesa que acababa de dormirse, despues de haber besado á su hijo con inefable ternura.

El niño estaba acostado en una preciosa cuna de marfil, que la condesa hizo colocar inmediata á su cama;

MATILDE Ó EL ANGEL DE VALDEREAL.



Tomando en los brazos al niño se salió en silencio.

Imp. de EL SIGLO XIX.

pero tan cerca, que con solo alargar el brazo podia cojer al niño para ponerle al pecho, pues por uno de esos cariños muy naturales en todas las buenas madres, se habia empeñado en lactarle por sí misma.

El conde, lejos de oponerse á este deseo, le encontró muy conforme con su gusto.

Aquella noche se fué el último á acostar, despues de depositar en la frente de su esposa y en la de su segundo vástago un ósculo de amor.

Su cuarto estaba en el otro extremo del salon, y aunque dejaba siempre la puerta abierta, como le cojió en el primer sueño, igualmente que á la condesa y á sus doncellas, no pudo oír el imperceptible ruido que el nocturno rondador hizo al abrir y cerrar la reja. Este, cuando se cercioró de que su crimen no podia ser descubierto, avanzó con precaucion, dentro de la alcoba, levantó la ropa de la cuna, y tomando en sus brazos al niño se salió en silencio.

La figura imponente y sombría de aquel hombre, que se reflejó en el fondo de un espejo, hubiera aterrado á quien en aquel momento hubiérale visto caminar en puntillas con su preciosa carga. Llegó á la reja; pasó el niño por entre los barrotes, y dijo:

—Dorotea, ¡tómale!...

—Trae, y adios... — dijo una voz de mujer al otro lado.

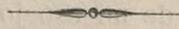
—La suerte de nuestro hijo está asegurada; la de este no nos importa: haz tú lo que te plazca de él; — dijo el hombre soltando al niño.

—Déjalo á mi cuidado, que ya sé lo que tengo que hacer. Adios.

La mujer se alejó, y Pedro Gil, pues él era, lectores mios, cerró las maderas de la reja con cuidado; despues se salió, y dejando las puertas del gabinete y del salon segun las habia encontrado, se marchó á su cuarto, acostándose con mucha tranquilidad.

Una hora despues, un grito de angustia que resonó en toda la casa, hizo correr despavoridos al sitio de donde salió, al conde y á toda la familia y servidumbre de la casa.

Con aterradora sorpresa vieron que el niño habia desaparecido, y encontraron á la infeliz Efigenia atacada de una convulsion nerviosa.



CAPITULO IX.

Nuevos dolores.

Muchos dias pasó la pobre Efigenia entre la vida y la muerte; el golpe que recibió al encontrarse sin su hijo y el inmenso dolor de haberle perdido, fueron para su alma tiernísima y apasionada una tortura continua, un tormento incesante, que la martirizaban de un modo tan cruel como profundamente doloroso. Su débil naturaleza tuvo que luchar con una enfermedad nerviosa que la tuvo más de cuatro meses sin ser dueña de sí misma.

El conde la veía sufrir, y aunque receloso, como no halló en ella el más leve motivo de sospecha, le fué preciso al compadecerse de aquella agonía moral, recobrar poco á poco su confianza.

Hicieron toda suerte de investigaciones, buscaron incesantemente al niño, sin que les fuera fácil descubrir el más ligero indicio del atrevido raptó, ni de sus infames raptóres.

La condesa era la única que abrigaba una sospecha en el fondo de su alma; pero tenia que callar, porque al comunicarla se esponia á perderse sin conseguir recobrar á su hijo, ó quizá envolviéndole en su ruina.

Pedro, á fin de evitar un conflicto por el carácter exaltado de Efigenia, no quiso jamás presentarse delante de ella, y hasta pidió al conde permiso para ausentarse por espacio de tres ó cuatro meses, el que le fué concedido, prolongándose despues su ausencia por más de un año.

Este tiempo lo pasaron los condes viajando; deseoso el de Guayaquil de que su esposa recobrase la salud, la llevó á Paris, y despues continuaron visitando varias provincias de España. Amalarico quedó en Madrid con los padres del conde.

Efigenia, libre de la presencia del odioso Pedro Gil y de aquel hijo postizo estaba más tranquila; atormentada siempre por el recuerdo de su perdido hijo, pero feliz porque poseia el entero cariño y las atenciones de su esposo.

Dos años pasaron del robo del niño; los condes hallábanse en una preciosa aldea de Vizcaya. Los aires del campo, las saludables brisas del mar hacian tanto bien á la condesa que resolvieron pasar allí todo el verano. Era entonces el mes de mayo.

Efigenia habia comprendido desde tiempo atrás que llevaba en su seno otro sér, segundo fruto de su amor, que debia ser tan desventurado como el primero.

Un dia que el conde se lamentaba de la ausencia de Amalarico, y que indicó su resolucion de hacer que le llevasen cerca de ellos, la condesa le manifestó su estado, suplicándole que la dejase en Vizcaya hasta su alumbramiento, porque temblaba no se repitiese en Madrid la terrible escena que aún amargaba sus más dulces instantes de felicidad.

—Bien,— la contestó su esposo;— pero nos traeremos la servidumbre, la familia...

—Como quieras; ¿pero no es mejor que estemos solos hasta despues de mi convalecencia?... Entonces les hare-

mos venir, ó iremos allá para que conozcan nuestro nuevo hijo... ¿no te parece?

—Lo que gustes; mas te advierto que no puedo vivir sin mi hijo: él es para mí lo que para el día la luz; sus caricias alegran mi alma y rejuvenecen mi corazón.

—¿Y no comprendes que Amalarico está muy delicado, y acaso este clima no le pruebe bien?... Es un egoísmo, por disfrutar sus caricias, esponerle á un cambio en su salud que pueda serle funesto.

—En eso tienes razón.

—¿Con que convienes conmigo en que permanezcamos aquí hasta que nazca nuestro nuevo hijo?

—Haré lo que te plazca; pero de todos modos tenemos que traer algunos criados de confianza: aquí estamos sirviéndonos de personas estrañas, gentes del país que no conocemos.

—¡Pero son buenos y honrados!...

—Tú te encontrarás bien; yo por mí sé decirte que no me hallo sin mi ayuda de cámara Pedro Gil y voy á mandarle venir.

—¡Ah! ¡no por Dios!...—esclamó la condesa alarmada y pintándose en sus facciones la espresion de un terror profundo.

El conde la miró con estrañeza y dijo:

—Siempre he conocido en tí un incalificable desvío hácia Pedro Gil, una aversion que no comprendo, porque es un buen criado, servicial, atento, lleva muchos años en la casa y su conducta ha sido siempre inmejorable.

—Es verdad: lo confieso; pero sin saber por qué me inspira antipatia.

—¡Caprichos!...

—Quizá: no te diré lo contrario; ninguna razón tengo para pensar mal de él.

—Entonces le traeremos; nos descuidará mucho.

—¡ Ah! no por Dios: si me amas respeta este deseo; te lo suplico.

—¡ Es muy raro esto!...—murmuró el conde alejándose pensativo.

No quiso contrariar á su esposa, cuya resentida salud era tan delicada, y continuaron en Vizcaya hasta fin de setiembre que la condesa dió á luz una hermosa niña.

Aquí la felicidad de la pobre Efigenia no tuvo límites: por primera vez disfrutaba los inefables y dulcísimos goces maternos, sin el temor de que apareciese á turbar su dicha el antipático rostro de Pedro Gil.

Lactó por sí misma á su pequeño ángel, á su dulce Filomena, sin permitir separarla un momento de su lado, siempre mirando en torno suyo con recelo y guardándola con el más entrañable amor y el más esquisito cuidado.

Mas no debía durar mucho la apacible y dichosa calma que disfrutaba. El conde vió llegar las heladas del invierno, y comprendiendo que habia accedido bastante tiempo á los caprichos de su esposa viviendo retirados de la familia y lejos de Madrid, la indicó su firme resolución de hacer que terminase tan larga ausencia.

Efigenia deploró con todo su corazón semejante acuerdo; pero no tenia ninguna razon valedera para oponerse y tuvo que someter su voluntad, por más que lo sintiera.

Marcharon, pues; la niña tenia dos meses, manifestando su precoz desarrollo una criatura hermosísima.

El conde la adoraba: loco de alegría pasábale los dias junto á su cuna sin cansarse de admirar las infantiles facciones de su angelical Filomena.

Antes de salir de Vizcaya recibieron una carta de Pedro Gil, en la que manifestaba el feliz alumbramiento de Dorotea y ponía á la disposicion de sus queridos amos una nueva servidora, pues era en efecto una niña de la misma edad de Filomena la que habia dado á luz su mujer.

—¡Qué coincidencia!... ¡Tiene una hija de la misma edad que la mía!...—murmuró la condesa.

Sin saber por qué presintió un nuevo dolor y se puso en camino para Madrid con una tristeza profunda.

A su llegada encontraron á toda la familia que recibió con vivo alborozo á la recién nacida. Pedro Gil fué el primero á felicitarlos; pero sus halagos eran fingidos, sus ojos de tigre querían devorar á la madre y á la hija.

Como anteriormente, procuró con especial cuidado evitar el encuentro con la condesa; y esta, que aún conservaba la sospecha de que él únicamente había podido robarle su hijo, se dedicó á velar por su Filomena constituyéndose en su esclava y no perdiéndola de vista ni un solo momento.

El celo maternal no era suficiente para contrarestar la astucia y la sagacidad de un malvado.

La infeliz Efigenia luchaba sola sin más armas que su debilidad, sus lágrimas y el inmenso amor que profesaba á aquel pedazo de sus entrañas. El conde, ignorando la horrible agonía que torturaba el pecho de su pobre esposa, no podía prestarle su apoyo, dejándola por lo tanto anegarse en aquel piélago de inmensa amargura que debía arruinar de nuevo su salud.

Ella no dormía; sus breves momentos de reposo eran constantemente interrumpidos por una pesadilla fatal; figurábase que á cada momento Pedro Gil, con su mirada de tigre, le arrebatava su niña; entonces se despertaba como una loca gritando con un espantoso delirio. Un día, en medio de su exaltacion, exclamó:

—¡Arroja de nuestra casa á Pedro Gil, arrójale!... ¡Es un infame que nos ha robado nuestro hijo!...

Este grito salido del fondo de su alma, fué la señal de su perdición; el tigre debía vengarse.

Para evitar aquellos momentos de locura, producidos indudablemente por su presencia en la casa, se despidió

del conde, pretestando, que como tenia una hija pequeña necesitaba vivir en familia, no pudiendo ya continuar á su servicio.

El conde se alegró, porque veia la prevencion manifiesta que Efigenia le tenía, sin poder darse cuenta de la causa que la motivaba.

El antiguo criado salió; pero dejó dentro quien ejecutase sus órdenes, poniendo en práctica sus infernales proyectos. Una muchacha, á la que habia colocado de doncella cerca de la condesa el comadron que la asistió en el falso alumbramiento, fué la encargada de secundar las miras de Pedro Gil.

Esta le estaba obligada por varios conceptos, y tenía que complacerle, además de que en ello intervenia un interés directo, porque Pedro la recompensaba prodigamente.

Apenas Efigenia se vió libre de su odioso enemigo, empezó á respirar con desahogo; ya pudo dormir más tranquila, y cesando el alarmante estado en que se hallaba, se entregó con afan á las caricias de su hija, sin disimular el aborrecimiento que le inspiraba Amalarico.

El pobre niño, que ya tenia edad para comprender tan marcada aversion, se retiraba muchas veces llorando al cuarto de su padre, y le decia:

—¡Mamá no me quiere!... ¡Todas las caricias son para Filomena!

Esto mismo se lo decia á Pedro Gil, á quien veia casi todas las tardes cuando salia á paseo; este le contestaba:

—¡Calla, hijo mio!... Pronto estarás tú solo.

Filomena empezó de repente á enfermar; iba cada dia adelgazando, viéndola su madre desmejorarse con un terror profundo.

El médico que la asistió mandó que la llevasen al campo, porque los aires libres convendrian mucho á su salud.

El conde, en vista de esto, dispuso en seguida trasladarse á la quinta.

Efigenia se resistia á ir á Torre-Azul; tenia este sitio como un lugar de desgracia, y empezaba á odiarle casi tanto como á Pedro Gil.

El conde llegó á creer en su mujer un poco de enajenacion mental; sus continuos delirios, sus desvarios, sus incalificables ódios á Pedro, á la quinta y lo que para el conde era más estraño, hasta se estendian á su hijo Amalarico, le hacian creerlo así; en este concepto, dispuso su viaje sin demora, y se trasladaron á Torre-Azul.

Como para desmentir las preocupaciones de la condesa, que tenia la idea de que en Torre-Azul se pondría la niña peor, empezó á mejorar notablemente; á los cuatro dias era otra, mostrándose alegre y risueña.

Una noche la condesa se sintió un poco indispuesta y se acostó temprano; la camarera confidente de Pedro la preparó una taza de té, en la cual puso una pequeña cantidad de una preparacion química, que mezclada con el té habia de producir en la condesa un sueño profundo.

Efectivamente durmió muchas horas, aprovechando la camarera aquellos momentos en que todos dormian en la casa, para salir al salon, abrir la ventana y preguntar á una persona que esperaba fuera:

—¿Está todo preparado?

—Sí; aquí está la niña: venga la otra.

—Allá voy; démela Vd. desnuda, y pónganla estos pendientes que tenia Filomena.

Volvió á la alcoba, desnudó á la niña, la sacó al salon, y pasándola por entre los yerros de la reja la puso en los brazos de Pedro Gil, tomando la que este le alargaba.

Poco despues la hija de Pedro y de Dorotea ocupaba el lugar de la del conde, estando vestida con la ropa

que esta tenía y acostada en el mismo lecho de la condesa.

La fatalidad que á veces favorece á los malvados hizo que las dos niñas se pareciesen mucho: es cierto que en esa edad se parecen todos los niños, siendo muy fácil un engaño de esta naturaleza; únicamente el instinto maternal nunca se engaña.

Cuando Efigenia despertó halló que la niña se había cojido á su pecho y mamaba tranquila. La dió un beso en la frente y volvió á dormirse. Empero ya este segundo sueño fué agitado, violento; se vió acometida de la pesadilla de siempre, y se despertó gritando: « ¡Mi hija! ¡Que me la roban!... »

Ya eran las ocho de la mañana; toda la familia estaba levantada, y acudieron á sus gritos.

—¿Qué es esto?...—dijo el conde.

—¡Ay! ¡Qué susto he llevado! ¡Soñé que me robaban mi niña!...—esclamó la condesa, sentándose en la cama y cojiendo á la tierna criatura para colocarla encima de sus rodillas.

—¡Tú vas á perder el juicio!...—murmuró el conde.

En tanto, la condesa se fijó en la niña, y súbitamente dejándose llevar de un impulso del corazón, gritó repeliendo á la pobre criatura y arrojándola á los piés de la cama:

—¡Infames!... ¡Infames!... ¡Esta no es mi hija!... ¡Bien lo presentia mi alma!...

—¡Qué dice!... ¡Oh, Dios mio!... ¡Está loca rematada!—dijo el conde, dejándose caer con abatimiento en un sillón.

—¡Quitádmela de aquí!... ¡No es mi hija!... ¡Yo no quiero verla!... ¡Me la han robado!... ¡Traedme á mi Filomena, y llevaos esta; lleváosla pronto!...

La condesa continuó en un delirio espantoso recha-

zando á la niña, que no pudieron hacer volviere á tomarla en sus brazos.

Todos comprendieron que habia perdido la razon, confirmando tan triste nueva los facultativos que acudieron llamados por el conde.

Y efectivamente; su exaltacion, sus estrañas palabras, la incoherencia de sus ideas, todo demostraba una enajenacion mental.

Muchas veces quiso escaparse: decia que iba á buscar á Pedro Gil para que le entregase sus hijos. Viéndola tan obstinada en esta idea, se vió el conde en la sensible necesidad de encerrarla en una habitacion, donde la veia con profundo dolor entregarse á crueles accesos de desesperacion.

Ninguno en la casa advirtió el cambio de las niñas; y Mauricia, que así se llamaba la que habia sustituido á Filomena, siguió en la quinta al cuidado de una nodriza, pues la condesa no quiso volverla á ver, redoblándose su furor en el momento que lo intentaban.

No estaba, sin embargo, dispuesto por la Providencia que los dos hijos de Pedro Gil usurpasen el puesto de los legitimos del conde.

Mauricia cayó mala, siendo atacada de una pulmonía fulminante, que apagó su existencia en menos de ocho dias.

Dieron esta noticia á la condesa, que la recibió encojiéndose de hombros con la mayor impasibilidad.

—¡Oh, está loca! .. ¡Loca rematada!...—dijo el conde al ver su indiferencia.

Empero la condesa no estaba loca; estaba solamente trastornada por el inmenso dolor de su continuado martirio.

CAPITULO X.

La carta.

Volvamos, amabilísimos lectores, á tomar el hilo de nuestro relato que dejamos pendiente en el capítulo V, pasando á dar cuenta de la inmensa desventura de la condesa de Guayaquil.

Recordarán que Matilde quedó en el jardin aguardando con impaciencia á su nodriza, que habia ido á la aldea con especial encargo de sus amos. En tanto llegó Amarico, su prometido esposo, sorprendiéndola en uno de aquellos momentos de triste meditacion, tan frecuentes en ella, desde que empezó á tratarse en el castillo la malhadada cuestion de su casamiento.

El osado jóven, cuyo viciado corazon era incapáz de abrigar ninguna idea generosa, la reconvino por aquel disgusto que manifestaba en visperas de su boda; ella, escusándose del mejor modo posible, se alejó de allí pretestando que aún no estaba vestida, y fué á encerrarse en su gabinete.

Digamos cuatro palabras con referencia á tan virginal aposento. Todo en él era puro, poético y bello.

Consistian las habitaciones de Matilde en cuatro piezas, el gabinete de estudio, el de tocador, el dormitorio y el cuarto del baño, en cuya inmediación estaba la alcoba de la nodriza.

En el primero, tapizado de raso azul con flores blancas, tenia su arpa, sus papeles, sus libros y sus bordados. Varios cuadros, todos bordados ó pintados por ella, adornaban las paredes. Los muebles eran de talla, anti-quisimos, denotando la severidad de su opulenta casa.

Por do quiera se veian jarrones de flores, pájaros y tórtolas, que con su amoroso arrullo templaban la grave melancolía de su jóven ama.

Los balcones de este gabinete iban á la huerta; á lo lejos se contemplaba el dilatado monte sembrado de robustas encinas; á un lado, la ermita de Nuestra Señora de Gracia aparecia sobre un manto de verdura como una blanca paloma.

Cuando Matilde entró en su gabinete se alborozaron los amarillos canarios y los pardos gilguerillos, batiendo el ala, y trinando dulcemente como en señal de cariñoso saludo.

La jóven, bastante preocupada para hacerles caso, ni los oyó siquiera; fué á sentarse cerca del balcon, apoyando las manos en la frente y los codos sobre un velador. Los pájaros enmudecieron.

En esta postura la sorprendió Andrea, que con silencioso paso entró, cerrando la puerta tras sí.

—Siempre lo mismo, llorando; ¿no es verdad?...—esclamó.

—¡Ah! ¿eres tú, mi querida nodriza? Te esperaba con afán;—dijo la jóven alzando la cabeza. Luego la hizo sentar junto á ella, y abrazándola con cariño la preguntó:

—¿Has ido á la aldea por encargo de papá, ¿no es cierto?

—Si, señora; de allí vengo: ¿quién se lo ha dicho á usted?

—Mira, no me hagas enfadar, Andrea; hemos convenido en que me dirás de tú cuando nadie nos oiga: así, pues, reclamo el cumplimiento de esta promesa; tú has sido para mí una madre tierna alimentándome con la sávia de tus entrañas, me has cuidado dia y noche por espacio de quince años, justo es que yo recompense estos afanes siquiera con mi amor y con mi confianza.

—Sí, señorita: lo dice Vd. muy bien; pero no lo hace.

—¡Vamos!... Ya veo que tambien tú te conjuras en contra mia, y tu intencion como la de todos es atormentarme.

—En prueba de que se engaña, quizá la traiga un consuelo.

—¡Un consuelo!... ¿Hay alguno para mi profundo penar?...

—Este; creo que es el único.—Andrea, al decir esto, le presentó la carta de César que Mauricia la entregó en casa del cura.

—¡Oh! ¡suya!...—esclamó la jóven arrebatándosela y rompiendo á llorar con amarguísimos sollozos.

—Vamos, hija mia; cálmate por Dios: el escesivo dolor perjudica á la salud, y tú estás bastante delicada para quebrantarla más.

—¡Soy muy desgraciada!...

—Ya lo sé; y la culpa la tienes tú misma, por ese carácter tan débil, tan irresoluto, que no te atreves á decidirte nunca.

—Lo que no me atrevo es á contrariar á mis papás; son tan severos, que un grito suyo me hace temblar, me anonada.

—¿Y por darles gusto te resignas á ser desventurada toda la vida?

—¡Ay! ¡no me importa tanto mi desgracia como la de

este infeliz, cuya carta contemplo con placer, y sin embargo, tiemblo leerla.

—Vamos, ábrela, ¡pobrecillo!... ¡bien merece un recuerdo tuyo!...

Matilde haciendo un gran esfuerzo la abrió y leyó en alta voz lo que sigue:

«Gracias, Matilde mia: gracias; tu última carta ha sido para mi lacerado corazón un bálsamo de consuelo; me confias tus penas, tu profundo dolor; me das la seguridad de un cariño sin límites, cariño que desde la infancia se ha nutrido en nuestras almas, y que habiendo tomado tan prodigioso incremento no puede haber fuerza humana que lo debilite. Yo también, amada mia, te consagro mi adoración suprema, mi fé, mis esperanzas, mis ilusiones todas, mi vida entera, que sacrificaría gustoso por hacerte feliz.

»Me dices que no tienes fuerzas para rebelarte contra el poder tiránico de tus padres, y que si el cielo no acude en tu auxilio-doblarás sin remedio la cabeza ante el ominoso y cruel yugo que te preparan. ¡Ah, no! El cielo protege la inocencia, y por eso me ha inspirado una idea salvadora aunque arriesgada. Tú nada temas; déjate conducir al altar, y confía en mi amor, que de las mismas gradas sabré arrancarte, siquiera tenga necesidad de llevar la desolación y la ruina al pobre valle donde se mecieron mis primeros años.

»Nada te importe mi suerte: estás inquieta porque me alejé de Valde Real con el corazón desgarrado, sin porvenir y sin destino, y nada te he dicho; perdona esta reserva. Tuve que seguir la primera carrera que me propuso el azar; carrera espinosa y árdua; ¡pero tan independiente!... ¡tan libre!...

»La libertad era el sueño dorado de mi vida, era el anhelo de mi corazón, era el delirio de mi mente. ¡Yo, pobre espósito, recogido por caridad en el castillo de tus

padres; yo, pobre, abandonado, sin derecho á una caricia, á un beso de amor, á un puesto distinguido, destinado á lamer siempre la cadena del esclavo por gratitud, por deber; esclavitud harto más penosa que la de los negros; yo, en fin, sujeto siempre á una servidumbre vergonzosa, tenía que ambicionar esa libertad más que otro alguno! La conseguí por fin, no por mi gusto: bien sabes que á trueque de contemplarte á todas horas, á trueque de beber el amor en tu sonrisa, en tus miradas, hubiera permanecido siempre en el castillo desempeñando el papel del último de tus criados; empero llegó un día de aciaga memoria: día funesto en que terminára mi permanencia á tu lado. Déjame recordarlo; permite este desahogo al infeliz espósito que se alimenta de recuerdos.

»Era una noche tibia y perfumada; las copas de los árboles de la huerta se mecían al blando impulso de un céfiro susurrante y jugueton. Tú, blanca y pura como el albor de la mañana, apareciste en la reja; la luna entonces, desprendiéndose de un grupo de nubes que la robaban su brillo, apareció en la azul esfera iluminando tu frente con su rayo de paz. Te ví llena de amor y de ansiedad; corrí á tu lado; me aguardabas; á través de la reja nuestras manos se unieron por primera vez; nuestros labios repitieron juramentos de eterno cariño.

»¡Inefable ventura que habia de ser tan breve!... Así son todas las dichas de la tierra; desaparecen dando lugar al desengaño impío, que con descarnada mano arranca una por una las hojas inmarchitables de la hermosa flor de nuestras ilusiones.

»Un hombre severo como la estatua del terror escuchaba trémulo de indignacion nuestras protestas de ternura: rígido, amenazador, se interpuso entre nosotros, y con una voz, que aún resuena en el fondo de mi alma, exclamó:

— ¡Miserable reptil; espósito sin fortuna; hijo sin

padres ; criatura ingrata , indigna de la proteccion que te he dispensado , educándote al lado de mis hijos y concediendo á tu orfandad un asilo en mi casa ! ¿Es este el pago que recibo en cambio de mis beneficios ? ¿Es decir que te atreves á insultar la nobleza de mi nombre requiriendo de amores á mi hija ?

» Yo enmudecí : el respeto á tu padre , el amor á tí , ensueño virginal de mis ilusiones , detenian mi lengua . Pero ¡ah! no eran solo estos insultos los que debian dirijirseme ; otros más graves debia escuchar el infeliz espósito ; permíteme callar ; aún su recuerdo enardece mi sangre , y la ira ciega mis sentidos .

» Al arrojar me del castillo como á un malhechor creí volverme loco ; tuve un pensamiento horrible , que no realicé , gracias á la saludable influencia que tu amor ejerce en mi ser .

» Pasé la noche bajo una encina , desde la cual contemplaba el resplandor que despedia la luz en tu habitacion ; tú tambien la pasaste en vela ; más de dos veces te ví abrir los cristales , apareciendo como que buscabas un soplo de aire que refrescase tu frente ; y en medio de aquel silencio solemne de la naturaleza , en medio de aquella soledad que nos rodeaba , nuestras almas se unieron , nuestros suspiros se encontraron , y aunque separados por cien pasos de distancia , el amor fundió en uno solo nuestros dos corazones .

» ¿No es verdad , dulce ángel mio , que la ausencia ni los obstáculos no han podido romper el lazo magnético que nos une?... ¿No es verdad que me amas con el fuego sagrado de un purísimo y único amor?...

» ¡Ah!... Sí ; en este concepto te escribo : esta creencia me dá fuerzas para vivir y para salvarte , porque no lo dudes , mañana te arrancaré del altar si no puedo esta noche .

» Digo esta noche porque pienso verte ; entre doce y

una verás una luz en el monte, será la señal de mi presencia en los alrededores del castillo: si puedes sin comprometerte hacer que Andrea abra la puerta falsa del jardín, entraré á pié llano y sinó saltaré la tápia; me importa poco un peligro, cuando hallaré cumplida recompensa en una sola de tus sonrisas.

»Adios, amada mia; espérame y ten confianza en mi cariño y en la lealtad del pobre espósito que te consagra su existencia entera.—Siempre tuyo,

CÉSAR.»

Cuando Matilde terminó la lectura de la carta estaba enternecida, sus lágrimas se hallaban próximas á brotar de sus ojos. La buena Andrea ya las había dejado correr á lo largo de sus mejillas.

Se miraron una á la otra, y abrazándose fuertemente rompieron ambas á llorar.

—¡Oh! ¡Dios mio!—murmuró Matilde.—Apenas puedo hablar; yo no quiero que venga, se espone á que le vea mi padre y tengamos un disgusto. ¡Tiemblo tanto!...

—Pero ¿qué hacer?... hija mia; está decidido... vendrá y no tienes más remedio que escucharle.

—¿Y si le descubren?...

—Procuraremos evitarlo: no hay otro remedio; puesto que avisarle será inútil: ya no recibe la carta.

—¿Qué pensará hacer?... No me revela sus proyectos.

—Nos lo dirá esta noche.

—¡Ay! ¡No puede ser!... No me decido á que penetre en esta casa, de donde tan inhumanamente ha sido arrojado.

—Entonces nada podremos hacer, y mañana serás la esposa de ese hombre...

—¡Oh! ¡nunca!...

—Pues ya está todo dispuesto para la boda.

—¿Con que es verdad?... ¿No me queda esperanza?...

—Ninguna; vengo de avisar al cura de Valde Real, que ha de uniros al amanecer.

—Tan infausta nueva háme anunciado ese odioso novio que me destinan mis padres; pero mi corazon se resistia á creerlo.

—Mas no te quedará duda al verla confirmada por mí, que tanto te quiero, y que anhelo únicamente tu felicidad.

—Sí, tú eres la única que me amas; el único pecho amigo donde puedo depositar mis crueles aflicciones.

—Te dejo, hija mia; adios: prepárate á ver á César; yo fio mucho en su valor y en su lealtad.

—Tú le quieres mucho, ¿eh?...

—Con todo mi corazon... te lo confieso. ¿Y cómo no? Si he cuidado de su infancia al mismo tiempo que de la tuya; si le he visto crecer pasando de la adolescencia á la juventud, y avanzando siempre en gallardía y en virtudes...

—¡Es muy bueno!... Mi padre, cegado por ese orgullo de raza que le estravía, no ha comprendido cuánto vale; ni puede conocer que tiene un corazon de oro.

—Ya se desengañará; el tiempo lo ha de hacer todo: y á estos viejos testarudos que no admiten razones se les convence de otro modo. Vaya, ¡adios!... no me detengas más: tengo que dar á los señores el recado del señor cura; y en verdad que me ha prometido esta tarde venir á verte; quiere que hableis; con que ya lo sabes; aguardale por el jardin.

—¡Si tiemblo bajar!... En cuanto me vé Amalarico ya no se aparta de mí; y como su presencia me es tan odiosa vengo á refugiarme en este gabinete donde le está prohibido entrar.

—Ya le cojeremos las vueltas; mira, desde esta ventana se vé la senda que conduce á la aldea; le verás venir, y entonces le sales al encuentro.

—Está bien.

—Yo voy á tomar las órdenes del señor conde.

Andrea salió, dirigiéndose al salon donde los señores estaban casi siempre. Era este aposento vastísimo; tenia cuatro ventanas al monte, que cubrian hermosas colgaduras de damasco encarnado; la sillería que corria á lo largo de las paredes estaba forrada de lo mismo, siendo de riquísima y antigua talla.

Junto á la chimenea, donde á pesar de la apacible temperatura que se disfrutaba ardian gruesos troncos de encina, estaban los dos ancianos hundidos cada cual en su ancha poltrona.

El conde de Valde Real tenia á su alrededor tres ó cuatro perros de caza. Eran su pasion favorita, su única diversion. Pasábase los dias buenos en el campo; los malos dormitando junto á la chimenea, sin que se le ocurriese jamás quebrar la monotonía de su vida con alguna distraccion útil y agradable.

Los libros le fastidiaban; de no leer nunca, casi lo habia olvidado, y en cuanto á escribir, apenas sabia redactar una carta y poner en ella su estrambótica firma que eran unos garabatos inconcebibles.

De alta estatura, flaco, erguido, sarcástico y orgulloso, personificaba la estatua de la sequedad. Ni una palabra de dulzura tenian sus lábios para nadie: como su elocuencia era tan pobre no sabia nunca convencer, ni lo intentaba, sino imponer despóticamente su voluntad; y ¡ay! del que la contrariase. Su voz seca, acentuada y breve, era tan áspera que producía una desagradable sensacion al que la escuchaba por primera vez.

La condesa, por el contrario, era de una dulzura estremada; blanca, apacible y tímida como un corderillo, tenia siempre la sonrisa en los lábios y la sumision en la frente.

Era una de esas criaturas tan admirablemente cándi-

das, que tocan el extremo de la imbecilidad. Sin iniciativa, sin voluntad propia, asemejábase á una máquina movida al impulso de una fuerza superior á ella que la arrastraba. Esta fuerza era la voluntad de su marido.

Alabábase este con frecuencia de no haber nunca reñido con su mujer, y ¿cómo era posible?... si la infeliz autómata ni aun tenia fuerzas para enfadarse.

Cuando Andrea entró en el salon estaban solos.

—¿Ya estás de vuelta?... — la dijo el conde. — Y bien, ¿has despachado tu comision?

—Si señor: de la misma manera que me la encargó V. E.

—Entonces.....

—Vendrá el señor cura esta tarde á ponerse á sus órdenes, —interrumpió la nodriza. —Luego, viendo á los perros, dijo:

—¡Pero calla!... ¿aquí están estos perillanes?... ¡qué casualidad!... Con un dia tan hermoso, es extraño que el señor se detenga en el castillo.

—¡Vaya..., parlanchina, en todo te has de meter!.... Bastante te importará que los perros estén aquí ó en la perrera, ni que yo vaya ó deje de ir á caza; — contestó el conde en tono brusco.

—Como V. E. no acostumbra á estar en casa, por eso lo digo.

—Mira, ¿has despachado tu comision?... Pues vete ha hacer los preparativos para la boda, y no seas bachillera.

—Es preciso, Andrea, que prepares la habitacion para el conde de Guayaquil, que viene esta tarde; —dijo la condesa.

—¡Hola! ¿el padre del novio?...

—Sí; el padre del novio, que es un opulento banquero; por esto no ha ido el señor de caza.

—Ya lo comprendo; ¿y qué tengo que hacer?...

—Preparar un aposento; y hacer que la comida sea

espléndida: á ver si te esmeras como tú sabes hacerlo.

—Descuide V. E.; que mis disposiciones harán honor á la casa.

—¡Basta que tú lo digas! — murmuró el conde.

—Andrea siempre ha sido una mujer de mucho gobierno; — exclamó la condesa.

—Ya lo creo; no habrán tenido queja de mí los señores en tantos años como llevo en la casa.

—Alábate, bachillera: siempre habrás de ser una necia; — dijo el conde.

—Desde luego que comprendemos tu mérito... — exclamó la condesa.

—Muchas gracias, señora; V. E. es muy buena; no así el señor, que solo tiene caricias para sus perros; — dijo Andrea marchándose al decir esto, por no escuchar la contestacion, que atendido el carácter del conde, debia ser tan brusca como él. Y en efecto, resonó en el oido de la vieja nodriza el áspero tono del viejo, exclamando:

—¡Vieja cotorra!... ¡con más humo en la cabeza que inteligencia!

La condesa sonrió, como sonreia siempre, aprobando todo lo que hacía ó decia su caro esposo.

—¡Ah! se me olvidaba... — exclamó Andrea volviendo á entrar bien á su pesar.

—Hasta el modo de andar olvidarás tú: buena cabeza tienes; — dijo el conde.

—¿El qué ha sido, Andrea? — exclamó la condesa, con una voz tan dulce que formaba notable contraste con la de su esposo.

—Estas cartas que me han dado en Valde Real.

—Trae, descuidada... — dijo el conde.

—¿Será alguna de Hernan? — preguntó la condesa.

—Seguramente, el sello es de Barcelona.

El conde empezó á deletrear el sobre.

—Apenas veo; — murmuró para disculpar su ignoran-

cia:—afortunadamente aquí está Amalarico que nos hará el favor de leerlas.

—Con mucho gusto;—esclamó el jóven que acababa de entrar.

—¡Ya está aquí el ganso!... ¡qué par! ¡Dios los cria y ellos se juntan!... ¡mejores espantajos para una huerta!... —murmuró Andrea entre dientes, retirándose no sin dirigir una mirada de ódio al novio y á su presunto suegro.

CAPITULO XI.

Dos cartas más.

Amalarico tomó asiento cerca del conde; y abriendo la carta que este le alargó leyó lo siguiente:

Barcelona 3 de mayo de 183...

«Padre mio: Al regresar á esta ciudad despues de una reñida batalla en la cual el partido carlista ha perdido gran parte de sus fuerzas, me encontré con su muy grata para mí siempre deseada. En ella me participa Vd. el atrevimiento de César al atreverse á poner sus ojos en mi hermana; atrevimiento que deploro, pues nunca le hubiera creído capaz de semejante ingratitude. Semejante insulto á la familia que le dió abrigo y educacion, no es digna de los nobles sentimientos que siempre he reconocido en él, y que aun le concedo, sin embargo de su villana accion. Los envidiables lazos que nos unian, lazos de una fraternidad muy cariñosa, hiciéronme formar ese concepto, que para verle destruido ha de avanzar mucho en la senda de ambicion que le ha guiado para llegar á su objeto.

»Creo que el saludable correctivo que ha tenido us-

ted á bien imponerle arrojándole de una casa que infamaba con sus locas pretensiones le harán variar de propósito olvidando su temeraria empresa; empero si esto no bastase, yo, á pesar del cariño que aún le profeso, haríale comprender que una hija de Valde Real no puede unirse á un pobre espósito sin nombre y sin fortuna.

» Apruebo completamente y celebro su acuerdo de casar á mi hermaná con el primogénito del conde de Guayaquil; si se parece á su padre y ha heredado sus virtudes debe ser noble y generoso, pues el conde, con cuya amistad me honro, por haberle conocido en una escursión que ha hecho á este país, es todo un caballero, honrando en alto grado esta alianza á toda mi familia.

» Espero les haga Vd. comprender que al adherirme por completo á sus sentimientos les envío la sincera expresion de mis cariñosos plácemes, deseándoles la felicidad y la dulce paz de que yo me hallo privado en este teatro de desolacion y de sangrientos episodios.

» Sí, padre mio: la lucha aquí es cada día más horrorosa, más encarnizada; el suelo catalan está regado con la preciosa sangre de innumerables valientes, que á la sombra de una bandera defienden unos derechos que juzgan legítimos en el fondo de su alma, y cuya ilusoria creencia ha despertado entre españoles, entre amigos, entre hermanos quizá, una rivalidad odiosa, una lucha encarnizada y cruel que será la desolacion y la ruina de nuestra patria.

» Acaso muy pronto tendré el gusto de darle un abrazo; según me anunció hace poco mi general debo en breve partir con pliegos importantes para el Gobierno.

» En medio de mi satisfaccion siento este viaje, porque me gusta hallarme siempre donde el peligro es mayor y donde hay más ocasion de probar que la sangre española corre por mis venas.

» Adios, padre mio; salude Vd. en mi nombre al de Guayaquil y á su amable hijo (mi futuro cuñado). A mi santa y bendita madre mil abrazos, y que no tema por mi vida, porque las balas están reñidas conmigo. Recuerdos á mi hermana, y para Vd. la sincera espresion del respetuoso cariño que le profesa su amante hijo,

HERNAN DE VALDE REAL.»

—¡Oh! ¡este mozo se conoce que es todo un valiente!... ¡Tiene humos segun veo!...—esclamó con sardónica sonrisa Amalarico, devolviendo la carta al viejo que dijo con satisfaccion creyendo sincero este elogio:

—¡Ah! ¡Hernan es todo un hombre!... Su divisa es mi patria y mi Reina!... Por ese ángel que ocupa el Trono, daria cien vidas si las tuviera.

La maliciosa sonrisa del mancebo continuaba manifestándose bien claro en su semblante que no era de la misma opinion; sin embargo, como no le convenia dejar conocer sus sentimientos, tuvo á bien callar sobre este asunto y variando la conversacion dijo:

—Y bien, ¿qué otras cartas tenemos?

—Hélas aquí; dos:—dijo el conde alargándoselas.

—¡Hola! una es para mí;—repuso Amalarico rompiendo el sello.

—Será de su buen padre.

—Sí, señor; vea Vd. lo que me dice:

«Mi querido hijo: No obstante mis infinitas ocupaciones y lo que me preocupa el estado actual de nuestra política, tendré sumo placer en asistir á tu boda; mi llegada á esa segun te anunciaba ayer será definitivamente el lunes por la tarde, puestó que el casamiento ha de ser el martes de madrugada.

» En tu madre no pienses: su estado de horrible demencia la impide salir de la quinta, y hasta es inútil anunciarla este proyecto, que no ha de comprender siquiera.

A esos señores, comunícales mi pena por esta desgracia inevitable, que me obliga á presentarme solo para el santo objeto de acompañarte al altar, donde te unirás en eternos lazos con su adorable hija, sancionando con mi presencia tan dichosa union.

»Adios; saluda al señor conde; pónme á los piés de la condesa, y dá mis recuerdos á la encantadora Matilde, quedando tuyo el corazón de tu padre,

EL CONDE DE GUAXAQUIL. »

— Vamos á ver de quién es la otra; — dijo el conde.

Amalarico la abrió; y apenas leyó los primeros renglones, se puso pálido: hubiera dado cualquier cosa por ocultar aquella carta.

—¿De quién es? Lea Vd. alto; —le dijo el conde.

Empero el jóven avanzaba en silencio la lectura.

—Vamos, vamos; que me impaciento; quiero saber lo que dice; —esclamó el conde con áspero y desabrido tono.

—¿Se pone Vd. malo? —esclamó la condesa, viendo la lívida palidez que cubria el semblante de Amalarico.

—¡Oh; no, señora! Lo que me pongo es trémulo de indignacion, de coraje; porque un hombre que Vds. han abrigado en su seno y les ha mordido como la serpiente, se atreve á calumniarme. ¡Ah! Yo le sabré encontrar; y aunque se oculte en el último rincón del mundo, le prometo que ha de probar todo el rigor de mi odio.

—¿De quién habla Vd.? ¿De César? —dijo el conde.

—Sí, señor; de César; de ese mendigo miserable.

—¿Y él me escribe? ¿Después de lo que ha pasado tiene semejante atrevimiento? Será para pedirme perdón.

—No lo crea Vd.; antes lo hace con mucha arrogancia, con el solo objeto de calumniarme y de insultar á Vd.

—¡El infame!... ¿Y se atreve?

—Sí, señor; véalo Vd.; —esclamó Amalarico preparándose á leer la carta.

—No quiero oirla, hijo, no; déjame tranquilo; no tengo ganas de incomodarme; lo mejor es quemarla.

—En su vida ha podido Vd. adoptar una resolución más sábia. ¡Allá vá! —dijo el jóven, arrojando la carta en medio de los gruesos troncos que ardian en la chimenea.

—¡Bien hecho! Si le cojera, haria con él lo mismo que acaba Vd. de hacer con su papelote;—dijo el conde.

Una infernal complacencia se pintó en el rostro de Amalarico.

—¡Oh; yo triunfaré á pesar suyo y del mundo entero! —murmuró para sus adentros, viendo convertido en ceniza aquel papel que le perdía.

La condesa no dijo una palabra: es verdad que no tenia voluntad propia; pero aunque la hubiera tenido, ni el conde ni Amalarico la hubieran consultado; para ambos, la mujer era un hermoso mueble que se conserva con esmero para adorno de la casa, y nada más.

Empero, aunque el conde no quisiera oir la carta de César, no es justo que privemos á nuestros lectores de su lectura, y más cuando ella puede arrojar algun indicio sobre los acontecimientos que vamos narrando.

Hé aquí su contenido:

« Señor conde: Aunque indignamente tratado por Vd.; aunque arrojado sin piedad en medio de la noche de la hospitalaria casa que compadeció mi orfandad abrigándome generosamente en su seno; á pesar de todo, rompo el silencio para sacar á Vd. de un error, para convencerle de una inicua maldad.

» El esposo que destina Vd. á su hija es un infame sectario de D. Carlos, jefe de una partida de facciosos, y hombre por todos conceptos indigno de unirse á la noble familia de Valde Real. No le importa comprometer el honor de su casa ni el nombre de su padre, que defiende á Isabel II, ni le aterra la idea de encontrarse un dia con

él combatiendo en opuestas filas. Además de esto, su vida privada es un tejido de iniquidades; reúne todos los vicios que pueden hacerle odioso, conociéndosele ya en Madrid como un hombre sin conducta y sin dignidad.

»He oído referir de él ciertos hechos que revelan la perversidad de su alma, y de los cuales espero adquirir pruebas evidentes que puedan convencer á Vd., á fin de que no me tache de calumniador, ó suponga en mis palabras una intención que no tengo, guiándome únicamente á delatarle un impulso de gratitud.

»Ruego á Vd. me perdone este atrevimiento, y le suplico por lo que más ame en el mundo, detenga la boda de su hija tres días no más, en cuyo término me prometo adquirir las pruebas necesarias para arrancar la máscara al indigno hijo del conde de Guayaquil.

»Su respetuoso y humilde servidor Q. S. M. B.

CÉSAR.»

Amalarico se sonrió con satisfacción al ver convertida en cenizas la acusadora carta; sin embargo, no quedó su corazón exento de temor: aquellas pruebas que César prometía le inquietaban un poco; por esto se apresuró á quemar la carta, evitando de este modo que al conde se le ocurriera dilatar la boda ó informarse de su conducta.

Después invirtió toda su elocuencia en probar al anciano lo conveniente que sería celebrar la boda sin ruido, sin ningún género de ostentación, atendido el alarmante estado del país y la ausencia de Hernán, á lo que desde luego accedieron los dos esposos, quedando dispuesto que solo asistirían al solemne acto un reducido número de personas, celebrándose si posible era antes de amanecer.

Obtenida esta promesa, Amalarico trató de otras cuestiones con sus futuros suegros, haciendo un estudio particular en estar enteramente conforme con todas sus ideas y proposiciones, sin duda con el objeto de conquis-

tarse sus simpatías y su aprecio de un modo absoluto. Seguro de haberlo conseguido, se despidió con el pretexto de ir al camino á recibir á su padre.

Entretanto, Matilde se hallaba en la ventana de su gabinete para ver llegar al señor cura, entreteniéndose al propio tiempo en leer repetidas veces la amorosa misiva de su amado César.

Andrea entró despues de un gran rato, diciendo:

—¡Gracias á Dios que he concluido!... Ya tiene arregladito el cuarto ese señor conde, que si es tan simpático como su aborrecido hijo, le prometo mi desden.

—Por allí vá; ¿le vés?... Siempre está en el jardin esperando que yo baje, y mirando sin cesar á mis ventanas; pero no he de darle el placer de corresponder á sus miradas.

—Haces bien, hija mia: retírate y no le mires: ¡valiente escuerzo! Tiene cara de renegado.

—No es feo del todo; solamente que tiene un aire y un gesto tan desagradable, que causa desvío.

—Debe tener muy mal corazon, porque dicen que la cara es el espejo del alma, y la suya no refleja ningun sentimiento bueno.

—Mira, Andrea, dirás que es aprension; pero ¿no se me figura que se parece á Pedro Gil?

—¿Al sacristan de Valde Real?

—Sí; mírale bien ahora que está de frente.

—Y que tienes razon; no habia yo reparado.

—¿Le encuentras parecido?...

—Muchísimo; una semejanza perfecta: ¡qué cosa más rara! Hasta el modo de andar, hasta la mirada...

—¡Hemos hecho un bonito descubrimiento!... — dijo Matilde.

—Sí, muy original; y desde ahora le prometo llamarle siempre el sacristan; ya se vá al monte; sí, haces bien; márchate porque nos estamos riendo de tu facha.

—Ya era tiempo de que nos dejase libre el jardín: mira, si no me engaño, por allí, al extremo de aquel olivar, veo al señor cura.

—Y no viene solo, —esclamó Andrea:— le acompaña una mujer, ¿quién será?... ¡Pero calla! ya la conozco: es Mauricia.

—¡Ay! ¡Cuánto me alegro! Siquiera me acompañará algun rato: yo no sé por qué, quiero muchísimo á esa chica.

—Es buena, y sería mejor si no tuviera ciertos resá-bios muy propios de los sacristanes.

—¡Oh! Si estuviera mucho tiempo á mi lado, ya sacaría de ella buen partido; mas no nos detengamos: ven, Andrea, vamos á salirles al encuentro.

—Sí, vamos antes que lleguen; quiero que el señor cura conozca el estado de tu corazón antes de echarte la bendición nupcial.

Al efecto, las dos bajaron al jardín, le atravesaron, y abriendo la puertecilla falsa, dirijiéronse al camino de la aldea, encontrándose á los pocos pasos con el bondadoso sacerdote y la simpática Mauricia.

Las dos jóvenes se abrazaron con muestras de viva ternura: la buena Andrea las contemplaba con una dulce sonrisa de bondad, pues la era muy grato todo lo que contribuía ó proporcionaba un momento de placer á su joven señorita.

Dirijiéronse todos á un banco de piedra que había á la entrada del jardín, donde se sentaron.

También en aquel momento Amalarico, reuniéndose en un extremo del olivar con Pedro Gil, sentándose en un pequeño desnivel que formaba el terreno, entablaron la conversacion que verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.

CAPITULO XII.

El padre y el hijo.

—¿Qué hay, querido Pedro?... — le dijo Amalario; — he visto en la oliva el lienzo blanco en señal de que querias hablarme, y aquí me tienes; tambien yo tengo algunas cosas que decirte.

—Pues dímelas antes; — contestó el sacristan.

—No, no; tú primero.

—Bien; ante todo, debo manifestarte que vas á tener á Mauricia cerca de tí en el castillo, donde acabo de verla entrar acompañada del señor cura.

—¿Y cómo es eso?... ¿Por qué no nos has librado ya de su presencia?... Te recomendaba en mi carta que te deshicieras pronto de ella, pues si se llega á encontrar con la condesa, no sé lo que pasará.

—Con esa idea habia pensado llevármela á Madrid; al efecto fui á proponérselo, pero el señor cura se interpuso, rogándome la permitiera venir unos dias al castillo con objeto de acompañar á Matilde. ¿Qué habia de hacer?... Negarme á esta exigencia era una grosería, á la que no estoy obligado por el respeto que debo á mi superior.

—Tienes razon ; pero yo en tanto sufro , porque su sola presencia me irrita : apenas la he visto alguna vez , y la profeso una antipatía mortal : acaso consista en que conozco su origen . ¡ Ay ! no sé por qué has amargado mis dias haciéndome tan espantosa revelacion .

—Era preciso , hijo mio : necesitaba tu ayuda para continuar desarrollando esta trama que te sostiene en una elevacion que jamás hubiera yo podido imaginar para tí .

—¡ Oh ! Calla , calla : tus palabras me hacen daño ; conceptuábame feliz , orgulloso con mi nacimiento , con el título de mi padre , con mi fortuna , cuando tu impia lengua vino sin compasion ninguna á arrancar de mi alma una por una todas sus más bellas ilusiones .

—Ilusiones basadas en un falso pedestal , que yo debia destruir haciéndote conocer la verdad , y reclamando tu cooperacion , tanto en este asunto como en los que á mi me conciernen ; —dijo Pedro Gil mirándole con cierta severidad .

—Por eso me lo has revelado , por tu propio interés ; sin ver que me clavabas un dardo en medio del corazon . Ahora , á cada paso tiemblo ; como mi posicion es falsa , temo verla derrumbarse con estrépito , quedándome la desesperacion y el ridículo .

—Y eso es imposible ; nadie más que la condesa tiene armas contra tí , las que no puede emplear porque ya la tenemos segura : vivirá encerrada toda su vida , sin ver al conde ni á más bicho viviente que á tu madre ó á mí .

—¡ Por Dios..... no pronuncies el nombre de mi madre !... Mi madre siempre será la condesa... mi padre el conde ; —esclamó Amalarico con arrebató .

—¡ Ah ! ¿ te avergüenza que seamos tus padres , y nos privas del consuelo que nos proporciona el llamarte hijo ?...

—Esa voz no debe oirse entre nosotros ; es delatadora

y nos perjudicaría; — murmuró con énfasis el joven.

— ¡Pero si nadie nos oye!... ¡estamos en medio del campo!...

— ¿Y qué importa?... el eco trasmite nuestros acentos.

— Bien: impondré silencio á mi corazon, á mi cariño, puesto que así te complazco; — exclamó aquel hombre rudo, notándose en la inflexion de su voz algo de conmocion.

— Hablemos de negocios. ¿Qué te han prometido en nombre de Carlos V?... ¿Entregarías los pliegos que te di?...

— Es claro: se los llevé al jefe que manda la fuerza acantonada en el campo vecino, el cual me ofreció transmitirse inmediatamente al general para que lo pusiera en manos de S. M.

— ¿Y te ofreció recompensa?...

— Tiempo há que me la tiene prometida; yo espero que si triunfa nuestro partido, seremos los primeros en la córte de Carlos V. ¿Y el conde de Guayaquil qué hace?

— Defender como un necio á Isabel II.

— Ignorará tus opiniones y tus compromisos con el partido contrario.

— Es claro: le veo tan acérrimo, que nunca, á pesar del cariño que me profesa, he querido indicarle la menor idea. Hoy ha estado á punto de comprometerme con mis presuntos suegros ese César aborrecido.

— Pues ¡cómo!... ¡si él no está en el castillo!...

— Pero ha escrito al conde, y me denunciaba como conspirador, ofreciendo pruebas evidentes de mi complicidad, si se suspende el casamiento siquiera tres dias.

— ¡Oh! eso nos pierde... ¿Y qué han hecho?... — preguntó con ansiedad Pedro Gil.

— Afortunadamente nada, porque la carta cayó en mis manos, la cual arrojé al fuego sin que el conde sospechase su contenido.

— ¡Esa es la suerte!... De otro modo, ¿quién evitaba las sospechas?... ¿De modo que está decidido?... ¿El casamiento se celebra?...

—Mañana al amanecer.

—Me alegro; solo falta eso para consolidar tu fortuna; y luego, ¿qué importa que se descubra el origen de tu nacimiento?...

—¡Ah! ¡Eso nunca!... Lo que debemos procurar ante todo es asegurar bien á la condesa para que no vuelva jamás á reunirse con el conde; pues aunque él la odia, ¿quién sabe? A veces el diablo enreda.

—No temas; en mi celo por hacerte feliz, por asegurar tu posicion, no he vacilado en apurar todos los recursos, por peligrosos ó criminales que hayan sido.

—¿Y qué quieres decir?...

—Que el conde juzga culpable á su esposa, gracias á ciertas cartas que yo diestro en imitar toda clase de letras he sabido fingir: estas cartas son dirigidas por ella á un amante, y la comprometen en alto grado; pues se queja de su abandono, de su desden, lo que ha influido mucho para que el de Guayaquil lo crea el origen de su locura.

—Ha sido una magnífica idea: te felicito por ella; ¿y cómo has conseguido trasladarla desde la quinta de Torre Azul á tu casa?

—Con mucha facilidad; yo conservo la llave del jardín, por la cual encontré salvado el obstáculo de mi entrada. Eran las doce de la noche, los pocos criados que acompañaban á la condesa dormían tranquilamente; esta, sin acostar aún, se paseaba con visible agitacion.

Me presenté de repente; al verme dió un grito agudo, que si fué oído por los criados, no hicieron caso, acostumbrados como están á sus estravagancias.

—¿Qué quieres aquí?... ¿Vienes á matarme, asesino

de mis hijos?—esclamó con un acento enronquecido por la cólera.

—Hoy mi mision es de paz,—la contesté;—hace muchos años que no te veo, y vengo á darte noticias tuyas.

—¿De mis hijos?... ¿De mi Patricio?... ¿De mi Filomena?... ¡Oh! ¡qué felicidad! Sí, sí; háblame de ellos: llévame á que los vea y te perdonaré todo el mal que me has hecho.

Aquí la fiera leona se convirtió en manso cordero, y se acercó á mí con la confianza de un niño. Era preciso aprovechar aquel momento; así la dije:

—Bien, los verás, te llevaré con ellos; ¿qué me ofreces en cambio de este placer que voy á proporcionarte?..

—Toda mi fortuna; ¡te daría mi vida... si no la deseara para gozar todavía los inefables placeres de la maternidad!... Mira, dame mis hijos, llévame con ellos, y nos iremos, lejos, muy lejos, donde tú quieras enviarnos; en cualquier punto de la tierra seremos felices, y tu hijo podrá disfrutar tranquilo y sin temor ninguno la herencia y el título del mio.

—Corriente,—esclamé;—lo admito. Sígueme: á favor de la oscuridad de la noche te llevaré donde se encuentran; pero es preciso que dejes una carta escrita anunciando tu resolucion.

—¿Y á quién la dirijo?..

—A tu esposo; por ejemplo le dices: «marcho á lejanos climas; voy á buscar la felicidad que aquí no hallo. Adios, no me busqueis, porque será en vano.»

Con estas palabras, el conde, que dicho sea de paso, lo que desea es verse libre de tí, no hará diligencia ninguna, y por si acaso la hiciera, tú permanecerás oculta durante algun tiempo, antes de marchar con tus hijos al punto que os destino.

—Sí; acepto con gusto cualquier partido: ahora mismo voy á poner la carta... ¿lo ves?... ¡ni aun vacilo!...

¡pero hálame de ellos!... ¡serán tan guapos!... ¡tan gallardos! ¡habla, habla!... No me interrumpes aunque estoy escribiendo.

—¡Son los dos unos reales mozos!... La niña es un ángel; pero no podemos perder tiempo, la noche avanza, y es preciso aprovechar su bienhechora oscuridad.

—¿Ves? Ya está; aquí dejo la carta con el sobre, los criados se la darán. ¡Ay! ¡Tiembo! pero es de felicidad: esta emoción me mata!... ¡Vamos pronto!...

Ella misma, medio loca, sin pensar siquiera en cubrirse la cabeza, salió al jardín; yo la seguí; en el campo estaba mi caballejo, la coloqué en el arzon de la silla, y envolviéndola en mi capa para que nadie la conociese, la llevé al Chaparral, donde sabes se halla situada la salida subterránea de la cueva.

¡Durante el camino habia sufrido tantas emociones! ¡Me hizo tantísimas y tan detalladas preguntas, que á veces me ví confuso para contestarla! Creyéndola verdaderamente loca, la decia cualquier cosa, tratándola con la confianza que no puede menos de tenerse con una demente; mas ella, con su razonamiento, con su clarísima comprensión, me probó, que si no está en su juicio, por lo menos tiene momentos muy lúcidos.

Al entrar en el subterráneo, ya sus fuerzas se habian agotado, y se desmayó. Tuve que entrarla en brazos hasta dejarla depositada en la sala que habitará por tiempo indefinido.

—Pero es necesario que Mauricia no la vea;—dijo Amalarico.

—Eso, por supuesto: permanecerá en el castillo el tiempo que quiera la señorita Matilde, y luego me la llevo á Madrid, y quiera ó no quiera, la meto en una casa de reclusion: lo que es á Valde Real no vuelve; se lo aseguro.

—Nosotros nos casaremos al amanecer, y por la tarde

nos iremos á Madrid; me incomoda vivir en este desierto.

—Y sin embargo, aquí nos conviene estar, por la más fácil y pronta comunicacion con los cabecillas, que por nuestro conducto transmiten las órdenes á los jefes y se ponen al corriente de cuantas novedades ocurren en la Côte.

—Y de ese Solitario, que tanto ruido hace, ¿qué noticias tienes?—dijo Amalarico.

—No le conozco: sé que es arrojado y valiente como un leon, tanto que ha merecido la proteccion de los jefes, y que le dan el mando de la partida que anda por estas sierras.

—¿Y su nombre? ¿No se sabe?

—Nadie le conoce: por todas partes le nombran el Solitario, y nada más. Creo que es un hombre muy extraño, bastante extravagante y con humos de gran señor; al mismo tiempo que generoso y espléndido con los facciosos.

—¿Es jóven?

—No, por cierto; creo que tenga unos cuarenta años.

—Es necesario á todo trance que nos conozca, que sepa quien somos; porque pudiera ocurrir cualquier cosa, y conviene que nos respeten como á emisarios secretos de Carlos V.

—¿Cuándo tendré que llevarle pliegos?

—Acaso muy pronto: hoy á mañana debo recibirlos.

—Entonces procuraré verle, dándome á conocer como compañero.

—Pues quedamos en eso; ahora voy por la senda del molino á ver si veo venir á mi señor padre.

—¡Ingrato; si le tienes delante!... ¿Será posible que nunca he de escuchar de tus labios una palabra de amor?

—¡Eh! ¡déjate de tonterías! Bien sabes que mi carácter es un poco áspero; pero en el fondo siempre te quiero.

—¡Te vas haciendo intratable! ¡Conforme te voy pro-

porcionando honores y dignidades, tú me vas mirando con mayor desden.

—¡Qué cosas tienes!... ¡Te parece que vaya yo á convertirme en un mojigato? —esclamó el jóven con visible desagrado.

—¡Perdona mis quejas!... ¡Soy un pobre viejo que ha sufrido mucho; que por amor á tí, por ensalzarte, porque ocupes una brillante posicion, te he sacrificado todo, hasta mi conciencia! ¡Lo oyes? ¡Hasta mi conciencia; porque hoy, con tal de sostenerte en el puesto que ocupas, no vacilaría en cometer aunque fuera un crimen!

—¡Y yo tambien hago lo posible por pagarte, por corresponder á esas pruebas de cariño! Pero no me detengas más. A lo lejos veo un coche; quizá sea el conde. ¡Adios!...

— ¡Adios, hijo mio!

— ¡Hasta luego, Pedro Gil!

—¡Ingrato; no merezco que ni una sola vez me digas padre! —esclamó el viejo sacristan con pena.

El jóven ya no le oia. Deseando apartarse de su presencia, echó á correr, saliendo del olivar y atravesando los surcos de los sembrados para salir más pronto á la senda del molino.

Pedro Gil le veia alejarse con espresion de tristeza; movió la cabeza con desconfianza, y murmuró:

—¡Ay! ¡Ni siquiera me ha preguntado por su madre! Hemos criado una víbora, elevándola al pináculo de la fortuna, para que luego nos desprecie, mordiéndonos en medio del corazon.

CAPITULO XIII.

La confidencia.

Ya que nuestros lectores conocen los secretos que mediaban entre el padre y el hijo, vamos á escuchar la conversacion de los cuatro personajes que dejamos en el jardin, sentados en un banco de piedra.

—¡ Oh! Soy muy feliz con que me haya Vd. traído á Mauricia;— dijo Matilde al señor cura.—¡ La quiero tanto!...

—Yo tambien siento una dicha inefable estando al lado de Vd., mi querida señorita;— dijo Mauricia.— Supe que se casaba Vd. mañana, y rogué al señor cura me permitiera venir, suplicándole me perdonase una inocente mentira....

—¿ Y cuál es?...— exclamó Matilde con viveza, viendo la indecision de la jóven por esplicarse.

—Mi padre queria llevarme á Madrid, y yo que anhelaba estar en la boda, le dije habia Vd. manifestado deseos de que la acompañase, en cuyo concepto me permitió venir unos dias. ¿ He hecho mal?... ¿ mereceré su perdon?...

—Sí, querida mia; no solo mi perdon, sino mi agradecimiento te concedo; desde luego sostendré tu inocente mentira, y hasta le rogaré yo misma que te deje siempre á mi lado.

—¡Cuán buena es Vd.!... ¡Ay! si lo consiguiera sería para mí la dicha más grande... más inmensa que he conocido.

—¿Tanto me quieres?...

—La quiero á Vd. tanto como aborrezco la casa de mis padres, que he resuelto no volver á pisar jamás.

—Esa determinacion, Mauricia, es demasiado brusca... permite que te lo diga; — exclamó Matilde.

—Pero está bien meditada, y tengo el permiso del señor cura, ¿no es verdad?...

—Cierto, hija mia; Mauricia no puede volver á casa de sus padres, donde la amenaza un peligro inminente, por lo cual espero de tu bondad te dignes acogerla bajo tu proteccion, disimulando este acuerdo en tanto que yo averiguo ciertos hechos que no colocarán á Pedro Gil en buen lugar.

El señor cura, al decir esto, miró con marcada intencion á la nodriza; esta replicó:

—Si Vds. me permiten, voy á prevenir á los señores de la llegada del señor cura. ¿Quieres venir, Mauricia? Puesto que te has de quedar con nosotras, arreglaremos tu cuarto, y me ayudarás á hacer algunos preparativos para mañana.

—Con mucho gusto; — contestó la jóven levantándose, pues deseaba encontrar ocasion de ser útil en alguna cosa.

—Llévala, Andrea, á que tome posesion de su cuarto, porque la prometo que vivirá siempre conmigo: basta que sea desgraciada para que merezca mi proteccion y mi cariño.

—¡Mil gracias, señorita!... Es Vd. un ángel... Bien

hacen en llamar á Vd. así los muchos infelices que en Valde Real viven de sus beneficios.

—Dame un abrazo. ¡Desde hoy seremos hermanas!...

—¡Oh! ¡Qué felicidad!... — exclamó Mauricia abrazando á Matilde con extraordinario júbilo.

—Vamos, vamos, señoritas... —repuso Andrea;— luego se dirán lo que quieran, tiempo tienen en todo el día: ahora vamos á preparar ciertos indispensables detalles para la boda y para el recibimiento de ese señor conde...

—Adios, pues; pronto os iré á buscar: avisa cuando papá guste recibir al señor cura.

—Corriente; — murmuró Andrea alejándose y llevando del brazo á Mauricia.

Esta dirigió una inquieta y triste mirada al sacerdote, que la correspondió con otra sumamente tranquilizadora, que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—Vete tranquila y no temas; yo te protejo, porque mi mision es velar por el inocente y descubrir al criminal, haciéndole, si me es posible, arrepentirse de su culpa.

—¡Pobre niña!... — exclamó Matilde cuando la vió desaparecer.— ¡Dice Vd. que es desgraciada?... ¿En el hogar de sus padres no halla felicidad?...

—No, hija, todo lo contrario, está muy espuesta; por eso la he traído aquí. Tú serás su escudo.

—Con mil amores; comprendo su desgracia, porque yo tampoco en el seno de mis padres hallo una cumplida dicha.

—¡Es verdad!... También te agobia el peso de una severidad que no mereces; es el sistema de una educación antigua muy perjudicial en el día, donde la templanza, la mansedumbre, hacen más efecto que la severidad y los castigos.

Matilde bajó la cabeza y dejó correr de sus ojos una

lágrima fugitiva. El sacerdote prosiguió con admirable dulzura:

—Y bien, hija mia; tú padeces, vas á contraer un vínculo que repugna tu corazon, lo conozco en tu tristeza, en tus lágrimas... ¿Me engaño?...

—No señor.

—Vierte en mi pecho tus cuitas: mírame, no como á tu confesor, sino más bien como á tu amigo; dime tus sentimientos y procuraré en lo que pueda conciliar los extremos de modo que resulte lo mejor, lo más conveniente para tí y para la tranquilidad de tu alma.

—¡Ay! ¡Padre mio!... Hablabámos de Mauricia, y yo soy más desgraciada que ella: voy á casarme, voy á unir mi suerte á la de un hombre que aborrezco con toda mi alma, y no tengo otro remedio; la voluntad de mis padres es infalible, no transijen por ningún concepto. ¡Puede haber mayor desventura!...

—¿Y tú les has manifestado esa repugnancia?...

—Demasiado lo saben, y conocen que mi corazon pertenece á otro hombre; pero la voz de su orgullo habla más alto que su amor de padres, y me sacrifican, no teniendo en cuenta mi desesperacion ni mis lágrimas.

—Pero tú has debido oponerte á esa union que te hará infeliz.

—¡Rebelarme contra ellos!... ¡Jamás!... ¡No conoce Vd. su génio! Es imposible contrariarlos en lo más mínimo... á mí me aterra su severidad... no tengo valor para decirles una palabra... porque desde el dia que descubrieron mi amor á César veo siempre suspensa sobre mi cabeza su terrible maldicion, y antes que arrostrar la maldicion de mis padres prefiero arrostrar la muerte.

—Hé aquí los frutos de esa perniciosa educacion; el temor, siempre el temor, nunca la dulce y expansiva franqueza, nunca la íntima confianza que apoderándose

de los corazones, los subyuga con facilidad inclinándolos con persuasiva dulzura al lado más conveniente.

— ¡Y qué le haremos, padre mio!... ¡Si su génio es así!... Pertenecen á una raza orgullosa que no doblega nunca la cerviz, y no transijen con ningun sentimiento donde crean hallar desdoro para su nombre; por eso he perdido la esperanza de unirme á César, y acepto resignada la suerte que me destinan, puesto que cualquier otra me ha de ser tan indiferente como esta.

— ¿Pero tú sientes por César una pasion formal?...

— ¡Oh! Y tan inmensa como el espacio, cuyo límite se pierde en el horizonte. Le amo con delirio... con idolatría... Su recuerdo... su amor... es la luz de mi sér, es la gloria de mi alma, y la esperanza de mi salvacion.

— ¡Infeliz!... ¿Y amándole de ese modo te vas á sacrificar?...

— ¡Ellos lo quieren!... Arrancándome la felicidad me arrancan la vida... mis dias no serán largos.... y me verán morir poco á poco, víctima de su tenacidad y de su orgullo.

— ¡Pero esto es horrible!... ¿Tú vas á hacer un juramento que no piensas cumplir?

— ¡Si me lo exigen!... Si á mi timidez oponen una fuerza irresistible... si no tengo voluntad para romper esa cadena despótica con que me aprisionan, ¿qué hacer?... Les diré: «Mi mano será de Amalarico... pero mi corazon pertenece á César, y suyo será por toda una eternidad.»

— Si les hablas con esa claridad, es imposible que accedan á la boda. Yo no creo que ese caballero consienta en labrar su desgracia y la tuya. Esto me tranquiliza.

— ¡Yo le creo muy capaz de todo; es un hombre sin corazon!...

— ¡Es preciso que esta alianza no se verifique; es impía á todas luces!...

—Por mi parte, sí señor; yo al casarme voy á cometer un perjurio horrible, porque no amo, no puedo amar al hombre que va á ser mi marido. Es verdad que tampoco puedo unirme á César, porque no reúne los títulos necesarios para entroncar con mi ilustre familia, pero como el corazón no entiende de leyes ni de gerarquías, y recibe de lleno las impresiones de la naturaleza, más sábia que las leyes sociales, el mio ha sentido ese amor; desde la infancia se identificó con el de César, y creció con nosotros, dulce, tranquilo, manso como el arroyuelo que corre al pié de esas montañas; mas llegó un día en que la voluntad paterna quiso oponer un dique á este afecto purísimo de la niñez: entonces se desbordó como un torrente, impetuoso, asolador, y nos hizo conocer toda su inmensidad, toda su grandeza. Sí, padre mio; ¡decirme hoy que no ame á César, es decir á mi corazón que deje de latir!... ¿No le parece á Vd. esto un imposible?...

—¡Tienes razón!... Y no puede seguir adelante este proyecto de matrimonio que no se ha de efectuar. Hablaré á tus padres, le hablaré á él mismo si es necesario, haciendo que la voz de la verdad penetre en su corazón, y ya que no te permitan casarte con el que amas, siquiera que no cometan un sacrilegio obligándote á ser perjura y mala esposa.

—En Vd. confío; á ver si con su santa elocuencia puede tocarles al alma, y me dejan vivir, ya que no feliz, tranquila por lo menos: me retiraré á un convento si lo exigen; no veré á César, no le hablaré; mas tenga yo el consuelo de poder sin remordimientos consagrarle todos mis recuerdos, todos mis pensamientos, recreándome al imaginar la inefable ternura de nuestras almas, que unidas por toda una eternidad podrán amarse sin trabas de ninguna especie en otro mundo mejor, donde no se conocen las miserias y las insensateces de este que

más que mundo puede llamarse abismo de contrariedades y de lágrimas.

La pobre Matilde dejó correr su copioso llanto: el sacerdote la contemplaba con enternecimiento, prodigándola las dulces y consoladoras palabras que su evangélica caridad le inspiraba.

Andrea se presentó en aquel momento.

—Ya puede subir el señor cura;—dijo, apenas estuvo al alcance de su voz.—El conde espera á Vd. en su despacho, y la condesa, tan insignificante como siempre, se ha ido al oratorio. Puede Vd. hablarles á cada uno separadamente.

—En seguida, hija, en seguida: esto no puede quedar así;—dijo el cura levantándose y sacudiendo la punta de los manteos que habian recojido arena del jardin.

—¡Y lloras!... ¿Cuándo se secarán las lágrimas en tus ojos?—esclamó la nodriza abrazando á Matilde con tristeza.

—Creo que nunca; mi destino en este mundo es el llanto.

—Adios, hija mia. Consuélate y ten confianza en la misericordia de Dios: voy á verlos;—repuso el cura subiendo la escalinata que conducia al piso principal.

—Me traspasas el alma,—siguió diciendo la nodriza.—Cuando te veo tan abatida y con tan pocas fuerzas para rebelarte contra esa despótica voluntad que te tiraniza, sufro mucho, porque te quiero con toda mi alma, y mi gusto sería verte feliz, siendo la reina de las mujeres dichosas.

—¡Gracias, querida mia!... tu afecto es un lenitivo á mis pesares. ¡Oh!... quiéreme mucho... quiéreme; esto me dá fuerzas para sufrir.

—¡Vamos, picarilla!... otro cariño es el que tú anhelas,

- ¡Calla!!... Tú siempre maliciosa.
- ¡Confíesalo!... ¿Le quieres mucho?...
- ¡Oh! Si el amor de César me faltará, me faltaria la vida... me faltaria el aire que respiro, la luz que me alumbraba, y muerto mi corazón se agotaria como la pobre flor que perece por falta de rocío, y de un rayo de sol que la vivifique.

CAPITULO XIV.

Confianzas.

En tanto que el digno sacerdote subia al salon en busca del conde, Matilde se dirijió á su cuarto, donde Mauricia y Andrea estaban en la ventana contemplando á lo lejos un coche que se dirijia al castillo.

—¿Qué mirais?...—les dijo la jóven acercándose.

—Aquel coche que viene por detrás del molino: ¿le vé Vd., señorita?

—Sí, efectivamente; ¿quién será?...

—No hay que pensar mucho para adivinarlo;—esclamó Andrea:—el padre de ese novio aborrecido.

—Tienes razon, que se le aguarda esta tarde, ni aun me acordaba;—dijo Matilde con indiferencia.

—Es estraño eso, señorita;—añadió Mauricia:—¿cuando debia Vd. regocijarse tanto!...

—¿Por qué?...

—¡Toma!... Por estar en vispera de boda; ¿le parece á Vd. poco? Cuando en los tiempos que corremos no se encuentra un novio por un ojo de la cara.

—Pues yo te le cederia de buena gana.

—Vaya, hijas mias,—dijo Andrea interrumpiéndolas; —os dejo en paz, y voy á dar una vuelta por la cocina.

—Adios, querida viejecita; no te descuides en venir á traerme noticias frescas; —esclamó Matilde con maliciosa sonrisa dándola un golpecito en el hombro.

—Voy á recojerlas y te las traigo en seguida; mientras tanto, arréglate un poco para salir á recibir á tu futuro suegro: ¿quieres que te envíe tu doncella?

—No; Mauricia me ayudará á vestir: con eso hablaremos sin testigos. ¡Tengo tantas cosas que decir! ¡

—¡ Ah! Con muchísimo gusto; precisamente sería mi mayor placer estar siempre á sus órdenes; —contestó la jóven.

—Corriente, entonces hasta luego; — dijo Andrea saliendo de la estancia y cerrando la puerta tras sí.

—¡ Qué buena eres, amiga mia!... Permite que te dé tan dulce nombre, que es muy grato á mi corazón, y más cuando en esta soledad que me rodea no tengo á quien confiarme; no hallo un pecho generoso donde depositar mis penas; ni encuentro quien me ame como tú, comprendiendo y aliviando con la dulzura de su cariño las acerbas amarguras de mi solitaria existencia.

—¿ Desgraciada Vd.?... ¡ Cuando yo la suponía tan feliz!...

—Te has engañado: ahí tienes como las apariencias son falsas.

—Es verdad, yo me decía: «la señorita Matilde, rica, bella, llena de juventud y de gracias, próxima á contraer enlace con el primogénito de un conde, y viendo como la sonríe la fortuna, debe ser la más dichosa de las mujeres.»

—Pues soy la más infeliz; por eso reclamo tu amistad como un lenitivo á mis dolores.

—Mi amistad vale bien poco, y me hace Vd. un honor grandísimo al solicitarla; sin embargo, si necesi-

ta Vd. un corazón leal que la ame con delirio, seguramente que no encontrará otro como el mio.

— ¡Gracias!... ¡Querida mia!... Gracias; no en vano he sentido por tí una simpatía ardiente, indestructible; ¡tú eres el alma que yo soñaba, tú la hermana generosa que me depara la Providencia!

Las dos jóvenes se habían sentado en un sofá y tenían sus brazos entrelazados formando un bello grupo: de este modo y sin pensar más que en sí mismas, dejaban correr el tiempo dulcemente embebidas en su amistosa conversacion.

— Escucha, Mauricia mia; para que reine entre nosotras una confianza íntima, pura, debe ligarnos un afecto fraternal; seamos, pues, hermanas y confiémonos nuestras penas, ¿quieres?

— Cómo no he de querer, si esa proposicion me llena de júbilo, me hace muy dichosa. ¡Ah!... Señorita, créame Vd.; semejante bondad inunda mi alma de reconocimiento, y nunca he tenido un dia más feliz.

— ¿Y lloras? ¿Y no correspondes á mi cariño llamándome de tú? Vamos, dos cosas que se deben desterrar en seguida, el llanto y el Vd. ¿Lo entiendes? ¡Somos hermanas!

Mauricia redobló su llanto que caía en el cuello de Matilde, porque la joven, vencida por la emocion, se había reclinado en su hombro.

— ¡Déjame llorar! Son lágrimas de alegría, son el tributo que rindo á este santo y fraternal afecto que hoy se despierta en nosotras.

— Entonces llora en mi seno, y yo te acompañaré, pues has conseguido conmover mi corazón, en términos, que ya no me puedo contener;—dijo Matilde limpiándose las lágrimas que caían á lo largo de sus mejillas.

El llanto es contagioso; pero en la juventud, como en la niñez, la sonrisa y las lágrimas van unidas muchas

veces: por eso nuestras dos amables y candorosas niñas, húmedos aún los ojos, sonreían, mezclando su sonrisa con apasionados y cariñosos ósculos.

—Me amarás siempre, ¿no es verdad? Serás mi compañera inseparable; yo, en cambio, te haré la depositaria de todos mis secretos.

—Admito ese cargo con placer; pero has de obtener el consentimiento de mi padre para que me deje contigo.

—Sí; lo haré con mucho gusto: hoy mismo le escribo una carta, que el señor cura se encargará de entregarle.

—¡Si vieras cuánto padezco á su lado! No me quieren; y he llegado á concebir sospechas de que no soy hija suya.

—¡Qué infames! ¿Será posible que tu nacimiento encierre algun misterio? ¡Oh; bien decia yo que no eres lo que pareces! Hay mucha diferencia de tu finura, de tu elegancia natural y de tu belleza, á las maneras bruscas, rudas, de ellos, y á su horrible fealdad. ¿Pero tienes alguna prueba?

—No, querida mia; sospechas nada más, cuya certeza se ha encargado el señor cura de averiguar; por eso te suplico guardes el secreto: es preciso que no lo sepa nadie; porque si llegase á oídos de Pedro Gil, era capaz de matarme.

—Descuida, que no saldrá de mis labios.

—Ya sabes la causa de mis penas: ahora confíame las tuyas; —dijo Mauricia con cariñoso acento.

—Las mias son bien graves tambien; voy á casarme y aborrezco al que ha de ser mi marido; es imposible que yo halle la felicidad á su lado, y me preparo á sufrir toda suerte de desdichas.

—¡Eso es cruel! ¿Tú, tan buena, tan angelical, unirte á un sér que te es odioso? Pero ¿quién te obliga? ¿Por qué no rechazas unos lazos que no quiere tu corazón?

— Mis padres lo ordenan así; no hay quien los haga desistir de su propósito, y me sacrifican, figurándose que de esta manera arrancan de mi corazón el amor que me devora; ¡mas ¡ay! cuánto se engañan!

—¿Luego amas á otro? ¿A César quizá?

—No te lo niego, puesto que lo has adivinado.

Mauricia recibió un golpe mortal: se puso pálida; sin embargo, aún, esforzándose por sonreír, tuvo valor para preguntar á su amiga:

—¿Y él, te ama?

—¡Que si me ama! ¿Crees tú que si no me amase podría yo existir? Su amor es el sol de mi alma, la luz de mi vida.

—¡Y te casas! — exclamó Mauricia con doloroso abatimiento.

—¿Quién sabe todavía? Doy tiempo; dejo hacer todos los preparativos, y aun me dejaré conducir al pié del altar, donde moriré de dolor antes de pronunciar el sí fatal.

—Promoverás un escándalo.

—Y si se niegan á todo; si no ven la tortura de mi alma, la incesante agonía que siento; si saben que ni amo ni puedo amar á ese hombre; si lo sabe él mismo, y á pesar de todo se empeñan en llevar á cabo nuestra alianza, ¿qué hago? Aconséjame tú, ¿qué hago, Mauricia mia, si á la primera palabra de oposicion que pronuncien mis labios veré caer sobre mi frente la maldicion de mis padres?

—¡Es una triste fatalidad! — exclamó Mauricia. — La alternativa es por cierto bastante dura; pero yo en tu lugar no consentiría en esa union.

Un gran ruido de caballos y de carruajes se dejó sentir en el patio del castillo. Matilde se levantó, y saliendo á una galería inmediata, se asomó y volvió rápidamente, exclamando:

— ¡Ya está ahí el conde! ¡Válgame Dios! ¡Y aún me encuentro sin vestir!

— Ven, ven; pronto estás arreglada; no es conveniente que la primera impresion sea desagradable; — dijo Mauricia, atrayéndola hácia el gabinete de tocador.

— Esas palabras me hacen pensar otra cosa. Pues mira, me quedo así; como no tengo la pretension de agradarles, ¿qué me importa?

— Siempre es bueno parecer bella; los encantos de la hermosura, hasta para con los enemigos debemos emplearlos.

— ¡Bah! Diré que estoy enferma; déjame.

No hubiera tenido tiempo de vestirse, porque en aquel momento la puerta se abrió con estrépito, y se presentó el conde de Valde Real llevando de la mano al de Guayaquil. La condesa, Amalarico y Andrea iban detrás. Las dos jóvenes se quedaron sorprendidas.

Mauricia se retiró vivamente, quedando casi oculta entre una colgadura, de modo que el conde de Guayaquil ni aun reparó en su presencia. Amalarico la devoraba con los ojos, sintiendo un temblor convulsivo, porque su horrible miedo le hacía figurarse, si su padre la reconociera por uno de esos misteriosos instintos del corazón.

— Como no bajabas á recibir al señor conde, ha sido tan bueno, que su primer cuidado es subir á verte á tí. ¡Lo que no mereces en verdad! — dijo el de Valde Real, con su natural acento áspero y desapacible.

— Me sentí enferma, y ruego á Vd. que me dispense; — contestó medio confusa la tímida joven.

— Conmigo no hay etiquetas; venga un abrazo, querida. Precisamente deseaba mucho verte, y me conceptúo muy feliz con esta alianza, que ha de proporcionarme dulcísimos momentos de alegre y pura expansion.

El de Guayaquil, que era un caballero amable, noble, lleno de bondad y de franqueza, abrazó á la hermosa

niña sin ceremonia alguna, con el aire más paternal del mundo.

Matilde bajó los ojos conmovida por aquellas muestras de cariño. Andrea observaba la escena desde un extremo del aposento, y no pudo menos de decir:

— ¡Qué guapo! ¡Qué simpático es este señor conde! ¡Más me gusta que su hijo!!...

La conversacion se hizo general; sentáronse todos, quedando Mauricia descubierta, porque Matilde la dijo:

— Ven, querida mia, siéntate á mi lado.

Apenas el de Guayaquil fijó en ella los ojos, se puso pálido, tembloroso, y exclamó con un asombro que no pudo reprimir:

— ¿Quién es esta jóven?

— Una amiga mia á quien quiero mucho; — contestó Matilde.

— Es la hija de Pedro Gil, el sacristan de Valde Real, — dijo el conde.

Por su parte Mauricia no desplegó sus lábios, y en igual de sentarse hizo un movimiento para entrar en el gabinete inmediato; pero el de Guayaquil se interpuso, la cojió de una mano, y poniéndola en frente de sí, exclamó:

— Me he sorprendido, hija mia, al verte, porque me recuerdas á mi esposa en su juventud; se parecia mucho á tí, muchísimo, ¡ay! en aquellos tiempos en que yo era muy feliz á su lado.

El conde no pudo contener un suspiro y un movimiento de profunda conmocion.

Amalarico contemplaba á la jóven con una mirada de tigre; hubiera querido, si posible fuera, borrar aquel parecido que existia entre ella y Efigenia á costa de su sangre.

Mauricia temblaba bajo la profunda y triste mirada del anciano, que sintiendo, sin poder explicarse el mo-

tivo, una vivísima impresion, no podia separarse de ella. Al fin exclamó :

—¿Con que eres hija de Pedro Gil, y yo no te conocia? Vamos, será preciso que sufra tu padre un fuerte regaño, porque no es justo tenga escondida en el rincón de su casa una joya tan bella, y la recate hasta de las miradas de sus antiguos amos que tanto le aprecian.

—Ahora vivirá conmigo; deseo que no se aparte de mi lado, porque la quiero mucho; —dijo Matilde.

—Y haces muy bien, te servirá de compañía, y á ella le será más grato estar á tu lado; —contestó el de Guayaquil.

—Pensaba su padre llevarla á Madrid, —se apresuró á decir Amalarico, —y no es prudente que Matilde disponga su permanencia aquí antes de consultar la voluntad de Pedro.

—¿Y qué le importa que esté conmigo? Yo espero que no se oponga á mi deseo; —exclamó Matilde visiblemente contrariada, sin disimular el disgusto que le causaban las palabras de su futuro, siempre en contradicción con las suyas.

—Yo te prometo que no se opondrá, hija mia: fia en mí que tengo un vivo placer en complacerte; —dijo el de Guayaquil sentándose y haciendo que Mauricia se colocara cerca de él.

—Mil gracias. ¡Qué bueno es Vd.! —exclamó Matilde sintiéndose conmovida.

En el fondo de su corazón halló al anciano conde tan simpático, como odioso le era su hijo.

La conversacion siguió rodando gran rato sobre varios temas, estableciéndose entre todos una íntima y dulce confianza.

CAPITULO XV.

Informes.

En tanto que el conde de Guayaquil se ganaba las simpatías de toda la familia con su carácter franco, su amabilidad y su benevolencia, Andrea bajó al jardín, donde el señor cura de Valde Real se paseaba cabizbajo y pensativo.

La buena nodriza no podía resistir su inquietud; deseaba con ardor conocer el resultado de la entrevista del sacerdote con el padre de Matilde; y llevada por su impaciencia, fué á salirle al encuentro al final de una calle de árboles.

— ¡Eh, señor cura; deténgase un instante! ¡Vá tan preocupado!...

— ¡Y qué quiere Vd., señora Andrea!... ¡El caso no es para menos!

— Esa taciturnidad, ese desaliento, me dá mala espina. ¿Se ha mostrado inflexible el señor conde?

— De todo punto; es imposible convencerle.

— ¡Qué hombre, Dios mio; qué hombre tan testarudo! —decía la pobre nodriza casi llorando.

—He procurado emplear toda mi elocuencia para convencerle: le espuse las innumerables desgracias que puede acarrear un matrimonio desacorde, que casándose sin amor y no armonizando sus corazones, les hace mirarse siempre con un perjudicial y repulsivo desvío. A esto me contestaba el señor conde, que las mujeres virtuosas no deben fijar siquiera la vista en sus novios; obedecen á sus padres y aman á sus maridos despues de casadas, sin que se les ocurra la menor sombra de oposicion. En fin, señora Andrea, no hay medio de reducirle; á no ser que Matilde misma hable al de Guayaquil manifestándole el estado de su corazon, y éste consienta de buen grado en romper el casamiento, no hay salvacion para esa pobre niña, tan buena y tan angelical.

—Al verse contrariado por Vd., ¿se habrá puesto furioso el señor conde?—dijo Andrea.

—Al principio su enojo crecia, estrañando que su hija me hubiese autorizado á dar un paso semejante; pero hicieronle moderarse la gravedad de mi carácter y el tono solemne y sentencioso de mi voz; sin embargo, á pesar de mis razones, mis súplicas y mis amenazas de no hacer el casamiento, porque lo consideraba impío á todas luces, no cedió.

—Venga Vd., — me dijo, — mañana al amanecer; si ella no quiere casarse, que se retracte al pié del altar.

Dicho esto, me impuso silencio con ademan imperativo, saliéndose á recibir al de Guayaquil, que entraba en aquel momento en el patio del castillo.

—Pues no se casan: he de apurar todos los recursos para conseguirlo; afortunadamente el padre del novio parece un bendito de Dios, y no me parece á mí que le gustan las cosas por fuerza.

—Trabaje Vd. cuanto guste; aplaudo su intencion; y no por la negativa del conde desmayaré en mi propósito: prometo continuar trabajando. Ahora mismo espero al

novio, á quien tengo que hablar acerca de un asunto particular, y haré que ruede la conversacion sobre esta importante cuestion.

—¿Y sabe D. Amalarico que le aguarda Vd.?

—Creo que sí; por lo menos he rogado á su criado que se lo manifieste.

—Vaya, si Vd. me permite, voy yo misma á decirselo; con eso haré un favor á mi pobre Matilde, quitando de su vista á ese aborrecido.... sacristan....

Andrea se dirigió á las habitaciones, murmurando entre dientes la palabra *sacristan*, que no se escapó al sacerdote; pero como no comprendiera su significado, la detuvo, diciéndola:

—¿Qué es eso, señora Andrea, Vd. murmura?

—Sí, señor, le llamo sacristan: ¿sabe Vd. por qué?

—No acierto.

—Bien; se lo diré: es el caso, que como queremos tan mal á D. Amalarico, hemos dado en llamarle así, porque es un vivo retrato de Pedro Gil; ¿no lo ha notado Vd.?

—No se me ha ocurrido siquiera compararlos.

—Pues obsérvelos Vd. á los dos, y se quedará pasmado al ver una semejanza tan perfecta.

—¡Qué cosa más rara! — exclamó el señor cura, quedándose pensativo.

—Ea, padre mio; voy á avisarle: hágale Vd. por Dios arrepentirse de su negro proceder, y hasta mañana si no volvemos á vernos.

—Vaya Vd. tranquila, señora Andrea; que por falta de eficacia y buena voluntad no ha de quedar, se lo prometo.

La pobre vieja se fué diciendo entre sí:

—Creo que el señor cura no adelantará nada; emplea por únicos recursos la elocuencia y la persuasion, y para las cabezas duras como la de mi amo, que no entiende de razones, no hay mejor sistema que la fuerza.

¡Ay! Pobre César, ¡cómo me parece que te vas á quedar á la luna de Valencia!... ¿Qué has de hacer tú, infeliz espósito, abandonado de todos, y sin más armas que la nobleza de tu alma y el amor de tu corazón?...

Embebida en estas reflexiones llegó al cuarto de Matilde, donde aun estaba reunida la familia tratando en amigable conversacion los proyectos de boda. Matilde, sentada enfrente de su padre, se hallaba bajo la impresion de las miradas de tigre que este la lanzaba cuando la veia un poco indecisa en contestar; y eso que sus palabras reducíanse á un monosílabo afirmativo, ó cuando más á un *como Vds. gusten*, tan resignado, tan triste, que hacia llorar.

Andrea se detuvo en el dintel de la puerta, Amalrico la miró, y conociendo en su actitud que tenia algo que decirle, se acercó á ella.

—El señor cura de Valde Real aguarda á Vd. en el jardin; —le dijo á media voz la anciana desapareciendo inmediatamente.

Matilde contempló con inquietud aquella breve escena, y mucho más cuando vió á su prometido que tomando el sombrero salió de la estancia.

La pobre niña encontraba motivos de alarma en las cosas más insignificantes.

Sigamos al jóven, que bajó al jardin dirigiéndose en seguida al banco de piedra, donde cansado de pasear se habia sentado el sacerdote.

—Adios, mi venerable párroco: ¿cuánto gusto tengo en ver á Vd. por aquí?— exclamó el jóven alargándole con efusion ambas manos; que el sacerdote estrechó diciéndole:

—Mil gracias: yo tambien celebro el placer de saludarle; y más cuando Vd. apenas se deja ver por nuestra pobre aldea.

—No es por falta de voluntad, sino porque franca-

mente, no sé salir de aquí; me parezco al milano, que temiendo le arrebatan la paloma no la pierde de vista.

—¡Oh! la comparacion no puede ser más propia, y me prueba su ardiente deseo de poseer esa joya inestimable, que los sencillos habitantes de mi aldea llaman el ángel de Valde Real.

—Es un dictado que la sienta perfectamente; su caridad es evangélica, y la piedad de su corazon infinita: creo que si la dejáran, su casa se convertiria en asilo de huérfanos y desvalidos: ahora se empeña en tener á su lado á esa chica hija del sacristan, que no puede convenirla de ningun modo su compañía, porque ni su educacion ni sus costumbres pueden hallarse acordes con las de Matilde.

—¡Pero es tan hermoso ser el apoyo del infeliz!... Y Matilde, siempre noble y bondadosa, se ha constituido en protectora de Mauricia.

—No sé yo que necesite proteccion de nadie; tiene sus padres, ¡qué apoyo más natural ni más legítimo!...

—Tiene Vd. razon: y ya que á cuento ha venido, quisiera tuviese Vd. la bondad de informarme acerca de la conducta de Pedro Gil, que por desgracia va haciéndose algo sospechosa, y como Vd. me lo recomendó para la sacristía de Valde Real, he creido que nadie mejor podria darme los datos que necesito, á fin de juzgarle con acierto antes de avanzar en el campo de las conjeturas.

—¿Sospecha Vd. de Pedro Gil? —esclamó Amalarico palideciendo y vivamente alarmado.

—Sí, señor, por más que lo sienta: yo le recibí bajo su palabra y á la sola presentacion de esta carta. — El sacerdote la sacó de su bolsillo. — En ella me manifestaba Vd., que siendo un hombre honrado, digno y de intachable conducta, podia con entera confianza admitirle para el cargo que hoy desempeña.

—¿Y ha faltado á él, por ventura?

—No, señor: cumple con exactitud su obligacion; pero he visto ciertas cosas en él, sobre todo con esa pobre niña de quien hablabámos hace poco, que producen la alarma: hé aquí por qué reclamo la proteccion de usted y de su prometida para Mauricia, y le ruego me manifieste cuanto sepa con respecto á ese hombre.

—Únicamente puedo decir á Vd. que le he tratado desde que nací; ha sido por espacio de muchos años ayuda de cámara de mi padre, hasta que cansado de la servidumbre, quiso vivir independiente; y habiéndosele ofrecido en Valde Real ese destino que le permitia ocuparse en algo, me rogó le recomendára á Vd., lo cual hice sin sospechar jamás que su conducta pudiera tener nada de enigmática, y mucho menos cuando en el espacio de veinte años que nos ha servido, no hemos tenido en casa que reprocharle lo más mínimo.

El buen párroco movia la cabeza con desconfianza: queria dar crédito á las elocuentes palabras de Amalarico; pero en su corazon se alzaba con más fuerza una voz acusadora y la figura inocente de Mauricia, que atemorizada, llena de terror, presentaba á sus ojos la execrable conducta de Pedro Gil para con ella, tratándola más bien como verdugo que como padre.

Amalarico estaba trémulo: su palidez aumentaba; y como el criminal, que siempre está esperando el descubrimiento de su crimen, aguardaba á que el sacerdote le acusára tambien á él creyéndole cómplice.

Su inquietud le hubiera vendido si el sacerdote abrigára la menor idea de complicidad. Mas ¿cómo era posible que un ministro del Señor, cuyas ideas son todas de benevolencia y de amor, pudiera, ni aun imaginarse, el horrible misterio que guardaban el sacristan y su hijo?

¡Ah! lejos, muy lejos estaba de pensarlo: así fué que, mirando el asombroso parecido que entre ambos se notaba como un capricho de la naturaleza, como una cosa

muy rara, muy casual, y creyendo de buena fé en sus palabras y en su recomendacion, no insistió en sus indagaciones, concretándose con añadir:

—Ruego á Vd. me dispense si le he molestado: observaré, le hablaré á él mismo si es necesario, porque yo no tengo duda que en su vida hay un misterio, y cuando le conozca se le manifestaré, para que vea cómo mis sospechas no se fundan jamás en una base falsa. Entretanto, ruego á Vd. lo reserve; no quisiera que nadie se enterase de las preguntas que acabo de dirigirle.

—Descuide Vd.; por mi parte nadie las sabrá: yo tambien á mi vez le suplico me comuniqué lo que averigüe en este asunto, y le ayudaré con mucho gusto á esclarecer la verdad.

—Admito gustoso su cooperacion; pero debo recordarle, que si Vd. se casa mañana, embebido en su felicidad, no tendrá tiempo ni aun de pensar en Pedro Gil.

—¿Por qué?... Antes al contrario, estaré más tranquilo. Hoy no sosiego figurándome que á cada momento veo desbaratada mi boda.

—¿Quién sabe si su presentimiento será cierto!...

—¿Qué dice Vd.? ¿Acaso tambien tiene sospechas!...

—No, señor, sospechas no; son realidades: creo firmemente y no puedo menos de confesarlo que no puede Vd. ser feliz; porque Matilde no le ama, y mira con marcada repugnancia este casamiento.

—¿Tiene Vd. pruebas?...

—Tengo su confesion; que no la ha depositado al pié del confesonario, sino en alta voz y delante de varias personas.

—¡Oh! ¡con que no me ama! — exclamó Amalarico, rechinando los dientes con ira, y mostrando con su furor el lado odioso de su carácter.

—Así es la verdad;—contestó el sacerdote.

—¿Pero no se niega á casarse conmigo?

—Eso no ; porque respeta la voluntad de su padre.

—Entonces no importa ; ella me amará despues.

—¿De modo que está Vd. firmemente resuelto á llevar á cabo este matrimonio ?

—Mi decision es irrevocable ; mañana será Matilde mi esposa : adios , señor cura ; beso á Vd. la mano.

Amalarico sin dar tiempo á que el anciano le contestase hizo un profundo saludo y se alejó.

El cura tambien salió por la puerta falsa del jardin, y tomando la senda que atravesaba los olivares se dirigió á la aldea. Su meditacion era profunda. Reflexionaba sobre las últimas palabras que pronunció Amalarico, sobre su carácter bajo, orgulloso y despótico, y sentia que poco á poco iba apoderándose de su corazon una desconfianza profunda hácia el jóven Amalarico.

CAPITULO XVI.

Los ramilletes.

El conde de Guayaquil, despues de la comida, que fué suntuosa y espléndida, gracias á la disposicion y buen órden de Andrea, se retiró á la habitacion que le tenian preparada en el piso principal casi contígua á la del conde.

Al entrar, lo primero que vió fué á Mauricia, que arreglaba los almohadones de la cama y cojia las colgaduras con unos grandes lazos de raso azul. La pobre niña, en su deseo de ser útil y de ganarse las simpatías se anticipaba á los deseos de todos, procurando que su presencia no fuese completamente estéril en aquella casa.

—¿Qué haces, hija mia?—la dijo el conde con suma dulzura.

—Como el arreglo de este cuarto ha sido confiado á la pobre Andrea, que por su ancianidad y por los muchos cuidados que la agobian no puede estar en todo, vine yo á dar la última mano, viendo si faltaba alguna cosa que pueda ser á Vd. necesaria.

—Está perfectamente: lo que yo anhelo es no moles-

tar ; así pues , no te incomodes , querida Mauricia : ¿ no es este tu nombre ?

—Sí, señor ; Vd. es muy amable y muy bondadoso ; y para corresponder á su bondad debo procurar complacerle haciéndole agradable su permanencia en este aposento.

—¿ Y qué harás para ello ?

—Lo primero traeré de la pajarera unos canarios que en doradas jaulas dejaré pendientes en ese balcon , á fin de que alegren sus oídos con el eco armonioso de sus cantos. ¿ Le gustan á Vd. los pájaros ?

—Sí ; en mi casa siempre estoy rodeado de ellos.

—Entonces voy á traerlos : ¿ y las flores ?

—Tambien : sobre todo las violetas.

—¡ Qué placer !... En seguida formaré unos grandes ramos , y siquiera con pájaros y con flores le será menos árida esta triste soledad.

Mauricia , olvidando todos sus pesares y creyendo haber encontrado un protector en el conde , echó á correr hácia el jardin entregándose á la bulliciosa alegría de la juventud.

El conde , asomado al balcon , la veía con afan cojer flores y arreglar ramilletes ; su mirada seguía la con un placer infinito sintiendo hácia ella una atraccion singular , una especie de magnética simpatía tan pura como tierna ; pero de la cual no podía darse cuenta.

—¡ Oh ! ¡ esta criatura me encanta !... Tiene un *no sé qué* de seductor que me enajena. Sin duda será su semejanza con Efigenia. ¡ Oh !... Sí ; se parecen mucho : ¡ qué cosa más rara !

El conde al hacer estas reflexiones , se quedaba pensativo , tornaba á mirar á la jóven y con una complacencia pueril la gritaba :

—Más... más : corta más flores ; pero no las ates , tráelas aquí , y entre los dos formaremos los ramos : ser-

virán para adornar el altar y el aposento de los novios.

La jóven, gozosa porque su pensamiento habia sido no solo aprobado por el venerable conde, sino acojido con tanto placer; se esforzaba en dejar sin una flor las plantas más bellas, recibiendo en pago algunas punzadas que lastimaron sus diminufas y blancas manos.

Por fin, llenó un gran canastillo, y segun la indicacion del anciano, las subió todas revueltas; colocándolas en medio de la estancia y sentándose en una sillita baja para formar los ramilletes, provista ya de tijeras, hilo y cintas.

No se habia olvidado de hacer que un criado subiese dos canarios, los que con sus melodiosos trinos amenizaron la grata tarea que con placer se habian impuesto aquel anciano y aquella niña, tan simpáticos ambos, tan buenos y tan cariñosos.

—¡Ea!... Ya tengo tres;—dijo Mauricia levantándose para colocarlos en jarrones de china que habia preparado al efecto.

—¡Y yo dos!—¡esclamó el conde!... ¡Oh! ¡Fuerza de la juventud!... ¿Por qué no ha de ser eterno tu imperio en nuestra vida?

—Eso es; ¿quisiera Vd. siempre ser jóven?

—Ya lo creo: mira, si yo fuera ahora un muchacho, me casaria contigo;—dijo el conde en tono de broma y riendo con una alegría franca y expansiva.

—¡Qué cosas tiene Vd.!... Vamos, señor conde, me hará Vd. ruborizar;—repuso la jóven bajando los ojos y cubiertas sus mejillas de un vivo carmin.

—No te haré, sino que te hago; perdóname, no creí que mis bromas tuvieran el poder de sacar á tu rostro ese bello color que te sienta á las mil maravillas; tú no debes hacer caso de las chochees de un pobre viejo, que, hablando con formalidad, te quiere mucho. Sí, Mauricia, créeme: me interesas, siento por tí una impre-

sion estraña, un afecto dulce, tranquilo, casi paternal; quizá consista en que tu padre me ha servido tantos años; ó en que te pareces á mi desgraciada esposa, ó acaso, y esto es lo más seguro, porque tienes la misma edad que tenia mi Filomena, aquella pobre niña que murió aborrecida de su madre.

—¡Aborrecida!... ¿Qué dice Vd.?

—La verdad: hija mia; —esclamó el conde enjugándose una lágrima, y tornándose tan triste y sombrío como bullicioso y alegre estaba antes.

—Siento mucho que un recuerdo de amargura haya alterado su apacible calma; —repuso Mauricia llorando sin poderlo remediar, porque el dolor del conde la lastimaba.

—¡Qué quieres!... Hay cuerdas en el alma tan doloridas, que al tocarlas estallan. Así me ha sucedido á mí.

—¡Y yo que creí á Vd. tan feliz!...

—¡Feliz!... ¿Luego no has oído referir en tu casa las tristes desgracias de la mia?

—¡No señor!... En mi presencia jamás hablan mis padres de Vd.

—Lo hallo sumamente estraño, habiendo sido tu padre muchas veces el confidente de mis penas.

—¡Son tan poco expansivos, que no tiene nada de particular se reserven hablar delante de mí; siempre de mal humor, siempre hoscos y duros conmigo: hay dias que ni aún me dirijen la palabra; vea Vd. cómo tambien esto me hace sufrir; no es Vd. solo el desgraciado!

—¡Pobre criatura! ¿Y es posible que Pedro Gil, no teniendo más hija que tú, no te quiera con una ternura inmensa? Permite que me maraville; permite que dude; eso no puede ser.

—Esa duda ocurre á todas las personas que tienen corazon; —dijo tristemente Mauricia inclinando la cabeza con doloroso abatimiento, sin atreverse á confiarse al

conde, porque la detenia cierto respetuoso temor, siempre enemigo de la confianza íntima y expansiva.

Sin embargo, el conde hubiera logrado con facilidad apoderarse de todos los secretos de aquel corazón inocente, á no haberlo impedido Amalarico, que se presentó en la estancia, recelando lo mismo que halló: la reunion del conde con Mauricia.

Dirigió á la pobre niña una mirada de ódio, y con visible mal humor, exclamó:

—En verdad, padre mio, que me maravilla encontrar á Vd. ocupado en una tarea tan trivial como poco digna para su carácter.

—¡Y qué quieres, hijo! Esta niña me encanta; su inocente sencillez seduce mi corazón, y no hallo nada más grato que ayudarla á formar los ramos que han de adornar tu cámara nupcial.

—¡Ah! ¿Son para eso?— exclamó Amalarico.

—¡Es claro! ¿Para qué otra cosa habian de ser? Pero vamos; ya están concluidos: te acompañaré si quieres al salon.

—Donde hace un rato aguardan á Vd.

—¿Sí? ¡Oh! Pues lo siento; no quisiera hacer mala obra.

El conde se levantó; lavó sus manos en una jofaina de plata que Mauricia se apresuró á presentarle, y dirigiéndola una tierna mirada, salió diciendo:

—¡Adios, hija mia! Luego reanudaremos nuestra interrumpida conversacion.

Mauricia se sonrió; y Amalarico, frunciendo el ceño, exclamó para sus adentros, mientras ofrecia el brazo á su padre:

—¡Oh, si llegáran á entenderse!... ¡Sería cruel!...

Se dirijieron al salon.

CAPITULO XVII.

(Continuacion del anterior.)

La inocente niña, en tanto, puso los mejores ramilletes en el cuarto del conde, arregló las colgaduras, cerró las persianas para que el sol no calentase demasiado la habitacion, y cojiendo el canastillo con el resto de los ramilletes, salió, encaminándose al aposento de Matilde.

Sin saber por qué, su tristeza se habia desvanecido; iba alegre; sus ojos brillaban con estraña animacion, y en sus mejillas apareció un sonrosado carmin: el afecto bondadoso del conde habia sido para su alma lo que el rocío para la flor que muere por falta de agua. Acostumbrada al áspero y desagradable trato de Pedro Gil y de su mujer, no pudo menos de recibir gozosa el afecto purísimo y desinteresado de aquel venerable anciano, que la trataba con una dulzura verdaderamente paternal.

Además que se sentia inclinada hácia él por un impulso secreto, por una misteriosa é irresistible atraccion, de la que, á semejanza del conde, ni podia darse cuenta, ni la era fácil adivinar su origen ni su término.

Andrea estaba sola en el gabinete de Matilde cuando Mauricia entró con los ramilletes. La buena nodriza tenía los ojos hinchados de llorar, y en su semblante místico y abatido se notaba una tristeza profunda.

La jóven la miró; y conociendo que pasaba algo, se dirigió inmediatamente hácia ella, exclamando:

—¿Qué hay, señora Andrea? ¿Ocurre alguna novedad?

—¡Qué ha de haber, hija; que el viejo buitre nos quita todos los medios de defensa, prohibiéndonos que hablemos al conde para que deshaga este malhadado casamiento!

—Pero quedo yo para hablarle. ¿Qué os importa?

—¡Sí, sí; bueno es el viejo para dejar ninguna callejuela! Escucha lo que ha pasado. Apenas el señor cura le habló, sospechó que tramábamos alguna cosa, y me llamó á su cuarto: fui temblando, porque, francamente, le temo como á una nube.

—Acércate,— me dijo en tono brusco;—y luego, sin permitirme siquiera tomar la palabra, exclamó:

—Tengo entendido que Matilde no se siente muy inclinada á casarse con Amalarico; y sin embargo de que la vé tan próxima, tiene aún esperanzas de romper esta boda: para esto se ha permitido dar algun paso bastante inconveniente hablando al señor cura, y quizá piense hablar al señor conde de Guayaquil; sé que tú la apoyas, y que ella por sí sola no es capáz ni tiene valor para aventurar una palabra que tienda á contrarestar mis proyectos: por lo tanto, de cualquier cosa que aquí resulte, tú serás la responsable y pagarás por tí y por ella; te advierto que mi furor no tendrá límites si el conde ó su hijo llegan á sospechar que se hace á su alianza la menor sombra de oposicion. Ya lo sabes: ahora retírate y que venga Matilde.

Salí muerta de miedo; porque el tono severo y la mirada de tigre del conde, al regalarme el anterior

sermon, hubieran hecho erizar el cabello de cualquiera menos medrosa que yo.

Matilde está de conferencia con él en este momento, y yo espero aquí el resultado, llorando de rabia al sentirme impotente contra esa horrible tiranía.

—No es el caso para menos, señora Andrea; dá rabia tener por fuerza que aceptar una boda que rechaza el corazón; y tengo lástima de la pobre Matilde; no sé cómo podrá resistir. Y luego es plazo fijo. ¿No podría conseguirse siquiera que lo dilatasen?

—¡Quiá! ¡imposible! Han dicho: mañana, á las cinco, todo el mundo estará en la capilla, y no hay remedio.

—Pues preveo una cosa muy funesta.

—¿Cuál, hija mia?

—Que Matilde se nos ponga mala, y por más que aparezca como una víctima resignada, la venda su corazón y no tenga fuerzas para pronunciar el sí fatal.

—Esa escena también la espero yo, y en ello quizá estribe su salvación; dejemos que el sentimiento llegue á su colmo, y una vez llena la medida, tiene que saltar.

—Harto me lo ha manifestado; nunca pude imaginarme que este casamiento la fuera tan odioso; y bien sabe Dios que haría cualquier sacrificio por verla feliz.

—¡Quién sabe si necesitaremos de tí! ¿Tú la quieres mucho, no es verdad?

—¡Ay, señora Andrea, con todo mi corazón! Es tan buena para mí; me ha recibido con tanta bondad, llamándome su hermana, su confidente, y revelándome todas las penas que la aflijen, que no sé cómo corresponder, ni cómo agradecerle bastante su cariñosa amabilidad.

—¡Si es un ángel! Y por fin, ¡si ese hombre la quisiera! ¡Si él fuera capaz de hacer feliz á alguien, vamos, podría esperarse que con el tiempo se amasen; pero ¡quíá! Si es un perro judío; tiene cara de renegado; y el

que tiene cara de malo, no puede ser bueno: la naturaleza no miente al estampar su sellô en el rostro de la humanidad.

—Tiene Vd. razon; á mí tampoco me gusta: siempre mira de perfil; y sabido es que las miradas atravesadas son denunciadoras de un corazon egoista y de un carácter ruin y receloso. En fin, Dios venga en nuestro auxilio.

Mauricia volvió á cojer el canastillo que habia dejado sobre una mesa, y se puso á colocar los ramilletes en los floreros, adornando en un momento la habitacion y el gabinetito que servia de dormitorio á Matilde.

— ¡Calla; aquí está el vestido de boda! — exclamó la jóven.

Andrea acudió inmediatamente, y mostrando cuanto contenian varias cajas que habia sobre un velador, dijo:

—Son los regalos que ha traído el señor conde; mira qué ricos aderezos, qué preciosos pañuelos y qué mantillas de encaje.

— ¡Pues y el vestido, todo cubierto de blonda?

—Las vistas son magníficas; pero el novio detestable. Yo, por mi gusto, mejor me casaba con el viejo.

—Y yo tambien, señora Andrea; el padre es más simpático que el hijo.

—Cien veces mejor: en la fisonomia de ese noble anciano se refleja la bondad, y en la de Amalarico, solo se vé brillar la perversidad y la malicia; no lo puedo remediar, hija mia; pero le odio con mis cinco sentidos.

—No es Vd. sola; creo la acompañen en ese sentimiento todos los de la casa escepto el conde, que cegado por su orgullo de raza, vé únicamente en él los timbres y los blasones de la opulenta casa de Guayaquil.

— ¡Oh, el interés!... ¡Pícaro interés!...

—Ya está aquí Matilde;—dijo Andrea interrumpiéndose y corriendo hácia la pálida niña, que se dejó caer en un sillón sin fuerzas para sostenerse.

—¡Qué pálida viene!—esclamó Mauricia acercándose con interés, y tomando una de sus manos que besó cariñosamente; Andrea por otro lado la tenia casi abrazada: así rodeándola ambas la preguntaron:

—¿Qué hay?... ¿No queda esperanza?..,

—Ninguna: si doy un solo paso para desbaratar mi boda, la maldicion de mi padre caerá sobre mi cabeza, y en el mismo instante, saldré de la casa paterna para ir á un convento á pasar el resto de mis dias, sin que jamás me sea ya permitido ver á ninguno de mi familia, ni á tí, Andrea querida, que has sido para mí una segunda madre, ni á Mauricia, la nueva y generosa amiga que hoy me deparaba la Providencia.

—En cuanto á eso no podrian impedirme que yo entrase tambien en el convento, aunque fuera de criada: me era igual, siempre que pudiera estar á tu lado.

—Yo hubiera aceptado este santo asilo, si aun allí no me hubieran perseguido los recuerdos del mundo, y abrumado mi cabeza la maldicion paternal. ¡Oh! nunca me decidiria á ser esposa de Dios, sin poder ofrecerle un corazon libre, puro, y limpio de toda mancha. En cuanto á los hombres, es otra cosa, ellos lo quieren: demasiado conoce Amalarico la repugnancia que me inspira, y sin embargo, acepta mi sacrificio: no se queje, pues, de las consecuencias.

—¿Con que estás decidida?—esclamó Andrea.

—¿Y qué hacer?... ¿Puedo por ventura resolverme á otra cosa?

—¿Te casarás mañana?—dijo Mauricia.

—Sí: á las cinco estaremos en la capilla del castillo; todo está ya prevenido.

—¿Y no has solicitado siquiera una próroga?...

—Manifesté á mi padre que aguardase siquiera á pasado mañana, porque me repugnaba casarme en martes, por ser generalmente un dia aciago; y me contestó, que

esto era una preocupacion pueril, una simpleza como todas las mias, á la que no se asociaria jamás; de modo que ni veinticuatro horas se me conceden.

—¡Qué crueldad!... ¡Dios mio!... ¡Esto es para desesperarse!

—Aun nos queda César, y el apoyo de la Santísima Virgen.

—Tienes razon: aguardemos á César; quizá él nos saque de este apuro.

—Dejemos esta conversacion, que me lastima, y vámonos al jardin;—dijo Matilde levantándose; y luego mirando en torno suyo, exclamó con sorpresa:—¿Pero qué es esto?... ¿Quién ha convertido mis aposentos en verjeles?..

—¿Quién si no Mauricia?—dijo Andrea.

—Es verdad; solo al cariño de mi dulce hermana pudiera ocurrírsele tan delicada atencion. ¡Gracias, querida mia!... No sabes cuánto agradezco esas muestras de interés: al menos en medio de mi desgracia tengo dos corazones que me amen, dos amigas solícitas y cariñosas que me sostendrán en sus brazos ayudándome á cruzar esa espinosa senda que conduce al altar.

—¡Ay! ¡Ojalá pudiera darte la felicidad, como te doy esos ramos, que significan mi amor y mi agradecimiento.

—La dicha es una ilusion: conozco que voy á ser desgraciada toda la vida, y no lo siento por mí; sino porque en mi desgracia envuelvo á un sér que me ama.

—¿A César?—dijo Mauricia palideciendo.

—Sí: á ese espósito infeliz, que no tiene más riquezas ni más apoyo que su gran corazon, su talento y la nobleza de su alma; y como esto no son riquezas, títulos, ni blasones, tiene por fuerza que ahogar su pasion y olvidar á la que le ama con un delirio infinito.

—¡Pobre César!... No he vuelto á verle desde que desapareció del castillo;—dijo Mauricia.

—Esta noche vendrá: veremos si á él se le ocurre algun recurso aceptable para dilatar esta boda; y sinó nos despediremos por última vez, hasta que nos veamos en el cielo.

Matilde hizo un esfuerzo para contener su llanto, que al fin dejó correr, viendo que Andrea y Mauricia tambien lloraban.

En aquel momento el sol empezaba á lanzar sus últimos resplandores; y el vespertino crepúsculo inundaba la campiña con sus diáfanos y pálidos destellos.

Las dos jóvenes y la anciana nodriza bajaron al jardin, y paseando entre las frondosas calles de árboles aguardaron con dolorosa impaciencia á que la noche las envolviese completamente con sus enlutadas sombras.

Al dar las diez en el reloj del castillo, hora que el conde tenia señalada para la cena, subieron al comedor, donde ya toda la familia ocupaba en la mesa su sitio respectivo.

A las once cada uno se retiraba á su aposento, esperando el mañana con impaciencia suma.

Mauricia y Matilde entraron en el gabinete, y asomadas á la ventana, contemplaban con estraño regocijo una luz que lanzaba rojas llamaradas á la falda de un monte. ¡Ay! era la señal de que César esperaba la hora de las doce para volar al castillo en busca de su ventura ó de su eterna desdicha.

—¡Andrea, Andrea mia!—esclamó Matilde corriendo hácia la nodriza que entraba en aquel momento; ya luce la hoguera; César aguarda que le abras la puertecilla del jardin. ¡Ay! apresúrate, que tiene poca paciencia y pudiera saltar por encima de la tapia.

—¡Si aun no son las doce!...

—¡Pero él está cien pasos de nosotras!...

—¿Y qué importa, si no vendrá hasta la media noche?

—¡Tengo una impaciencia!... ¡Si supieras cuánto

sufro! —murmuró la pobre niña temblando de ansiedad y de emoción.

—Para que no le descubran , necesitamos caminar con mucha precaucion ; ahora voy á cerciorarme de que todos duermen , y luego me bajaré al jardin ; — dijo Andrea.

—Si en algo puedo ser á Vd. útil , señora Andrea , ya sabe Vd. que puede fiarse de mí ; — dijo Mauricia.

—Gracias , hija , ya sé que eres muy buena : por ahora te ruego que cuides de Matilde ; y cuando ya César esté en el jardin , vendré por ella , y entonces tendrás cuidado si se despierta alguien , ó si oyes el más pequeño ruido que puedas avisarnos , no nos sorprendan.

—¡ Descuide Vd. que así lo haré !

—¡ Dios nos ampare !... — salió murmurando Andrea.

Mauricia se dejó caer con aire abatido en una silla , cruzó las manos sobre las rodillas y alzando la mirada al cielo esclamó con los ojos inundados de lágrimas :

—¡ Dios mio !... Dadme fuerzas para cumplir el sacrificio que me impone la gratitud.

En tanto Matilde estaba en la ventana contemplando con una especie de febril enajenacion , los brillantes resplandores de la hoguera que en medio de las sombras de la noche se elevaban en el vecino monte.

CAPITULO XVIII.

La media noche.

La noche estaba hermosísima: era una noche de primavera, llena de armonía, de encantos y de aromas.

La luna, diáfana y pura, apareció en el firmamento vertiendo resplandores y como prendida en un manto azul tachonado de estrellas. Sus blanquecinos rayos iluminaban de una manera vaga y melancólica la vasta estension del jardín, dejando en misteriosa sombra algunos sitios donde el ramaje de los árboles era más espeso. En uno de estos fué á sentarse Andrea, esperando con suma impaciencia á que dieran las doce de la noche.

La brisa que se agitaba en torno suyo, mecía las copas de los árboles, produciendo estraños sonidos, que sembraban la alarma y el temor en el corazon de la trémula nodriza, cuyo pánico iba en aumento segun se acercaba la hora de la entrevista, figurándose la ver en cada sombra la aterradora figura del severo conde, que pálido de indignacion, la arrojaba á la calle por patrocinarse los amores del espósito con Matilde.

— ¡Oh! esta idea la hacía estremecer; y cubriéndose la cara con las manos, exclamaba en su interior:

—Si despues de llevar en esta casa veinte años, fuese arrojada de ella ignominiosamente, me moriria de pesar; y á eso me espongo: ¿pero qué hacer? Yo no puedo contribuir á labrar la desgracia de esa infeliz niña, que me quiere como á su madre.

Aquí tornó á quedarse pensativa: luego volvió á exclamar ya decidida:

—¡Ea! fuera escrúpulos; la quiero con toda mi alma, y debo protegerla contra viento y marea. ¿Qué me importa la furia de su padre, cuando por ella sacrificaría la vida si necesario fuese?

Aquella escelente mujer permaneció largo rato esperando alguna señal sin duda; pero nada oyó, solamente el ruido de la cascada del molino, que se hacía más perceptible con el silencio de la noche y el agorero canto del buho que graznaba en las encinas del monte.

Sin embargo, un oido más experimentado que el suyo hubiera escuchado á lo lejos la acompasada marcha de muchos hombres, que unos á pié y otros á caballo, se adelantaban por entre los olivares, yendo á situarse á la falda de un montecillo que circuía el castillo.

Al hacer alto, un reloj de torre dió las doce: entonces, desmontando uno de los que iban á caballo, arrojó las bridas á un criado y se adelantó hácia la puertecilla del jardin, tocando en ella suavemente con los nudillos.

Andrea, que apenas sintió las campanadas de la media noche se acercó á la puerta, sintió el tímido llamamiento, y preguntó:

—¿Quién vá? ¿Eres tú, hijo mio?

—Soy César; abra Vd., y no tema, señora Andrea;— contestó una voz fresca, muy agradable y de un timbre sonoro y simpático.

Inmediatamente la puerta giró sobre sus goznes sin

producir el más leve ruido, porque la previsora nodriza habia tenido el cuidado de poner en ellos aceite. En el dintel apareció erguida y majestuosa la arrogante figura de un gallardo mancebo, que abriendo los brazos, estrechó contra su corazón á la buena anciana, que lloraba de emoción y de alegría.

— ¡Hijo de mi alma, qué placer tengo en volverte á ver! — murmuraba entre sollozos.

— ¡Mi querida señora Andrea; soy muy feliz al respirar otra vez el aire de este castillo! Pero ¿y Matilde?

— Ahora bajará: entra; cerraremos la puerta.

— Es lo mejor; y si Vd. me lo permite, guardaré yo la llave por si acaso tuviese necesidad de emprender á escape la retirada.

— Tienes razón, guárdala; yo no la necesito, porque debe tener otra el jardinero, y en caso de necesidad se la pediría; — dijo Andrea, cerrando y entregándosela.

— Y dígame Vd., ¿me quiere Matilde? ¿Me aguarda con ansiedad? Y Vd., ¿se ha olvidado del pobre espósito, á quien tanto cuidaba en la niñez y por quien ha pasado algunas malas noches?

— ¡Olvidarte, hijo de mi alma! ¡Eso no es posible! ¡Si estoy por decir que te quiero tanto como á ella!

— ¡Ángel querido! Y dígame Vd., ¿me ama?

— ¡Con delirio! ¡Tanto como aborrece á ese novio de Satanás!

— ¡El infame! Yo le sabré buscar, haciéndole que pague de una vez todos los sinsabores que ha causado á mi amada; pero ¿dónde está? ¡Oh! no tengo paciencia para esperar; lléveme Vd. pronto á su presencia.

— ¿A la presencia de quién? — dijo la nodriza, que se complacía en prolongar la impaciencia del jóven, viendo que delataba el tesoro de amor que guardaba su alma.

— ¿De quién ha de ser? De Matilde. Vamos, no dilate

Vd. mi deseo; subiré yo mismo á buscarla;—y el impetuoso mancebo se dirigió hácia el castillo.

Andrea le detuvo.

—Detente,— le dijo;— ella vendrá antes de cinco minutos; siéntate en ese banco, y espera.

—¡Por favor! ¡Tenga Vd. compasion de mi ansiedad!

—Un poquito de calma; siéntate, que en seguida vuelvo.

El jóven obedeció con la docilidad de un niño. Al ocupar el banco sonó contra la piedra el sable que pendia de su cintura; le recojió un poco, y volvió á embozarse, cuidando que no cayera el embozo de la capa, sin duda por no dejar enteramente descubierto el traje que vestia, consistiendo este en un pantalon ancho, de elegante forma, y una zamarra de pieles. En el cinturon del sable llevaba pendientes dos riquísimas pistolas de inestimable mérito. Cubria su cabeza un sombrero de fieltro, si bien asomaba por el bolsillo derecho de la zamarra, la borla de una boina blanca.

Su estatura era marcial; su porte bizarro; apenas representaba veinticuatro años, distinguiéndose sobremodera por la elegancia de sus modales, y por su aspecto, lleno de dignidad y de nobleza.

Tenia la tez ligeramente morena; ojos negros como el terciopelo, de una espresion fascinadora, magnética; cabellera negra tambien, como el ála del cuervo, igualmente que un ligero y graciosísimo bigote que sombreaba su lábio superior.

Una dentadura preciosa y unos lábios gruesos llenos de bondad, hacían más bella su sonrisa, siempre benévola, siempre dulce, franca y expansiva.

Desde su niñez habia manifestado un carácter, si bien generoso y noble, independiente y altivo. Dotada su alma de los sentimientos más sublimes, no pudo menos de inspirar en la familia de Valde Real un cariño profundo,

siendo en aquella casa desde su niñez el ángel que Dios les enviaba en union de Matilde para causar las delicias de cuantos tenian la dicha de tratarlos.

Siendo niños ambos, llevaban el consuelo y la felicidad á las familias indigentes que padecian en la aldea. Hernan, que contaba la misma edad que César, se asociaba muchas veces á sus caritativas escursiones, y más tarde, adherido completamente por un lazo de indisoluble amistad á su jóven compañero y hermano de leche, pues habíalos criado la misma nodriza, se empeñó en que estudiáran juntos, siendo por lo tanto idéntica la educacion de ambos jóvenes.

Cuando Hernan se marchó á ocupar el puesto que en las filas del ejército le correspondia, dejó con tristeza al que amaba como á un hermano, y durante algun tiempo se escribieron tiernas y confidenciales epístolas, que cesaron cuando el pobre espósito fué inhumanamente arrojado del castillo.

Todo esto recordó César mientras estuvo esperando sentado en aquel banco la llegada de Matilde. Los recuerdos de su infancia, las apacibles memorias de su juventud, sus juegos inocentes, sus horas llenas de encanto y de placer; todo se presentó á su imaginacion al tender una mirada por aquel jardin donde se habian deslizado como un sueño los hermosos dias de su vida.

No tenia la más pequeña queja de ninguno de la familia de Valde Real, escepto el conde, á quien siempre miró con una marcada aversion, aun antes de que sorprendiera sus amores con Matilde.

De áspero y desagradable carácter, el conde muchas veces le arrojó al rostro la desventura de su origen, no vacilando en designarle continuamente con los injuriosos epítetos de holgazán, malnacido y otros, que ofendiendo su amor propio arraigado en el fondo de su alma le

hacían rebelarse contra las imprudentes frases del altanero aristócrata, rechazándolas y con ellas la gratitud que le debía, no por haberle admitido, sino por haber consentido que su esposa le acojiese en la casa amparando su inocente orfandad.

Viendo sus excelentes disposiciones, su finura y su notoria distincion, no quisieron nunca consagrarle á trabajos rudos, haciéndole un señorito, siendo esto un mal inmenso, más bien que un beneficio.

Era un pobre, sin nombre, sin porvenir, sin más auxilio que sus brazos para conquistarse una posicion, para ganar su sustento, y no le enseñaron á trabajar; lejos de acostumbrarle á las fatigas de la clase artesana, hiciéronle tener aspiraciones elevadas, cultivando su inteligencia por medio de un estudio que solo le sirvió para ilustrar su inteligencia, para adquirir ideas que debian hacerle desgraciado, pues que sus inclinaciones no podian adaptarse con la clase proletaria, ni la clase rica podia admitirle en su seno porque le faltaba un nombre, una posicion y una fortuna, que no podia granjearse por su absoluta ignorancia, porque no le habian enseñado ningun arte, ninguna ciencia, ningun medio que le permitiera granjearse por sí, una subsistencia decorosa y digna.

Educado con Hernan, solo aprendió con él el manejo de las armas, siendo en poco tiempo un gran tirador de pistola, y un consumado profesor de esgrima.

Mientras permaneció en el castillo se consideró feliz, imaginándose que aquella vida sería interminable. Empapado desde su adolescencia, mejor dicho desde su niñez, en el amor casto y purísimo que sintió por Matilde, no se cuidó de pensar en su porvenir, no se imaginó que pudiese llegar un día en que sin albergue, sin familia, y sin pan, se veria en la dura necesidad de sujetarse á

una servidumbre ominosa, único medio que tenia para ganarse la vida. Empero este dia llegó: la familia que con entrañable amor le habia patrocinado, le arrojó de su seno; entonces, internándose en la aspereza del monte, se halló solo, desamparado, y en lucha con sus propios pensamientos.

Dos dias y dos noches pasó al pié de una encina, contemplando lleno de dolor los torreones del castillo, y alimentando su tristeza con los reflejos de la luz que por la noche despedian sus ventanas.

Aquel estado de inaccion, de abatimiento, no podia durar; las necesidades de la naturaleza dejáronse sentir con un vigor supremo, y tuvo que adoptar una resolucion; pero una resolucion que le salvase y que le permitiera salvar á su amada de aquel proyectado enlace con el antipático Amalarico.

En este caso se decidió por ingresar en las filas de D. Carlos; no le quedaba otro remedio, ni él hubiera sabido hacer otra cosa.

Por ella, por su amada, se aprestó á defender una causa que repugnaba á su corazon: educado en los mismos principios que Hernan, fué desde su infancia partidario de la legitimidad, siendo despues entusiasta por Isabel II; mas la necesidad le apartaba de este camino: su destino cruel le llevó á la faccion, donde en poco tiempo sus heroicas proezas, su valor sin ejemplo, le hicieron distinguirse, llegando á figurar como jefe de una partida con el nombre del Solitario, que le dieron sus compañeros á causa de su amor por la soledad, por el retiro, que buscaba con afan cuando su presencia no era necesaria entre los suyos.

Nadie supo su nombre, ni conocieron su edad, ni su verdadera figura; disfrazado con una gran barba, una peluca sembrada de blanquísimas canas, y una ropa que le hacía parecer más grueso, se presentaba en todas

partes, representando unos 40 años, cuando apenas tenia 25.

Tal era, lectores míos, la historia del gallardo cabecilla, á quien vamos á ver en el capítulo siguiente rendido y apasionado amante del ángel de Valde Real.

CAPITULO XIX.

Amor.

¡Cuán bella, cuán majestuosa es una noche de primavera en medio de la soledad, cuando se tiene á los piés y ante la vista una vejetacion rica y lozana, una naturaleza espléndida y exuberante de armonía y de perfumes!...

Todo habla en torno nuestro, y si el alma está llena de amor, en todo sueña amores; las plantas, los pájaros, la brisa juguetona que nace con blando compás, las copas de los árboles, la luna que lanza nitidos destellos desde su trono de zafir y de topacio, el lejano ruido de la cascada, el dulce gemir del arroyuelo, todas esas mil armonías de la naturaleza parece que hablan de amor, que se identifican con nuestro sentimiento, y comprendiéndolo exhalan en sus notas plañideros ecos de amores.

Así César, el noble, el generoso huérfano, cuya alma era tan poética, tan bella, cuyo corazon estaba dotado de tan superior sublimidad, tendió al hallarse solo la vista en su derredor, y exhalando un suspiro que fué á confundirse con las aromadas brisas de la noche, murmuró:

—¡Oh, noche deliciosa!... Acompáñame con tus ar-

monías á conmoover el corazon de mi amada : deja que tu lenguaje hable á su alma , y con los acentos de mi ternura la den fuerza suficiente para contrarestar la voluntad de sus padres.

Al pronunciar estas palabras , miró con impaciencia hácia el vestibulo ; aún no aparecia Matilde.

— ¡ No viene ! — exclamó con impaciencia el jóven amante ; luego , acordándose de la Virgen , nombre venerado que Andrea le enseñó á pronunciar en la niñez , exclamó dirijiendo los ojos y las manos al cielo :

— ¡ Madre de los desvalidos !... ¡ Amparo del huérfano Solitario ; estrella de mi esperanza !... ¡ Sé tú , madre mia... el escudo de mi desdicha ; protéjeme , y no permitas que mi corazon se confunda en un piélagó inmenso de amargura !...

Esta fervorosa súplica , exhalada de un corazon puro , debió llegar al trono de la Augusta Madre de Dios , porque en aquel momento envió para consuelo del pobre espósito un ángel , que con la luz de sus miradas debia inundarle de gloria y de felicidad.

Una celeste expansion , blanca y pura como los rayos de la luna , se presentó entre los árboles , cuyo ramaje cubria el banco donde nuestro impaciente enamorado gemia de amor y de impaciencia.

En la soledad del jardin , y formando concierto con el murmúreo de las fuentes , con el susurro de los céfiros , eleváronse dos voces sonoras , dulcísimas , que lanzaron una simultánea exclamacion , cuyo eco fué á perderse estinguido entre los sáuces.

— ¡ César !

— ¡ Matilde !

Solo sus nombres pudieron pronunciar al contemplarse despues de tanto tiempo. Sus manos se enlazaron , y en sus miradas bebieron á raudales el tesoro de amor que se abrigaba en sus almas.

Ambos, sentados en el banco, habian caido en un éxtasis embelesador, que arrobando sus espíritus y embargando sus sentidos, decia más con su mudo enajenamiento que cuantas palabras hubieran podido pronunciar sus lábios.

La presencia de Andrea cortó aquella especie de magnetismo que se habia establecido entre ambos.

Matilde rompió á llorar; y César, sin soltar una de sus manos, exclamó con una voz de una dulzura infinita:

— ¡Angel mio!... ¿Por qué lloras?... ¿Esas lágrimas son de alegría ó de dolor?...

— ¡Ay! ¡Yo no te puedo decir!... Lloro y rio; siento una emocion profunda y un receloso temor.

Andrea, que habia ido á sentarse en el tronco de un árbol inmediato, exclamó desde allí:

— Mis precauciones están bien tomadas; podeis hablar, hijos míos, sin cuidado, porque no pueden interrumpirnos: he cerrado la puerta de la galería que comunica con el jardín, y como no salten por los balcones, no pueden venir á sorprendernos.

— ¡Cuán previsora eres!... ¡Dios te premie, querida Andrea, todo el bien que nos haces! — la dijo Matilde.

— No dejo por eso de esponerme á que me arrojen del castillo, segun me han amenazado esta mañana.

— No llevarán su crueldad hasta ese extremo.

— ¿No me han arrojado á mí, sin considerar que no tenia ni albergue donde cobijarme, ni un pedazo de pan que llevar á mi boca?... — dijo Cesar con amargura.

— ¡Es verdad!... Y dime, César mio... ¿cómo te has arreglado para vivir?... ¿Qué haces? ¿En qué te ocupas?

— Tu amor me ha dado fuerzas para vivir, tus cartas han sido mi alimento, y mis ocupaciones amarte, y á todas horas bendecir tu nombre y el lazo simpático que á tí me une. ¿Quieres saber más?

— Deseo saber dónde tienes tu residencia, á qué te

has dedicado , y con qué recursos cuentas para salvarme , segun me ofreces en tu carta , del abismo cruel á que me precipitan mis padres.

—Desde que abandoné este castillo , mi residencia han sido los campos , mi ocupacion el ejercicio de las armas , y los recursos con que cuento , las tropas de Cárlos V.

—¡Dios mio !... ¡Tú en la faccion?—esclamó Matilde aterrada.

—¡Y de qué otro modo hubiera podido salvarte!... Mira , ven , sube encima de este banco , y contempla en la falda de ese montecillo vecino una porcion de sombras que se agitan: son mis valientes , que solo aguardan una señal para penetrar en el castillo y arrebatarte , aunque sea del ara misma del altar.

—Pero ¡desdichado! ¿no conoces que has puesto un obstáculo más que imposibilite nuestra union?... Si antes mi padre no te queria , porque te faltaban riquezas y nombre , lo que acaso hubieras podido conseguir algun dia , menos te querrá hoy , que militas en opuestas filas. ¿No era más honroso que sirvieras á Isabel II?

—Ya lo creo ; pero en este caso hubiera tenido que abandonarte , marchando donde la suerte me llevase , siendo solamente un soldado , sin fuerzas , y sin el poder con que hoy cuento para salvarte.

—Tienes razon : bajo este punto de vista me convences.

—De todos modos , nuestra union era imposible ; el orgullo y la tenacidad de tu padre no se doblegará jamás sino á una voluntad más inexorable que la suya , y esa voluntad es la mia.

—¿Y tú podrás evitar la desgracia que nos amenaza? ¿De qué modo impedirás mi boda con Amalarico?

—Te lo diré ; pero ante todo sepa yo cuánto me amas ; sepa yo si hay en tu pecho un resto de ese orgullo de familia , y si despreciarás un dia como ellos al pobre

huérfano que todo lo sacrifica por tí; hasta sus opiniones, sus creencias; porque yo adoro á Isabel II; soy entusiasta por ese ángel de amor que aparece en el trono de España como un astro de luz, cual un símbolo de gloria, inundando de alegría el corazón de todo buen español, y sin embargo, la hago la guerra porque así conviene á mis proyectos.

—Este es un nuevo sacrificio que tengo que agradecerle, un título más á mi cariño.

—Pero sin él, ya me amabas, ¿no es verdad?

—Con toda mi alma: escucha, César mio; yo no puedo nunca dejar de amarte, yo no puedo nunca alimentar ese necio orgullo de mis padres, porque mi corazón y el tuyo se han unido de tal manera que son uno solo; á un tiempo palpitan, á un tiempo reciben sus impresiones, sienten, aman del mismo modo, y aunque nos separe una ausencia eterna siempre vivirá el uno dentro del otro.

En tí he aprendido que los títulos, las riquezas, no constituyen la felicidad, y solamente pueden llenar nuestros sentidos inundándonos de dicha las cualidades del alma, y estas las posees tú en alto grado.

¿Quién más generoso que tú? ¿Quién más delicado, más noble, más caballero? Cuando te comparo con Amarico, le desprecio más si cabe todavía: le odio; pero con un horror profundo que no puedo definir ni explicarme en mi naturaleza, que nunca ha sabido aborrecer.

—Es el instinto que te guía; es que adivinas en ese hombre un malvado, un infame sin delicadeza y sin honor. Ahí tienes lo que son las apariencias: está muy considerado, muy atendido en Madrid, en la Corte, y en tu misma casa, que no tienen reparo en concederle tu mano; y sin embargo, es un hombre vendido al partido carlista, que le sirve de espía y de agente secreto en la Corte.

—¡ Oh ! ¿ Y sabiendo tú esto no se lo has dicho á mi padre ?

—Le escribí hace dos días rogándole dilatase tu boda tres días nada más , en cuyo término me proponia adquirir pruebas de las infamias de ese bribon ; pero no ha escuchado mi súplica , y el casamiento se lleva adelante ; por lo cual no nos queda otro remedio para impedirlo que apelar á la fuerza .

— ¿ Y qué te propones ? Veamos .

— ¿ Tú tienes entera confianza en mí ?

— Infinita ; estoy dispuesta á todo , porque abrigo la persuasion de que me amarás toda tu vida .

—Puedes estar segura de que así será , porque tu amor es para mi alma lo que sería para el ciego la luz , lo que el sol es para la tierra , y lo que la tierra es para los mortales . Eres mi cielo , mi esperanza ; sin tí no quiero la vida ; si me sigues , si estás dispuesta á ser mi esposa , si pones tu suerte en mis manos , estoy seguro de hacerme un héroe , conquistando para tí mil y mil laureles .

—Pero no quiero que los conquistes en ese partido ; sírvanos hoy , y abandónale mañana : iremos á refugiarnos , si mi padre no nos perdona , á Francia , donde tengo una tía que me ama y que no nos desampará .

—Escucha mi plan : mañana , al amanecer , cuando vayais á la capilla , me avisas poniendo una luz en la ventana de tu cuarto ; entonces entramos en el pueblo , sembrando entre sus habitantes la alarma y el terror ; penetramos en el castillo , y apoderándonos de tí , te llevamos á los montes , donde poseo una gruta subterránea tan inaccesible y escondida en las entrañas de la tierra , que no es fácil su descubrimiento . Allí habitarás con Andrea hasta que veamos de conseguir las pruebas que han de desconceptuar á Amalarico en la opinion de tu padre ; entonces si quieres volverás al seno de tu familia , libre ya del yugo que te amenaza , y si no haremos que

un sacerdote una nuestras manos como lo están nuestros corazones y nos refugiaremos en Francia.

—Podría en este caso creerse que era plan combinado entre nosotros; y yo, á los ojos de mi padre, quisiera aparecer como víctima; nunca como delincuente.

—Se hará despues como tú quieras; y si para conseguir tu amor es preciso esperar á la muerte de tu padre, esperaré; ó marchándome á Cataluña, ingresaré en las tropas de la Reina, donde haré prodigios hasta conquistarme un nombre que ofrecer á tus pies.

—Eso es lo mejor. Aguardaremos á que el Señor quiera reunirnos sin que merezcamos la maldicion paternal. ¡Oh! Sería un peso horrible que no me hallo con fuerzas para sufrir.

—No casándote con Amalarico, ya estás libre por ahora, y cesa mi necesidad de permanecer entre los facciosos.

—Pero dime; me ocurre una duda: si tú penetras en el castillo, ¿mi padre te conocerá?

—No lo creas; vendré disfrazado de manera que ni tú misma me conocerás.

—Yo no quiero que me arrebaten otros brazos que los tuyos.

—Ni yo tampoco lo permitiría; irás conmigo.

—¡Pero tengo miedo á esos hombres tan feroces!

—No temas, ángel mio; son leones que tiemblan á mi voz.

—¿Y tu nombre se conocerá entre ellos?

—Desde que salí de aquí, nadie ha vuelto á pronunciarle.

—¿Pues cómo te llaman?

—El Solitario.

—¿El Solitario tú? ¿El que se ha hecho célebre en estas comarcas por su valor y su arrojo?

—Sí, querida mia; yo soy.

Andrea no pudo escuchar esta revelacion; porque viendo una sombra á lo largo de una calle de árboles, fué allá y se encontró á Mauricia, que la dijo:

—He sentido ruido en el cuarto del conde, y creyendo se habrá puesto alguno malo, vengo á llamar á Vd.

—Vamos corriendo: mira, abre la puerta de la galería, y si por casualidad preguntan por nosotras, dí que no pudiendo conciliar el sueño, hemos bajado á pasear al jardin.

Mauricia subió aceleradamente las escaleras del vestíbulo; y Andrea, acercándose á los jóvenes, esclamó con voz trémula por el susto que sentia:

—Pronto, César; márchate, que el conde está levantado.

—¡Ay, Dios mio!... Vámonos pronto de aquí, no nos sorprendan; —dijo Matilde levantándose con viveza.

—Adios, pues; hasta mañana: aguardo tu señal; y si cualquier incidente fatal hiciera retrasarme, no pronuncies, por Dios, el *sí* que te hará esposa de otro hombre; —dijo César con suplicante voz.

—Descuida: seré solamente tu esposa ó de Dios.

—¡Bendita seas! ¡Benditas sean tus palabras, que inundan de júbilo mi alma! ¡Adios!

—El cielo te traiga con bien;—dijo Matilde mirándole alejarse con el corazon oprimido de dolor.

—La Santísima Virgen te ampare y te dé fuerzas para sacarnos de este atolladero; —dijo Andrea, arrodillándose con fervor.

Matilde la imitó. Entretanto César, abriendo la puercecilla, salió al campo, cerró por fuera, se guardó la llave, y subiendo por la senda que conducia á los olivares, dijo:

—Esta puerta nos servirá de entrada; Dios me dé fuerzas para salvar á mi amada y para salvarme yo del abismo en que me hallo.

CAPITULO XX.

Preparativos.

Amanecía el martes fatal en que debía efectuarse la triste union de Matilde y Amalarico.

La diáfana luz de la aurora precedida de tornasolados arboles , apareció iluminando la tierra con su argentado resplandor.

En esa hora misteriosa, la natura despierta , las aves saludan al Creador , las flores entreabren su cáliz , y el alma humana que desde el campo contempla la sublime transicion de la noche al dia , se ensancha , se vivifica , y no puede menos de bendecir entusiasta los prodigios de la creacion.

Tal acontecia á César , que apoyado en una vetusta encina , esperaba impaciente una señal que debian hacerle desde las ventanas del castillo. Su corazon se dilataba , la naturaleza sonreia , y él tambien ; un pensamiento dulce deciale que su empresa sería coronada por el éxito más lisonjero.

Por fin , en el aposento de Matilde brilló la seductora luz que le llamaba : era el ruego del débil al fuerte , era la súplica de la amada al amante.

El hermoso y varonil rostro del jóven reflejó una viva

alegría, irguióse súbitamente, y con voz vibrante y sonora, cuyo eco retumbó entre las rocas vecinas, dijo á los facciosos que dormían bajo los olivos:

—¡Arriba, mis valientes!..... A caballo, y viva Carlos V.

Inmediatamente la campiña se cubrió de facciosos, que respondieron al de su jefe, con gritos de júbilo y de algazara: multitud de hombres, ébrios de contento, se lanzaron hácia Valde Real, precedidos del jóven César, que más bien parecía un viejo, porque cubría su hermosa cabeza una peluca canosa, y su varonil rostro una poblada barba que le desfiguraba por completo.

Hé aquí lo que entretanto ocurría en el interior del castillo. Antes de amanecer ya estaba toda la servidumbre en movimiento, disponiendo lo necesario para la boda. Poco despues, el conde de Valde Real se levantó; y llegando al cuarto de su hija vió con sorpresa que no se había vestido, porque se hallaban las tres sentadas en un sofá y en actitud triste y meditabunda.

—¿Qué es esto? —dijo el conde con desabrido tono; —¡cuando debías estar ya vestida!...

—Señor, es temprano... ¡La desgracia llega demasiado pronto!...—murmuró Matilde.

Andrea y Mauricia se levantaron sin hablar una palabra, y entraron en el gabinete del tocador.

—Si sabes que ha de hacerse, ¿á qué dilatar una hora más lo que sucederá al fin?...

—Tiene Vd. razon: puesto que no me queda esperanza, voy á vestirme.

—Te aguardaremos en el salon: no estará tan negligente Amalarico; voy á buscarle.

Efectivamente, Amalarico estaba vestido, y se paseaba con agitacion por su aposento. Una inquietud es-traña le devoraba; quizá presentía su alma que aquel matrimonio tan deseado no llegaría á verificarse.

Muchas luces iluminaban las habitaciones, pues como aun no era dia claro, permanecian las ventanas cerradas. Esto hizo que nadie observase el movimiento de tropas que se notaba en los olivares cercanos al castillo.

El conde de Guayaquil entró en el cuarto de su hijo al propio tiempo que el de Valde Real. Ambos se apresuraron á felicitar al futuro esposo, diciéndole el de Guayaquil:

—Por fin, hijo mio... voy á verte dichoso. ¡Cuánto he deseado este momento!...

—¡Y yo tambien!... Pero me parece que cuanto más lo deseo, más se alarga; segun convinimos anoche, á estas horas ya debíamos estar casados.

—Tu impaciencia es muy natural, y las dilaciones en este caso son muy naturales tambien,—dijo el padre de Matilde; —mas en breve cesarán: solo falta que llegue el señor cura y no debe tardar, porque hace un rato que salieron á buscarle.

—Ya estará aquí, me parece que han llamado;— dijo Amalarico escuchando atentamente y devorado en su interior por una angustia indecible.

—En efecto: voy á ver quien es:—dijo el de Valde Real, dejando un momento solos al padre y al hijo.

El conde aprovechó tan oportunos instantes para hacer á su hijo las juiciosas y filosóficas reflexiones que en semejante caso no pueden menos de ocurrirse á toda persona de talento y moralidad.

Hablaron de su madre, deplorando el conde su triste estado y el profundo dolor que la conducta de aquella le causaba.

—¿Pero Vd. la ha visto?—le preguntó Amalarico.

—Ayer estuve en la quinta, y me encontré con que habia desaparecido, sin que los criados sepan cuándo ni cómo, ni con quién se ha marchado. Sobre una mesa

encontraron esta carta, que me confunde más y más por varias razones.

El conde, al decir esto, sacó de su cartera una carta que desdobló y leyó en alta voz; decía así:

«Esposo mio: Perdóname si abandono esta quinta que me has señalado por cárcel; no puedo vivir aquí, voy á reunirme con mis hijos y á disfrutar la felicidad que he perdido.

Tu esposa

EFIGENIA.»

—Esta carta me confunde, y no sé qué pensar;—dijo el conde muy preocupado.

—¿Y no ha hecho Vd. averiguaciones para saber su paradero?

—Me era imposible: su desaparicion la noté ayer, y tenia que venir aquí para celebrar tu boda.

—Entonces déjelo Vd. á mi cuidado, que yo la buscaré.

Iba á replicar el conde; pero se lo impidió Pedro Gil, que habia llegado acompañando al señor cura, y se presentó en la estancia con el objeto al parecer de saludar á su antiguo amo.

—Adios, Pedro,—esclamó el conde:—me alegró mucho verte; ¿y tu mujer, cómo está?

—Perfectamente, señor; ¿y V. E., cómo se encuentra? ¿y la señora condesa?

—Así, así, Pedro;—dijo el conde, evadiéndose de contestar á la pregunta del sacristan.

—Advierto á Vd., padre mio, que estaremos perdiendo tiempo: quizá nos estén aguardando;—dijo Amarico.

—Creo que sí: por lo menos, en el salon he visto varias personas reunidas.

—¿Está ya Matilde?

—No, señor: me parece que únicamente faltan ella y Vds.;—contestó Pedro.

—Nosotros estaremos en seguida:—dijo el conde, tomando su sombrero que al entrar dejó sobre una mesa.

—Vaya Vd., padre mio: voy á buscar unos guantes y al instante le sigo;—dijo Amalarico, entrando en el gabinete y haciendo como que abria algunos cajones; pero era más bien con la idea de quedarse solo con Pedro.

El conde salió; y desde la puerta volvió para decir á su antiguo criado:

—¡Pero hombre!... No me acordaba decírtelo: tienes una hija bellísima; y no te perdono que ni una sola vez nos la hayas llevado á casa.

—Como la señora condesa está enferma, y V. E. siempre tan ocupado, no he querido nunca molestarle;—dijo Pedro, palideciendo y confuso, porque como el criminal no tiene su conciencia tranquila, se le figuraba ver en aquellas palabras una segunda intencion.

—¡Qué disparate!... ¿Sabiendo cuánto aprecio á toda tu familia?... En fin, se hace tarde; ya hablaremos de esto despues de la boda; porque hemos convenido que Mauricia viva con Matilde; ellas lo quieren, y yo he ofrecido apoyar su deseo.

El conde dicho esto se alejó; y Pedro, dando un suspiro de cólera, exclamó con los puños crispados y la mirada amenazadora:

—¡Oh, esa infame nos vende.... y es preciso que muera!...—Luego se entró al gabinete donde Amalarico le aguardaba impaciente.

—¡Estamos perdidos!...—le dijo el jóven.

—¿Qué hay?... Veamos: mira tú si yo dije bien, que esa mujer nos sería funesta.

—¿Pero qué ha hecho? O más bien, ¿qué has hecho tú para despertar sospechas en el señor cura, que me ha pedido informes de tí, y recela de tu conducta?

—¡El señor cura!... ¡Oh, y á mi nada me ha dicho... sin embargo de haber venido hablando todo el camino!

—Es que procurará indagar; y sin que lo adviertas, sabrá adquirir los suficientes datos para conocer nuestro secreto.

—¡Oh! Eso no puede ser: hágase hoy la boda, seas tú feliz, y despues yo me marcharé cien leguas de aquí, y haré desaparecer á Mauricia, para que su semejanza con la condesa no nos delate en ningun tiempo.

—Y para que todo se ponga en contra nuestra, ahora Matilde quiere tenerla á su lado.

—No lo conseguirá: es preciso arrojarla de esta casa como arrojé á César.

—Es verdad, que tú fuiste la causa; no me acordaba.

—La casualidad hizo que un dia cayera en mis manos una carta de Matilde que César llevaba; inmediatamente se la envié al orgulloso conde, que en aquella misma noche puso al espósito en la calle.

—Sí; pero aun desde fuera nos hace la guerra.

—Siendo tú esposo de Matilde, verás lo que sirven sus tiros; — dijo Pedro saliendo á la galeria, porque se le figuró haber oido ruido; y en efecto, era un criado que le llamaba para preparar la capilla.

Se marchó con él; Amalarico los siguió, y fué á reunirse en el salon con toda la familia.

Matilde entró en aquel momento, triste, con los ojos llenos de lágrimas y cubierta la cabeza con el velo nupcial. Mauricia y Andrea la seguian llorando tambien.

—¡Hija mia!— dijo la condesa abrazándola; — vas á contraer un lazo que te hará dichosa, no lo dudes.

—¡Ay! madre querida; ¡cuán poco comprende Vd. el sentimiento de mi alma!—esclamó la jóven sollozando y apoyándose acongojada en el seno de su madre.

—¡Ea!... no te aflijas; ¡qué tonterias!... Yo tambien

lloraba cuando me casé con tu padre , y luego he sido muy feliz.

—Ya lo creo ; como que en casa no ha habido nunca una disputa , ni el más pequeño motivo de disgusto ;— dijo el de Valde Real interponiéndose entre la madre y la hija , acaso con la idea de evitar que aquellas manifestaciones de disgusto se prolongasen , haciendo concebir al de Guayaquil la idea de que la voluntad de Matilde era violentada.

—Dios te bendiga , hija mia , como te bendigo yo ;— exclamó la condesa , desprendiéndose con pesar de los brazos de la pobre niña , que habia buscado en ellos un refugio , como si la que no tenia fuerzas para defenderse á sí propia podria defender á otra.

En esto el dia empezaba á clarear ; las luces de las habitaciones se apagaron , las ventanas se abrieron , iluminando los sombríos salones del castillo la vaga y ténue luz de la alborada , que hacía más pálidos aun los rostros de sus habitantes que no habian pasado muy buena noche , en particular Matilde , Mauricia , Amalarico y Andrea.

La buena nodriza , apartada en un ángulo del salon , aguardaba órdenes de Matilde para ejecutar lo prometido al bizarro Solitario.

—Cuando Vds. gusten , señores , iremos á la capilla ;— dijo el de Guayaquil , que deseaba cuanto antes terminar la ceremonia.

—Sí , ya nos hemos detenido bastante ;—repuso Amalarico levantándose.

—Vamos , pues ;— exclamó el conde de Valde Real , dirijiéndose con los caballeros á la capilla.

Las damas iban detrás ; Matilde se acercó á su nodriza , la abrazó llorando , y murmuró á su oido :

—Haz la señal : ya no tiene remedio ; cúmplase la voluntad de Dios.

—Ese terco de viejo lo ha querido, que lo pague;—
contestó Andrea, besando tiernamente á la jóven y de-
jándolos marchar, mientras ella entraba con precipitacion
al aposento cuyas ventanas daban al monte.

Instantes despues, era completamente de dia; el sol
comenzó á dorar las crestas de los riscos, y el concierto
matinal de las aves saludó al astro rey de la creacion,
acompañando al jubiloso grito que lanzaron cien bocas
en los alrededores del castillo.

CAPITULO XXI.

Esperanzas desvanecidas.

La capilla estaba dispuesta para la ceremonia; multitud de velas ardian en ricos candeleros de plata, y hermosos tapices de damasco encarnado cubrian las paredes, demostrando el lujo que por doquiera se veia en aquel santo asilo, la opulencia de sus señores.

El anciano sacerdote, triste y poseido de cierta inquietud, aguardaba á los novios, dispuesto, aunque á su pesar, á bendecir su matrimonio, ya que no habia podido evitarlo, porque sus esfuerzos se estrellaron contra la más increíble tenacidad.

Pedro Gil, agitado por una impaciencia nerviosa, estaba á la derecha del altar, teniendo clavada la vista en la puerta de entrada, que debia dar paso á los novios, y cuya tardanza le inquietaba demasiado, haciéndosele horas los minutos. En su rostro enjuto y anguloso se advertia con notable desagrado la cínica espresion de su antipático y feroz egoismo.

De cuando en cuando dirijia miradas recelosas al anciano párroco de Valde Real, que á su vez le miraba tambien con cierta desconfianza.

Poco á poco fueron entrando en la capilla y colocándose en los ángulos más apartados todos los criados de la casa, que deseaban presenciar la boda de su querida señorita.

Poco despues, empezaron á entrar convidados, que aunque en escaso número, siempre ascendian á diez ó doce personas; todas ancianas, respetables y muy adictas á la familia de Valde Real. Ocuparon sus sitios respectivos esperando impacientes la llegada de los novios, que al fin se presentaron, acompañados de sus padres, de los padrinos y de Mauricia, que Matilde retenia á su lado sin consentir que se apartase un minuto.

La pobre jóven iba pálida, triste, se conocia que habia sufrido mucho durante las larguísimas horas de aquella noche fatal.

Matilde tambien estaba triste; pero en sus ojos brilló un relámpago de alegría, porque acababa de escuchar no muy lejos del castillo el toque de una corneta. Aquel sonido que alarmó á los demás, á ella causó un placer indefinible, pues la decia claramente: «valor; no temas: César vuela en tu auxilio.»

—Esa corneta, ¿qué anuncia?—preguntó con estrañeza el conde de Guayaquil.

—Serán algunos cazadores, no hay que hacer caso: vamos á la ceremonia, —dijo Amalarico adelantándose hácia el altar y arrastrando consigo á Matilde.

Todos se acercaron, no sin cierta inquietud, porque el toque de la corneta se habia repetido más cerca, y hasta se sentia en el jardin del castillo ruido de armas y voces confusas, como de muchos hombres que entraban en tropel.

Pedro Gil, que momentos antes habia desaparecido, volvió diciendo con espanto:

—Estamos perdidos, la partida del Solitario nos cerca y ha invadido ya el castillo.

—¡Maldicion!—esclamó Amalarico con creciente cólera, separándose con pena del altar y dirigiéndose á la puerta de la capilla, con ánimo quizá de hablar al jefe de los facciosos para que se retirasen.

César, perfectamente disfrazado, se presentó en ella, encontrándose los dos jóvenes frente á frente.

A todo esto, las mujeres aterradas, empezaron á gritar y huyeron muchas de ellas á esconderse, temerosas de ser arrebatadas por los facciosos, que continuamente estaban repitiendo actos semejantes, llevándose á los montes las personas de alguna posicion para exigir despues por su rescate crecidas sumas.

Los hombres, aunque escasísimos en número y desarmados, se dispusieron á defenderse, y Pedro Gil, abalanzándose con iracundo coraje á la cuerda de la campana empezó á tocar frenéticamente, dando el grito de alarma y llamando en su auxilio á los pacíficos vecinos de Valde Real.

Ya en la aldea habia cundido la voz de que el Solitario estaba en el castillo; pero cuando el temor era general y las fuerzas pocas, ¿quién se defendía? Nadie. El que más y el que menos en lugar de acudir en auxilio de los acometidos, solo pensaron en ocultar sus riquezas y sus hijos, librándolos así de la rapacidad de los facciosos, que por donde quiera que pasaban iban dejando huella de robo, de pillaje y de barbárie.

El Solitario, sin embargo, tenia fama de generoso y de valiente; pero no se fiaban.

Nunca le habian visto en la aldea, y al presentarse por primera vez, iba precedido por la voz general, que le aclamaba como el más arrojado de los cabecillas.

Esto lo sabia muy bien Amalarico, y al dirigirse á él no fué con ánimo de que midieran sus armas, sino á demandar de su generosidad les concediese una tregua si-

:

quiera hasta celebrar el casamiento que su llegada habia interrumpido.

Vana súplica por cierto, que el gallardo cabecilla acojió con una sonrisa de desden, adelantándose y diciendo con tono burlon:

—Y vamos á ver, ¿cuál es la novia?

El conde de Valde Real quiso ocultarla con su cuerpo; pero ella se presentó y le dijo:

—Yo soy, caballero faccioso; permítanos Vd. continuar la ceremonia, y sea si gusta testigo de este enlace, que asegura nuestra felicidad.

—Siento mucho, señorita, no poder complacer á usted, ni á estos señores; pero tengo órdenes superiores que me impiden ser galante en esta ocasion y me obligan á ejecutar contra mi voluntad un acto que deploro verdaderamente.

Dicho esto, miró en torno suyo y halló á casi toda su gente en la capilla, dispuestos á lanzarse á la menor señal sobre cada uno de los circunstantes.

—¿Y qué órdenes son esas, señor bandido?—dijo con creciente cólera el conde de Valde Real.

—La primera, apoderarnos de esta señorita, y llevarla escoltada por nosotros y con el mayor respeto á la presencia de nuestro general.

—¿Y qué tiene que ver mi hija con la guerra?

—Mucho; su hijo de Vd. está continuamente haciendo prisioneros en Cataluña, es uno de los que más daño hacen en las filas carlistas, y es preciso templar su ardor, su indomable arrojo, presentándole continuamente en peligro de muerte uno de los individuos de su familia.

César diciendo esto, levantó con ademan arrogante el brazo izquierdo, mientras que su mano derecha empuñaba el desnudo sable que levantó sobre su cabeza.

Esto debia ser una señal convenida, porque los fac-

ciosos se lanzaron con demasiado brio sobre los circunstantes, atando á este, sujetando aquel, y luchando con los más valientes que no quisieron sucumbir sin pelear.

Entre estos estaban los dos condes: el de Valde Real fué vencido inmediatamente, el de Guayaquil logró apoderarse del sable de un faccioso y se defendia como un héroe.

Amalarico pugnaba en vano por hacerse entender del Solitario, queria hablarle á solas; pero en vano: el jóven no quiso escucharle, y apoderándose de Matilde, que fingiendo un desmayo se dejó llevar, abandonó la capilla, donde quedaban combatiendo los suyos, y salió al jardin: Andrea los siguió, y Mauricia, que corria desolada trás su jóven amiga, llegó á tiempo de abrazarla en la puertecilla del jardin.

—¡Oh, amiga mia!—esclamó llorando.—¿Te vas y me dejas?

—Ven con nosotros; ¿quieres?

—Imposible,—dijo César;—si venís las tres se creerá cosa convenida.

—¿Y qué haremos? Yo no quisiera que se apartase de mí,—dijo Matilde.

—Mañana al amanecer iré á buscarte á tu casa; haré que mis facciosos alboroten la aldea; y yo, entretanto, entraré en tu cuarto.

—Bien; aguardaré con impaciencia el dichoso momento de reunirme con mi amiga; pero no tardes, por Dios, porque en casa de Pedro Gil peligra mi vida.

—Descuida: al amanecer estaremos aqui;—dijo César, montando á caballo y colocando á su amada en el arzon delantero de la silla.

Otro faccioso practicó igual operacion con Andrea, y ambos caballos se lanzaron á galope á través de los olivares y en direccion de los montes que debian darles favorable é impenetrable refugio.

Mauricia vió que algunos criados llevaban herido al conde de Guayaquil, y corriendo hácia él, ayudó á colocarle en la cama, y se constituyó en su enfermera, preparándole en seguida con el mayor celo toda clase de bálsamos y los vendajes necesarios para curar su herida, que uno de los facciosos le hizo involuntariamente, y obligado por el mismo increíble arrojó del valiente conde, que anhelaba morir antes que darse por vencido.

Los ecos de la corneta que sonaron en el monte, fué la señal de dispersion de los facciosos, que abandonando el castillo sin haber cometido en él la menor accion de robo ó pillaje, se reunieron á su jefe, escoltándole hasta el punto que ya tenia preparado para recibir á su amada.

Amalarico, Pedro Gil, el conde de Valde Real y todos los demás personajes que asistieron á la frustrada boda, quedaron tendidos en la capilla, fuertemente atados de pies y manos, y lanzando gemidos, los unos por el dolor que sentian á causa de lo apretadas que estaban las ligaduras, y sordas imprecaciones los otros, que habian visto deshecho su intento de una manera tan cruel.

Mauricia, así que dejó al conde tranquilo y curada su herida, que era insignificante, salió á prestar su auxilio á los demás señores, y entrando en la capilla, fué desatándolos á todos é informándose con la mayor dulzura de sus dolores ó de lo que habian padecido, para procurar el remedio.

En el castillo reinaba una confusion espantosa: sin embargo de que los facciosos, con un comedimiento sin ejemplo, procuraron hacer el menor daño posible, todos tenian golpes, heridas, contusiones, y cuando menos el susto, que no era pequeño.

Pedro Gil, apenas se vió libre, cojió de la mano á Mauricio, y arrastrándola tras sí, la sacó fuera de la capilla con ánimo de que le siguiera á la aldea. Ella, resistiéndose todo lo posible, exclamaba llorando:

— Déjeme Vd., por Dios; voy á buscar á la señora condesa que no parece. ¡Quién sabe lo que habrá sido de la infeliz señora!

— ¡Imposible! Te vienes ahora mismo conmigo; — la decia con acento irritado, lanzando de sus ojos rayos de cólera, que manifestaban el furor de que se hallaba poseido.

— ¡Déjeme Vd., por piedad, que el conde está enfermo, y todos en esta ocasion necesitan de mis cuidados! — repetia la jóven, resistiéndose á salir del estenso patio en que se hallaban.

— Si te necesitan, yo tambien te necesito; quiero que me sigas y que pagues tu charlataneria, tus confiancias con el ama del cura; pues ellos desconfian de mí, y tú has sido la causa: ¡tú, hija infame!

Diciendo esto, Pedro Gil la sujetaba por un brazo con una fuerza tal, que sus dedos, á semejanza de una tenaza, dejaron una huella morada en el delicado brazo de la jóven.

— ¡Por compasion! — decia esta aterrada; — déjeme Vd., yo no he dicho nada; ¿ni qué podria decir, si nada sé?

— Lo bastante para perderme, y para perderte á tí misma.

— ¡Ah, no por Dios! Mis palabras, dichas sin intencion, no pueden tener tan malas consecuencias, y sobre todo, déjeme Vd. hoy aquí, mañana temprano iré á la aldea, se lo prometo.

— ¡Imposible! Ha de ser ahora mismo.

— Permítame Vd. siquiera buscar á la madre de Matilde, acaso esté desmayada en cualquier rincon; ignora lo que ha pasado, y sería una infamia dejarla sola entregada á su dolor.

En aquel momento se presentó la condesa: la pobre señora, huyendo de los facciosos, se habia escondido

allí, y al oír las palabras de Mauricia, salió con precipitación, adelantándose hácia Pedro Gil, y diciéndole con suplicante tono y en ademan de impedir que se llevase á Mauricia :

—¡Oh! por compasion, no se la lleve Vd.; que no nos abandone en tan crítica ocasion: sería una crueldad imperdonable.

Pedro Gil la soltó con sentimiento, y se marchó bramando de coraje.

Las dos mujeres se abrazaron llorando.

Eran dos séres débiles é inofensivos que se amparaban mutuamente, encontrando apoyo en su misma debilidad.

CAPITULO XXII.

Conversacion familiar.

La misma tarde del dia en que ocurrieron los sucesos que hemos referido en el capítulo anterior, se hallaba Mauricia á la cabecera del lecho que ocupaba el conde de Guayaquil.

La condesa de Valde Real se asomó á la puerta del gabinete; hizo un ligero signó á la jóven, que comprendiéndolo inmediatamente salió sin hacer ruido, dejando al enfermo entregado á un apacible sueño.

—¿Cómo se encuentra el conde?—la preguntó.

—Está bien, su herida no es grave, solamente que tendrá que guardar cama unos dias.

—Eso es una desgracia; porque yo quisiera que todos se fueran en seguida detrás de esos bandidos miserables que se han llevado á la hija de mis entrañas.

—¿Y el señor, cómo está? ¿Le ha pasado ya el susto?

—Sí; hija mia: mi esposo y Amalarico acaban de marcharse ahora mismo á Madrid, esto es lo que te queria decir; hemos recibido carta de Hernan, que debe llegar hoy á la córte con pliegos para el Gobierno, y van á reunirse con él, que se pondrá al frente de algunas

tropas, alcanzando permiso para perseguir á la partida del Solitario hasta que consigan castigarlos y rescatar á Matilde.

—Es una medida muy acertada, ninguna cosa mejor pudieran haber hecho,—dijo Mauricia, aparentando aprobar aquella resolucion, sin embargo de que temblaba interiormente por la suerte de César, á quien se propuso avisar cuando le viera al amanecer del siguiente dia, que la prometió venir á buscarla.

—De manera, hija mia, que nos hemos quedado solas con el enfermo! ¡Si se les antoja volver á esos desalmados, estamos bien!...

—¡No lo crea Vd.! ¡Quién sabe cuándo los veremos otra vez!

A pesar del silencio con que Mauricia salió de la alcoba, el conde la sintió, y escuchó la conversacion que tuvo con la condesa.

Inmediatamente se sentó en la cama, y llamó á la jóven con voz dulce y baja.

—¡Dios mio! ¿Qué ha hecho Vd.?—esclamó esta acudiendo en seguida y sorprendiéndose al verle en aquella postura.

—Nada, hija mia: que voy á levantarme, y te suplico me alcances mi ropa; no es cosa de que yo me esté metido en la cama, mientras que Amalarico, Hernan y el anciano conde, van á verter su sangre persiguiendo y luchando con esos facciosos malnacidos, cuyas heroicas hazañas son presentarse en los pueblos donde no hay fuerzas que los resistan, cometiendo toda clase de tropelías y llevándose á las damas principales.

—¡Oh! pues aquí no han cometido ningun desafuero; créalo Vd., señor conde: no he visto facciosos más comedidos, más galantes, y sobre todo más generosos.

—Sean lo que quieran, yo tengo que tomar una sangrienta venganza. Déjame vestir, hija mia; déjame.

— Eso no lo consiento: primero es que Vd. se reponga, que recobre la salud, y luego tiempo tendrá de salir á su alcance.

— Sí; pero quiero reunirme con el conde, con su hijo, con el mío.

— Bien, ellos acaban de marcharse á Madrid, han de alcanzar permiso para que Hernán, á la cabeza de un destacamento, persiga al Solitario: ya vé Vd. que para todo esto se han de pasar dos ó tres días, luego han de venir aquí, espérelos Vd. con calma y repóngase, que es lo primero; pues si Vd. no cobra fuerzas, le engañará su deseo, y á lo mejor volverá Vd. á caer postrado por la calentura sin poder conseguir su intento.

— Tus razones me convencen: gracias, Mauricia; te obedezco; pero me has de prometer darme cuenta de todas las noticias que se reciban.

— Desde luego ofrezco á Vd. tenerle al corriente de todo; ahora acuéstese Vd., y permítame que le cubra; la quietud es muy necesaria, y Vd. parece un niño que no hay quien le sujete.

— Es que la impaciencia me abrasa, la indignacion que siento me sofoca, y anhelo con ansia verme frente á frente de ese arrojado Solitario para arrancarle el corazón.

— No sé si podrá Vd. conseguir ese deseo, porque tiene muchos brios. ¿ Si viera Vd. cuántas anécdotas se cuentan de él en la aldea? ¿ Quiere Vd. que le refiera algunas?... Así pasaremos el rato y se calmará su irritacion.

— Quizá sean para exacerbarme más; porque serán los hechos de un salteador de caminos.

— No, señor, sino las magnánimas acciones de un caballero.

— Entonces querrá echárselas de bandido generoso, lo que para mí no tiene mérito ninguno, porque basta

que pertenezca á ese partido, para aborrecerle, para odiarle, para ser mi enemigo mortal, y para matarle sin compasion donde quiera que le halle.

Mauricia estaba vivamente alarmada al escuchar al conde esplicarse de esta manera, y estudiaba los medios de calmarle, de mitigar aquel ódio, que tan fatal podia ser si llegaban á encontrarse. Tambien necesitaba no mostrarse apasionada, porque hubiera inspirado sospechas, y en semejante apuro no sabia cómo hacer ni cómo referir lo que en diferentes ocasiones habia oido contar del Solitario.

Por fin el mismo conde la proporcionó el medio de esplicarse, porque á pesar de su animadversion, admiraba el valor y era entusiasta por los hombres temerarios.

—¿Y dices que no han hecho daño en el castillo esos bandidos?—preguntó despues de algunos instantes de silencio.

—No, señor; han observado el más escrupuloso comedimiento, la mayor compostura, limitándose á desempeñar la comision que tenian de su general, segun dijo el Solitario en la capilla, que era la de apoderarse de Matilde, á fin de, con esta medida, templar el arrojado de Hernan, que tanto daño está ocasionando en las filas carlistas.

—Ahora recuerdo, que el faccioso que me hirió, lo hizo contra su voluntad, pues por más que yo le insultaba, se defendia solamente, sin querer atacarme.

—Así han hecho todos, y á pesar de que han recorrido todo el castillo, no se han atrevido á tomar ni un vaso de agua.

—¡Esto ha sido un asombro!...

—Ya lo creo: nosotros nos figuramos al verlos, que no iba á quedar en la casa ningun objeto de valor; pero nada, se han mostrado muy generosos.

—¡Generosidad sin ejemplo!...

—Pues estos rasgos son muy frecuentes en el Solitario: no hace mucho tiempo oímos decir que detuvieron un coche en el camino real, donde iba un general con pliegos y fondos del Gobierno; este se había reunido con una familia que viajaba por necesidad y que se acogieron bajo su amparo por creerse más seguros.

Eran dos señoras, una anciana y otra jóven, con dos niños de corta edad. Llevaban una fuerte escolta, y á pesar de todo, el Solitario, que necesitaba apoderarse de los fondos y de los pliegos que el general conducía, se lanzó sobre ellos, seguido únicamente de unos veinte ó treinta facciosos.

El general se apeó del coche, montó á caballo, y poniéndose al frente de los suyos, se trabó una reñida refriega, quedando al fin la victoria por el Solitario, que tuvo la vida del general en sus manos y se contentó con hacerle prisionero.

—¡Eso es muy raro en un faccioso!...— exclamó el conde empezando á entusiasmarse, y escuchando á la jóven con vivo interés.

—Pues no paró aquí, sino que acercándose al coche donde las señoras y los niños lloraban temblando por su suerte, que creían muy fatal por hallarse en poder de los facciosos, los tranquilizó, estuvo sumamente fino, y las ofreció escoltarlas él mismo con su tropa, hasta el punto donde quedáran en completa seguridad.

—¿Y lo llevó á cabo?

—Sí, señor: dividió sus facciosos; la mitad se fueron por otro camino escoltando al general y á los prisioneros, y la otra mitad siguieron con él tras el coche de las damas, hasta que las dejaron fuera de peligro en las inmediaciones del pueblo á donde se dirijian.

—Pero esos son rasgos de un héroe, no de un faccioso;—exclamó el conde.

—¡Oh! pues son tan frecuentes en la vida del Solita-

rio, que encontrará Vd. uno en cada día de su vida.

Esta confianza me hace no temblar por la seguridad de Matilde, porque sé que no la faltarán al respeto, y que tendrán con ella todas las consideraciones que se merece por su clase y por su virtud.

—Estoy absorto; lo que me has contado de ese hombre es para maravillar á cualquiera.

—Pues si quiere Vd. saber más, pregúnteles á los pastores de esta sierra, á los pobres labradores, y todos le dirán á Vd. que cuando se encuentran con el Solitario les socorre con largueza, y les dá con generosa prodigalidad enormes sumas para resarcirse del daño que sus tropas puedan hacer en los campos de esta comarca.

—¡Oh! ¡No sé qué daría por hacer que ese valiente estuviera en las filas de Isabel II!...—dijo el conde.

—Quién sabe, señor, si él lo deseará tambien; cuéntase que se ha hecho faccioso, porque á la sombra de esa bandera se medra más fácilmente, y él se hallaba solo, abandonado y sin proteccion de nadie.

Mauricia comprendió que iba demasiado lejos, y se detuvo.

El conde permaneció pensativo largo rato; y ella, por no distraerle de sus meditaciones, y por no volver á reanudar aquella conversacion, en la que demostraba, sin poderlo remediar, su interés y su simpatía por el Solitario, se salió al gabinete, donde se entretuvo en arreglar los muebles y las flores.

El conde no tardó en llamarla.

—¿Por qué te marchas, hija mia? Quiero que permanezcas á mi lado, ya que tu padre no lo hace como debiera; es verdad que quizá se halle enfermo como yo; ni aun me ha ocurrido preguntarte por él.

—Está bien; no pase Vd. cuidado por él.

—Sabe que estoy herido y no ha venido á verme, esto es muy estraño cuando le quiero tanto, cuando ha

sido siempre el criado predilecto de mi casa, á pesar de la oposicion de mi esposa, que dicho sea de paso, nunca le ha querido bien.

—Ruego á Vd. que le dispense; en estos últimos meses, su génio se ha hecho insoportable, violento y arrebatado á veces, tanto, que me ha llegado á causar temor y sientto vivir á su lado, porque no hallo en su pecho el amor y la ternura que mi cariño y mi cualidad de hija sumisa y obediente debieran reclamar de su corazon.

—Ha sido siempre muy áspero, esa es la verdad: quizá por su génio desapacible no le queria mi esposa.

—¿Y sigue la señora condesa mirándole con igual antipatía?—dijo Mauricia, que deseaba vivamente poseer la confianza del conde y conocer los dolores y secretos de su vida.

—No lo sé, hija: es una pregunta á la que no te puedo contestar, porque la condesa hace muchos años que no vive conmigo, y no sé si sus sentimientos de hoy son los mismos que ha tenido siempre.

—¡Pobre señora! ¡De modo que se encontrará sola, sin su hijo y sin su esposo?... ¡Qué triste vida debe ser la suya!... ¡Oh! ¡Cuando nos falta el cariño de las personas que amamos es muy cruel!... Yo lo conozco por experiencia: hoy que veo el despego con que me tratan mis padres, sufro horriblemente y compadezco á las personas que se hallan en idéntico caso.

—Tú eres muy buena, hija mia, y no tienes idea de la maldad y de la infamia; por eso no quiero amargar tus dias con el relato de mi infortunio.

El conde, al decir esto, palideció ligeramente, se puso la mano en el corazon, como si en él sintiera un dolor agudo, y dirigió á Mauricia una mirada triste y dolorosamente inquieta.

—¿Quién fuera tan feliz para poseer la confianza de

Vd., y para poder aliviar sus dolores? — dijo Mauricia conmovida, enjugándose una lágrima que habia brotado de sus ojos.

—Tú me compadeces, ¿no es verdad?... y me amas.

—Sí, señor; crea Vd. que mi corazón se ha conmovido solamente al pensar que es Vd. desgraciado, y haria cualquier sacrificio para aliviar sus penas.

—Dicen, que comunicadas las penas en un seno amigo pierden su intensidad: voy á ver si esto es cierto, haciéndote la depositaria de ellas.

—¡Oh, qué felicidad!... Crea Vd. que es una dicha para mí, el merecer su confianza y su cariño.

—¡Cómo nó, si eres un ángel! Escúchame, y conoceras cuán triste es á veces la vida de los hombres en el interior de su casa, por más que esteriormente les sonrian los goces del favor y de la fortuna.

El conde tomó un medicamento, que le sirvió Mauricia con dulce amabilidad: luego la hizo sentar á su lado, y exhalando un doloroso suspiro empezó el relato de su desventura en los términos que verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIII.

Dolor profundo.

Mauricia se preparó á escuchar con atencion la historia del conde. Este dijo así:

« Hay debilidades, hija mia, en el corazon de los hombres, que suelen ser más ó menos funestas, segun las circunstancias por que tienen que pasar. La mia ha sido siempre un deseo inmoderado de tener hijos, sin que Dios se dignase concedérmelos, y esta falta que yo sufría con poquísima paciencia ha sido en verdad bien castigada, porque he sufrido muchísimo despues de haberlos tenido.

» A los seis años de casado, abandoné á mi esposa; me marché á América, desesperado, aburrido, porque no tenia un heredero de mi nombre, pensando con disgusto en la esterilidad de mi esposa, que haria pasar á una rama estraña el título de mi familia, estinguiéndose conmigo su ilustre apellido.

» En honor de la verdad, debo confesar que aunque mi esposa me manifestó al marcharme su esperanza de ser madre no lo creí, por lo cual á mi llegada me sor-

prendió vivamente una carta suya en que confirmaba su sospecha, dándome parte de su estado interesante. Esta noticia llenó de júbilo mi corazón y el de mis ancianos padres, que dejaron su país natal por conocer á nuestro primogénito.

» Llegué á Madrid trasformado completamente; mis sentimientos eran otros, mis ideas distintas, mis emociones nuevas, desconocidas. Una ansiedad indecible, una alegría dulce, purísima, inundaba mi corazón, haciéndome gustar la copa de una dicha sublime y misteriosa.

» Era la esperanza de abrazar á mi hijo, de verme rejuvenecer con sus encantos infantiles, de contemplar á todas horas su inocente sonrisa y sus tiernas caricias, pagando mi ansiedad y mi cariño.

» En alas de mi amor de padre volé á la quinta de Torre Azul, donde mi esposa, que aguardaba con impaciencia mi llegada, me presentó á nuestro hijo que contaría entonces quince días escasos.

» La infeliz que había creído perder mi amor, volvió á sonreír animada por la dulce esperanza de una felicidad segura é inalterable; felicidad que gozamos largo tiempo, hasta que el Señor quiso concedernos un nuevo hijo.

» Esto que hubiera debido consolidar nuestra dicha, la destruyó;—¡ parece mentira!—y sin embargo no hay nada más cierto.

» Mi esposa se hallaba enferma, abatida, y sintiendo un malestar indefinible que nos obligó á llamar al médico. Apenas la vió declaró que se hallaba en estado interesante, siendo esta noticia, que á mí me llenó de gozo, un dardo mortal para mi esposa, que se quedó trémula, aterrada, y se nos desmayó en los brazos.

» ¿Qué debía yo juzgar de un acontecimiento tan raro? Nada favorable, y con todo suspendí mi juicio;

no quise dar entrada en mi corazón á una duda cruel, permaneciéndome mucho tiempo consagrado á una observación continua de la conducta de mi esposa, sin que pudiera encontrar en ella la más mínima sospecha.

» Llegó la época de su alumbramiento, dió á luz con felicidad un hermoso niño, que recibió en la pila el nombre que yo llevo, Patricio. La ceremonia del bautizo fué celebrada con suma alegría por toda mi servidumbre y por mis amigos, participando mis padres de la general algazara, porque aun no habian partido para América, haciéndome prometerles que les dejaria mi primer hijo teniendo ya un segundo. ¡Ay! promesa que no pude realizar, porque una desgracia tan rara como inesperada nos arrebató nuestro hijo, mejor dicho, un crimen infame nos privó de él para siempre.»

El conde, al evocar este recuerdo, sintió una emoción que le hizo enternecerse; un vivo dolor se pintó en su semblante: Mauricia le observó; pero calló, no atreviéndose á interrumpir una narración que despertaba en su pecho el mayor interés y la más tierna compasión hacia la condesa, en la que adivinaba sin saber por qué una pobre mártir.

El conde, exhalando un suspiro, continuó así:

—» La noche del mismo día en que recibió el niño el agua bautismal nos retiramos todos á descansar muy tranquilos; yo muy feliz porque á la vista de mi hijo y al contemplar el santo y puro gozo de mi esposa que le acariciaba con delirio, sentí desvanecerse todas mis sospechas y consagré todo el cariño de mi alma para los tres, Amalario, Patricio y Efigenia.»

—¡Efigenia!... ¿Su esposa de Vd. se llamaba Efigenia?—esclamó Mauricia con viveza.

—Sí, hija mia; ¿por qué te sorprende?—la dijo el conde.

—No es nada; prosiga Vd.

—Tu súbita exclamacion me dá en que pensar.

—Es que creí haber oido otro nombre; ruego á usted que continúe;—esclamó Mauricia, saliendo con pesar de las cavilaciones en que la habia sumido el solo nombre de Efigenia, que la jóven tenia muy presente, porque era el de la señora que Pedro Gil tenia encerrada en la sala misteriosa.

—« Mi felicidad, —continuó el conde, — no debia ser duradera: aquella misma noche, cuando acababa de quedarme dormido, escuché un grito espantoso que heló la sangre en mis venas. Era la voz de mi esposa; corrí á su alcoba y la encontré en un estado horrible de angustia y desesperacion.

— ¡ Mi hijo! — gritaba. — ¡ Me han robado mi hijo!...

» Efectivamente, el niño habia desaparecido sin saber cómo; en la casa no pareció: las puertas estaban cerradas; nadie pudo venir de fuera á robarle: ¿por dónde, pues, le sacaron? ¿Quién fué la mano atrevida que nos le arrebató? ¿Con qué objeto? No podia ser con el de exigir por él un rescate, puesto que no hemos vuelto á tener ni un solo indicio de su paradero; tampoco por venganza; á nadie hacíamos daño: no teníamos enemigos; luego ¿quién pudo tener interés en su desaparicion? ¿Para qué le querian? ¿Qué han hecho con aquel tierno niño de tres dias? Aún, despues de veinticinco años, me hago todas estas preguntas, y me vuelvo loco por no hallar la esplicacion que deseo.

» Mi esposa fué atacada de horribles convulsiones y perdió entonces la razon: veíamosla delirar continuamente, y en su delirio, más de dos veces acusó á Pedro Gil de ser el raptor de su hijo: sin duda se fijó en esta idea, porque siempre le habia mirado con prevencion, á causa quizá de su génio desapacible; no creo tuviera otro motivo, habiéndose distinguido tu padre en mi casa como el criado más fiel y más honrado.

» Como su enfermedad continuára , tuve que sacarla de España, y durante dos años estuvimos viajando en el extranjero , deteniéndonos por fin en una aldea de Vizcaya. Estaba completamente curada : siempre triste por el recuerdo de su hijo perdido , y derramando sin cesar lágrimas á su memoria; pero tranquila, afectuosa, sin aquellos arrebatos en que zozobraba su razon.

» Allí se sintió de nuevo embarazada, y dió á luz una niña que se llamó Filomena , llevándose ella sola por espacio de muchos meses todas nuestras caricias, nuestros tiernos cuidados y el entrañable amor de su madre, que estaba medio loca de felicidad.

» Amalarico se hallaba en Madrid; y por otra parte mi esposa le aborrecia. ¡ Oh ! Esta era una de las monomanías que la quedaron de su anterior locura , aborrecer á su primogénito, y hasta desear no verle nunca, mientras se entregaba con tan pasmosa solicitud á los cuidados de su hija, que hasta se empeñó en lactarla por sí misma, siendo de todo punto imposible contrariarla en su deseo.

» Este ódio solo se comprende viendo el inmotivado que profesaba á Pedro Gil , que continuaba en el mismo grado de siempre , á pesar de una ausencia de más de dos años.

» Tú naciste tambien por entonces, hija mia: tu padre nos escribió dándonos parte. Debes tener la misma edad que tendria mi Filomena , con la diferencia de algunas horas solamente. Quizá en esto consista la simpatía que siento por tí; desde que te ví ayer, te quiero como si fueras de mi familia.

» ¡ Ea! no quiero interrumpirme; voy á continuar hasta el fin esta dolorosa historia , — prosiguió diciendo el conde ; — escúchame : falta lo más triste.

» Dos meses tenia la niña cuando regresamos á Madrid, permaneciendo en la córte pocos dias , pues la condesa, viendo á la niña un poco desmejorada, consintió en tras-

ladarse á Torre Azul, muy á pesar suyo, pues aborrecia esta quinta, donde la robaron á su hijo; pero la salud de la niña peligraba, y por salvarla hubiera hecho cualquier sacrificio.

» ¡Ay! Nunca nos hubiéramos ido; Torre Azul es para nosotros un lugar funesto: ya en Madrid la razon de la condesa empezó á resentirse, y á poco de llegar á la quinta volvió á perderla por completo.

» Una noche nos alarmaron sus gritos, corrimos á su cuarto y la hallamos entregada á un acceso horrible de enajenacion mental.

» Su locura consistia en creer que la habian robado su hija, dejándola otra en su lugar, y en acusar á Pedro Gil de su desgracia. Por fortuna este no estaba ya en casa: viendo la animadversion que le tenia, se despidió antes de marcharnos á Torre Azul; y sin embargo, aún le acusaba.

» Desde aquel momento aborreció tambien á la niña: no quiso darla el pecho ni volverla á ver; su enajenacion era completa; tanto, que ni aun se conmovió viéndola despues enferma, en la agonía, y muerta por último, pues mi pobre hija fué atacada súbitamente de una pulmonía, de cuyas resultas falleció.

» Desesperado, triste, dispuse marcharme á la córte con Amalarico: me llevé á la condesa para distraerla, procurando por cuantos medios estaban á mi alcance hacer que recobrase sus facultades.

» Todo en vano: ni aun pude sujetarla en Madrid; la presencia de Amalarico la irritaba de tal modo, que sufría espantosas convulsiones al verle ó al sentir el sonido de su voz, y se volvió á Torre Azul, donde permanece hace muchos años entregada á sus delirios, á su locura, cuyo criminal origen he sabido por mi desgracia.»

— ¿Criminal dice Vd.? — exclamó Mauricia.

—Sí, hija, muy criminal; pero permite que no añada una palabra más de la historia de mi vida.

—¡Una sola, por piedad! ¿Vd. crée culpable á la condesa?

—Sí, muy culpable; por eso no me compadece ya su locura y vivo separado de ella, y la ódio, porque ella también ódia á mi hijo, al único sér á quien debía amar.

—¡Pobre señora! Si ha sido culpable, ¡cuánto sufrirá, entregada á sus remordimientos y á su dolor!

—¿Te parece que yo no sufro? Solo, sin un seno cariñoso donde depositar mis penas; sin una mano amiga que enjугue el sudor de mi frente; sin el dulcísimo calor que prestan al corazón las caricias de una esposa tierna, fiel, y de unos hijos sumisos y buenos como hubieran sido los míos si su madre los hubiera guiado por la senda del deber y del honor.

—¿Y todo eso no lo encuentra Vd. en Amalarico?

—Esa es otra de mis pesadumbres: mi hijo no corresponde á mi cariño; tiene defectos que me desesperan: es egoísta, soberbio, y á veces hasta le cansan mi solicitud y mis cuidados.

—Verdaderamente, esa es una doble desgracia.

—La locura de su madre le ha hecho malo: al verse aborrecido por ella, la aborreció también, sin hacerse cargo de que el sentimiento que la inspiraba era producido por la enajenación mental, debiendo compadecerla y no pagarla ódio por ódio, como si ambos se hallasen en el mismo caso.

No parece sino que estoy condenado á agotar en este mundo la copa de una amargura sin límites: en ninguna parte me hallo bien; he viajado, he recorrido el mundo, he admitido destinos del Gobierno, todo con el fin de distraerme, de calmar si es posible mi pesar; mas en vano: siempre estoy ansiando una quimera; siempre suspirando por esa dulce tranquilidad del hogar, por encontrar á mi

hijo perdido, por ser feliz; en una palabra, disfrutando lo que no conseguiré jamás, las apacibles áuras de una felicidad envidiable, basada en el amor de la familia, en el encanto de los hijos.

Y esto no puede ser, porque tortura mi alma una idea horrible, la de la infidelidad de mi esposa: sean las que quieran las causas que la precipitáran en brazos de un seductor, yo sufro aquella mancha, sobre mi frente cayó; y las cartas que publican su infamia envenenan mi existencia y mantienen vivo mi resentimiento y mi ódio.

El conde, fatigado, cayó medio exánime en la almohada. Los recuerdos de su infortunio habian agotado sus fuerzas, y no pudo decir ni una palabra más.

CAPITULO XXIV.

Determinacion.

Mauricia dejó descansar al conde no queriendo fatigarle más, ni permitiendo que se esforzase en continuar hablando de un asunto que tanto le afectaba.

Le dió un calmante, le suplicó que durmiese un rato, y se salió de la alcoba, bajando al jardin, donde sin testigos pudo entregarse á sus meditaciones.

Hé aquí lo que se decia interiormente:

—¡Oh, Dios mio!... Yo no sé qué pensar, ni qué hacer; la historia del conde, la de su desventurada esposa, á la que sin saber por qué creo inocente, me llenan de confusion. Encuentro muy raro el que se llame Efigenia la señora que Pedro tiene encerrada, y la prevencion que en la carta le hacian, de que procurase evitar nuestro encuentro, pues la exaltacion del carácter de ambas pudiera serles funesta. ¡Oh! sí, lo recuerdo muy bien; estas eran las frases de esa carta que encontré en el bolsillo del chaqueton.

Por lo mismo que quieren evitarlo, debo ver á esa señora, y la veré esta misma noche aun á riesgo de

mi existencia. Es preciso salir de dudas ; necesito á todo trance aclarar este asunto y saber á quién debo el ser, puesto que ellos no son mis padres.

Esta noche me voy á Valde Real ; afortunadamente guardo las llaves de la reja y de mi cuarto , entraré y suceda lo que Dios quiera. Pero ante todo voy á preguntar al conde dónde está su mujer , pues quién sabe si la señora que voy á ver pudiera ser la condesa.

Animada por este pensamiento subió otra vez á la habitacion del conde , que encontró silenciosa y triste como la habia dejado ; pero el conde no dormia : apenas sintió pasos en el aposento llamó á Mauricia.

—¿Qué hace Vd. ?—dijo esta entrando en la alcoba ;—cuando le creí dormido.

—No, hija mia ; meditaba : es lo que hago casi siempre que no puedo conciliar el sueño.

—¡ Válgame Dios, cuán imprudente es Vd. !... Sin conocer la falta que hace el descanso para su salud.

—¡ Sí, sufro tanto !... ¡ Son tan hondas las heridas de mi alma !...

—Porque se entrega Vd. á suposiciones demasiado avanzadas : ¡ quién sabe si donde imagina culpa habrá inocencia !... No se puede á veces juzgar con ligereza y más en asuntos de tal importancia que juega en ellos la felicidad de toda la vida. Vd. , antes de dudar , ha debido enterarse á fondo de lo que llama su desdicha , y aunque encontrase pruebas evidentes, no entregarse todavía á la desesperacion, porque las apariencias engañan muchas veces.

Mauricia se detuvo.

Su sencilla elocuencia era un bálsamo dulcísimo para los dolores del conde , y su voz armoniosa y pura resonaba en el fondo de aquel corazon dolorido con un eco agradable y profundamente simpático.

—Prosigue , hija mia , prosigue ; tus palabras me ha-

cen mucho bien; — la dijo fijando en ella una tierna mirada.

Mauricia, que deseaba convencerle de una cosa que á él no se le habia ocurrido nunca, la posibilidad de que su mujer fuera inocente, continuó de este modo:

—Ante todo, señor conde, Vd. no debe abandonar la esperanza de ser feliz algun dia, teniendo confianza en la bondad de Dios, cuya misericordia es infinita. Tampoco debe Vd. perder la fé en la virtud, ni la creencia de hallar á su mujer inocente y pura; reflexionando que pudiera haber sido calumniada por algun infame que pretendiese quizá vengarse de su desden.

Al oír estas palabras, el conde contestó con viveza:

—Eso no puede ser; ahora mismo, hace muy pocos dias, se ha escapado de Torre Azul, donde se encontraba hace tiempo encomendada á la vigilancia de unos ancianos criados, cuyo celo ha burlado desapareciendo de la quinta sin que podamos averiguar su paradero.

—¿Conque se ha escapado?—murmuró Mauricio confirmándose más y más en la idea de que pudiera ser la condesa la señora que ocupaba la sala misteriosa de la casa del sacristan.

—Sí, hija mia; se ha escapado dejando un billete en que me anuncia su partida, declarando que vá á buscar en otra parte la dicha que no halla en Torre Azul: ¿qué más prueba quieres de su culpabilidad?...

—Tambien pudiera ser falso, no hay que desesperar, y ante todo, no abrigue Vd. la creencia de que haya huido con un amante.

—¿Y con quién sinó?... Ella sola no hubiera dado semejante paso, y me induce á creerlo así la idea que tengo adquirida de que su trastorno mental tiene su origen en unos amores...

El conde se detuvo, le era penoso semejante confesion; mas luego prosiguió:

—No importa que lo sepas; la confidencia ha llegado al extremo de no poder ocultarte nada; mi mujer me ha sido infiel, tengo cartas suyas dirigidas á un amante, en que le declara su amor de una manera hasta ofensiva al decoro de una señora.

—¡ Ah! Suspended Vd. por Dios tan temerarios juicios: ¿quién sabe si esas cartas serán falsas?

—Es su letra: no me queda duda.

—Las letras se imitan con suma perfeccion, y además pudieran habérselas arrancado en un momento de extravío. ¿Cómo las ha recibido Vd.?

—Por el correo, bajo un sobre y nada más.

—Esto encierra un horrible misterio: la persona que ha cometido tan vil accion debe odiar á la condesa, y ha conseguido su objeto robándola el amor de Vd., que nunca ha debido faltarle, porque la proteccion y el amor del marido siempre deben ser el escudo de la mujer, aunque ésta aparezca culpable, porque si lo es conseguirán su arrepentimiento, y si fuera inocente, la salva de las asechanzas del malvado que pretenda hundirla en el abismo. Y Vd., señor conde, ha hecho muy mal en abandonarla, dejándola indefensa, sin apoyo, á merced de su enemigo.

—¡ Oh, Dios mio! ¡ Tus palabras hielan la sangre en mis venas!

—Si la condesa es inocente, yo la salvaré.

—¡ Tú!... ¡ La salvarás tú, Mauricia! ¿Arrancarás estas dudas de mi alma y pondrás en claro su inocencia?

—Confío hacerlo con la ayuda de Dios.

—¿ Pero tienes algun indicio?

—Permitame Vd. que no responda: acaso muy pronto podré devolver á Vd. la tranquilidad; para ello necesito marcharme á dormir esta noche en Valde Real.

—Pues apresúrate á volver á la aldea , porque ya el dia está en el ocaso , y es peligroso que una jóven vaya de noche por los campos.

—No importa : para mi proyecto convienen mucho las sombras de la noche ; voy , señor conde , á arriesgar la vida por dar á Vd. la felicidad : si en cambio pierdo la mia y logro no morir en la empresa , ¿podré esperar la proteccion de Vd. ?

—Sí ; mi proteccion y mi amor : yo te adopto por hija desde este momento. ¿Quieres tú serlo ?

—Con el alma y la vida.

—Pues ven á abrazarme antes de partir , y que este lazo simpático consolide la fraternal union de nuestras almas.

El anciano y la jóven quedaron estrechamente abrazados : sus corazones latian acordes ; en ellos se alzaba pujante y poderosa la voz de la sangre , que les anunciaba bien claramente que aquel lazo no era de adopcion , sino legítimo ; pero no la escucharon ó no supieron traducir su murmullo.

—Adios , hija mia ; — dijo el anciano desprendiéndose con pena de los amorosos brazos de la jóven. — El cielo guie tus pasos.

—Adios , padre mio : nada temo contando con su proteccion y su cariño.

Mauricia salió de la alcoba , hizo varios preparativos necesarios para la asistencia del conde ; encargó su cuidado á una criada entendida , haciéndola comprender que se retiraba á descansar por hallarse algo fatigada. Despues se bajó al jardin , y procurándose la llave de la puertecilla que conservaba el jardinero , aguardó á que fuesen las diez de la noche para salir del castillo.

La luna , como si quisiera envolver con el manto del misterio su arriesgada accion , se ocultó entre densos nubarrones , dejando la campiña en tétrica oscuridad.

A pesar de esto, y sin embargo de su natural timidez, la jóven no sintió el más mínimo temor. Su propia ansiedad la prestaba fuerzas y valor para llevar á cabo una empresa, cuyas consecuencias, si salía con bien, serían para ella tan halagüeñas y satisfactorias.

Los vecinos de Valde Real, amedrentados por la proximidad de los facciosos, se habian recojido temprano, cerrando herméticamente las puertas y ventanas de sus casas.

Por las desiertas calles no transitaba un alma.

Mauricia, favorecida por la oscuridad, dió la vuelta á la aldea y se dirigió al campo hácia el sitio donde caía la ventana de su cuarto. Esta, aunque tenia reja, servía á la vez de puerta, porque se cerraba y se abría, dando paso á los habitantes de la casa cuando necesitaban salir al campo por aquel lado.

Mauricia conservaba la llave del candado, así como la de su cuarto, llevando ambas en el bolsillo afortunadamente.

Esta circunstancia favorecía su plan, permitiéndola entrar en la casa sin ser vista, pudiendo permanecer en su cuarto hasta que se le presentase ocasion de hablar á Efigenia, que era su pensamiento, proponiéndose combinar su plan, segun lo que resultase de la conferencia.

Todo salió á medida de su deseo. Abrió el candado que cerraba la reja, no sin mirar antes con recelo en torno suyo por si alguien la observaba: entró, cerró por dentro, introdujo el brazo por un postigo de la ventana, que estaba abierto, y alzando con sumo cuidado la fallera que sujetaba la madera, pudo inmediatamente saltar dentro de su cuarto, teniendo la fortuna de no hacer el más pequeño ruido.

En seguida que se halló á salvo, fué á ponerse de rodillas delante del cuadro que representaba la Magdalena á los pies del Señor, donde permaneció algunos ins-

tantes rezando y pidiendo á la santa pecadora la iluminase y la prestase su ayuda en la temeraria accion que se proponia ejecutar.

Luego se acercó á la puerta del cuarto, y á pesar de que ella conservaba la llave y por fuera no podian abrir, echó el cerrojo con mucho silencio, considerándose así más segura. Despues se acercó á una de las ventanas que iban al patio, por la que se proponia salir para dirigirse á la sala misteriosa, considerando este medio más oportuno que no abrir la puerta de su cuarto y luego la del portal que daba al patio, y de la que casi siempre al irse á acostar guardaba Pedro Gil la llave.

En Valde Real, como poblacion pequeña y miserable, apenas se conocian los cristales en las ventanas, y mucho menos en la casa del sacristan; así fué que Mauricia abrió un poco la madera, pudiendo ver todo el patio y la puerta de la sala misteriosa, en la que habia luz.

—Quizá la acompañen en este momento Pedro ó su mujer;—pensó Mauricia.

No se engañaba: instantes despues la puerta se abrió, presentándose en ella el sacristan; le seguia su esposa, y detrás de esta apareció la pálida y triste figura de la dama.

Mauricia los vió perfectamente; pero no pudo escuchar sus palabras, á causa de la distancia que la separaba de ellos, y porque hablaron en voz baja.

Por la accion comprendió que la señora suplicaba, y Pedro la hacía una promesa que quizá no pensaba cumplir; pero que debió tranquilizar á la infeliz; pues conformándose los vió salir, entró luego en la sala y cerró la puerta.

Entonces Dorotea se dirigió á las habitaciones interiores, y Pedro á la cueva, donde entró, volviendo á salir poco despues acompañado de un caballero alto, que iba embozado en una ancha capa.

Mauricia al verlos se estremeció de piés á cabeza; pero continuó inmóvil aplicando el oído, para escuchar la conversacion que tenian.

Afortunadamente se colocaron cerca de la ventana, pudiendo oír Mauricio de lo que trataban sin perder una palabra.

Por la voz reconoció en el embozado á Amalarico, sorprendiéndose de hallarle en aquel sitio, siendo así que por la mañana salió del castillo con el conde de Valde Real dirigiéndose á Madrid.

Tambien se quedó absorta al oír que Pedro Gil le tuteaba, tratándole de igual á igual, siendo el primogénito del conde y una persona que debía respetar por todos conceptos.

—¿Si me habré equivocado? — murmuró la jóven. — Quizá no sea él.

Como su curiosidad era escesiva, abrió un poquito más la entreabierta ventana, queriendo reconocerle, lo cual consiguió merced á un rayo de luna, que rompiendo nubarrones fué á iluminar con su pálido resplandor el enjuto y altanero rostro de Amalarico.

—¡El es!...—dijo Mauricio; — ya no me queda duda. ¡Quién sabe si la inicial de la carta sería la primera letra de su nombre! Escuchemos, no me conviene perder ni una sola palabra.

CAPITULO XXV.

Proyectos.

Pedro Gil y Amalarico, pues ellos eran los que entraron en el patio por la puerta de la cueva, entablaron su conversacion al pié de la ventana del cuarto de Mauricia; muy lejos de pensar que la jóven, conteniendo la respiracion, les escuchaba con viva ansiedad.

—Al verte partir esta mañana con el padre de Matilde,—dijo Pedro,—comprendí que volverias esta noche acudiendo á la cita que me dabas en tu carta de ayer, por lo cual dejé abierta la puerta de la cueva que sale al chaparral.

—Muy mal hecho: has debido esperarme allí, pudiera haber pasado alguno, descubriendo esta salida que nos conviene tener secreta.

—Eso es imposible: la maleza la oculta perfectamente, y además tuve que atender tambien á la condesa; hoy ha tenido un dia cruel de desesperacion: como la he ofrecido llevarla con sus hijos, me apremia para que la cumpla la promesa, y por fin, esta noche la he dado

palabra formal de que mañana los verá, y ha quedado tranquila.

—¿Y qué piensas hacer de ella? Aquí no conviene tenerla, pudiera descubrirse y estábamos perdidos; por otra parte, también nos conviene deshacernos de Mauricia, ha llegado á concebir sospechas y trabaja para conseguir nuestra perdición.

—Ella ha visto la carta que me escribiste ayer, diciéndome que te esperase esta noche: ha descubierto que no es hija nuestra, y se marchó inmediatamente á casa del señor cura, confesándole sus temores.

—Por eso desconfía de tí.

—Es claro; y se ocupa en hacer indagaciones sobre mi conducta.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Por el ama del cura, á quien Mauricia se lo ha contado todo; esta fué la causa de marcharse á Valde Real esa infame de chiquilla, y si permanece allí nos vá á perder contándose al conde y haciéndole concebir sospechas.

—¡Oh! Pues á todo trance es preciso quitarlas de enmedio, á ella y á la condesa. Esto es lo urgente: despues atenderemos á lo demás.

—Ya tengo formado mi plan: á ver que te parece.

—Veamos.

—En cuanto amanezca me voy al castillo, fingiendo que Dorotea está muy mala: obligo á Mauricia á que se venga conmigo, y una vez aquí, las ato de piés y manos poniéndolas una mordaza para que no puedan chillar, y á las dos, á la madre y á la hija, que van á verse por la primera vez de su vida, me las llevo al subterráneo del monte, cuya entrada nadie conoce más que nosotros, y las deajo allí encerradas, hasta que nos convenga trasladarlas á otra parte ó asesinarlas de una vez.

—Por ahí se debia empezar, mientras ellas vivan pe-

ligra nuestra existencia, y no conviene tenerlas consideraciones de ninguna clase. Lo mismo que á César, digno hijo de tal madre, y de tal hermana: si le hubieras muerto en igual de hacerle arrojar del castillo, no me amenazaría hoy con presentar las pruebas de mi traicion.

Mauricia, al escuchar estas palabras, que la revelaban su origen, descubriéndola que César era su hermano y la condesa su madre, tuvo que hacer un esfuerzo poderoso para contener su emoción. Entonces más que nunca se afirmó en su resolución de salvar á la condesa, descubriendo aquella horrible traicion. La pobre jóven estaba trémula, un temblor convulsivo la agitaba; y sin embargo, procurando dominarse, aplicó más el oído, no queriendo perder el más pequeño detalle de tan interesantes revelaciones.

—Y qué quieres, hijo mío;—continuó diciendo Pedro:—ya no tiene remedio; el error está en no haberlos ahogado cuando nacieron.

—Bien desacertado anduviste, por cierto; si ya te proponías una cosa, haberla hecho en regla.

—Yo entonces no estaba familiarizado con el crimen; deseaba, sí, elevarte á la altura en que te encuentras, aprovechando la ocasion que como llovida del cielo se me presentaba; mas no comprendí que para sostenerte en esa posicion tendria que llegar á ser un criminal. ¡Ay! Bien caro me cuesta el que seas feliz, poderoso, y lles un nombre ilustre, siendo solamente el hijo de un pobre sacristan.

—¡Silencio, Pedro!... ¡Tú siempre has de ser imprudente!

—Y tú un ingrato, desnaturalizado: sabes que en tus lábios la palabra *Pedro* me hace daño; ¿á qué la pronuncias?... ¿No soy tu padre?... ¿No hago por tí toda clase de sacrificios? ¿A qué me niegas el consuelo de oír si-

:

quiera este dulce nombre cuando estamos solos?... ¿No merezco siquiera una palabra de gratitud, una frase de cariño?...

—No he venido aquí á escuchar inútiles lamentaciones; acabemos de una vez: sé que eres mi padre, que Dorotea es mi madre, y os amo; pero no me lo recordéis, porque lo tengo bien presente: ¡ojalá no lo tuviera!...

El rostro de Amalarico, que iluminaba un rayo de luna, demostraba un disgusto profundo, un desden sin límites hácia los culpables ancianos, que á costa de su conciencia y de la paz de su alma habian querido ascenderle á un puesto que no merecia, ni podria jamás honrar manifestándose grande y noble, llevando como llevaba en sus venas la sangre de un miserable. Como tal debia portarse siempre, siendo las primeras consecuencias la ingratitud, el ódio quizá hácia sus mismos padres, que despreciaba en el fondo de su corazon, únicamente por el delito de serlo.

¡Qué horror!... ¡Y es posible que en el corazon humano haya tanta maldad... tanta miseria!...

¡Oh! No hay duda, existen esos abismos en el corazon del hombre; Amalarico personifica un hecho real, un suceso verídico, y tal como lo pinto ha existido.

Continuemos escuchando su conversacion:

—Conozco cuánto te duele ser hijo nuestro, —esclamó el sacristan, —y lo siento muchísimo; pero ya no puedo evitarlo.

—Pero puedes evitar el que me descubran.

—Y lo haré: te lo he prometido; pero quiero que conozcas toda la enormidad del crimen que voy á cometer: en ello arriesgo mi vida, la salvacion de mi alma, la paz de mi conciencia, y todo por tu amor; reclamando por única recompensa tu cariño y tu gratitud.

—La tendrás... la tendrás... te quiero mucho, padre

mio; mas abreviemos por piedad: una inquietud horrible me devora, y deseo cuanto antes terminar este asunto malhadado.

—Esa sola frase me reconcilia contigo: la palabra padre en tus lábios me devuelve la energía que tu desden me quita; ya estoy dispuesto á complacerte; manda y te obedeceré.

—Ante todo, es preciso que mañana llesves á cabo tu idea, encerrando á la condesa y á Mauricia donde no vean más la luz del sol.

—Se hará; descuida.

—Y necesito que esta noche vayas á buscar al general, le entregues estos pliegos y me traigas una orden suya para que el Solitario me entregue á Matilde y se someta á mis órdenes con toda su partida: ¿lo entiendes?

—Perfectamente; solo que el general está lejos, y aunque mi caballo es corredor, quizá no pueda estar aquí tan pronto.

—Procúralo: conviene que te halles aquí temprano para despachar el asunto de esas dos mujeres.

—Y tú, ¿qué harás entretanto?

—Me voy á Madrid, donde me aguarda el conde de Valde Real.

—¿Y qué piensas hacer?

—Unirme á ellos: pedirán tropas al Gobierno para perseguir al Solitario, aprobaré su resolución, los seguiré al campo de batalla, donde no me batiré, porque ya sabes que mi fuerte es la diplomacia; los dejaré que se maten, así nos quedaremos libres de algunos enemigos; y cuando me parezca conveniente, saco mis papeles y obligo á deponer sus armas al arrogante cabecilla, que no quiso reconocerme esta mañana porque no le presenté documento justificativo que me acreditase como emisario secreto de Carlos V.

—Y en eso hizo bien; cumpla sus órdenes.

— También debes informarte si Matilde está en poder del general ó la retiene el Solitario en los montes, dándome cuenta de todo en Madrid, donde irás á buscarme despues de haber dejado á nuestras enemigas bien aseguradas.

— Corriente; me tendrás allí lo antes posible.

— Se me olvidaba preguntarte: ¿has visto al conde mi padre? Esta mañana le dejamos herido.

— Creo que continúa en cama; pero no peligra su vida.

— ¡Qué lástima! Hubiera hecho una cosa buena el Solitario con quitárnosle de enmedio.

— Ya lo creo: así quedabas en seguida siendo el jefe de la casa; ¡que fueran entonces César y Mauricia á disputarte la legitimidad!

— En fin, si no muere de esa herida, á ver si conseguimos que muera de otra más honda, recibéndola en la batalla que les preparo con los facciosos.

— ¿Te marchas?

— Sí; engañé al de Valde Real, separándome de su lado con un pretexto, y no quiero se aperciba de mi ausencia.

— ¿No quieres ver á tu madre?

— ¿A Dorotea?

— ¡Ingrato! ¿Tienes otra por ventura?

— La condesa.

— Ante los ojos de los hombres; pero no ante los de Dios.

— Es verdad. Vamos, pues.

— ¿Saldrás luego por la cueva?

— Sí; tengo el caballo en el monte.

— Lo digo para dejar abierto.

Los dos hombres entraron en el portal, perdiéndose el eco de su voz, que no volvió á escuchar Mauricia: ¿ni qué le importaba lo restante de aquella entrevista entre los padres y el hijo, si ya sabia lo principal? En

sus manos tenia los hilos de su trama infernal , que con la ayuda de Dios se proponia destruir.

Para adquirir la fuerza moral que necesitaba , volvió á ponerse de rodillas delante del cuadro que representaba á la Magdalena , y rezó algunos minutos con el dulce fervor de un alma cristiana.

El ruido de una puerta la sacó de su meditacion: se acercó á la ventana y vió á los dos hombres atravesar el patio , seguidos de Dorotea que iba sin duda á despedirlos.

— Cierra por aquí , — la dijo Pedro , — y acuéstate.

— ¿ No vuelves esta noche ?

— Lo menos hasta las ocho de la mañana no estoy aquí. Si á esa hora no he venido , finje que te pones muy mala , y envia un recado al castillo para que venga Mauricia , á ver si podemos encerrarla en la leonera.

— ¿ Y á su madre , qué la digo ?

— Nada ; si no te llama , déjala : sabes que acostumbra á dormirse cuando nosotros nos levantamos.

— Es verdad : ya será medio dia cuando nos recuerde la promesa.

— Adios ; hasta mañana , — dijo Pedro Gil.

— Pero hijo mio , ¿ te marchas sin darme un abrazo ? — exclamó la tuerta.

Nuestros lectores recordarán que Dorotea era tuerta.

Al principio la designamos con el nombre de Lázara , que era con el que la conocian generalmente en el pueblo. Sin embargo , las personas de su intimidad la llamaban Dorotea , que era su verdadero nombre , y con el cual continuaremos durante el curso de esta historia.

Amalarico salió de la cueva , donde ya habia entrado , y bien á su pesar enlazó sus brazos con los de su madre , estrechando la horrible cabeza de esta contra su seno.

La pobre mujer , cuya fealdad estremada la hacia

más repugnante, besó con entusiasmo el rostro de su hijo, teniendo el desconsuelo de ver que correspondía á sus caricias con manifiesta frialdad.

Así fué que, cuando se marcharon, murmuró con una voz que Mauricia oyó perfectamente:

— ¡Ay! ¡No me quiere! ¡Se avergüenza de nosotros!

Es una verdad desconsoladora; el hombre de corazón vano y orgulloso, que se eleva á la cúspide de una fortuna que no merece, se avergüenza luego de la humildad de su origen, porque no debe su elevación á la conciencia de su propio mérito y sus virtudes, sino á los caprichos de una fortuna veleidosa.

CAPITULO XXVI.

La madre y la hija.

Una hora despues de la anterior escena , todo en la casa estaba en silencio.

Dorotea , devorando su pena , se acostó. Amalarico y Pedro se marcharon cada uno por distinto camino , y Mauricia aguardó á que trascurrieran algunos minutos más para asegurarse mejor del éxito de su empresa.

Cuando tuvo una completa seguridad de que nadie podia interrumpirla , abrió la ventana , y con el auxilio de una silla que puso por la parte de afuera saltó al patio , dirijiéndose con sigiloso paso hácia la sala misteriosa.

Se asomó por el hueco de la cerradura y vió á la condesa sin acostarse todavía , que rezaba de rodillas al pié de la cama ante la imágen de una Dolorosa que en un cuadro estaba pendiente de la pared.

La luz de un velon iluminaba la alcoba , reflejando sus pálidos rayos sobre la dulce y triste figura de la condesa.



Tenia puesto un vestido ancho muy oscuro que cubría sus brazos y su cuello. Su cabellera negra y perfumada caía en trenzas sobre la espalda, rizándose sobre la frente y dando á su interesante fisonomía una gracia infinita.

A sus labios descoloridos asomaba una sonrisa de placer que hacía brotar sin duda una esperanza halagüeña: la de abrazar á sus hijos, según la prometiera Pedro.

A pesar de su continuo dolor, de sus agudos padecimientos y de su estremada delgadez, estaba muy bella. ¡Había tanta distincion en su persona!... ¡Revelaba su fisonomía una dulzura tan angelical que bastaba mirarla en sus momentos tranquilos, cuando la calma aparecía en su semblante, para sentir por ella una simpatía profunda!

Mauricia la contemplaba con admiracion, sin atreverse á interrumpir su religioso fervor, y sin fuerzas para continuar observándola, porque la ansiedad, el vehemente anhelo de su pecho, la impulsaban á entrar en aquel aposento misterioso y santificado por la presencia de una mártir.

—¿Cómo llamaria su atencion?—decia la jóven para sí.—Ella no espera á nadie, y si la llamo de repente, quizá grite y nos oiga Dorotea. Pero ¡calla! me ocurre una idea: aseguremos la retirada por si acaso nos interrumpen.

Animada por este pensamiento cerró la puerta de la cueva, de modo que si venian de fuera no pudieran entrar sin llamar. Luego practicó igual operacion con la puerta del portal, que comunicaba con las habitaciones interiores, y segura ya de que no la sorprenderian, se dirijió resuelta á la sala misteriosa, y llamó suavemente con los nudillos.

Aunque fué tan leve el ruido que hizo, como el silencio de la noche era profundo, y el oido de la condesa

tan fino, esta la oyó en seguida y levantándose, se acercó á preguntar con dulce voz:

—¿Eres tú, Pedro? ¿Me traes ya mis hijos?

—Abra Vd., señora, abra Vd.: —esclamó Mauricia.

—La traigo noticias tuyas.

La puerta se abrió inmediatamente.

Mauricia entró, y cerrando con cuidado la puerta, se dirigió á la alcoba donde estaba la luz, para ver con atencion el rostro de la condesa, que se quedó contemplando con arrobador embeleso sin atreverse á descubrir, por miedo de que tan repentina alegría causase algun trastorno en su debilitada razon.

Efigenia la miró al pronto sorprendida; luego, fijando en ella una mirada investigadora y tenáz, la echó los brazos al cuello, y prorumpiendo en convulsivos sollozos, esclamó medio ahogada por la emocion:

—¡ Ah, tú eres mi hija!... ; Mi Filomena!

—¡ Oh, madre mia!... ; Madre mia! —gritó Mauricia, abandonándose á un irresistible impulso que la precipitó en brazos de la condesa.

Por su parte tambien esta se dejaba llevar de los instintos de su corazon, contribuyendo mucho á su reconocimiento la idea en que estaba de que debia verla al dia siguiente.

Por espacio de algunos minutos, ni una ni otra pudieron hablar; todo eran lágrimas, besos, caricias y sollozos. La condesa repetia balbuciente:

—¡ Filomena!... ; Mi Filomena!...

Y Mauricia esclamaba con trasporte:

—¡ Madre querida!... ; Madre de mi corazon!...

Estas fueron las únicas frases que pudieron escucharse en el aposento, hasta que más tranquilas se interrogaron de este modo, diciendo la condesa:

—Al fin, Pedro me ha cumplido su palabra enviándote; ¿pero cómo has venido sola?

—Pedro es un infame, madre mia; y no debe usted creer en él ninguna accion buena.

—Ya lo sé: ¿te figuras que lo ignoro? Me ha hecho infeliz toda la vida; porque su hijo disfrute la herencia y el título del mio; pero ¿dónde está Patricio?... ¡Dónde está el hijo de mi alma, que quiero abrazarle tambien!... ¡Quiero inundar mi corazon de gozo, quiero disfrutar esta dicha sin medida!... ¡Esta felicidad, que llega á su colmo!...

La condesa abrazaba con delirio á su hija.

—Mañana le verá Vd.; al amanecer ha de venir á buscarnos.

—¡Si ya es casi de dia!...

—Pues antes de rayar el alba vendrá; pero vámonos de aquí, tengo miedo no nos sorprendan.

—¡Qué dices! ¿No te ha enviado Pedro?

—No, señora; he venido yo á salvar á Vd., sin que él lo sepa, y conviene escapar de esta casa antes de que se descubra mi estancia en ella, porque nos matarán sin remedio. Ya tienen el proyecto de encerrarnos en una cueva, dejándonos morir de hambre para que no descubramos sus infamias.

—¡Qué horror! ¡Oh, hija mia!.. Pues vámonos pronto; ya te tengo entre mis brazos y no te arrancarán de ellos. Les prometo que ahora no han de sustituirte por otra, como hicieron cuando eras pequeña; ni te robarán como me robaron á mi Patricio, porque no me dormiré como entonces, ni consentiré separarme de vosotros un solo momento.

—Hoy es diferente, madre mia; hoy tiene Vd. dos hijos que la defiendan, y entonces se hallaba sola, sin amparo, en poder de un enemigo implacable.

—¡Hijos míos!.. ¡Hijos de mi alma!... ¿No es un sueño lo que me pasa? ¿Con que al fin os recubro, os estrecho en mis brazos, despues de tantos años de agonía y de separacion?

—Todo tiene término en el mundo; ¿como no habia de tenerle nuestro tormento? Pero no nos detengamos; venga Vd., madre mia; vámonos y podremos hablar en paraje más seguro.

Mauricia, diciendo esto, corrió las cortinas de la cama y apagó la luz.

—¿Para qué haces eso, hija mia?—preguntó la condesa.

—Para que mañana, cuando vengan Dorotea y Pedro Gil á mirar por la cerradura, crean que está Vd. acostada todavía y no sospechen nuestra fuga.

—Tienes razon.

—Cerraremos con llave y nos la llevaremos.

Mauricia lo hizo efectivamente. Llevó á Efigenia á la ventana de su cuarto y la hizo saltar por la silla: luego, por dejarlo todo como estaba y no despertar sospechas, descorrió los cerrojos de las puertas de la cueva y del portal, que antes habia corrido como una medida de precaucion, reuniéndose despues con la condesa, que la esperaba con una impaciencia llena de angustioso sobresalto.

La dió la mano para saltar al cuarto, entraron la silla y cerraron la ventana; todo esto con el mayor silencio, sumamente despacio, sin que se sintiera el más mínimo ruido y sin atreverse á pronunciar una palabra.

Mauricia cojió de la mano á la condesa, y á tientas se dirijieron á la alcoba, buscando la reja que daba al campo y que debia ser su puerto de salvacion. Abrió un ventanillo, y como todavía viese el cielo tachonado de brillantes estrellas, se sentó debajo de la ventana en una sillita baja, hizo sentar á la condesa sobre sus rodillas, y abrazándose con viva ternura, empezaron á hablar con una voz dulce y baja, que apenas percibian ellas mismas.

—¿Para qué dejas abierto ese ventanillo?—la preguntó la condesa.

—Para ver mejor la luz; porque el primer rayo de la aurora nos anunciará la venida de César.

—¿Quién es César?

—Mi hermano, el que Vd. llama Patricio y yo he conocido siempre por César.

—¡Ay! ¡Cuéntame, hija mia, cuéntame qué ha sido de vosotros; dime cómo os han tratado esos infames!

—Escuche Vd. la historia de mi vida y la de César tambien.

—¿Habeis vivido siempre juntos? ¿Os quereis mucho?

—Ignoraba que fuese mi hermano hasta hoy, que la casualidad me lo ha descubierto; sin embargo, yo le amaba con delirio: sin saber por qué, sentia por él una atraccion magnética, era quizá un presentimiento del corazon que revelaba nuestro origen.

—Cuéntame vuestra vida; estoy impaciente por saber todo cuanto os concierne.

—Diré á Vd. desde que tengo uso de razon; desde que me acuerdo.

Mauricia refirió á la condesa la historia de su vida, que no la repito porque la conocen mis lectores, igualmente que la de César.

Quando se verificó el cambio de las niñas, Dorotea se marchó al pueblo donde habitaba con sus padres, no conociendo ellos ni nadie la trasformacion de la niña, que se crió como hija suya.

Luego, comprendiendo Amalarico que estarian mejor en Valde Real, hizo á Pedro que se trasladase, solicitando la sacristía, vacante entonces por fallecimiento del que antes la desempeñaba, que era uno de sus cómplices, comprometido tambien en la faccion y enterado del secreto de la cueva.

Tambien le convenia vivir en la aldea por vigilar á César, intentando uno y otro dia su perdicion, como efectivamente llegó á conseguirlo, descubriendo sus

amores con Matilde y revelándoselo al padre de ésta, que sin consideracion alguna le arrojó del castillo.

Estos detalles no los sabia Mauricia; pero refirió á la condesa todos los secretos de su alma, tambien los amores de su hermano, la escena ocurrida aquella mañana en el castillo, la herida del conde, sus confiancias y sus palabras todas, una por una, que Efigenia se complacia en escuchar, pidiendo detalles con una curiosidad pueril hasta de las cosas más insignificantes.

La dijo que César se encontraba al frente de una partida de facciosos con el supuesto nombre del Solitario, y que le aguardaba al amanecer para que las salvase del furor de Pedro Gil y de Amalarico, que indudablemente las sacrificarian por conseguir sus fines.

Mauricia manifestó á la condesa su deseo de revelar al conde, segun se lo habia prometido, sus descubrimientos; pero la condesa la disuadió, diciendo:

—El conde duda de mí, y no quiero presentarme á él hasta que pueda conseguir las pruebas de mi inocencia, haciéndole comprender que no he faltado jamás á la fidelidad conyugal: para esto necesito adquirir una carta que me pierda, y que el malvado Pedro me arrancó por fuerza.

—En ese caso se lo confesamos todo á César, y él se la quitará: entra una noche por esta misma ventana que nos vá á servir de salida, y cojiéndole desprevenido, se la quita, haciéndole además que firme una declaracion de la horrible trama que viene sosteniendo.

—¡Lo primero es la carta! ¡La carta! ¡Ay! ¡Por esta carta he sufrido toda mi vida! ¡Por ella no he declarado al conde cien veces mi tormento, y me he callado, muriendo de dolor y medio loca, aunque tenia la seguridad de que vosotros estábais en poder de ese hombre!

—¡Ya estamos libres! ¡La inocencia triunfa siempre de la maldad y del crimen!

— ¡Así lo espero; la justicia de Dios es infalible! — dijo la condesa con voz solemne.

Los primeros albores de la mañana empezaban á colorear el horizonte.

Mauricia se levantó, y asomándose á la ventana, vió á lo lejos la luz de una hoguera que brillaba entre las últimas sombras de la noche, que se iban desvaneciendo con los primeros reflejos de la aurora.

— ¡Allí está César, madre mia! ¡Aquella luz me anuncia su proximidad! — dijo la jóven arrojándose en brazos de su madre.

— ¡Oh, gracias á Dios! ¡Gracias á la Virgen Santísima que se compadece de mis dolores, devolviéndome mis hijos! — exclamó la condesa arrodillándose.

— ¡Estamos salvadas! ¡Gracias, Dios mio! — repitió Mauricio imitándola y elevando los ojos al cielo en actitud de profundo reconocimiento.

CAPITULO XXVII.

Empresa temeraria.

Mauricia no se habia engañado. César estaba allí á poca distancia, rodeado de sus valientes, que enamorados de su generosidad y de su arrojo, le seguian con placer en todas sus aventuras, tributándole repetidas muestras de sumision y de cariño.

A pesar de su cansancio y de su angustiosa fatiga, quiso cumplir la palabra que habia dado á Mauricio, y volvió á la aldea con este único objeto.

Ya dejaba en seguridad á Matilde, aunque para conseguirlo tuvo que arriesgar no pocos peligros.

Cuando salieron del castillo por la puertecilla del jardin, el jóven montó en su poderoso alazan, colocando cuidadosamente á su amada en la delantera de la silla.

Otro faccioso practicó igual operacion con Andrea, y ambos caballos, veloces como el viento, se lanzaron á través de los olivares, internándose á poco en un terreno escabroso y solitario.

Matilde iba temblando: su cabeza, de la que se habia desprendido el velo nupcial, se apoyaba con infinita

confianza en el pecho del gallardo mancebo, que la estrechaba contra su corazón, vertiendo en su oído, como una armonía divina, dulcísimas y amorosas palabras.

¡Qué bella es la vida cuando se ama! El amor lo embellece todo en torno nuestro, y hasta en los momentos de peligro hallamos encantos y placeres.

La naturaleza entera sonreía á nuestros enamorados: el sol les parecía más brillante, más hermoso el azul del cielo y más aromáticas las flores.

Sin embargo, Matilde temblaba; pero temblaba de emoción, temblaba porque veía á su amante solo en medio de un campo, donde á cada paso podía ser sorprendido por las tropas de la Reina.

Empero él no se acordaba, era feliz y no temía su propio peligro con tal de salvar á su amada del infortunio y de la tiranía á que querían someterla.

Ya llevaban una hora de marcha á través de los riscos y de las malezas, porque apartándose del camino real, siguieron por impracticables senderos, desconocidos en lo general, que únicamente sus caballos recorrían con seguridad por la costumbre que ya tenían de hacerlo.

César, mirando á su amada con dulce ternura, comprendió que la cansaba su precipitada marcha: iba palideciendo y dejando notar en su fisonomía el abatimiento y la angustia.

—¿Vas fatigada, ángel mio?— la dijo.

—Mucho; y siento en verdad confesártelo, porque en estos momentos quisiera ser fuerte como un roble.

—¿Y qué culpa tienes tú, querida mia, de ser, en igual de roble, una débil flor?

—Ciertamente que no tengo la culpa; pero eso no quita para irritarme contra mi propia debilidad.

—Ahora descansaremos: hay á pocos pasos de aquí un delicioso valle, por donde corre un arroyuelo crista-

lino; allí nos detendremos, aguardando á que lleguen mis facciosos que han quedado en el castillo.

—Es en verdad muy grande tu temeridad arriesgarte de esta manera, sin defensa, sin más armas que tu valor, á cruzar una estension de ocho leguas que nos separan de los montes de Toledo, donde encontraremos un refugio impenetrable y seguro.

—¿Te imaginas que vamos solos?

—Así lo creo; no hallo á nuestro lado más compañía que la de tu criado y la de Andrea que nos siguen.

César se sonrió, aplicando á sus lábios un agudo silbato, á cuyo prolongado eco, que se repitió por el valle, aparecieron, saliendo de entre las matas, multitud de hombres armados de formidables trabucos, estrañamente vestidos y con su indispensable boina en la cabeza.

—¿Ves mi refuerzo?—murmuró el jóven al oido de su amada.

—¡Ah!—esclamó esta mirando con terror los atezados rostros de los facciosos, que saludaron militarmente á su jefe, volviendo á esconderse tras de las matas á una señal suya.

—¿Tendrás ahora miedo?

—En este momento no; mas si la fatalidad nos hiciera encontrarnos con las tropas de la Reina, entonces sí temblaría.

—Pues más vale que te acostumbres á esa idea, armándote de valor, por si acaso tenemos algun encuentro, lo que no es difícil.

—¡Evítalo, por Dios! ¡Me moriría de angustia!—dijo la jóven aterrada, apoyándose más en el pecho de su amante, como si ya viera el peligro encima y quisiera buscar refugio.

Matilde no era tan cobarde como queria parecer; más bien ella se imaginaba débil, sin sospechar que tenia valor para arrostrar el peligro. Empero dejábase subyu-

gar de un miedo pueril, que no carecía de encantos, por lo agradable que es el contraste de nuestra debilidad con la fortaleza y valor del hombre que amamos, cuyo pecho es nuestro escudo en las ocasiones del peligro.

Andrea se mostraba más animosa, á pesar de que en realidad sentía más miedo que su jóven señorita.

El faccioso que con vigoroso brazo sostenía á la buena nodriza, era un muchacho jóven, valiente, de varonil y simpático rostro. Era el criado que César tenía á su servicio, al que dispensaba su entera confianza, y de cuya fidelidad estaba completamente seguro; porque, además de unirles el lazo de la simpatía, les unía el de una viva gratitud, el de un reconocimiento profundo, que Leon (este era su nombre) profesaba á su jóven amo, por haberle salvado la vida en dos ocasiones, aun á riesgo de la suya.

Leon había nacido en Toledo, siendo su padre un leñador de esta ciudad; con este motivo se crió en los montes, ejercitándose toda su juventud en la caza, por lo cual conocía palmo á palmo el terreno, habiendo él mismo indicado á César los sitios de mayor seguridad.

Andrea le miraba de vez en cuando, y le decía:

—Cuidado con aflojar los brazos, que peso mucho, y si me sueltas ya estoy en tierra.

—Pierda cuidado, abuelita, que entre mis brazos está Vd. tan segura como sentada en la punta de un campanario;—esclamaba Leon riéndose á carcajadas y complaciéndose en balancearla á un lado y otro del caballo, finjiendo la dejaba caer.

—¡Ah, picaron, picaronazo! ¿Tú te burlas de mí? ¡Como soy una pobre vieja, ya se vé, te gozas en asustarme!

—¡Ea! No tenga Vd. cuidado, abuelita; si Vd. vé que yo la quiero como á mi madre.

Al decir esto, brotaba una lágrima de los ojos de

Andrea, que el intrépido Leon se apresuraba á enjugar, haciendo á la cariñosa anciana mil protestas de cariño.

Así llegaron al escondido valle que César indicó á Matilde, donde se apearon, sentándose sobre la yerba á la sombra de unos espinos en flor, y mirando correr bajo sus piés el murmurante arroyuelo que se deslizaba entre flores y yerbas aromáticas como una cinta de plata.

—Ea, abuelita: Vd. vá á ser la depositaria de los fiambres, aquí están á su disposicion;—dijo Leon colocando cerca de Andrea una alforja bien llena de excelentes provisiones.

—¡Ah, bribon!... ¿Pues no ha dado en llamarme abuela? Si yo no tengo nietos.

—Yo lo seré: tampoco tengo abuela, ni padres, con que me viene bien encontrar á Vd. para que lo sea.

—No necesitas tú á nadie; me parece que eres un pájaro que solo anhela la libertad.

—Ese era el sueño de mi vida, que por fin veo realizado en union de mi querido jefe D. Solitario.

Todos se reian de la locuacidad y gracia de Leon, que hacía poderosos esfuerzos por conquistarse las simpatías de Andrea y de Matilde, lo que consiguió inmediatamente, gracias á su natural bondadoso y honrado.

—¡Lástima que seas faccioso!—le dijo Matilde.

—¿Acaso no lo es mi amo tambien? Yo no sirvo á Cárlos V, sirvo al Solitario, y donde quiera que él vaya allí vá Leon; si mañana dice: «somos cristinos,» gritaré: «¡viva Isabel II!» como ahora grito: «¡viva Cárlos V!»

—Pues me parece que tienes que prepararte á gritarlo muy pronto, —le dijo César, que se habia levantado y miraba á lo lejos con un anteojo.

—¿El qué, lo primero?

—No, lo segundo; porque todavía no tenemos más remedio que ser facciosos.

—¿Pues qué sucede?—esclamó Matilde vivamente alarmada.

—¡Virgen del Cármen, Dios nos saque con bien!—gritó Andrea, juntando las manos piadosamente.

Lo que llamára la atención de César, era un coche, que escoltado por tropas de la Reina, se distinguía á lo lejos, atravesando un camino vecinal que partía con dirección á Toledo.

El jóven cabecilla aplicó el silbato á sus lábios, viéndose instantáneamente rodeado por cien facciosos, que saliendo de entre las quebraduras de los riscos bajaron al instante á ponerse á sus órdenes.

—¡Muchachos!—les gritó César;—es preciso que deis una prueba de valor á esta dama, que juzga cobardes á los facciosos que me siguen.

—¿Qué hay que hacer para ello?—gritaron muchos.

—Apoderarse de aquel coche.

—¡Cómo! ¿Quieres por una vanidad pueril emprender una lucha en mi presencia?

—No es por vanidad, querida mia.

—No lo comprendo de otro modo.

—Te lo explicaré: en aquel coche debe ir algun personaje que se dirige á Toledo muy cómodamente, sin sufrir el cansancio de una precipitada marcha á caballo, y esa comodidad que él disfrutó la necesito yo para tí.

—¿Conque es decir, que vas á despojarle de su coche para que yo le ocupe?

—Justamente.

—¡Y las tropas que le escoltan!

—Serán hechas prisioneras por los míos, las despojarán de sus uniformes, y serán sustituidas por mis gentes, que disfrazándose con ellos, podrán conducirte con toda seguridad hasta los montes, donde montando otra vez en nuestros caballos, dejaremos al cochero en libertad, para que cuente en la córte la hazaña que en este mo-

mento van á llevar á efecto mis bravos:—¿no es verdad, amigos míos?

—Sí, señor;—gritaron todos entusiasmados.

—¡Ea! Pues corred; os dejo la gloria de la empresa, yo me quedo acompañando á esta señora.

—¿Voy yo?—dijo Leon.

—Tú conmigo.

—¡Voto al chápuro!—esclamó el intrépido mancebo, poco conforme con aquella disposición.

De entre la turba de valientes se adelantó uno, que debía ser el segundo jefe, á recibir las órdenes y detalles que minuciosamente le estuvo dando César.

Poco despues, el carruaje habia desaparecido por entre un recodo del camino; y los facciosos, dispersándose del mismo modo que se presentaron, dejaron solos á los amantes con sus fieles criados.

—Almorcemos, querida mia,—dijo César, sentándose muy tranquilo y preparando sobre la yerba los fiambres,—en tanto llevan á cabo la empresa.

—¡Yo no puedo comer, mientras quizá se matan esos infelices!—dijo Matilde.

—No temas, ángel mio; soy demasiado feliz para complacerme en celebrar mi felicidad con la desgracia de otros. Mis facciosos tienen orden de evitar la efusion de sangre, contentándose con sorprender, haciendo prisioneros á los soldados de la Reina.

—¡Ah, qué bueno eres!... ¡Cómo te agradezco tan delicado rasgo!—dijo la jóven, mirándole con infinita ternura.

—¿Ves?... En tus ojos hallo el premio de mi accion.

—Todas las buenas obras llevan en sí su recompensa,—repuso Matilde, preparándose á tomar alguna cosa; más bien por complacer á su amante, que por sentirse con apetito.

Apenas habia trascurrido media hora de la aparicion

del coche, cuando se sintieron á una distancia no muy lejana algunos tiros que se repetían con frecuencia.

César aparentaba una completa seguridad, no dejando, sin embargo, de dirigir hácia aquel lado inquietas miradas, que demostraban, no su temor por el éxito de la lucha, sino su disgusto por hallarse lejos de ella.

Los facciosos que habian quedado por la mañana en el castillo, llegaron al valle en aquel momento, apresurándose César á mandar tan oportuno refuerzo á los que fueron con ánimo de apoderarse del coche. Previsora medida que no debió ser inútil, porque las descargas continuaron con bastante fuerza; pero cesaron al poco tiempo, quedando el valle en un silencio absoluto.

Media hora despues, los facciosos volvieron, llevando en triunfo los uniformes de las tropas de la Reina, y dando gritos de salvaje alegría, que manifestaban su entusiasmo y el ardor con que emprendieron una empresa que les adquiria el título de valientes en el concepto de una dama á quien tanto respetaban, por ser la novia de su gallardo jefe.

CAPITULO XXVIII.

Flor de Romero.

Merced al arrojó de los facciosos y á la astúcia de César, pudo Matilde llegar á los montes de Toledo con toda comodidad, perfectamente escoltada por facciosos disfrazados de cristinos y sin peligro alguno.

Era media tarde cuando llegaron al pié de un escarpado cerro, por cuya vertiente tenian que atravesar á caballo hasta llegar al punto de su partida. Se apearon del coche, volviendo á continuar su camino del mismo modo que le habian emprendido; es decir, Matilde con César en su gallardo alazan, y la gruesa nodriza sostenida por los robustos brazos de Leon, que cabalgaba en un potro corredor y ligero como un galgo.

Habian tenido la prevision de llevarse uno de los prisioneros para que se volviese con el carruaje así que este les fuera innecesario, lo que hicieron efectivamente, dejándole en libertad para irse á buscar al dueño del coche, que era un importante personaje, ó para dirigirse á Toledo, como poblacion más cercana, á dar parte de la nueva cuanto increíble hazaña del Solitario.

Previsores en alto grado, le hicieron partir antes de que pudiera observar el camino que tomaban, aunque de todos modos hubiera sido lo mismo, porque el terre-

no montañoso, desigual, lleno de escabrosidades y precipicios que tenían que seguir hasta encontrar la cueva que debía servirles de refugio, no era el más á propósito para que nadie le aprendiese con facilidad, y mucho menos el escondido asilo, conocido solamente de César y de su fiel criado, sin que, ni aun los mismos facciosos que se albergaban por las inmediaciones, hubieran podido nunca descubrirle.

Apenas se internaron en la parte escabrosa de los montes, Matilde se sintió sobrecojida de un temblor convulsivo, pasando continuamente á las más vivas emociones producidas por el espanto, el asombro y el temor que le causaba ver que iban caminando, ya por despeñaderos profundos, ya por inmensos barrancos que formaban cañadas y sombríos valles, ya por encumbrados riscos, por ásperas sierras y por impracticables senderos, que demostraban á cada paso enormes precipicios, donde hubieran perecido indudablemente al menor tropiezo de las cabalgaduras.

—¡Esto es horrible, César mio! —esclamaba la jóven contemplando el abismo bajo sus pies. —Si el caballo resbala, pereceremos sin duda en ese torrente que entre peñascos se desliza á lo largo del valle.

—No temas, amor mio; mi caballo está acostumbrado á recorrer por estos vericuetos de noche y de dia sin resbalar jamás.

—¡Qué terreno tan escabroso; dá miedo atravesarle!

—A esas dificultades que ofrecen estos montes debemos nuestra salvacion: nuestros caballos suben como gamos por los riscos; y luego nosotros, asemejándonos á los gatos monteses, nos deslizamos de roca en roca hasta encontrar guarida impenetrable. Aquí cada faccioso tiene su escondite; á una señal mia todos se reúnen para el combate, dispersándose despues á buscar sus madrigueras como las fieras en los bosques.

—Pero el día que á las tropas de la Reina se les antoje dar una batida , os cazarán á todos.

—¡Imposible! Hay por todo esto mil encrucijadas por donde puede solamente pasar un hombre de frente ; y como nosotros estamos en lo alto de las rocas , ¿quién se atreve á cruzar ? ¿Ni quién , que tenga tal atrevimiento, llega con vida á lo alto de los riscos ?

—¿Luego aún tenemos que subir más arriba?—esclamó Matilde estremeciéndose y mirando , no ya á la profundidad , sino á lo alto de la inmensa cordillera de escarpadas sierras que contemplaba á su izquierda.

—Sí; la puerta de nuestra gruta es *El pico de las águilas*; desde aquí se distingue ya.

—¿Cuál es ?

—No quisiera decírtelo ; te dará miedo el mirar su peligroso ascenso.

—Más me dará seguir caminando por el borde del abismo sin la esperanza de que salgamos pronto de él.

—Pues mira. ¿ Ves ahí enfrente una inmensa mole de piedras desprendidas de los riscos que parece van á precipitarse á cada momento sobre el desdichado que tenga la desgracia de bajar al valle ?

—Ya las veo ; han caído de arriba , y parece que están sostenidas en el aire.

—Pues no caerán ; están firmemente adheridas al terreno : nuestros caballos se quedan siempre debajo pasando en el valle , y nosotros trepamos sobre esa masa de rocas medio caídas , llegando hasta el pico más alto , que hemos denominado con el nombre de *El pico de las águilas* por su forma puntiaguda y por lo inaccesible de su ascenso.

— ¡ Me pasmas ! Si ahí solo pueden subir las águilas.

—Y nosotros , que somos leones acostumbrados á las asperezas de estas montañas.

—Pero no podremos seguiros las débiles mujeres.

—Tú en mis hombros, y Andrea en los de León, verás cómo llegais sin peligro, si no teneis fuerzas para subir solas.

Matilde se cubrió los ojos llena de terror; pero sin arrepentirse por eso, á pesar de su miedo, de la determinación que habia tomado siguiendo á su amante.

En verdad que el modelo de nobleza y caballerosidad no daba motivos para otra cosa: su delicadeza, el profundo respeto con que trataba á su amada, su lenguaje tierno y amoroso siempre, pero casto, purísimo, elevado, inspiraban confianza y gratitud.

Por eso Matilde, que le conocia, se refugió en sus brazos como hubiera podido hacerlo en los de un hermano querido, sin que la más pequeña zozobra alterasen su tranquilidad, su calma y la fé que abrigaba en su generoso amparo.

Llegó el instante del peligroso ascenso. Estaban al pié de las rocas, trémulas, aterradas las dos mujeres, sin que pudieran comprender cómo aquellos dos hombres, por valientes y esforzados que fuesen, habian de llevar á cabo una empresa, á su parecer tan colosal.

Los caballos, apenas se vieron en libertad, corrieron á buscar en el valle su pasto acostumbrado.

César aplicó á sus lábios un agudo silbato, cuyo prolongado eco resonó de risco en risco con un sonido extraño, convenido sin duda ya, porque en seguida arrojaron desde lo alto del *Pico de las Águilas* una escala de cuerda toscamente construida, pero muy fuerte y á propósito para facilitar una subida menos peligrosa que la de escalar las rocas sin otro apoyo que la fuerza y la destreza individual.

—¡Esto ya es otra cosa! — dijo Matilde sonriendo. — Con una escala tambien me atrevo yo á subir.

—Probemos, pues, tu valor; para tí se ha hecho solamente, porque nosotros no la necesitamos. Sube la pri-

mera , yo iré detrás sosteniéndote ; Andrea nos sigue , y León forma la retaguardia.

—¿Y si me engaña el deseo y me faltan las fuerzas á la mitad del camino?—dijo Matilde.

—Entonces encontrarás mis brazos que te suban ;—respondió César.

—¡Ea , pues , valor y arriba!—esclamó la jóven pagando la galantería de su amante con una tierna mirada , y empezando á subir con más valor de lo que se hubiera creído en su timidez natural.

La operación se ejecutó segun lo habia dispuesto César , llegando los cuatro personajes al pico de la roca , sin el menor peligro. En lo alto formaba la roca una plataforma donde pudieron descansar muy á gusto mientras que Leon subió la escala y la colocó al otro lado , por donde tenian que bajar , separándolas del escondido valle que se ofreció á sus ojos , una altura de la misma distancia poco más ó menos que la que habia por la parte de afuera , y que acababan de subir.

—¡Oh , qué lindo panorama!—esclamó Matilde , no cansándose de admirar el ameno valle que se estendia debajo de sus piés , y que se hallaba allí escondido entre elevadísimas montañas , oculto á las miradas de los hombres y tan impenetrable , como que era imposible llegar á él sin el auxilio de una escala , ó poseyendo la admirable destreza de las cabras monteses.

En el fondo del valle corria un arroyuelo que bajaba de los riscos formando vistosas cascadas , y á uno y otro lado crecian infinidad de flores , bellísimas plantas , semillas y frutales , cultivados sin duda por una diestra mano segun la lozanía que ostentaban.

A la falda de una montaña y entre una gran porcion de piedras desprendidas de lo alto , se veia la boca de una gruta rodeada de verdor y guardada por una linda jóven , que se habia sentado á la puerta rodeándose de

diez ó doce cabras, y mirando atentamente *El Pico de las Aguilas*, sorprendida al ver las señoras que acompañaban á César y á Leon.

Matilde no reparó en la jóven hasta que estuvieron en el fondo del valle; entonces ella se levantó dirijiéndose al interior de la gruta como asustada, porque veia con los jóvenes á unas personas estrañas que no conocia ni tenia costumbre de ver.

—Ya se escondió Flor de Romero;—dijo Leon.

—Lo mismo hizo cuando me vió á mí por primera vez;—añadió César.

—Y ¿quién es esa jóven? ¿Luego aquí hay mujeres tambien?—preguntó Matilde.

—Es mi novia, señora,—dijo Leon:—la pobre vive sola en este escondido valle sin conocer el mundo, sin tratar más bicho viviente que á sus cabras, sus palomas, al señorito y á mí. Así no estrañen Vds. que se esconda.

—Luego saldrá;—dijo César.—¡Si vieras, querida mia, qué criatura tan inocente! Es un pobre cordero criado en esta selva, para que un leon la encadene.

El asistente comprendió la alusion y echándose á reir dijo :

—¡ Bien libre está, mi capitán!... Vd. mismo sabe cuánto la quiero, y con el cariño que la trato; es verdad que ella me corresponde, si no me hubiera querido muere.

—¿ Pero no la dejas salir de aquí ni conocer el mundo?

—¿ Y dónde ha de estar mejor y más segura?... Ella no conoce las necesidades, ni las miserias de la vida: es feliz en este valle con mi amor que nunca le falta, con sus cabras, sus plantas y sus pájaros; sería, pues, una crueldad arrancar de este edén una flor tan pura y tan fragante para trasladarla á un mar borrascoso, donde las pasiones humanas se agitan embravecidas causando

de continuo la desgracia de los mortales que no pueden sacudir su yugo.

—¿Luego esa jóven ha vivido siempre en este valle? —preguntó Matilde.

—Sí, señora; por aquella montaña que vé Vd. allí á la derecha de la gruta cayó rodando cuando apenas tenia cinco años.

—¡Jesus, qué altura tan inmensa!... Fué un milagro que no se matase.

—Ya lo creo; debió su salvacion á que entonces era el mes de mayo, y toda esa ladera estaba cubierta de yerbas que la impidieron lastimarse, quedando, sin embargo, desmayada al llegar á lo profundo del valle, que la recibió en su seno, prestándola desde entonces á ella y á mí cariñoso asilo.

—Esa debe ser una historia muy curiosa, y quisiera oirla contar con todos sus detalles;—dijo Matilde.

—La escucharás otra vez, querida mia; —repuso César.—Hoy no tenemos tiempo para detenernos, porque he ofrecido á Mauricia estar mañana al amanecer en Valde Real, y deseo cumplirla mi palabra.

—¡Ay! es verdad; no me acordaba de esa circunstancia: entonces, ¿partireis al momento dejándonos solas aquí?

—Quedais con Flor de Romero.

—¿Y no pueden penetrar aquí las tropas de la Reina, ó los mismos facciosos?

—Imposible: este pequeño valle escondido á las miradas de todos por la elevacion de las montañas que le rodean, no puede ser descubierto, porque no puede bajarse á él sin el auxilio de una cuerda ó una escala, arrojada al otro lado desde aquí.

Leon, mientras la conferencia de los dos jóvenes, habia entrado en la gruta, y sacaba cojida de la mano á la tímida pastora, que se escondió á la aparicion de Ma-

tilde; pero que al verla cerca, tan dulce, tan bella y tan afable, se acercó á ella llena de confianza, examinando con pueril curiosidad su traje; y sonriendo como el niño á quien le presentan un objeto que no conoce, y cuya vista le maravilla.

Matilde y Andrea la abrazaron tiernamente, quedando desde luego muy amigas.

César, viendo que el tiempo pasaba, se despidió con pena de su amada, prometiendo volver con Mauricia al siguiente dia; Leon recomendó á Flor de Romero la esmerada asistencia de la señorita, aunque no lo necesitaba, porque ya Andrea habia recorrido la gruta y el valle, haciéndose cargo de las comodidades que podia ofrecer su provisional asilo, y no debieron disgustarle sus investigaciones, cuando volvió diciendo, á tiempo ya que los jóvenes se marchaban:

—No nos importa quedarnos solas; creo que ellos deben estar perfectamente. Aquí se encuentra de todo lo necesario para pasar bien la vida.

—Ya lo creo; — repuso César. — Como que Leon es el encargado de traer al valle todos los efectos necesarios para el recreo y comodidad de su amada.

—Diga Vd., señorita, — añadió Leon, — que muchos de los objetos que encontrarán, han sido traídos á propósito para Vd. La verdad en su lugar.

César sonrió, alargando la mano en señal de despedida.

Matilde se la estrechó mirándole con orgullo, sintiendo una viva emocion por las atenciones y por las pruebas de amor que continuamente recibia de su gallardo amante.

Instantes despues estaban en lo alto del *Pico de las Aguilas*, repitiendo desde allí á las jóvenes, que los contemplaban desde abajo, sus espresivas muestras de cariño.

CAPITULO XXIX.

La madre y los hijos.

Matilde se sentó á la orilla del riachuelo, mirando con tristeza al elevado risco, hasta que vió desaparecer por el otro lado á César y á Leon.

A poco el silbató de César anunció que estaban en salvo, y la escala arrojada con brio cayó á lo largo de la roca, quedando suspendida del *Pico de las Aguilas*, en cuya punta estaba siempre fija.

Matilde entonces se volvió hácia Flor de Romero, y tomando con cariño una de sus manos la dijo:

—Tú estarás acostumbrada á verlos marcharse todos los dias, ¿no es verdad?

—Sí, señora: apenas descansan aquí; siempre están corriendo por ese mundo que hay detrás de esas montañas.

—¿Mundo que tú no conoces, eh?

—Yo no, nunca he salido de aquí, ni quiere Leon que salga: me dice que como aquí corre rápido y cristalino ese arroyuelo, asi al otro lado de la montaña se deslizan tambien arroyos, pero no de agua purz como este, sino de sangre, de sangre noble y generosa, que vier-

ten los españoles matándose unos á otros, por disputarse las primicias de un mando que solo ha de producirles amarguras.

—Y no te ha engañado Leon, hija mia; tú estás mejor en este valle, ignorado y apacible, libre de las pasiones del mundo, y sin que tenga que horrorizarse tu alma inocente al contemplar esa lucha fratricida donde se ven peleando en opuestas filas, á hermanos contra hermanos, á padres contra hijos, y á los amigos que han vivido juntos desde la infancia, destruirse mutuamente jurándose guerra y esterminio, por sostener el honor de su bandera, por conseguir el triunfo de sus ideas políticas, sin ver que aniquilan su felicidad, sus hijos, sus hogares, autorizando y llevando á cabo sangrientas represalias y horrores sin cuento, que debieran evitar á todo trance, porque todos son españoles, son hermanos, y su triunfo no debiera ser el de un partido, sino el de la humanidad, el de la justicia, el amor al progreso y al engrandecimiento de su patria.

Matilde, al decir esto con notable ardor, pensaba en que al fin tendria que empeñarse una lucha donde combatirían con creciente enojo, su padre y su hermano, contra el hombre que ella adoraba, contra el generoso César, único sér que podria hacerla feliz sobre la tierra. La idea de este combate fatal la estremecía, diremos más, la horrorizaba, y sin embargo, no veía medio posible de evitarlo si llegaban á encontrarse.

Esta inquietud la duró toda la noche y parte del día siguiente, sin que fueran suficientes á calmar su desasosiego, las prudentes reflexiones de Andrea, ni las dulces y consoladoras palabras de Flor de Romero, que la aseguraba haber visto cien veces á César y á Leon salir del valle, para ir á batirse con las tropas de la Reina, volviendo otra vez á él sanos y salvos, y cargados de rico botín.

Así pasaron las horas que trascurrieron desde que el Solitario se dirigió á Valde Real, al frente de sus facciosos, llevando la sola idea de apoderarse de Mauricia, reuniéndola con Matilde, para que ambas pudieran distraerse encontrando menos enojosa la soledad del valle.

Sin el menor contratiempo llegó á las inmediaciones de la aldea, cuando el primer crepúsculo de la mañana comenzaba á colorear el horizonte.

Hizo la señal encendiendo una hoguera, que Mauricia descubrió en seguida, enseñándosela á Efigenia, y viendo ambas en aquella luz bendita su puerto de salvacion, la esperanza de su futura felicidad.

— ¡Oh, vámonos pronto, hija mia!... Corramos á encontrar á mi Patricio: estoy ansiosa por abrazarle, por estrechar contra mi corazon su hermosa cabeza, que no he visto desde que nació. ¡Oh, hijo mio!... ¡Hijo mio

Mauricia no pudo contener la febril impaciencia de la condesa, y viéndola que sin consideracion alguna saltó por la ventana dirigiéndose al sitio donde brillaba la luz, corrió trás ella; pero siempre mirando atrás y con recelo, por si las habian visto y las seguian.

Por fortuna ningun acontecimiento funesto interrumpió su marcha, efectuada á través de los sembrados con una celeridad pasmosa y con un ardor que solo puede comprenderse en el ánsia de una madre, que despues de una ausencia de veinticinco años corre á estrechar en su pecho al hijo de sus entrañas.

César las vió llegar, y aunque le estrañó que no fuese Mauricia sola, salió sin embargo á su encuentro, quedándose maravillado al ver que una señora desconocida para él se arrojó á sus brazos apenas le vió cerca, quedando en ellos desmayada.

—Mauricia, ¿qué es esto? ¿Quién es esta señora?— dijo el jóven sentándose con ella sobre la yerba, y haciendo una seña á Leon, que permanecia retirado á una dis-

tancia respetuosa, para que alcanzase un poco de agua.

Mauricia no pudo contestarle al pronto, porque la fatiga de su precipitada carrera no la permitia pronunciar una palabra. Se dejó caer junto á la condesa, queriendo á falta de palabras devolverla el sentido con el calor de sus manos, y con el fuego de sus miradas tiernísimas y amorosas.

César sostenia en sus rodillas y en sus brazos á la condesa, rociando su rostro con el agua fresca que le presentaba Leon, y contemplando con una dulce y respetuosa admiracion el pálido y bello rostro de la desmayada señora, cubierto de sudor que caia en anchas gotas por su frente. El jóven lo enjugó con su pañuelo, y dejándose llevar de un poderoso impulso de su alma, estrechó contra su pecho aquella cabeza querida, y la besó en la frente.

Mauricia, al advertir este movimiento y un poco repuesta de su angustiosa fatiga, exclamó con entrecortado acento:

—Deja, deja hablar á tu corazon; él te dirá que es tu madre esa señora....

—¡Mi madre!... ¡Oh, Mauricio, si fuera verdad!...— exclamó con arrebató el jóven dejando caer en tierra su postiza barba, su canosa peluca, y abrazando con delirante ardor á la condesa, que recobró el sentido con el dulcísimo y embriagador contacto de los besos y las tiernas caricias que su hijo la prodigaba.

—¡Sí; no te quede duda: es tu madre y es mia, es nuestra madre, porque somos hermanos!

—¡Tú tambien! ¿Con que ya no estoy solo en el mundo? ¡Pues ven; quiero abrazaros á las dos!

—¡Oh, hijo mio; hijo querido!—repetia la condesa turbada aún, pero esforzándose por devolverle sus caricias.

—¿Será posible que sea Vd. mi madre y Mauricio mi

hermana? ¡Oh, esto es una felicidad capaz de trastornar la cabeza mejor organizada!

—No lo creas; la alegría no hace daño: mira cómo yo sonrío, cómo me encuentro fuerte y animada al recobrarle; no así cuando te perdí, cuando el infame de Pedro Gil te arrebató de mi seno, arrojándote como á un espóposito sin fortuna en brazos de la caridad, para que su hijo disfrutase tu título y tus riquezas. ¡Oh, entonces sí que creí morir! ¡Entonces sí que mi razón se ofuscó y estuve loca, pero muy loca! ¡Y cómo no, si perdía á mi Patricio? ¡Hijo mio; hijo querido!

La pobre madre deliraba, hacía mil extremos con sus dos hijos: tan pronto lloraba como reía, prodigándoles las más ardientes demostraciones de cariño, á las que ambos correspondían dejándose llevar del sentimiento divino que embargaba sus almas.

Leon contemplaba desde alguna distancia aquella escena interesante, sintiendo que también sus ojos se humedecían, pero sin atreverse á decir una palabra ni á descender de su puesto, donde estaba como de centinela, cuidando de que los facciosos no se acercasen al sitio en que estaba su jefe, y de no ser sorprendidos por la parte de la aldea.

La condesa no se cansaba de mirar á los jóvenes, de besarlos y de abrumarlos á preguntas, que ellos contestaban con otras tantas, siendo satisfechas sin orden, sin concierto, aunque admirablemente comprendidas por los tres, ó más bien adivinadas, pues bastaba una sonrisa, una mirada, un gesto cualquiera para que cada uno hallase sus dudas desvanecidas, sus interrogaciones satisfechas.

Los instantes trascurrían con brevedad: pasó una hora, y aún permanecían en conferencia la afortunada madre con sus dos hijos, enterados ya de los tristes incidentes de su historia, de la maldad de Pedro Gil y de

Amalarico, y del estado desconsolador del conde, que, víctima de un error funesto, sufría también, pudiendo ser dichoso en brazos de su mujer y de sus hijos.

—Y bien, hijo mío, —dijo Efigenia;— ya conoces tu nombre, tu posición y todas estas miserables intrigas que nos rodean: ahora dispon lo que te parezca; nadie mejor que tú podrá sacarnos á puerto de salvación.

—Sí, madre querida; yo devolveré á Vd. la felicidad que ha perdido, recompensándola con usura de sus pasados dolores; yo castigaré la infamia de ese hombre y la ambición de su hijo; pero se hace preciso poner á ustedes lo primero al abrigo de su persecución.

—Nos reuniremos con Matilde, —dijo Mauricia.

—Sí, al momento; esto es lo urgente, lo necesario: cuando yo no pueda temer por sus vidas ni por su seguridad, que será mañana mismo, volveré á la aldea, entraré en casa de Pedro Gil por la misma ventana que os ha facilitado salida, y arrancándole esa carta fatal que nos pierde, le haré confesar su crimen ó morirá á mis manos.

—No quiero que espongas tu vida, —esclamó Efigenia;— vale más que uses la sagacidad, la astucia; reflexiona que si tú murieras ahora que he tenido la dicha de encontrarte, moriría yo contigo.

—No tema Vd., madre mía; también la vida para mí es muy grata ahora que puedo recobrar de un solo golpe, posición, nombre, fortuna, padres y amor.

—¿Y nada más? —esclamó Mauricia con la expresión de un cariño celoso.

—Y una hermana angelical, á la que siempre he querido, presintiendo quizá el sagrado lazo que nos une;— dijo César abrazándola y levantándose para dar las órdenes de marcha.

Las tropas se pusieron en movimiento, dispersándose cada faccioso por su lado, aunque todos en dirección á los montes de Toledo.

Sin embargo de su corta estancia al frente de la aldea, fueron apercebidos por sus habitantes, que corrían á encerrarse en sus casas, escondiendo cuantos objetos de valor tenían, creyendo hostiles las intenciones de las tropas carlistas, que ya dos dias seguidos los habian visitado.

La alarma corrió de boca en boca, sembrando por do quiera el terror y el espanto, circunstancia que supo aprovechar César para escapar con las dos señoras, sin que nadie pensase en perseguirlos.

Montaron á caballo; y César, con el más cariñoso cuidado, colocó á su madre en el arzon delantero de la silla; mandó hacer lo propio á Leon con Mauricia y los mandó ir delante, teniendo así el doble placer de contemplar á un tiempo á su hermana y á su madre.

Esta, durante todo el camino, le fué refiriendo detalladamente la historia de su vida, sin ocultarle ni uno solo de sus pensamientos, obligando á César para que tambien por su parte depositase en su pecho la misma cariñosa confianza, apresurándose el jóven á complacerla, vertiendo con una emocion indecible por la primera vez de su vida, todas sus amarguras en el seno de una madre. Amarguras que debian tener fin, porque era virtuoso, y la virtud tarde ó temprano siempre halla en el mundo recompensa.

Esta vez no tuvieron la fortuna de encontrar coche en el camino, viéndose en la necesidad de seguir á caballo hasta la cordillera donde estaba situado el *Pico de las Aguilas*, donde llegaron al anochecer sin peligro alguno, aunque sí las señoras muy fatigadas á consecuencia de una carrera tan incómoda y tan larga.

Leon hizo la señal para que Flor de Romero arrojase la escala, teniendo la felicidad de encontrarse despues todos reunidos y en salvo al otro lado de la roca.

El solitario y ameno valle, nunca se habia visto tan

favorecido de ilustres damas, nunca tampoco resonaron en él palabras más entusiastas, más tiernas, ni muestras de cariño más delicadas y más bellas que las que se prodigaban las personas que allí había reunido la casualidad y la fortuna, que no siempre es contraria al hombre, sonriéndole á veces y apareciendo en el mundo como un astro divino para premiar las virtudes de los corazones nobles y generosos.

CAPITULO XXX.

Un momento de felicidad.

Matilde abrazó con efusion á Mauricia, preguntándola con tierno interés por su familia, informándose luego con la más viva curiosidad de las desgracias de la condesa, que hasta entonces se habia visto sujeta bajo el cruel dominio de Pedro Gil.

Era al anochecer: la naturaleza sonreia, mostrando su espléndida galanura en el escondido valle, donde los pajarillos entonaban himnos de amores, y las balsámicas flores abrian sus perfumados cálices, bordando las márgenes del cristalino arroyuelo, que se deslizaba mansamente como una cinta de plata, despues de bajar de la montaña formando una vistosa cascada.

La condesa, apenas se encontró en el valle y abrazó á Matilde y á Flor de Romero, se dirigió, apoyada en el brazo de su hijo, á la cabaña, ansiando descansar porque llegaba sumamente fatigada. Sin embargo, no quiso penetrar en su interior, que aparecia triste y oscuro, dejándose caer sobre la yerba, contemplando con delicia el hermoso aspecto que ofrecia el valle.

Flor de Romero, á un signo de Leon, entró en la cabaña, y salió á poco, sacando algunas sillas de madera toscamente construidas, y varias pieles, que extendió por el suelo para que las señoras pudieran descansar.

Matilde, Mauricia y César se agruparon alrededor de la condesa: Leon, Andrea y Flor de Romero se retiraron un poco; pero participando del regocijo de sus queridos señores, y escuchando llenos de gozo su conversacion.

La condesa decia á Matilde:

—Siéntate aquí, á mi lado; quiero manifestarte mi cariño, mi gratitud, porque has distinguido á mis hijos, porque eres la única que, lejos de despreciarlos al verlos pobres y abandonados, los has querido, adivinando quizá en ellos un origen más elevado.

—¡Ah, señora!—esclamaba Matilde conmovida;— no puedo hablar de gozo; una emocion dulcísima embarga mi alma, inundándola de alegría; porque al fin, gracias á este dichoso descubrimiento, puedo ser la esposa de César sin sufrir la oposicion de mis padres, que han de reconocerle por legítimo heredero del conde de Guayaquil.

—¡Sí, hija mia, la felicidad os sonríe!

—De todos modos, el sagrado lazo hubiera sancionado nuestro amor; pero, ¿qué diferencia? Despues de sufrir mil disgustos y contrariedades sin cuento.

—Ya ves cómo Dios protege la inocencia;— añadió César.

Mauricia no hablaba una palabra; se contentaba con permanecer apoyada en el seno de su madre, gozando con placer las caricias maternales de que habia carecido siempre.

César conservaba con tierno cariño entre las suyas una mano de su madre y otra de su amada, contemplando á las dos con una mirada dulcísima, que manifestaba todas las emociones de su alma.

—¿Quién pudiera figurarse que Amalarico, ese hombre antipático y odioso, era hijo de Pedro Gil?—esclamó Matilde.

—El parecido que entre ambos se nota los delata,—dijo Andrea,—y cualquiera que lo observe, no podrá menos de sospechar si tiene algun antecedente.

—Es verdad,—añadió Mauricia;—se parecen en cuerpo y alma. ¡Los dos abrigan unos sentimientos tan perversos! Y el pobre conde, nuestro querido padre, ¡cuánto sufre con él, creyéndole su hijo y hallando tan desacordes sus ideas!

—Deseo muchísimo desengañarle,—dijo César,—y estoy ansiando trasladarme á Valde Real para llevar á cabo esta empresa que á todos nos hará felices.

—¡Cuánto daría por verle ahora mismo entre nosotros participando de nuestro gozo!—añadió Mauricia.

—Yo tambien deseo verle entre nosotros,—dijo la condesa;—el más ardiente anhelo de mi corazon es aparecer á sus ojos inocente y digna siempre de su amor, presentándole dos hijos llenos de virtudes, llenos de generosidad y de nobleza, que sabrán dulcificar sus amarguras, haciendo dulces y agradables los dias que le resten de vida.

Por él, por conseguir su amor, que veia desvanecerse, consentí en mal hora la horrible farsa que introdujo en mi casa ese hijo postizo y que nos ha sumido despues á todos en la mayor desventura.

—Pero se acabó su imperio: estoy yo aquí para disputársele, despojándole de un nombre y de una posicion que no merece,—añadió César.

—Y ante todo, debemos obrar con mucha prudencia,—dijo la condesa;—tú estás comprometido en una causa politica, ellos tambien; y aunque aparecen como defensores de Isabel II, son traidores espías comprados por el partido carlista, tienen mucha influencia, mucho dinero

y mucha maldad: con estos elementos pudieran vencer-
nos, pudieran envolverte en alguna trama infernal que
nos privase de tu apoyo.

Ya sabes lo que Mauricia les escuchó en su secreta
conferencia: Pedro, á nombre de su hijo, habrá alcan-
zado una órden para que entregues á Matilde y te some-
tas á sus órdenes con toda tu partida; ya ves que si se
presentan, no tienes más remedio que obedecer.

César inclinó la cabeza, quedándose pensativo.

La condesa continuó con exaltacion creciente:

—No hay un minuto que perder; es preciso arrancar
á Pedro la carta que me compromete, y despues comu-
nicar al conde todo cuanto ocurre para que esté preve-
nido, conozca sus intenciones y no se esponga á una
lucha, en la cual pudiera perder la vida, porque esas
son las intenciones de ellos.

Amalarico llegará tambien con las tropas de la Reina
con el encargo de perseguirte: de manera que juega con
dos barajas, y será muy difícil que puedas desenredarte
de sus tramas.

—Aquí no hay más remedio que la prontitud: partiré
esta misma noche; ya os dejo en seguridad: Leon que-
dará acompañándoos.

—Eso no, hijo mio; Leon irá contigo: si te ocurre al-
guna cosa, si te empeñas en un combate y caes herido,
¿quién no los vendrá á decir?

—Y si quedais solas y pereciéramos los dos por ca-
sualidad, ¿quién os sacaría de aquí?

—Nosotras mismas: ¿qué no podríamos subir por esa
escala?

—Con mucha dificultad, y á riesgo de perder la vida
á la bajada, —dijo César.

—Bien, pues que se quede; pero si mañana á estas
horas no has vuelto solo ó acompañado de tu padre, le
enviaremos á buscarte, y llevará una carta mia para el

conde, en que le refiero toda la triste historia de mi vida, comunicándole vuestra existencia y la falsedad del que tiene por hijo.

—Eso está muy bien pensado, por si acaso yo no pudiese verle, y aunque le haya hablado ya, confirma mis palabras.

—¡Ea! Pues adios, madre mia; me marchó en seguida,—dijo el jóven levantándose.

—¡Pobre hijo mio!... ¡Cuánto siento tu fatiga!... ¡Acabas de llegar, y sin un instante de descanso vuelves á emprender ese penoso camino!...

—¡La necesidad lo quiere!... Y además, no estoy cansado: la satisfaccion que siento al abrazaros á las tres duplica mis fuerzas, me reanima, convirtiéndome en un sér extraordinario, dispuesto á realizar las empresas más temerarias.

—¡Oh, César mio! ¡Quién no te ha de querer!... ¡Si eres tan bueno y tan generoso!—esclamó Matilde, mirando con ternura á su amante.

Mauricia se habia levantado y le ayudaba á colocarse la peluca y la barba, que le disfrazaban completamente.

—¡Válgame Dios! ¡Cómo desfiguran tu juvenil hermosura esos adefesios!—dijo la condesa.

—Tambien me sirven de utilidad: todos creen al Solitario un hombre viejo y mal encarado, y me conviene dejarles en ese error, porque mañana ú otro dia cuando mis circunstancias particulares me permitan abandonar las filas carlistas, podré aparecer con mi verdadera figura y con mi nombre, sin que el mundo conozca este borrascoso episodio de mi vida.

—Por ejemplo, cuando tu padre te reconozca por su legitimo heredero, nadie podrá imaginarse que el jóven y apuesto primogénito de Guayaquil, ha sido un dia el Solitario, el jefe de facciosos, asombro y terror de estas comarcas.

—Tiene Vd. razon, madre querida,—añadió Cesar;— no es posible que lo adivinen: por eso me resigno á aparecer feo á vuestros ojos, obteniendo para el porvenir, gracias á este disfraz, ventajas más positivas.

—Tu amada no te ha de querer menos por eso;—dijo Mauricia sonriendo.

—¡ Es verdad !—contestó Matilde.—Mi corazon se ha rendido á su imperio, y el corazon no entiende de bellezas ni de disfraces, solo sabe recibir las impresiones generosas del alma y alimentarlas toda su vida.

—¡ Angel mio!—esclamó César mirándola enternecido. ¡ Qué mayor ventura puedo apetecer que poseer tu cariño, el de mi dulce madre y el de mi hermana!...

—¿ No ambicionas más?—preguntó Mauricia.

—Con vosotras y con mi padre viviria feliz toda mi vida en este tranquilo valle, sin acordarme para nada del mundo ni de sus vanas pompas.

—Solo falta vuestro padre para que sea completa vuestra dicha; corre, pues, hijo mio, corre á buscarle, antes que perezca á manos de esos infames, cuyo único deseo es heredar su título y sus riquezas,—dijo la condesa.

—Por vida mia, no han de salirse con la suya, les declaro una guerra sin tregua; veremos si vence la inocencia ó la maldad; adios, madre querida, adios, Mauricia, Matilde, amadas mias; vosotras que sois unos ángeles, rogad á Dios para que me dé fuerza y fortuna á fin de salir triunfante en esta nueva lid que acometo con su santa ayuda.

—Adios, Patricio; el cielo te auxilie y nos proteja á todos, yo no quiero darte el nombre que la caridad te ha puesto; te llamas Patricio de la Estrella, y así te nombraré siempre, como igualmente á mi Filomena. ¿A qué continuar prodigándola el odioso nombre de Mauricia que llevaba la hija de esos miserables?

—Sí, madre mia: olvidemos los nombres supuestos para recobrar los legítimos; siquiera nos servirá de consuelo, en tanto llega el día feliz en que podamos usarlos á la faz del mundo;—repuso César, al pié ya del *Pico de las Aguilas*, y dispuesto á poner el pié en la escala.—

La condesa le tendió los brazos llorando:

—¡Ay!—esclamó, no sé por qué se me figura que te amenaza algun peligro: ¡triste suerte! apenas te recobro y disfruto un instante el inefable placer de tus caricias, cuando te vuelvo á perder; ¡quién sabe si será para siempre!...

—¡Qué ideas! Deséchelas Vd. por Dios, madre mia, que acabarán por aflijirla y aflijirnos á todos;—dijo Mauricia, llorando tambien, pues á pesar suyo, saltaron las lágrimas de sus ojos al ver que la condesa y Matilde lloraban.

—¡Ea! Un abrazo y adios, por última vez;—dijo con alegre acento el jóven, procurando con su forzada sonrisa disipar la nube de tristeza que se habia formado en el semblante de aquellas tres mujeres que tanto le amaban.

Se abrazaron con viva ternura y desprendiéndose con pena de sus brazos le vieron subir al borde de la roca, desapareciendo por el otro lado despues de un último y espresivo saludo.

Andrea, que por no aflijirse no quiso despedirse de él, estaba rezando arrodillada debajo de un árbol. La condesa la vió, y dirijiéndose á ella, seguida de las dos jóvenes, esclamó arrodillándose á su lado:

—¡Ah, tú lo entiendes mejor!... Valen más para el Señor las santas plegarias de un corazon cristiano, que inútiles lágrimas; recemos, hijas mias, recemos por el conde y por él.

Las cuatro mujeres se postraron en tierra, elevando las manos y los ojos al cielo en actitud de fervorosa súplica.

Flor de Romero permanecía apartada á un lado y las contemplaba con asombro; Leon, acercándose á ella, la dijo:

—Y tú, ¿por qué no rezas tambien?

—¡Rezar! Si no sé; siempre estas diciendo que vas á enseñarme y nunca llega el día.

—¡Voto al chápiro!... y es verdad; pero la señora Andrea, que es una santa, te enseñará.

La condesa, que habia escuchado estas palabras, se levantó, y dirigiéndose á los jóvenes, les dijo:

—Venid, hijos; sentémonos á la puerta de la cabaña y contadme vuestra historia: así serán menos amargas las crueles horas que nos separan de Patricio.

CAPITULO XXXI.

Pedro Gil y su mujer.

Dejando á las damas en el valle, y á César prosiguiendo su camino, trasladémonos, amados lectores, á Valde Real, y presenciaremos la escena de Pedro Gil y su mujer cuando se encontraron sin la condesa.

Al amanecer sintió Dorotea en las calles de la aldea, ruido de muchas personas, voces y carreras de mujeres que huían gritando: « ¡ahí están, ahí están! »...

Alarmada la sacristana se levantó, y asomándose á la reja, preguntó al ama del cura, que tambien por curiosidad habia salido á la puerta, el motivo de aquel tumulto.

— He oido decir, señora Dorotea, — dijo Leoncia, — que están los facciosos en el olivar, y por eso corren las gentes á esconder sus hijos y sus efectos de algun valor: ya se vé, como han dado en la flor de llevarse las jóvenes: es preciso ocultarlas á la vista de esos desalmados.

— Tiene Vd. razon, señora Leoncia, son unos bribones: mire Vd. ayer, presentarse sin más ni más en el castillo, impedir la boda de la señorita y llevársela, eso ha sido una infamia; pero les ha de costar caro: á buen

seguro que se han de acordar toda su vida; como si no hubiera que hacer otra cosa más que arrebatat las hijas á sus padres y las esposas á sus maridos.

—Cuide Vd. , señora Dorotea , no hagan lo propio con Mauricia; aunque Vd. no la quiera mucho, al fin y al cabo sería una lástima, porque la verdad, es una niña muy guapa, y no merece el mal trato de los que pasan por sus padres.

Leoncia, cuyo defecto capital era la charlatanería, estaba rabiando por hablar: el secreto que Mauricia la habia confiado, bullia en sus lábios y no pudo contenerle ni contener su curiosidad, que se imaginaba ver satisfecha con hablar á la sacristana en los términos que hemos visto.

Esta se quedó estupefacta escuchándola; y sin contestarla una palabra, se quitó de la reja, acabó de vestirse, y saliendo á la calle, se fué derecha hácia el ama del cura, que la esperaba con los brazos cruzados.

—Señora Leoncia, —la dijo rechinando los dientes de rábía, —me vá Vd. á esplicar lo que significan sus palabras, porque no las entiendo, ni sé lo que quiere usted decir con ese estudiado retintin.

—¡Cómo se altera Vd.! Parece que he dicho una cosa del otro mundo, y por cierto, no hallo cosa más natural que prevenir á Vd. tenga cuidado de Mauricia, cuando estamos viendo que los facciosos se llevan las jóvenes.

—Creo haber oido otra cosa.

—Que no la quieren Vds. y que pasan por sus padres sin serlo, ¿no es eso?

—Sí, señora; semejantes suposiciones son las que hacen irritarme: Vd. tiene fama de charlatana; pero nunca la creí calumniadora, ni embustera.

—Cuidado con la lengua, señora Dorotea: si me insulta Vd. publicaré á voces que pretenden Vds. asesinar á Mauricia, porque no es hija suya, y además diré que

tienen Vds. encerrada en la sala misteriosa á una señora, que quién sabe si será la madre de Mauricia.

—¡Por Dios!... Hable Vd. bajo;—esclamó Dorotea, estremeciéndose al conocer que su secreto estaba descubierto.—Yo la ruego que se calle y no nos pierda por compasion.

—¡Oiga!... Los infames, trapisondistas, ¿y ahora soy calumniadora? Vamos á ver, respóndame Vd., y no ponga esa cara de acelga, que bastante apergaminada la tiene.

—¡Ay! no nos juzgue Vd. culpables; es un secreto que se nos ha encomendado, tenemos que guardar el mayor sigilo, y por eso siento que se divulgue; ¿pero quién se lo ha dicho á Vd.?

—Eso no lo diré; se dice el pecado, y no el pecador.

—Daria cualquier cosa por saberlo.

—Y bien, se lo voy á decir á Vd., —dijo el ama, que no podia callar nada;—¿qué importa si Mauricia está en el castillo protegida por los señores y por el señor cura, y nada pueden Vds. contra ella?

—¿Luego Mauricia se lo ha contado?

—Pues es claro: á mí, al señor cura y á toda la gente del castillo se lo habrá dicho á estas horas.

—¡Virgen del Cármen!—murmuró Dorotea aterrada; —y este hombre sin venir.

—Y vamos, francamente, me vá Vd. á decir quién es esa señora, quién son los padres de Mauricia, ó canto claro de modo que todo el mundo se entere.

—Esta noche se lo diré á Vd., ahora no puedo; tengo que hablar antes con mi marido.

—¿De veras? ¿Me ofrece Vd. descifrar todos esos misterios?

—Sí, señora: la doy mi palabra; pero deme Vd. tambien la suya de no revelar á nadie ese secreto.

—Corriente, pues hasta la noche: voy á ver qué me

quiere el señor cura, que le he sentido llamarme ya hace un ratito.

Leoncia entró en su casa; y Dorotea, al dirigirse á la suya, se encontró frente á frente con su marido que salía de ella.

—¡Somos perdidos!—dijo este cayendo sobre un banco que habia á la puerta de la calle.

—¡Y tan perdidos!—esclamó Dorotea.—No nos queda otro remedio que escapar antes que nos prendan, porque el ama del cura está enterada de todo: ella no sabe callar ni lo suyo ni lo ajeno, y no tardará en divulgarlo.

—Esa infame se lo ha contado: ¿luego ha estado aquí esta noche y tú no la has visto? ¡Ya se vé, no piensas sino en dormir! ¡Veremos ahora quién te salva del abismo en que nos hallamos!

—¡Oh, Dios mio! ¿Y he tenido yo culpa? Todo esto ha sido por dejarte la carta en el bolsillo del chaqueton; Mauricia la leyó, y hé aquí las consecuencias.

—Pero en resumen, ¿has visto á esa infame esta noche?

—¿Yo? No por cierto. ¿Ha estado aquí?

—Es claro; vente á dentro, vente; hablaremos con calma sin que nos oigan.

—¿Sabes que está la partida del Solitario en el olivar?

—Ya se han ido; he venido yo por allí y no los he visto, —dijo Pedro entrando en su casa.

Dorotea le siguió cerrando la puerta.

—Ven por aquí y acabarás de comprender nuestra desdicha, —la dijo el sacristan llevándola de la mano á la sala misteriosa, cuya puerta estaba abierta.

La pobre mujer, atónita, buscó á la condesa con la vista, y no hallándola en todo el cuarto, corrió á la cama, recorrió las colgaduras y la encontró intacta, como si no se hubiera acostado.

—¿Pero qué has hecho? ¿Te la has llevado ya?

MATILDE Ó EL ANGEL DE VALDEREAL.



Pedro Gil , sentado á la puerta de su casa , hablaba con su mujer acaloradamente.

Imp. de EL SIGLO XIX.

— Oyeme; — dijo el sacristan con una calma sombría, que revelaba su desesperacion y la cólera de que se hallaba poseído.

La tuerta le miraba con espanto.

Él prosiguió con tembloroso acento:

— Anoche, al separarme de Amalarico, fui, cumpliendo sus órdenes, á buscar al general de las tropas carlistas, que afortunadamente encontré más cerca de lo que pensaba. Le presenté los pliegos, le conté lo ocurrido con el Solitario y se sorprendió muchísimo, porque, segun manifestó, no habia él autorizado el robo de la señorita de Valde Real.

Me entregó los documentos que Amalarico pedia, y me vine á escape con la idea de entrar en el castillo y traerme á Mauricia antes de que se apercibieran de mi intento.

Llego, pregunto por ella, y me dicen que se vino anoche. Creí que mi amenaza de por la mañana habria surtido su efecto y se hallaria aquí, por lo cual me vine tranquilo; pero al pasar por la ventana de su cuarto, que cae al campo, ví abierta la reja como si hubieran salido por allí; esto me chocó, y mucho más cuando al entrar, ví que la ventana del patio y la puerta estaban cerradas por dentro.

Vivamente alarmado, descorro el cerrojo, y lanzándome al patio, me dirijo á la sala misteriosa, empujo la puerta; viendo que no cedia, apoyo el hombro, y con un vigoroso empuje, hago saltar el pestillo; recorro la habitacion, y la encuentro como ves, vacía.

— Pero señor, ¿cómo ha sido esto, si yo no he sentido nada?

— Porque solo pensabas en dormir. Ahí tienes, pues, lo que ha hecho la niña: se llevó la llave de la reja, con el silencio de la noche ha venido y se ha llevado á la condesa.

—¿Y qué haremos, Pedro? ¡Esta es una desgracia irreparable!

—¡Colgarnos de un árbol!—gritó enfurecido el sacristan dando paseos á lo largo del aposento.

Su mujer le seguia gimiendo y sin cesar de decir con tono compungido:

—¡Válgame Dios, válgame Dios, qué desgracia! ¿Qué vá á ser de nosotros? ¡Perdidos sin remedio, perdidos!

—Aún queda un recurso;—dijo él parándose enfrente de su mujer.

—¿Y cuál es?

—Uno que pondrá término á estos enredos y llegaremos de una vez al fin que nos hemos propuesto: no hay otro remedio que la muerte del conde; de este modo Amalarico queda como único heredero, y nosotros en su casa conquistaremos el puesto que nos corresponde como á sus padres.

—¡Un asesinato!... ¡Qué horror!...

—Su muerte ó la nuestra; elije.

—La eleccion no es dudosa: si su muerte ha de conservar nuestra vida, muera pues.

—Entonces, jugando el todo por el todo, me voy al castillo, llevo un puñal y un veneno, que son mis auxiliares más poderosos; tú te marchas al campo, situándote en un paraje escondido donde no puedan descubrirte y desde donde veas cuándo viene Amalarico para que le entregues estos papeles y le digas lo que ocurre. ¿Estás enterada?

—Perfectamente; pero ¿y tú, cómo piensas penetrar en el castillo, cuando por Mauricia quizá todos sepan ya nuestro secreto, y hasta el mismo conde estará sobre aviso?

—Muy fácilmente, disfrazándome de sacerdote.

—Es verdad, que este recurso le has empleado ya otras veces para ver á Amalarico.

—¿Tienes guardados los hábitos, la peluca y las gafas?

—Sí, todo está en el arcon; voy á sacarlo en un momento.

Dorotea, con la esperanza de salvacion que se les presentaba, recobró su agilidad y su ordinaria sangre fria, dirigiéndose con paso acelerado á buscar las prendas que debian convertir á su esposo en un falso sacerdote.

Instantes despues volvió con ellas; y ayudándole á vestirse, tuvo la satisfaccion de verle tan perfectamente disfrazado, que no era posible le conociese nadie.

—¡Ea; ya estás! No hay miedo que te descubran si sabes conducirte con discrecion.

—Descuida; me portaré como corresponde: en ello vá nuestra vida y la felicidad de nuestro hijo;—dijo Pedro encaminándose al cuarto de Mauricia, por cuya ventana salió al campo.

Dorotea, huyendo de que la viese el ama del cura, tambien salió por allí: cerraron la reja con llave y se internaron ambos por un sendero que conducia á lo más enmarañado del monte. Cuando se encontraron en la espesura se separaron, tomando cada cual por diferente camino, despues de haberse repetido con minuciosidad los pormenores del horrible plan que intentaban llevar á cabo.

Pedro tomó una senda que iba al castillo, escondiéndose entre un espeso carrascal, desde donde se descubria todo el camino de Madrid y las gentes que por él transitaban.

Se presentó pidiendo permiso á la condesa para descansar unos instantes en el castillo, el que sin dificultad le fué otorgado inmediatamente. Él no vió ni pretendió ver á la señora; pero esta supo que era un sacerdote, y mandó fuese conducido á una de las habitaciones de la galería alta.

La casualidad le favorecía, porque el aposento que le destinaron estaba muy próximo al ocupado por el conde de Guayaquil.

Con hipócrita astucia se enteró de cuanto necesitaba saber, trabando con uno de los criados la más familiar conversacion.

No se sabia cuándo llegarían los señores, que acompañados del jóven Hernan, y al frente de un fuerte destacamento debían regresar al castillo, para en seguida emprender la persecucion de la partida que mandaba el Solitario.

Seguro de su proyecto, se instaló en un cómodo sillón, despues de que le sirvieron una excelente comida, proponiéndose aguardar á que las sombras de la noche oscureciesen completamente el hemisferio para penetrar en el aposento del conde.

Hé aquí las reflexiones á que se entregaba.

—En esta casa,—decia,—donde solo hay criados y la señora, que si no es idiota la falta poco, deben acostarse muy temprano, siendo esta circunstancia sumamente útil para mí, que aprovecharé á las mil maravillas su primer sueño. Ante todo, me conviene observar quién entra y sale en el cuarto del conde, lo que puedo lograr con facilidad, dejando la puerta entornada. Él desde luego quedará solo esta noche, pues aunque haya estado enfermo, siempre ha sido enemigo de que los criados duerman á su lado.

¡Ay! Cuántas veces me ha dicho mientras fui su ayuda de cámara: «vete, Pedro, quiero mejor estar

solo, porque me incomoda tu modo de dormir; es capaz de aburrir á cualquiera ese insoportable ronquido que para condenacion de los amos lanzais todos los criados.»

Estas palabras me las repetia continuamente; ya se vé, al gran señor le repugnaba mi compañía: no será así esta noche, pues le prometo no dormirme hasta que él descanse en eterno sueño.

Aquí llegaba de sus reflexiones cuando un criado se presentó á decirle que la señora le aguardaba en el salon para tomar café.

A tan atenta invitacion no pudo negarse, y aunque con visible disgusto se levantó y fué.

La condesa estaba en el gran salon que ya conocen nuestros lectores. Los disgustos sufridos en dos dias no habian alterado su semblante, que se conservaba impassible, frio, sin que ni el dolor ni la alegría hiciesen efecto en aquella helada naturaleza.

Pedro Gil la saludó con estremada cortesania: ella, correspondiendo á su atencion, le invitó á tomar asiento cerca de la mesa donde ya estaba preparado el café.

Luego entablaron una conversacion muy amistosa; él, ensartando mentira sobre mentira, finjiéndose un sacerdote que habia podido escapar de la faccion, donde le tenian prisionero, y se dirijia á Madrid, para cuyo punto debia salir en la madrugada del dia siguiente.

La condesa le creyó de buena fé, sin poner en duda ninguna de sus palabras, y hasta dió orden al portero para que le abriese las puertas del castillo á cualquier hora en que necesitase salir.

Esta fué precisamente su idea; asegurarse la salida para escapar sin peligro despues de haber asesinado al conde.

La señora de Valde Real no concibió la menor sospecha, si bien es verdad que no tenia motivo para ello, porque conocia muy poco á Pedro Gil, así fué que pasó

más de dos horas en conversacion , despidiéndose de él cuando ya la tarde comenzaba á declinar.

Entonces, el finjido sacerdote se retiró á su cuarto, poniéndose en observacion , acechando ya por la entreabierta puerta , ya por las ventanas , cuanto ocurría en la casa , dispuesto á utilizar el primer momento oportuno que se le presentase de realizar su pérfido proyecto.

En tanto el conde de Guayaquil se levantaba de su lecho para respirar un poco el aire libre , sentándose en un sillón cerca de la ventana , mientras la enfermera que habia sustituido á Mauricia le hacía la cama.

La palidez del noble anciano era estremada ; su fisonomía , tan simpática de ordinario , reflejaba un tinte de melancólica tristeza , que conmovia hondamente.

Conocíase que sufría mucho ; empero este grave dolor no le causaban sus heridas , que eran demasiado leves y sin consecuencias agravantes , sino su padecimiento moral , el pesar recóndito y secreto que minaba poco á poco su combatida y azarosa existencia.

Al salir al gabinete dirigió una dulce mirada á los ramilletes de flores , mústios ya y casi marchitos , que con tan solícito afán colocó Mauricia dos dias antes en los floreros , adornando con amable solicitud el aposento del hombre á quien miró desde luego con simpático afecto , sintiendo él por ella igual cariño , como si sus corazones hubieran vibrado conmovidos por un mismo resorte.

— ¡ Pobre Mauricia !... ¿ Dónde estará ? ¿ Qué habrá sido de ella ? Su celo por mi felicidad quizá la haya sido perjudicial , — murmuró el conde con emocion.

Desde ayer que se marchó no he vuelto á saber de ella , y sin adivinar la causa siento una inquietud devoradora.

En este momento , un criado anunció al venerable párroco de Valde Real : el conde se apresuró á recibirle ,

abrigando la esperanza de que quizá pudiese darle alguna noticia de Mauricia.

Pedro Gil, que no abandonaba su puesto de observacion, le vió pasar y se estremeció, comprendiendo quizá el objeto de su visita. Con un movimiento febril acarició el mango de su puñal, que llevaba oculto en el pecho, y murmuró con siniestra sonrisa:

—¡Ay! ¡Tú vas á descubrirle mi secreto!.. ¡Quién pudiera clavaros á los dos este agudo hierro en medio del corazon!...

Bramando de coraje, esperó con impaciencia suma la salida del sacerdote, que no tardó en verificarse; no habiendo podido escuchar ni una sola palabra de su conferencia con el conde, porque la puerta permaneció cerrada.

El conde, apenas vió al señor cura, se levantó, estrechando su mano con afectuoso interés, cambiando entre ambos algunas frases de cordialidad y de afecto.

Despues de tomar asiento, el primer cuidado del señor cura, fué preguntar por Mauricia.

—¿Pues qué, no la ha visto Vd. en la aldea? Se marchó anoche; — dijo el conde alarmado.

—¿Está Vd. seguro?

—Segurísimo; me dijo que necesitaba pasar la noche en casa de su padre.

—¡Oh, infeliz!... ¡Quizá haya perecido! — dijo el cura.

—¿Qué dice Vd.? ¿Por qué abriga ese temor? ¡Ah! Por piedad, esplíqueme Vd. sus palabras, pues he llegado á mirar á esa jóven como si fuera hija mia, y me interesa su suerte.

—Sí, señor; voy á esplicar á Vd. mis sospechas. ¡Ojalá lo hubiera hecho antes, poniendo á esta desventurada jóven bajo su proteccion!

—Ahora comprendo por qué ayer al marcharse me dijo

que arriesgaba su vida, —murmuró el conde pensativo.

—Y tenia razon: óigame Vd., y veremos si tiene algunos datos que puedan ayudarme á esclarecer este enmarañado asunto.

El conde prestó la más viva atencion.

El párroco continuó diciendo:

—Antes de ayer por la mañana se presentó Mauricia en mi casa, y me confesó que por una casualidad habia encontrado una carta dirigida á Pedro Gil, concebida en estos términos:

« Querido Pedro: te aguardo esta noche donde sabes; he creido que nadie mejor que tú puede llevar á cabo la empresa que voy á confiarte.

» En cuanto á Mauricia deshazte de ella cuando quieras; conozco que no ligándote á ella ningun lazo de parentesco ni de cariño, y siendo para todos más bien un objeto de ódio, te será insoportable su presencia. Sobre todo, que no advierta la estancia en tu casa de Efigenia: la exaltacion del carácter de ambas pudiera sernos funesta.

« Adios, tuyo de corazon.—A. »

—Como Vd. vé,—prosiguió diciendo el señor cura,— esta inicial pudiera ser la primera letra de Amalarico: además la carta estaba cerrada con una corona de conde.

—¡ Mi hijo!... ¿ Sospecha Vd. de mi hijo?... Y Efigenia, mi esposa, en casa de Pedro, ¿ qué hace allí?

—¿ La condesa se llama Efigenia?

—Sí, señor; y hace unos dias que ha desaparecido de la quinta.

—Pues el sacristan la tenia encerrada en su casa; Mauricia la ha visto, y sin duda, viéndola en poder de esos miserables ha querido salvarla; pero habrán perecido las dos.

—¿ Y esta niña que tanto interesa mi corazon no es hija suya? ¡ Oh, y se parece á mi mujer de una manera

admirable! ¿Si tendría razon al decir que se la arrebataron de la cama cambiándosela por otra?

—No hay duda que aquí se encierra un misterio horrible.

—¡Oh! Vamos á casa de Pedro Gil: no importa mi debilidad ni mis heridas, quiero morir mil veces antes que sufrir esta incertidumbre angustiosa.

—Es en vano, señor; Pedro Gil y su mujer han desaparecido de la aldea esta mañana temprano, debido sin duda á que mi ama de llaves les manifestó las sospechas que contra ellos habíamos concebido.

—¿Y no se ha registrado su casa?

—Sí, señor; cuando noté su desaparicion dí parte á la autoridad, se abrió la puerta, penetramos, y con la idea de salvar á la desgraciada señora que tenian encerrada en la sala del patio me dirijí á ella; pero nos encontramos la casa desierta. Yo creí que Mauricia estaria en el castillo y he venido á buscarla, al mismo tiempo que á manifestar á Vd. todo esto, para que interrogue á su hijo; puesto que él protege á Pedro Gil y me le ha recomendado con insistencia, debe saber sus secretos.

El conde cayó en un abatimiento profundo: mil y mil encontradas reflexiones bullian en su mente, recordaba todos los sucesos de su vida, la incalificable locura de su mujer; sus palabras y acciones, las de Amalarico y de Mauricia, confundiéndose en un mar de dudas, sin poder esclarecer ninguna.

—¿Y qué haremos?—dijo el cura.

—Nada: esperar llenos de dolor y de agonía. Esta noche ó mañana temprano deben llegar aquí con tropas Amalarico y el conde: se les avisa para que aceleren su marcha, y en tanto se mandarán hombres para que busquen á Pedro por estos alrededores.

—Está tomada ya esa medida.

—No podemos hacer otra cosa.

—Entonces volveré mañana temprano; adiós, señor conde: siento haber causado á Vd. un disgusto; pero era indispensable: mi deber lo exijia.

—Únicamente debemos sentir que haya sido demasiado tarde.

—Es verdad: ayer se hubiera evitado una lamentable catástrofe.

El venerable párroco se despidió, saliendo del castillo cuando ya era completamente de noche.

Pedro le vió desde su ventana atravesar el jardín y sonrió con júbilo, viendo que su víctima quedaba sola.

Sin embargo, aun pasó tres ó cuatro horas lleno de ansiedad y de cruel impaciencia, hasta que en el reloj del castillo sonaron las doce, hora de silenciosa calma, propia para el criminal que ejecuta sus infames proyectos á favor de la oscuridad y el misterio.

Cuando se hubo asegurado de que estaba solo el conde en aquella galería, y de que aunque este gritase no podian oírle por hallarse demasiado lejos las habitaciones de la condesa y de su servidumbre, se dirijió con silencioso paso al aposento, alzó el picaporte, entró en la primera pieza, atravesó la segunda, y se encontró frente á frente con el conde, que salia de la alcoba.

—Y qué hacemos?—dijo el cura.

—Nada: esperar llenos de dolor y de angustia. Esta noche ó mañana temprano deben llegar aquí con tropas Amanáez y el conde: es la única esperanza que nos queda. Y en tanto se mandan hombres para que busquen á Pedro por estas alrededores.

—¿Qué tomara yo por esto?

En estas reflexiones pasó las primeras horas de la noche, hasta que en el reloj del castillo sonaron las doce: entonces se levantó; y no pudiendo dormir á causa de su devoradora inquietud, salió de la alcoba con ánimo de pasar en el gabinete, que estaba más á propósito para este momento se encontró con Pedro Gil, un reconocido á causa de la semi-obscuridad que reinaba en el aposento, alumbrado solamente por una lámpara de noche.

CAPITULO XXXIII.

El conde, al punto de salir de la alcoba, se encontró con Pedro Gil, un reconocido á causa de la semi-obscuridad que reinaba en el aposento, alumbrado solamente por una lámpara de noche.

Salvacion.

El de Guayaquil, á pesar de su debilidad, de su cansancio y de sus heridas, que habian empeorado, no pudo entregarse al descanso tan necesario, porque su espíritu estaba sosteniendo una lucha penosísima, y sin el descanso moral, no es posible conseguir el físico. Así fué que, tan luego como quedó solo, se apresuró á despedir á los criados, no queriendo que nadie presenciase su inquietud y su sobresalto, y se entregó en la soledad de su aposento á las más amargas reflexiones.

Recordó toda su vida, ofreciéndose á su imaginacion, uno por uno, los incidentes que más le habian afectado y que más contribuyeron á su desgracia.

La posibilidad de que su mujer fuera inocente y del que se hallase envuelta en alguna trama horrible, hacíanle mirar los acontecimientos pasados con más benignidad; su culpa disminuía, y las sospechas que contra ella concibiera, eran menos graves. Ya compadecía su dolor, sus inmensos infortunios de tantos años, comprendiendo que su corazon, hondamente conmovido, aún podría amarla si resultase inocente.

En estas cavilaciones pasó las primeras horas de la noche, hasta que en el reloj del castillo sonaron las doce: entonces se levantó; y no pudiendo dormir á causa de su devoradora inquietud, salió de la alcoba con ánimo de pasear en el gabinete, que estaba más ancho. En este momento se encontró con Pedro Gil, no reconociéndole á causa de la semi-oscuridad que reinaba en el aposento, alumbrado solamente por una lámpara de noche.

El conde, al ver un sacerdote, creyó al pronto sería el cura de Valde Real, y se apresuró á decirle:

—¿Hay alguna noticia? ¿Se ha encontrado á la condesa?

—¿Con quién se figura Vd. que habla, señor conde?— dijo Pedro Gil, avanzando dos pasos y obligándole á entrar en la alcoba.

Esta vez el sacristan se olvidó ó no quiso disfrazar su voz, resonando su acento, demasiado conocido, en los oídos del conde.

Éste, por un movimiento rápido, se acercó á la mesa de noche, y tomando una vela que ardía en un candelero de plata, la puso á la altura del rostro de Pedro á fin de reconocerle; pero no lo consiguió por el hábito, la peluca y las gafas, que le disfrazaban perfectamente.

—Y bien, ¿qué ha sacado Vd. de su exámen?— dijo el sacristan con imperturbable sangre fría.

—Aumentar mis dudas; porque su voz de Vd. me es muy conocida, y su figura no puedo recordar dónde la he visto; pero sea Vd. quien quiera, tenga la bondad de sentarse, diciéndome el objeto de su visita.

—El objeto de mi visita es clavar este puñal en su corazón, — dijo Pedro alzando su diestra armada de un agudísimo hierro sobre la cabeza del conde.

La rapidez del movimiento y lo impensado de la acción, impidieron la defensa en el noble anciano, que sobrecojido, trémulo, se quedó mirando á su asesino sin

pronunciar una palabra y esperando el golpe mortal que debía acabar con su vida.

Empero si rápida fué la accion del sacristan , más rápido aun fué el terrible salto que desde el gabinete á la alcoba dió un hombre, precipitándose sobre Pedro Gil y arrancándole el puñal cuando ya rozaba el pecho del indefenso anciano.

Pedro se revolvió como un tigre herido sobre el hombre que le impidiera consumir su crimen; pero este le sujetaba del brazo, oprimiéndole con una fuerza vigorosa , y le miraba con ojos chispeantes de indignacion y de cólera.

El conde, apenas se vió libre, se dirigió á su generoso libertador , y le dijo con la espresion del más vivo agradecimiento:

—Mil gracias, caballero; ¡me ha salvado Vd. la vida! Voy á llamar para que los criados del castillo entreguen á este miserable en poder de la justicia, y despues hablaremos . porque el oportuno socorro que Vd. me ha concedido, hará le mire siempre como á una persona de mi familia.

—Deténgase Vd., caballero,—dijo el desconocido;—bastamos nosotros para sujetarle: ya le tengo los brazos; ayúdeme Vd. á tenderle sobre la cama; le ataremos con fuerza á ver si se mueve.

Efectivamente; á pesar de los desesperados esfuerzos que hacía por defenderse , le ataron á la cama con una cuerda que el desconocido llevaba , donde quedó sentado, mientras que sus ojos lanzaban llamas de furor , y sus pálidos lábios una espuma sanguinolenta , mezclada con imprecaciones y horribles denuestos.

—¿Pero quién eres tú , quién eres? —decia con un acento enronquecido y trémulo por la ira.

—¿Quieres saber mi nombre? ¡Oh! ¿No me conoces?

— ¡Calla! ¡Déjame que te mire! ¡Así; vuélvete hácia la luz!

El desconocido obedeció.

Pedro y el conde le miraban sin acabar de reconocerle.

— A ver si ahora me conoceis, — dijo quitándose el sombrero de fieltro que llevaba puesto y colocando en su lugar una boina blanca con borla de oro y las iniciales C. V. bordadas tambien con hilillo de oro.

— ¡Tú eres el Solitario! — exclamó Pedro con ira.

— ¡El Solitario! — murmuró el conde mirándole con una mezcla de admiracion, de repugnancia y de cariño imposible de explicar.

— Sí, soy el Solitario; y tú, si no me equivoco, asesino infame, debes ser Amalarico, que te has disfrazado con ese hábito por asesinar al conde.

— ¡Mi hijo! ¡Matarme mi hijo! ¡Por Dios que semejante acusacion es horrible! — exclamó el conde.

— No vuelva Vd. á pronunciar esa palabra; Amalarico es hijo de Pedro Gil el sacristan: los hijos de Vd. son más nobles, más generosos que ese miserable á quien abriga Vd. en su casa y que hoy quiere quitarle la vida para heredar su título antes que pueda Vd. reconocer á sus legítimos herederos.

— ¿Con que viven mis hijos?

— Sí, señor, un muchacho como un roble, capaz de aplastar con el dedo á este reptil, y una niña como una perla.

— Dígame Vd., ¿y esa niña?...

— Es Mauricia, la que el sacristan ha hecho pasar por hija suya.

— ¡Bien me lo decia el corazon!

— ¡Tanto serán hijos suyos como Amalarico! La conducta de la condesa siempre fué sospechosa; — dijo Pedro rechinando los dientes con un castañeteo convulsivo.

—¡Mientes!—gritó enfurecido el Solitario, arrancando con ira la peluca, las gafas y la sotana que ocultaba al sacristan.

—¡Pedro! ¿Eres tú? ¿Y es posible que quisieras asesinar-me?—esclamó el conde con dolorosa sorpresa.

—Sí, señor; yo, que voy...

—¡Silencio!—dijo el Solitario impidiéndole hablar, temiendo que sacase á cuento la famosa carta y que con alguna nueva calumnia volviese á introducir las dudas en el corazón del conde.

—¡Quiero hablar! ¡Lo diré todo!

El Solitario se arrojó sobre Pedro, ató un pañuelo á su boca, aseguró las ligaduras que le sujetaban á la cama, y volviéndose hácia el conde, le dijo con un acento lleno de ternura:

—He entrado en este castillo á beneficio de una llave que conservaba de la puercecilla del jardín; pero ya no puedo detenerme ni un momento: estoy solo; las tropas de Isabel II, que á marchas forzadas se dirijen hácia aquí, no tardarán en perseguirme; y como Vd. conoce, peligra mi libertad y mi vida. Ahora, si Vd. conserva algun agradecimiento á su libertador, yo le rogaria que me siguiese, y le llevaré á los brazos de su esposa y de sus hijos, que todos son inocentes.

—¡Oh! Sí, sí; al punto deseo verlos: deseo descifrar este horrible enigma que me vuelve loco.

—¿Pero se halla Vd. con fuerzas para emprender una larga caminata?

—No tengo muchas; mas no importa: partamos; pediré á Dios auxilio, y espero que me le conceda.

—De todos modos, aquí están mis brazos que le servirán de apoyo. Vamos, pues, que no podemos perder ni un solo minuto.

El Solitario dijo á Pedro en ademán de despedida:

—¡Adios! Pronto nos veremos; tengo que ajustar con-

tigo y con tu hijo una cuenta muy estrecha; y no te mato ahora mismo como merecias, porque no soy asesino como tú, y porque así acabarias de penar, y es preciso que sufras el castigo á que te has hecho acreedor por tus crímenes.

Dicho esto, salieron del aposento, siguiéndoles la iracunda mirada del asesino, que no pudiendo contestar, les devoraba con la vista.

Las emociones sufridas por el conde habian sido demasiado violentas para que no se resintiese en el estado de debilidad en que se hallaba; sin embargo, su deseo y su ansiedad le dieron fuerzas para seguir al Solitario, que sin titubear, como si la casa le fuera muy conocida, atravesó los aposentos más retirados, entrando en una sala baja y saltando por una ventana al jardin.

Con silencioso paso siguieron por una calle de rosales, cuyo límite tocaba casi con la puerta falsa. César abrió, salieron, y cerrando por fuera, se internaron por una senda que atravesaba el olivar cercano al castillo.

Al pié de un olivo estaba un hombre teniendo del diestro á dos magníficos caballos que piafaban de impaciencia.

—¿Qué hay?— le dijo César, preparando uno de los caballos para que montase el conde.—Me parece haber oido tu silbato.

—Avisé á Vd., porque yo á mi vez he oido la señal de alarma, que en el monte vecino ha dado uno de los nuestros.

—¿Y qué podrá ser?

—¡Quizá por causa mia corra Vd. algun peligro!— dijo el conde, montando ayudado por César que le servia de escudero.

—¡Escuchemos!... Vuelve á sentirse otra vez,—dijo el faccioso.

Los tres hombres callaron.

A lo lejos se sintió el eco agudo de un clarín con un sonido particular, convenido ya sin duda entre ellos; pues á poco, otro clarín más cercano repitió la misma señal, y continuaron repitiéndose de trecho en trecho como una voz de alarma.

—Tenemos encima las tropas de Isabel II,—murmuró el Solitario, aplicando á sus lábios un pito de plata, al que hizo producir dos veces un prolongado silbido.

—¡Mi capitán!... ¿Qué hace Vd.? ¡Si no podemos ya evitar el ataque, y los nuestros están sedientos de sangre y de pelea!

—Doy la órden de retirada, porque conviene á mi plan que nos sigan; vamos á los montes, y cuando crean que huimos, les haremos frente, reforzados por las tropas que allí tenemos de refresco.

El faccioso, que era el segundo jefe, calló; no teniendo nada que oponer á las razones del Solitario.

Instantes despues, cabalgaban los tres con direccion á los montes, sintiendo de vez en cuando los toques del clarín que les anunciaba eran perseguidos por las tropas de Isabel II, y no por un pequeño destacamento, sino por un ejército numeroso.

CAPITULO XXXIV.

Amor de hijo.

El conde se dejaba llevar sin resistencia alguna; una atracción magnética le detenía cerca del Solitario, y siguiendo los irresistibles impulsos de su alma, continuaba á su lado sin pensar en si hacía mal ó bien. Sosteníale una fuerza superior, un impulso poderoso, que sin dar lugar, á la reflexión le decía « adelante » y adelante iba sin mirar atrás.

Cuando llevaban algunas horas de camino, y al irse ya á internar en la fragosidad de los montes, escucharon más repetidas y más alarmantes las señales de los facciosos; sintiendo también delante de ellos el toque de los clarines, y muy especialmente hácia el *Pico de las Águilas*.

—Creo que estamos vendidos, — dijo César, — y me parece que nos van á cortar la retirada.

—¡ Tal me figuro, mi capitán! — repuso el teniente.

El día comenzaba á clarear, iluminando las crestas de los montes con una luz blanquecina.

El terreno por aquel sitio era agreste, montuoso; tenían que atravesar impracticables senderos, erizados

de peñascos por ambos lados, no pudiendo seguir los tres caballos de frente, sino uno á uno.

Una vez que le tocó al conde pasar adelante, volvió la vista hácia el Solitario, y alargándole una mano exclamó con voz débil:

—Sosténgame Vd., amigo mio; no puedo más.

En efecto, sin el pronto auxilio de César y de su compañero, hubiera caido al suelo, porque en seguida que le cogieron en sus brazos perdió el sentido.

Su escesiva debilidad y los esfuerzos que hizo para continuar caminando, le perdieron; perdiendo tambien al gallardo cabecilla que le habia salvado la vida; porque este suceso le impedia continuar su marcha, teniendo necesidad de hacer alto en un punto donde si las tropas de la Reina se presentaban les era imposible la defensa. Estaban entre peñascos, al pié de una montaña, teniendo á sus piés un precipicio formado por una hondísima cortadura, en cuyo centro corria un arroyo á la sazón bastante caudaloso, pues llegaba reforzado con las aguas de otros rios que habian salido de su cauce, á causa de las continuas lluvias que inundaron el país poco antes de estos sucesos.

La senda que seguian era muy estrecha, imposibilitándoles el volver atrás, y teniendo por necesidad que seguir adelante por más que al límite de su camino hallasen un peligro todavía mayor que el que presentaba el terreno.

César vió á lo lejos la boina encarnada de un faccioso que agitaba sobre su cabeza una bandera en señal de un peligro inminente y cercano.

Aquel lienzo le mandaba volver atrás; pero era imposible sin abandonar al anciano conde, que yacía en sus brazos inanimado y pálido como la muerte.

César permaneció un instante anonadado, sin saber qué partido tomar; mas como era un jóven resuelto y do-

tado de un gran corazon, no tardó mucho en decidirse.

—¿Qué hacemos, mi capitán?—dijo el teniente que era un bravo jóven, acostumbrado á las balas y sin que jamás temblase ante el peligro;—las tropas de la reina deben estar escondidas detrás de esa montaña, y al concluir este sendero nos encontraremos sin más defensa que nuestros pechos, frente á frente de las mortíferas bocas de sus fusiles, que arrojarán metralla sin compasion ni tregua.

—Lo comprendo, amigo mio; pero volver atrás es imposible, á no ser que abandonemos los caballos, y con ellos á este noble anciano, trepando de roca en roca hasta la cima de la montaña.

—No tenemos otro recurso.

—Pues acéptale tú; sube, desde lo alto dominarás el terreno, descubriendo si el número de tropas que nos persiguen es grande, y en este caso puedes hacer la señal para que los nuestros se nos reunan, emprendiendo la batalla inmediatamente.

—Y Vd. en tanto, ¿qué hará?

—Yo sigo llevando á este anciano en mis brazos hasta el *Pico de las Aguilas*, y cuando le haya dejado, en seguida volveré á reunirme con vosotros.

—Esa generosidad puede costar á Vd. cara.

—¿Y qué importa? La vida de este hombre me interesa tanto como la mia: sigue, pues, mis órdenes, y si perezco, tú me sustituirás muy dignamente.

El jóven, conmovido, apretó en silencio la mano que su jefe le tendia, y echando pié á tierra se dispuso á trepar por el escabroso risco que tenian á su derecha.

—Nosotros salvaremos á Vd., aunque sea á costa de nuestra propia vida,—esclamó el leal jóven, mientras efectuaba su difícil ascension.

César en tanto, habia colocado al conde sobre el arzon delantero de su silla, le rodeó con sus brazos apo-

yando sobre su pecho aquella venerable cabeza, y clavando las espuelas en los hijares del generoso bruto, emprendió de este modo su arriesgada marcha, orgulloso por el peligro que arrostraba y derramando lágrimas de ternura al estrechar contra su corazón al noble anciano que le había dado el sér.

— ¡ Ah, padre mio! — exclamaba el jóven, procurando hacerle recobrar el sentido á fuerza de besos y de caricias; — no quisiera morir sin haber escuchado de tus lábios el dulce nombre de hijo.

Estas palabras, allá como entre sueños, debió escucharlas el conde, porque se estremeció vivamente al sonido de aquella voz tan sonora y tan simpática que le halagaba cual si escuchase una melodía divina.

Abrió los ojos, miró en torno suyo, y comprendiendo su situación exclamó lleno de asombro:

— ¡ Cuánto arriesga Vd. por mí!...

— Lo que yo siento es el peligro que Vd. corre, y solo anhelo su salvacion, — dijo César sin apartar del conde sus ojos impregnados de amor y de lágrimas.

— ¿ Estamos solos? ¿ No nos escucha nadie?

— No señor: mi compañero ha marchado; puede usted hablar sin temor.

— ¡ Ah! Me alegro; durante las interminables horas de esta penosa marcha he guardado silencio, porque teníamos un testigo; ahora estamos solos y le ruego satisfaga mi ansiedad diciéndome dónde están mi esposa, mis hijos, y quién es Vd. que tan enterado se halla de los secretos de mi casa.

— Mi nombre ya le sabe Vd.; soy el Solitario.

— Sí; pero bajo ese nombre se ocultará otro, como se oculta bajo la zamarra del faccioso un corazón generoso y grande.

— Hoy no tengo otro nombre, pues he jurado no usar el que la caridad me puso al recojerme en la calle como

:

un espósito abandonado, hasta que mi padre, desvanecidos los errores que le ofuscan, me reconozca, devolviéndome el que me dió en la cuna.

—¿Y quién es su padre de Vd.?—dijo el conde estremeciéndose, sin poder contener los latidos de su corazón y embriagado por la fascinadora y ardiente mirada de su hijo.

—Mi padre es un hombre muy noble, muy caballero, que se estremece en mi seno.

—¡Yo!—esclamó con un movimiento que le hubiera hecho caer del caballo sin la vigorosa fuerza del jóven, que le sostenia.—¡Yo... tu padre... tú... tú mi hijo... eres tú Patricio!... ¡El ángel que me robaron en la cuna y que hasta hoy he llorado perdido!

—¡Sí, padre mio... yo soy Patricio!...

—¡Hijo de mi alma!—esclamó el conde.

Aquellos dos hombres tan vigorosos, tan fuertes, que no temblaban ante las balas ni se estremecian al cruzar impávidos por encima de un precipicio, se abrazaron fuertemente llorando como dos criaturas.

Los dulcísimos nombres de *hijo mio*, *padre mio*, brotaban de sus lábios entremezclados con los sollozos, latiendo acordes sus corazones agitados por un mismo impulso, y devorados por idéntico sentimiento.

Ni á uno ni á otro se les ocurrió dudar que fuese verdadero aquel lazo: ¿ni cómo dudarian si le sentian en su alma que se habia identificado por una simpatía irresistible, por una magnética y poderosa atracción?

Sin embargo, cuando pasadas las primeras emociones, dieron lugar á la reflexion, el conde miró á César, se fijó en las hebras de plata que sembraban su cabellera y exclamó:

—¡Pero tú eres muy viejo, hijo mio!... ¡Acaso la desventura ha hecho encanecer tu cabello!

—Es que voy disfrazado,—dijo César deteniendo su

caballo para quitarse la barba postiza y la peluca.

—Hijo querido: ¡ahora sí que te reconozco... porque te pareces á tu madre!—esclamó el conde, tomando entre sus manos la juvenil cabeza de su hijo, y besándole en la frente con los más vivos trasportes de ternura.

El jóven, temeroso de que alguien pudiera descubrir su disfraz, volvió á ponerse aceleradamente la peluca y la barba.

—¿Y quién te obliga á ocultar tu juvenil hermosura?—le dijo el conde.

—Me obligan mis ideas: yo soy faccioso por necesidad, no por gusto; si me acojí á esta bandera, fué porque arrojado de la casa que me habia servido de abrigo desde mi niñez, y no encontrándome con los conocimientos necesarios para seguir una carrera que me proporcionase un cómodo bienestar, no fué más remedio que seguir la primera que se ofreció á mi vista por azarosa y arriesgada que fuese.

—¡Pobre hijo mio! ¡Cuánto has debido sufrir!... ¡En tanto que yo te amaba con todo mi corazon y hubiera dado mi existencia por salvar la tuya!

—¿Y me ama Vd. hoy del mismo modo?

—¿Lo dudas? ¿No te lo dicen bien claro mis lágrimas y mi emocion.

—¡Ah! Sí señor: esas palabras y la ternura de usted me compensan suficientemente de todos mis tormentos pasados. ¡Qué importa ya morir!... Despues de haber escuchado las dulcísimas caricias de un padre, que halagan el corazon y los sentidos, debe ser grata la muerte.

—¿Y por qué hablas así? ¿Te amenaza algun peligro?

—Uno muy grande: las tropas de la Reina me persiguen: este monte está inundado de soldados, y acaso no tarde mucho tiempo en estar en su poder.

—Yo te salvaré; diré que eres mi hijo...

—Precisamente es lo que deseo evitar; no quiero que

nunca se diga que el hijo del conde de Guayaquil estuvo en las filas carlistas: eso sería un borron para su buen nombre, que á todo trance debemos evitar.

—¿Y qué haremos? ¡Yo no puedo dejarte perecer!

—Estoy salvado con que Vd. cobre ánimo, con que se fortalezca y siga mis indicaciones.

—Haré cuánto me digas.

—Bien, pues escúcheme Vd.

—César echando pié á tierra dejó al conde solo en el caballo y continuó diciendo:

—Detrás de aquella elevada roca que se alza enfrente de nosotros hay un valle escondido entre montañas, que nadie si no yo conoce; porque para subir á él es preciso trepar á lo alto de ese risco que se llama el *Pico de las Águilas*.

—¿Pero la ascension será muy peligrosa?

—Vd. llegará allí, y tocando tres veces este pito arrojarán desde el otro lado una escala de cuerdas: con su ayuda puede Vd. subir y se encontrará en los brazos de mi madre, de mi hermana y de Matilde.

César entregó á su padre el pito de plata que le servia para dar órdenes y reunir á sus facciosos: era el último sacrificio que podia hacer en su obsequio.

—¿Y marchándome yo podrás salvarte?

—Sí, porque me reuniré á los míos, y puesto al frente de ellos, me defenderé de las tropas de la Reina; pero no emprendo ninguna lucha hasta que Vd. se halle en seguridad.

—¿Y si te prenden?

—No lo crea Vd.: mis facciosos son leones; ellos me defenderán, y además, si me viera perdido, y en la necesidad de huir, iria al valle ignorado buscando refugio en los brazos de Vds., permaneciendo allí hasta arreglar nuestros asuntos.

—Bastante lo deseo; ¿pero me dejarás sin aclarar

estos misterios? ¿ Sin conocer á fondo ese tenebroso secreto?

— En dos palabras satisfaceré su curiosidad: mi madre, que es una santa, le dará cuantos detalles anhele, limitándome por la premura de tiempo á manifestar á usted que Amalarico es hijo de Pedro Gil y de Dorotea su mujer: viéndose mi madre sin sucesion y abandonada por esta causa de su marido, finjió un falso parto, adoptando como suyo al hijo de Pedro.

Llegó Vd. loco de alegría por tan fausta nueva, y la fatalidad hizo que poco despues naciera yo; robándome Pedro de la cuna temeroso de que la condesa, por amor á mí, revelase el secreto.

— ¡ No me digas más; ya lo comprendo todo!

— ¡ Ni podria tampoco!... ¡ Adios, padre mio; corra Vd. á buscar á mi madre: no puedo detenerme aqui ni un momento, porque las señales de alarma se repiten entre los facciosos y siento el silbato de mi compañero que me llama en su auxilio, adios!

César comenzó á trepar por la riscosa montaña; ya en lo más escarpado de ella gritó á su padre que le miraba subir con dolorosa tristeza:

— Sálvese Vd. y repare sus fuerzas; en mi caballo encontrará fiambres y vino, y si antes de llegar al *Pico de las Aguilas* hallase algunos facciosos, enseñándoles ese pito de plata que tiene mi nombre le respetarán y prestarán auxilio en caso necesario.

— ¡ Adios, hijo mio; no temas por mí!

César, haciendo un último saludo desapareció tras de la roca; el conde, pálido y abatido, continuó su camino hasta llegar debajo del risco que ocultaba á las miradas del mundo el solitario valle.

Allí se encontró un destacamento de tropas cristinas, cuyo jefe le reconoció en seguida por ser un antiguo amigo, debiendo á esto su salvacion.

Apenas se halló entre los soldados de la Reina, comprendió el peligro que habria corrido su hijo, si por acompañarle avanza unos pasos más. Una viva alegría inundó su alma y proponiéndose desorientarlos para que dejasen libres aquellos alrededores les manifestó acababa de ver al Solitario en un sitio distante de allí más de una legua, habiendo tenido que hablarle por necesidad, puesto que su objeto al ir á los montes habia sido ofrecerle una fuerte suma si entregaba inmediatamente á la señorita de Valde Real.

—¿Y qué ha contestado?—le preguntó con impaciencia el capitán de las tropas.

—Que esta misma noche irá al castillo á recoger el dinero y á llevar á la señorita.

—Entonces, vámonos á Valde Real; permaneceremos escondidos en sus alrededores y sin duda alguna conseguiremos hacerle prisionero; ¿quiere Vd. venirse con nosotros, señor conde?

—No puede ser, porque voy á Toledo, donde tengo que recoger algunas cantidades que me hacen falta para el rescate.

—Estos sitios son muy peligrosos, porque están inundados de bandidos.

—No importa. llevo un salvo conducto del Solitario;—dijo el conde mirando con placer los preparativos de las tropas que se ponian en marcha.

Poco despues tuvo la satisfaccion de hallarse solo, pudiendo ya sin inconveniente hacer resonar por tres veces el pito, advirtiendo á poco lleno de alegría, que una escala de cuerda apareció en lo alto del *Pico de las Aguilas*.

CAPITULO XXXV.

Tenemos que retroceder, lectores míos. Para el buen orden de estos sucesos es necesario dejar unos personajes para hablar de otros. Os ruego, pues, recordéis el final del capítulo XXX, cuando la condesa, triste por la partida de su hijo, quiso distraer las amargas horas de ausencia, oyendo la historia de Flor de Romero.

Animados por esta idea todos, aunque melancólicos y cabizbajos, fueron á sentarse á la puerta de la gruta. Efigenia se colocó en una silla bajita, construída de tosca madera por León, para el uso particular de su amada. Mauricia y Matilde, sentadas en el suelo sobre la fresca yerba, rodearon á la condesa, que las miraba con indecible ternura acariciando continuamente los sedosos rizos de sus cabelleras.

Leon permaneció en pié apoyado en el tronco de una corpulenta encina que prestaba sombra á la cabaña.

Andrea y Flor de Romero estaban tambien en pié cerca de Leon, aguardando las órdenes de sus señoras. —¡Ea! Sentáos, y cuéntanos, Leon, la historia de esta pobre niña;—dijo la condesa.

—Con mucho gusto; pero permítame la señora que continúe así: estoy perfectamente;—contestó Leon.

—Pues yo, con el permiso de la señora, quisiera hacer una observacion;—dijo Andrea.

—Vamos á ver cuál es: en gracia de tu edad y del cariño que profesas á mis hijos, te concedo ámplia libertad para hacer lo que gustes;—repuso la condesa.

—¿Sí? ¡Pues entonces no lo digo y lo hago; ya que se me conceden facultades para ello!—esclamó riendo la buena nodriza.

—¡Qué cosas tienes, mujer! No te se figure que á mamá la vas á tratar como á mí;—dijo Matilde complaciéndose en dar á la condesa el dulce nombre de madre que tanto la agradaba, por la misma razon de haber estado sin pronunciarlo tantos años.

—¿Y qué más dá? Todo cuanto hago es dictado por mi cariño, si algo encuentran de reprehensible en mi conducta que me lo digan; ¡ea! vente conmigo, Flor de Romero;—y diciendo y haciendo se entró la nodriza seguida de la jóven en la cabaña.

Poco despues salió con una mesita pequeña que puso delante de las señoras, en tanto que Flor de Romero, provista de un gran jarro, se fué á estraer la fresca y sabrosa leche de las cabras.

—¡Hola! ¿Era esto lo que querias hacer?—dijo la condesa.

—Sí, señora; estarán Vds. sin tomar nada desde hace muchas horas, y no las vendrá mal un vaso de leche calentita, recién ordeñada por esas manos tan blancas y tan limpias como el líquido que estraen.

—Y que tienes razon, mujer; te doy las gracias, y acepto el refrigerio, sin embargo de que no tengo ganas de tomar nada, siquiera por adquirir fuerzas para luchar con ese hombre infame que me ha robado la dicha.

—Así estaremos más fuertes, por si nos es preciso abandonar este valle;—añadió Mauricia.

—¿Y qué otra cosa nos tienes preparada?—preguntó Matilde.

—Nueces, frutas secas y galleta; son las únicas provisiones que aquí tienen: mañana, con huevos y leche, haré un plato de dulce, encargándome de la cocina, que aunque con pocos elementos no saldrá del todo mal.

—¡Como que eres una excelente cocinera!—añadió Matilde.

Flor de Romero llegó con el jarro colmado de espumosa leche, sirviendo ella misma un vaso á cada una de las señoras: no espontáneamente sino obedeciendo á un signo de Leon.

La tímida y graciosa jóven, viva personificación de la modestia y el pudor, tenia siempre los ojos bajos, fijándolos solo en su amante, cuyas indicaciones seguia con la precision de un autómeta movido por resortes.

Terminado el refrigerio, que fué breve, porque las señoras se contentaron con el vaso de leche, Andrea se llevó la mesa, volviendo á poco con Flor de Romero, sentándose ambas al pié de la encina en que se apoyaba el bizarro faccioso.

—¡Ea! Ya puede Vd. empezar: el auditorio le escucha con atencion;—dijo la condesa.

—Con sumo placer voy á relatar la sencilla historia de mi vida y la de mi mujer, puesto que ambas están ligadas.

—¡Su mujer!... ¿Están Vds. casados?—preguntó Mauricia.

—Puede decirse que sí: por lo menos el lazo que une nuestras almas es tan indisoluble como los que forma la iglesia: quizá más, porque la base de nuestro amor data desde la infancia, y se funda en un sentimiento único, esclusivo, que absorbe nuestros corazones en una simp-

tía poderosa, en un cariño profundo, sin límites, ardentísimo é indestructible, porque tiene su raíz en el alma. Este consorcio, señoras, aunque no está todavía autorizado por la iglesia, es santo, puro y digno del mayor respeto. Yo idolatro á mi mujer; salgo por esos mundos y ninguna me parece tan hermosa, tan inocente ni tan apasionada; entonces la juro en el fondo de mi alma una fidelidad á toda prueba, que no puedo menos de realizar.

—Pero ese amor debe ser sancionado por la iglesia y las bendiciones del cielo caerán sobre su cabeza: es preciso que Vds. se casen: yo les prometo ser su madrina el dia que mi dicha y la de mis hijos esté asegurada;— dijo la condesa.

—Mil gracias, señora; lo acepto con reconocimiento,— dijo Leon, sin querer oponerse, por más que pensase de diferente manera.

—¿Y cuántos años hace que están Vds. aquí?— preguntó Matilde.

—Daré á Vds. cuenta de todo empezando por mí. Yo nací puede decirse en estos montes, si bien recibí el agua bautismal en Toledo. Mi padre era leñador, y los padres de Flor de Romero, ocupados en el mismo oficio que el mio, habitaban tambien en los montes.

Ambas familias construyeron su vivienda inmediata la una de la otra, y se auxiliaban mutuamente, dedicándose, además de su oficio que apenas les producía para atender á sus necesidades, á guardar un pequeño rebaño de cabras y ovejas, cuya leche iban las mujeres todas las mañanas á vender en los púeblos circunvecinos, ayudando así á sus maridos, que á su vez cortaban leña y la llevaban á Toledo.

Ya tenía yo siete años cumplidos y aún no conocia el mundo; nunca me habian sacado de los montes, ni se ocuparon en enseñarme á rezar ni á conocer á Dios.

Una mañana, habiéndose puesto malo uno de mis

hermanos mayores, que acompañaban siempre á mi padre, este me mandó que fuese con él, le seguí y entramos en Toledo.

Cuando ví tanta variacion de paisajes, tantas cosas nuevas, y sobre todo la ciudad y sus edificios tan extraños para mí, me quedé absorto contemplando cuantos objetos se presentaban á mi vista con infantil curiosidad. Volví á los montes triste y cabizbajo, anhelando vivir en aquel hermoso pueblo de que me apartaban por fuerza.

Mi padre, que tenia un génio brusco y arrebatado, nos trataba muy mal, haciéndonos trabajar incesantemente, mucho más de lo que nuestras débiles fuerzas podian resistir, de manera que lo mismo mis hermanos que yo, deseábamos sacudir el yugo de hierro con que nos oprimia, y al efecto nos escapamos burlando su vigilancia los tres una mañana marchándonos á Toledo, donde permanecemos muy poco tiempo por miedo de que nos descubrieran. Desde allí seguimos el primer camino que se ofreció á nuestra vista, y despues de andar muchas leguas llegamos á Talavera de la Reina, donde viéndonos sin recursos y siempre mendigando nuestro sustento, entramos de criados en una casa de labranza, teniendo la fortuna de encontrar tan buenos amos, que mis hermanos aún continúan allí, y yo salí por seguir á un sacerdote, cura párroco de un pueblecillo inmediato á Toledo, que encontrándome, segun dijo, con alguna disposicion para las letras, se propuso hacer de mí un hombre de provecho, y si no lo consiguió fué porque le sorprendió la muerte á los seis años de encontrarme á su lado. Sin embargo, en este tiempo aprendí lo suficiente para saberme conducir en el mundo.

A los quince años me encontré libre otra vez, y dispuse antes de decidirme por otra cosa volverme á los montes á ver qué habia sido de mis padres, que abandonamos en la niñez sin remordimiento alguno.

Efectivamente, realicé mi proyecto; me vine á este país, busqué la cabaña de mi padre, teniendo el desconsuelo de encontrar á éste moribundo, rodeado nada más que de una niña de cinco años, hija de nuestros vecinos, que habian muerto así como mi madre.

Aquella niña era Flor de Romero: mi padre, que me reconoció y perdonó en sus últimos momentos, me la recomendó con eficacia, haciéndome jurarle no abandonarla nunca, puesto que la infeliz se encontraba huérfana y sin una persona en el mundo que la prestase apoyo. He cumplido mi juramento: me constituí en su protector; ella cuidaba de las cabras, yo todo el dia con la escopeta al hombre me ocupaba en cazar para alimentarnos, pues el oficio de leñador, que habia seguido mi padre, era demasiado rudo para dedicarme á él cuando estaba acostumbrado á otra vida muy diferente.

Una mañana llegué de caza sumamente cansado y me senté al pié de una encina, donde creí encontrar á Flor de Romero por hallarse allí las cabras; mas no la ví, y sorprendido empecé á buscarla, cuando la oigo que desde lo alto del *Pico de las Aguilas* me llamaba.

Como cosa de muchachos habia subido al risco siguiendo á una cabra, y como el descenso era más difícil que la subida, se encontró en lo alto sin poder bajar. El caso era que ella pudo trepar hasta allí con facilidad por su poco peso agarrándose á las matas, operacion que para mí era imposible sin el auxilio de una cuerda.

La pobre chica lloraba llamándome en su apoyo, sin que su llanto ni sus congojas me decidiesen á subir un risco tan pendiente, esponiéndome á caer cuantas veces lo intentase. Por fin se me ocurrió arrojar desde abajo una cuerda, para que atándola á uno de los arbustos más fuertes que crecian en lo alto de la roca se deslizase por ella.

Hízolo así en efecto: sujeto muy bien una punta de la

soga, tiré de la otra y ví que estaba perfectamente atada. Entonces la invité á bajar; ¡pero cuál fué mi sorpresa al verla resbalar y caer, desapareciendo por el otro lado del risco!... Me quedé atónito, aguardé á que apareciese más de un cuarto de hora, y viendo que era en vano, supuse habria caido en algun barranco y me decidí á subir.

Por fortuna la soga estaba puesta y no me costó trabajo. Cuando llegué á lo alto ví con admiracion este hermoso valle, escondido á las miradas del mundo por las montañas que le rodean. A la orilla del arroyo estaba tendida Flor de Romero; yo, creyendo se habria matado en la caida, puse la cuerda por este lado, y me deslicé con rapidez, teniendo la suerte de encontrarla desmayada nada más. Al volver en sí se vió en mis brazos: ambos lloramos de alegría, uniéndose desde aquel momento nuestras almas, pues aunque era una niña, yo juré tenerla siempre en este valle ignorado, haciéndola mi esposa cuando fuese una mujer.

Y así ha sido, no ha vuelto á traspasar esas montañas ni se acuerda de lo que hay detrás. A mí me era imposible permanecer aquí; al cabo de algunos dias salí, fuí á nuestra antigua cabaña, hice una escala de cuerda que me sirviese para subir y bajar, y empecé á trasladar todos nuestros efectos, inclusas las cabras, las gallinas y las palomas.

Más tarde, pasados algunos años de este acontecimiento, se encendió la guerra civil. Los montes se inundaron de facciosos, me uní á ellos, peleando desde entonces en favor de Carlos V. Un dia nos encontramos un destacamento de tropas cristinas, que nos acometieron, venciéndonos y haciéndome prisionero con otros cuatro facciosos. Iban á pasarnos por las armas cuando sin saber cómo ni por dónde, pues ninguno le conocia, se presentó el Solitario al frente de su partida, salvándonos

la vida con su increíble arrojo y el de sus valientes que consiguieron dispersar las tropas de la Reina.

Desde entonces me uní en cuerpo y alma á mi capitán y no hemos vuelto á separarnos. El me ha salvado la vida dos veces; y yo, para que tuviese un escondite seguro, le traje á este valle, no pudiendo pagar de otro modo los muchos favores que le debo, y sobre todo el cariño con que me distingue.

Leon cesó de hablar, dando por terminada su historia; sin embargo, aun las señoras le hicieron innumerables preguntas, en particular la condesa le pidió mil y mil detalles sobre su vida de campaña, deteniéndose con placer en escuchar el relato de las brillantes hazañas de César, su valor, sus generosas acciones y la autoridad y prestigio que en tampoco tiempo supo adquirirse entre los facciosos.

Así pasaron la tarde y las primeras horas de la noche: ya eran las doce cuando á fuerza de ruegos consintió la condesa en acostarse, imitándola Mauricia y Matilde; pero no pudieron en toda la noche conciliar el sueño. Su pensamiento estaba puesto en César y en el conde, y no podían olvidarlos, haciendo mil comentarios sobre lo que podría haberles sucedido, sin que ni remotamente adivinasen la verdad, ni se imaginasen el peligro en que había estado la preciosa vida del conde.

Antes de que el sol dorase las crestas de las montañas ya estaban levantadas, recorriendo el valle y escuchando con atención, creyendo á cada momento oír el silbato de César que pedía la escala. Hasta el silbido del viento ó el canto de los pájaros las engañaba: hubieran querido que la naturaleza enmudeciese para poder escuchar sin equivocarse aquel sonido celestial que debía inundar de gozo sus corazones.

CAPITULO XXXVI.

Ansiedad y placer.

Nuestros lectores que han visto en el capítulo anterior la ansiedad con que aguardaban la condesa y sus hijas una señal que les anunciase la llegada de César, comprenderán su viva alegría al escuchar el sonido argentino del silbato que por tres veces hizo vibrar el conde entre sus lábios.

— ¡Ya está ahí!... ¡El es! ¡hijo mio! — gritó con transporte la condesa, elevando sus brazos y sus miradas al risco como si ya le viera aparecer en su altura, cuando aun la escala estaba suspendida por el lado interior.

— ¡César!...

— ¡Patricio!...

Esclamaron simultáneamente Matilde y Mauricia corriendo detrás de la condesa á situarse debajo del *Pico de las Águilas*, á fin de estar más cerca para poder estrechar entre sus brazos al gallardo jóven causa de toda su emocion.

Leon se hallaba en lo último del valle y corrió como un relámpago al escuchar el primer silbido; pero cuando sonó el último dijo soltando la escala que tenia en la mano dispuesta ya para arrojarla al otro lado:

—Ese que toca no es mi capitán; conozco muy bien su modo de llamar.

—¡Qué dices!... ¿Y quién sino él sabría venir aquí?— exclamó la condesa.

—Quizá nos hayan vendido y quieran sorprender esta guarida las tropas de la Reina.

—Eso sería una nueva fatalidad;—esclamaron consternadas las tres damas.

—Pero el señorito, ¿no dá siempre tres silbidos para que Vd. le arroje la escala?—preguntó Andrea.

—Sí, señora; dá tres silbidos con mucho brio, y sin más intervalo de uno á otro que el tiempo preciso para quitarse y volverse á poner el pito en la boca.

—Mira, Leon, pues arroja la escala ó sube tú á ver quién es, porque esta incertidumbre es horrorosa: pudiera ser que él, viéndose en peligro, haya tenido que avisarnos y mande un mensajero; con que sube, ó subo yo: no perdamos tiempo;—esclamó la condesa.

—Obedezco, señora; mi único deseo es complacer á V. E.—dijo el criado, empezando á subir.

En aquel momento se repitió la señal, el que llamaba debia tener prisa, porque los silbidos fueron más rápidos.

Leon subió más de prisa, y las señoras llenas de angustia y de ansiedad elevaban las manos y los ojos al cielo en ademán de súplica, aguardando con viva impaciencia el término de aquella penosa escena.

Cuando estuvo en lo alto avanzó la cabeza con precaución, escondiéndola entre la yerba que crecía en las grietas del risco, y lo primero que vió fué el caballo de César, y luego á un caballero anciano que le sujetaba por la brida.

—¡Oh, Dios mio!—murmuró el fiel criado.—Ese hombre tiene el pito y el caballo de mi amo: luego él debe haber muerto ó estar gravemente herido, pues solo por

una causa muy poderosa se desprende de los dos objetos que más necesita.

Esta idea le alarmó en extremo, y decidido á enterarse de la verdad antes de comunicársela á las señoras, se sentó en el risco, tiró de la escala hácia sí, á fin de evitar que ellas subieran queriendo enterarse por sí mismas, y luego, inclinándose cuanto pudo hácia el otro lado, llamó la atención del anciano por medio de un silbido.

El conde no tardó en distinguirle, y sin darle lugar á que le hablase, gritó él desde abajo y con suma impaciencia:

—Echadme pronto la escala, que está esto inundado de cristinos.

Empero su voz era demasiado débil y la distancia que los separaba grande, y Leon no le oyó: preguntábase tambien por su parte; mas ni uno ni otro se entendian.

Entonces, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, y conociendo el fiel criado que aquel caballero era un enviado de su amo, le echó sin vacilar la escala, quedándose allí para preguntarle cuando subiese.

En tanto, tendió su vista por los alrededores. Descubriase desde el *Pico de las Aguilas* una gran porcion de terreno, y Leon pudo convencerse por sus propios ojos de que los montes se hallaban cuajados de soldados. Veíase un destacamento aquí, otro más allá, otro escondido en el fondo de un valle, y otros muchos grupos que se ocultaban en los matorrales. Mientras que los facciosos, diseminados por el monte, permanecian en sus escondites sin reunirse, acaso porque les faltaba su jefe.

—Amigo, dame una mano,—esclamó el conde, ya muy cerca de Leon;—me faltan las fuerzas para concluir esta difícil ascension.

—¿Quién es Vd.? ¿Qué ha sido del Solitario?...—fueron

las primeras preguntas que hizo Leon al conde, ayudándole á subir.

—Soy el conde de Guayaquil: vengo á buscar á mi esposa y á mi hija que están aquí.

—¿Pero y él? ¿Dónde está? Vd. tiene su pito de plata, el que le sirve para dar órdenes, para reunir á sus faciosos, para pedir auxilio, para todo, en fin; este es un objeto de tanto precio para el Solitario, que solo en un caso de muerte se desprende de él. Luego tambien su caballo se ha traído Vd., otro indicio fatal, porque sin ese caballo, mi amo no puede subir á los riscos ni atravesar los rios ni cruzar los barrancos, por manera que al traerse Vd. esos dos objetos de salvacion, y estando como están estos montes inundados de tropas de la Reina, el Solitario debe haber muerto, ¿no es verdad?

Leon hablaba con una vehemencia espantosa; sus ojos chispeaban, y el dolor que sentia por la pérdida de su amo le ponía loco.

El conde al escucharle se quedó trémulo, aterrado, conoció el enorme sacrificio que habia hecho su hijo, y se estremeció lleno de angustia, comprendiendo el inminente peligro que corria al hallarse perseguido, solo, sin su caballo, y sin sus tropas.

—¿Pero Vd. no me contesta? Dígame pronto que ha sido de mi querido amo. ¿Dónde está? Porque aunque sea su cadáver quiero verle y abrazarle.

—¿Tanto le quiere Vd.?—murmuró conmovido el conde.

—Más que á mi propia vida: es el hombre más generoso, más grande y más noble, que vive sobre la tierra, si es que no ha muerto.

—No ha muerto, no: acabo de dejarle sano y salvo hace media hora.

—¿Y cómo se ha desprendido de su pito y de su caballo?

—Por salvarme á mí; él debe permanecer escondido

en esos riscos de la derecha, donde subió á reunirse con sus compañeros.

—¿Y Vd., quién es que tanto ha merecido de su bondad?

—Ya lo he dicho: el conde de Guayaquil.

—No puede ser; mi amo aborrece á ese conde y no haria en su obsequio un sacrificio tan grande.

—¡Bien, pues soy su padre!... ¡Qué me importa que lo sepas, si tanto le amas!... Corre, apresúrate á buscarle y llévale su pito y su caballo antes que sea tarde, y dile que en este valle le aguarda la felicidad, que no esponga su vida inútilmente y que venga pronto á refugiarse en nuestros brazos.

—Ya comprendia yo que Vd. debia tocarle muy de cerca; deme Vd. el pito, y adios, señor; ahí abajo quedan las señoras, esperándole con impaciencia: adios.

Leon, despues de haber dirijido una última mirada á los campos, enterándose perfectamente de la posicion que ocupaban las tropas de la Reina y del número á que ascendian poco más ó menos, bajó al valle, hizo seña al conde para que subiese la escala, y montando en el caballo de su amo, se lanzó á escape á través de las cañadas é impracticables senderos que formaba el camino.

La condesa reconoció en seguida al conde así que le vió en lo alto del risco; y entre conmovida y temblorosa, aguardó á que bajase medio caida en los brazos de las niñas.

No podian escuchar la conversacion que sostenian por lo elevados que estaban; y al verlos permanecer allí, creyeron desde luego que aguardaban á César, teniendo un verdadero pesar al convencerse de su error, viendo que Leon se marchó sin decir una palabra; y que el conde, recojiendo la escala, la arrojaba por el lado interior del risco, disponiéndose á bajar.

— ¡No viene César! ¡Oh! ¡Qué le habrá sucedido!—
esclamó Matilde con desconsuelo.

— ¡Dios mio, y es verdad! Pero el conde nos lo dirá;—
dijo la condesa, venciendo su emocion para acercarse á
su marido, llena de temor.

Habia sido para con ella siempre tan hósco, tan duro,
que la infeliz temia sufrir una nueva repulsa. Gravemente
herida en su amor propio, en su dignidad de esposa y
de mujer, no se atrevió á ser la primera en abrir los
brazos, contentándose con fijar sus hermosos ojos, llenos
de lágrimas, en el padre de sus hijos.

Éste, apenas puso el pié en la última cuerda de la
escala, se abalanzó hácia su esposa y su hija, confun-
diéndolas en un mismo abrazo, y exclamando, trémulo
por la emocion y por el llanto:

— ¡Hija querida!... ¡Esposa mia!...

No pudo decir más: cerró los ojos, estrechándolas
sobre su corazon, y se desmayó. Era mucho lo que habia
sufrido, muchas sus emociones, sus dolores y grande su
debilidad para resistir. El instinto de conservacion le
sostuvo hasta entonces; y el deseo vehemente de hallar-
se entre su mujer y sus hijos, le permitieron llegar
hasta el valle: encontrándose ya en sus brazos, dejó
de trabajar aquel espíritu fuerte y perseverante, cun-
diendo el mal en su naturaleza, tan dolorosamente
combatida.

— ¡Oh, la emocion le ha hecho desmayarse!— dijo
Mauricia.

Luego vió que su madre estaba á punto de suce-
derle lo mismo; y con una mirada de angustiosa ansie-
dad, más bien que con la voz, llamó en su auxilio á
Matilde, Andrea y Flor de Romero, que contemplaban
enternecidas aquella escena.

Entre todas, y con mucho trabajo, fué trasladado el
conde á la cabaña y acostado en la cómoda y hermosa

cama de pieles, que servia para que César descansase las pocas veces que se acostaba en el valle.

Efigenia se sentó á su lado, apoderándose de una de sus manos, que cubria de apasionados besos; Mauricia se apoderó de la otra, y Andrea y Matilde acudian á los dos esposos, prodigándoles sus auxilios y los consuelos de sus palabras, dulces y amorosas.

Cuando el conde empezó á dar señales de vida, Mauricia tenia en la mano una taza de caldo con unas gotas de vino, que Andrea le dió, ocupándose esta en hacer que la condesa tomase otra.

—¡Vamos! — la decia suplicando la buena nodriza. —
¡Para tomar fuerzas! ¡Si se nos vá Vd. á desmayar en los brazos! ¡Es un caldo muy rico, de gallina solo! ¡Como que aquí no tenemos más carne que las aves!

Efigenia bebió un poco, sintiéndose más reanimada, y rechazó suavemente la taza.

—¡Gracias, Andrea! ¡No quiero más! — exclamó con voz débil.

Sin embargo, el sonido de su argentino timbre resonó en el oido del conde, que abrió los ojos, volviendo en sí por completo, y los fijó en ambas con amorosa ternura. Reunió las dos manos que estrechaban las suyas sobre su pecho; luego tendió los brazos, atrayendo las cabezas de ambas sobre su corazon, y besándolas, y llorando los tres, permanecieron largo rato abrazados.

La gruesa voz de la nodriza les sacó de su enajenamiento.

—¡Pero que se enfria el caldo! — decia. — ¡Es preciso que este caballero fortalezca un poco el estómago; si nó, se nos volverá á desmayar!

—Tienes razon, — dijo la condesa desprendiéndose con pena de aquel pecho querido para tomar la taza, que de las manos de Mauricia fué á las de Andrea, y de las de ésta á las suyas.

—¿Y César, padre mio? ¿Dónde le ha dejado Vd.?—
esclamó Mauricia, recobrando por fin el uso de la voz
que le embargaba la emocion.

—¿Dónde está nuestro hijo querido? ¿Qué ha sido de
él?— añadió la condesa.—Porque ya sabrás que el Soli-
tario es tu hijo, es nuestro Patricio, que el infame de
Pedro Gil nos robó de la cuna porque el suyo disfrutase
ámpliamente de las primicias que debia concederle su
rango y su posicion como primogénito.

—No tengo pormenores de ese horrible misterio que
ha causado nuestra desgracia y la de estos infelices;
únicamente sé que tenemos dos hijos, Patricio y Filome-
na, siendo ellos los únicos que el Señor nos ha concedido:
por lo tanto, vamos á disfrutar de esta dicha, sin entrar
en esplicaciones por ahora.

—Pero ¿y Patricio? ¿No ves con qué ansiedad aguar-
damos tu respuesta? ¿Qué ha sido de él?

—No lo sé: le dejé bueno y sano; pero tenia que reunir
sus tropas, y me dejó. Su criado ha ido á buscarle y nos
traerá noticias suyas.

—¡Nunca ha de ser una satisfaccion completa!—escla-
mó Efigenia con dolorosa tristeza.

—Pero ¿y el caldo? ¿Vamos, ya está casi frio!
¿Traigo otro?—interrogó Andrea.

—Venga; necesito reponer mis fuerzas para ir á re-
unirme con mi hijo, — dijo el conde tomando la taza y
continuando la conversacion.

Durante esta escena, Matilde habia desaparecido de
la cabaña: apenas escuchó que César fué á reunirse
con sus facciosos, se dirigió al *Pico de las Aguilas*, tre-
pando por la escala hasta su elevada cúspide con ánimo
de observar desde allí lo que ocurría en los montes
circunvecinos.

Varias descargas se dejaron oír á lo lejos, que reso-
naron en el corazon de la pobre niña, presa de una agonía

mortal. Vió muchos soldados de la Reina reunidos, y vió dispersos de aquí para allí á los facciosos, que distinguía por las boinas blancas y encarnadas.

¡ Ay! Temblaba por unos y por otros: entre los primeros se figuraba ver combatir á su padre y á su hermano; entre los segundos á su amante, al hombre único en el mundo que podía hacerla feliz.

Sus ojos, con ansiedad manifiesta, vagaban de unos en otros; su atribulado ánimo les seguía, y su calenturienta imaginación comenzaba á exaltarse hasta el delirio, viendo los cuerpos ensangrentados de las personas que más amaba, tendidos en los campos, pisoteados y destrozados por los caballos de unos y de otros combatientes.

De repente escuchó el crujir de muchas armas, el ruido de caballos que llegaron á situarse á unos cien pasos del *Pico de las Águilas*.

Un grupo de facciosos y cristinos se presentó á la vista de Matilde. La pobre jóven los contempló uno por uno, á ver si entre ellos descubría las facciones queridas de su hermano, su padre ó su amante.

Esforzábase por permanecer serena, tanto que se sentó en el risco, y medio oculta entre los picos salientes de la montaña, devoraba con indecible angustia á los soldados, fijándose en los oficiales de las tropas de la Reina y en la boina blanca de los facciosos.

De pronto exhaló un grito, que por la distancia á que se hallaba de los combatientes no pudo ser oído, y se puso la mano en el corazón, como si hubiera recibido un golpe mortal.

Acababa de reconocer á dos jefes que, separándose del grupo de tropas, emprendieron una lucha desesperada batiéndose con espada, poseídos de un furor infinito.

Aquellos dos hombres eran su hermano Herman y

César, disfrazado con el traje de faccioso, que le hacía aparecer como el Solitario.

—¡Oh! ¡Se han encontrado por fin!... ¡Y sin reconocerse quizá, han venido á las manos!... ¡Dios mio, y se matarán!... ¡Oh! ¡Yo no quiero que corra la sangre de ninguno de los dos!... ¡Imposible, imposible!...

Diciendo esto la pobre jóven medio loca de dolor, adoptó una idea desesperada, y sin pararse á reflexionar las consecuencias la llevó á cabo. Con un valor superior á sus fuerzas recojió la escala que estaba pendiente por la parte interior del valle y la arrojó fuera, sin mirar nada, sin pensar que aquella resolucion pudiera ser causa de graves males. Luego comenzó á descender con atrevido ánimo, llevada por el deseo vehemente de impedir aquel desafío, de cuyo desgraciado término pendia la desgracia de su vida.

Apenas puso el pié en tierra, se lanzó á través de las carrascas, hácia el sitio de la contienda, gritando con angustiado acento:

—¡Deteneos!... ¡deteneos!... ¡por compasion!

— 306 —

CAPITULO XXXVII.

—

Hernan.

Dirijamos una mirada atrás para volver á tomar el relato en el punto en que le dejamos, despues de haber dado á nuestros lectores algunos datos indispensables para que comprendan perfectamente la situacion.

El conde de Valde Real, padre de Hernan y de Matilde, se dirijió á Madrid con ánimo de pedir tropas al gobierno para perseguir al Solitario, que con tan increíble audacia le habia robado su hija, arrancándola de las mismas gradas del altar.

Amalarico, que salió con él, le dejó en el camino, pretestando un negocio urgente, y que no era otro, segun saben nuestros lectores, sino convenirse con Pedro Gil para llevar adelante la ejecucion de su infame plan, que les salió fallido por haber estado Mauricia escuchando su conversacion desde la ventana de su cuarto, cuando ellos la creian en el castillo.

El conde de Valde Real al entrar en Madrid se encontró con su hijo que acababa de llegar de Cataluña, siendo portador de algunos pliegos importantes, segun ya les tenia anunciado.

:

Comprendida está la súbita alegría del padre y el hijo al encontrarse, y el desconsuelo de este último al saber el atrevido rapto de su hermana llevado á cabo por el Solitario.

Su indignacion no tuvo limites, y se propuso no descansar hasta que hubiera vengado de una manera ejemplar el cruel atentado y la afrenta que habia sufrido su familia.

Al efecto dispuso marcharse hácia Toledo al frente de algunas tropas, haciéndolo igualmente su padre hácia la parte de Valde Real, de modo que ambos fueran luego á reunirse en los montes.

Esto hizo que Hernan, sin detenerse un minuto, se pusiera en persecucion del Solitario, sin aguardarse para conocer á Amalarico, ni para dar un abrazo á su madre.

A toda prisa llegó á Toledo; allí supo cómo el bizarro cabecilla despojó de su coche á un personaje muy conocido; se informó minuciosamente de este hecho y del camino que habian seguido, llevándose al cochero para que le condujera al mismo sitio donde la dama, que supuso era su hermana, se apeó para montar á caballo.

Aquel cochero conocia mucho al Solitario por haberle ido observando todo el camino; esta circunstancia obligó á Hernan á llevarle á su lado sin consentir que se apartase un momento.

El jóven capitán, iritadísimo contra el cabecilla de facciosos, juró matarle en el momento que pudiera haberle á las manos, y lo hubiera hecho indudablemente, porque sentia germinar en su pecho aquel orgullo de raza que hacía al anciano conde sacrificar á su hija antes de consentir en un enlace desigual.

Hernan era un gallardo mozo, y aunque adolecia del defecto que acabamos de indicar, tenia, sin embargo, prendas muy recomendables.!

Desde su niñez se habia criado con César, fueron

nutridos con la leche de una misma nodriza, crecieron uno cerca del otro, estudiaron juntos y se amaron como dos hermanos.

Como César era tan magnánimo, tan generoso y poseía un alma tan bella, hizo que también Hernán poseyese en parte estas cualidades, pues siempre el estímulo en los niños es un medio eficacísimo para incalculables buenas ideas, y ambos rivalizaban á porfía en ser á cual más digno, á cual más estudioso y á cual más galante con las damas, caritativos con los pobres y complacientes con sus padres.

Al separarse hicieronlo con vivo sentimiento. Hernán hubiera querido que César siguiese con él la carrera militar; pero el orgulloso conde, cansado de la familiaridad que ya entre ambos reinaba, quiso cortarla y se opuso tenazmente. Sabido es que sus resoluciones eran invariables, y no tuvieron más remedio que obedecer, quedando solo y triste el pobre huérfano, sin porvenir y sin fortuna, mientras que su querido amigo, el compañero de toda su vida, marchaba al ejército, llevando ya una charretera que le fué comprada por su padre.

Apenas tuvieron ocasión de escribirse: poco después ocurrió el triste suceso que ya saben nuestros lectores; César fué arrojado del castillo, y Hernán, sin poder borrar de su corazón el afecto que le tenía, tuvo que negarle su amistad, reprobando altamente su atrevimiento y condenando con todas sus fuerzas aquellos amores que calificaba de absurdos, porque el amante solo poseía un corazón muy elevado, muy generoso; pero sin las condiciones de nobleza necesarias para enlazarse con una señorita de la más alta aristocracia.

Hernán, tan orgulloso como su padre, no podía ser indulgente con respecto á este asunto, porque no conocía la fuerza de las pasiones, nunca había amado, á pesar de sus 25 años: su corazón permanecía insensible á los

halagos del dios niño, pareciéndole casi imposible la fuerza que presta y el sacrificio que un alma enamorada hace por seguir los impulsos del ardientísimo sentimiento que la arrastra y subyuga hasta el punto de olvidar todos los deberes y todas las condiciones sociales por conseguir la realización de su dicha.

Por lo cual seguía sintiendo hácia su compañero de niñez y de juventud una animadversión profunda: esto sin imaginarse que pudiera tener con el Solitario conexión alguna. A este le perseguía con ódio, con encarnizamiento, porque atacó la honra de su familia arrebatando á su hermana del hogar paterno: le perseguía también por enemigo de su Reina, porque eran de distinto bando, militaban en opuestas filas, y aunque hubieran sido hermanos, sus opiniones eran distintas y debían odiarse, aborrecerse, esterminarse mutuamente.

Detengámonos un momento para contemplar al jóven oficial. Bien merece que le consagremos unas líneas: durante el curso de esta historia no hemos tenido ocasion de presentarle en escena; por consecuencia, nuestras lectoras no le conocen, y desde luego nos agradecerán una ligera indicacion de sus cualidades físicas despues de conocer sus bellas prendas morales.

Hernan era la personificación de ese bello ideal que se refleja en la mente de todas las mujeres cuando tienen quince años, tipo acabado y perfecto, con que se sueña en la adolescencia y que rara vez suele encontrarse en la vida.

Era alto, de gallarda presencia, de bizarrísima apostura; sus formas, admirablemente modeladas, eran vigorosas y llenas de armonía. Moreno, pero de un moreno pálido y encantador, sobre el que resaltaban con un encanto infinito unos ojos negros, grandes, rasgados, que despedían miradas ardientes, llenas de sentimiento y de pasión; miradas que eran flechas, porque casi

siempre penetraban hasta lo más profundo del alma.

Cabellera espléndida, negra y sedosa como el terciopelo, y un bigote espeso y graciosísimo que resaltaba sobre el cutis moreno sombreando dos labios gruesos, signo de bondad, ligeramente rojos y una dentadura blanca como el márfil, igual y perfecta, que servía de precioso adorno á una boca de elegante corte y á un rostro espresivo, animado, franco, en el que resaltaba la espresion de un alma muy bella, muy generosa y muy bien templada.

El valor y el talento eran los signos característicos que se reflejaban en la espaciosa frente de nuestro jóven héroe, que además hallábase adornada por los laureles de la victoria conseguidos á fuerza de arrojo y bizarría en el campo del honor.

Tambien el traje militar añadía nuevas gracias á su marcial figura, oprimiendo la ceñida levita un talle esbelto y airoso como el de una dama.

Ahora que le conocemos física y moralmente seguiremosle por las escabrosas montañas, donde se internó acompañado de sus tropas, que le seguían en silencio y con toda clase de precauciones á fin de sorprender, si les era posible, á los facciosos.

Avanzaron hasta situarse detrás de una elevada colina, en una esplanada bastante frondosa que se distinguía perfectamente desde el *Pico de las Aguilas*. Allí, medio ocultos entre las carrascas, aguardaron á que se les reuniesen las tropas á cuya cabeza debía llegar el conde de Valde Real y Amalarico.

Hernan, triste y meditabundo, despues de haber dado la voz de «alto», fué á sentarse debajo de una encina, donde permaneció algunos instantes abismado en sus cavilaciones. La voz de su asistente le llamó la atencion.

— Mi capitan, —esclamó con viveza; —detrás de

aquellas matas he visto la boina blanca de un faccioso, y debe ser un jefe porque lleva la borla de oro; véale Vd.

—Allí está, y es el Solitario; acabo de reconocerle;— dijo el cochero acercándose con precaucion, porque el faccioso estaba en una cañada contemplando el *Pico de las Aguilas*, y no habia visto las tropas que permanecian emboscadas.

Hernan, como si hubiera sufrido un choque terrible, dió un salto, y en dos minutos se halló detrás de las matas que su asistente y el cochero le habian indicado.

En efecto, el Solitario se encontraba allí; pero solo, sin que le acompañase ni un faccioso, y sin más armas que su espada y su valor.

—¡Ríndete!— le gritó Hernan con voz de trueno, amartillando una pistola.

—¡Jamás! ¡antes la muerte!—esclamó el Solitario desenvainando la espada, y volviéndose para ver quién le daba la órden de rendicion.

Cuando los dos jóvenes se encontraron frente á frente quedaron mirándose con una especie de fascinacion magnética que les subyugaba.

César, por un movimiento instintivo, se aseguró la barba postiza: temia que su hermano de la infancia le reconociese con aquel traje, y hubiera dado la mitad de su vida por evitar semejante encuentro.

Hernan, rojo de indignacion, se quedó mirándole con una fiereza salvaje.

No le reconoció, viendo solamente en él al Solitario, al infame raptor de su inocente hermana.

CAPITULO XXXVIII.

Facciosos y cristinos.

Cuando César se separó de su padre, quiso reunirse á sus facciosos; pero carecia del pito que le servia para hacer las señales; tampoco tenia caballo, y tuvo por necesidad que recorrer el monte con precaucion, avanzando paso á paso entre los matorrales, porque de distancia en distancia descubria las tropas de la Reina, que estaban emboscadas para prenderle. En semejante apuro, se le ocurrió pensar que acaso Leon, en cuanto viese al conde, bajaria á reunirse con él y á llevarle el pito, y aun cuando no, siquiera le sería fácil tomar su caballo.

Animado por esta idea, siguió una senda que iba á parar al valle; mas llegó tarde: ya Leon habia bajado y le buscaba inútilmente por otros sitios. Se quedó contemplando el *Pico de las Aguilas*, recordando quizá con enternecimiento en que allí se albergaban sus padres, su hermana y su amada; esto le hizo olvidarse de su situacion; no vió los soldados que estaban en acecho, ni se apercibió de la presencia de Hernan hasta que le sintió gritar con voz de trueno por segunda vez:

— ¡Ríndete, ó mueres!

—¡Morir! ¿De cuándo acá el noble hijo de Valde Real se ha convertido en asesino?—esclamó con calma el Solitario.

—Desde que hay raptos infames de inocentes niñas;—gritó con creciente enojo el jóven capitán.

—Tu hermana está tan segura y tan respetada como la Virgen en el templo.

—Pero su reputación está perdida, y es preciso, miserable, que pagues ahora mismo con la vida la mancha que has echado sobre nuestro nombre sin mancilla. ¡Ríndete, pues, ó te asesino!

Y diciendo esto, Hernán levantaba la pistola á la altura de la frente de su adversario. Este, sin arrebatarse, con voz reposada y dulce, le dijo, viendo que sus tropas se habían puesto en movimiento, y que varios soldados le rodeaban:

—Estoy solo; no tengo más defensa que mi espada; tú, que te hallas bien defendido, puedes mandar que me prendan, y será una hazaña digna de un hombre de honor y de un valiente.

—¡Vive Dios, que esas palabras encierran un doble sentido; quieres llamarme cobarde, y te engañas, porque me sobra valor para prenderte yo solo! ¡Atrás todo el mundo! Defiéndete y lucharemos; te probaré cómo sé arrancarte el corazón, haciéndote prisionero, con la punta de mi espada.

—¡Corriente, sea! Pero antes escucha una palabra;—esclamó César con suplicante tono, viendo á Hernán que, poniendo en el cinto su pistola, sacó la espada y se puso en guardia.

—¡Ni una sola! ¡Defiéndete pronto, ó no respondo de mí!—esclamó con ira, haciendo un nuevo signo á sus soldados para que se retirasen, pues deseaba probar al famoso cabecilla que no necesitaba de nadie para vengar la afrenta que había recibido.

Conociendo César que la cólera le cegaba, se calló y aceptó el combate, trabándose entre ambos una lucha fatal. Hernan dirijia terribles golpes á César; y éste, sin atacarle, se contentaba con pararlos, defendiéndose con maestría, sin atacar á su adversario, esperando sin duda la ocasion de desarmarle. En aquel momento los vió Matilde, y se dirijió hácia ellos, gritando:

— ¡Deteneos, por compasion; deteneos!

Hernan, ciego de furor, no la vió; pero César sí: con un vigoroso quite hizo saltar la espada de su adversario á veinte pasos, y luego corrió hácia Matilde, esclamando:

— ¡Por Dios, Matilde mia, ¿qué haces?

— ¡No quiero que os mateis! — gritó sollozando la pobre niña, sin poder contener el impulso que la arrojó en los brazos de su amante.

— ¡Calla! No me ha conocido, y no quiero sepa quién soy; déjale en su error.

— ¡Eso es imposible!

— Te lo suplico; — murmuró César en voz baja, porque ya Hernan se aproximaba.

— ¡Matilde! — gritó el jóven rojo de cólera.

— ¡Hermano mio! — repuso la niña desprendiéndose de los brazos del Solitario para correr á los de su hermano. Empero este la rechazó con fuerza, apostrofándola con las más duras palabras.

— ¡Y aún me mandas que calle! — dijo Matilde volviendo á apoyarse sobre el seno de César.

Para comprender bien la escena que vamos narrando, es preciso recordar los sentimientos de cada uno y la respectiva posicion en que se hallaban colocados.

Matilde, á los ojos de su hermano, apareció culpable en el momento de buscar apoyo en el seno del Solitario, del cabecilla de facciosos con quien acababa de batirse y por quien habia sido desarmado con una destreza sin igual.

La humillacion que el noble jóven sufrió al verse vencido, encendia su rostro, así como la más viva indignacion abrasaba su alma, viendo que su hermana amaba á un hombre indigno de su clase. Ya creyó que aquel rapto habia sido convenido entre ambos, creciendo con esta idea su ira, que le ponía trémulo y pálido como un cadáver.

Los dos amantes le miraban con dolorosa emocion y comprendiendo por su desencajado rostro cuánto sufría, se acercaron á él movidos por un mismo impulso de cariño, mas rechazándolos con un ademan imperioso fué á recojer su espada, y volviendo cerca de César, le dijo con una voz ahogada y convulsiva:

—¡Defiéndete; porque quiero tu vida ó la mia!...

—¡Jamás! Mi espada no volverá á cruzarse con la tuya;—esclamó César.

—Si no me matas me mataré yo mismo, aquí, á vuestra presencia, no tengo valor para presenciar la deshonra de mi hermana.

—¡Tu hermana es mi esposa!

—¿Y tú quién eres, miserable, para unir tu nombre aborrecido y despreciado como traidor á tu Reina, para unir ese nombre infame al de mi ilustre familia?

—Yo soy tan noble como tú; como tú soy el primogénito de un conde, y como tú soy noble y honrado. Te lo juro por el santo nombre de mi madre.

La voz de César, que procuraba alterar para que Hernan no le conociese, era solemne, grave y revestida de un acento de verdad que persuadía profundamente.

—Y siendo así, ¿por qué sirves á un partido que ha regado con la sangre de sus hijos el suelo de nuestra patria?

—Por tu hermana me alisté bajo esta bandera, por salvarla del ominoso yugo á que tus padres la condenaban uniéndola con un traidor á su patria y á su Reina.

—¡El de Guayaquil es un hombre de honor!...

—Te engañas: el que pasa por hijo del conde de Guayaquil es un espía comprado por Carlos V, y es doblemente traidor, porque vende á Isabel II cuando finje ser uno de sus más fieles servidores.

El acento de verdad y la noble actitud de César iban penetrando en el alma de Hernan, que ya le miró con menos rencor y escuchó con más indulgencia las súplicas y las protestas de su hermana que confirmaba las palabras de su amante con acalorada pasión.

Sin duda hubieran llegado á comprenderse si en aquel momento no se presentára Amalarico, Pedro Gil y el conde de Valde Real, al frente de numerosas tropas.

—¡Soy perdido! — murmuró el Solitario; —no puedo reunir á mis facciosos, y me prenderán los soldados de la Reina.

Matilde escuchó estas palabras, y oprimiendo su mano con cariño le dijo:

—¡Yo te salvaré!...—Y uniéndose á su hermano fué á arrojarse á los piés de su padre.

César con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, permaneció apoyado en una carrasca. Nada podía hacer, todo el valle estaba lleno de soldados que fueron estendiéndose, dejándole en medio sin la menor esperanza de salvacion.

Amalarico y Pedro Gil le habian conocido, y al ver á Matilde en los brazos de su padre, por la que iban á pelear y que tan fácilmente encontraron ya, su solo pensamiento fué la muerte del Solitario.

Por eso Amalarico amartillando una pistola avanzó hácia él. Hernan le detuvo diciendo:

—Ese hombre es mi prisionero; yo respondo de él.

—Es preciso que muera ahora mismo;—dijo con sorda cólera Amalarico.

—Es uno de los principales jefes del partido carlista,

y no somos nosotros los que debemos decidir su suerte: yo, que he venido al frente de estas tropas, sabré dar cuenta á mi general de este importante acontecimiento; —dijo Hernan proponiéndose defender al Solitario, pues comprendió en las miradas de tigre que Amalarico le dirigia, que debia odiarle á muerte.

—Me maravilla la calma de Vd., cuando ya debiera haber vengado la afrentosa mancha que ese hombre ha echado sobre su familia, arrebatando de las gradas mismas del altar á su inocente hermana;—gritó Amalarico con los ojos chispeantes de furor y sin separar la vista de César, temiendo que hablase y le perdiera.

El noble jóven, que se hallaba rodeado de enemigos, y careciendo de las pruebas necesarias para descubrir la horrible maldad de Pedro Gil, se vió perplejo, quedando en actitud meditabunda, cuando le sacó de su enajenamiento el eco prolongado de una corneta que llamaba á los facciosos al combate. Levantó la cabeza y distinguió á Leon en lo alto de un risco que le contemplaba con tristeza creyéndole prisionero, por lo cual se apresuró á dar la señal de alarma guiado por la esperanza de salvar á su querido amo.

Instantes despues se advertia en el valle una horrible confusion; como por encanto brotaron facciosos de entre las carrascas del monte, precipitándose sobre los soldados de la Reina con un encarnizamiento difícil de comprender entre hijos de una misma pátria.

César, como si hubiera sido herido en medio del corazon, se irguió vivamente, quiso lanzarse en medio de los suyos y dar órdenes para suspender la batalla; pero se vió por todas partes rodeado de enemigos.

Hernan, sorprendido por tan impensada acometida, tuvo precipitadamente que ponerse al frente de sus tropas, preparándose para la defensa y persecucion de los facciosos.

Matilde se desmayó en el seno de su padre; este, cogiéndola en sus brazos, la retiró debajo de unos riscos á fin de separarla del peligro que allí corria, espuesta al encuentro de las balas.

Entretanto la lucha se hizo más encarnizada, más sangrienta; ávidos uno y otro partido de esterminio y de matanza se destruian mutuamente, sin que una voz fraternal se alzase en sus corazones, sin que un solo eco de concordia y de armonía les gritase: «sois hermanos; todos sois hijos de esa misma tierra que ignominiosamente regais con vuestra sangre.»

Nada escuchaban: dejábanse llevar de su rencoroso impulso y se batían sin tregua, sin orden, sin concierto alguno; devorados por el ánsia de salir triunfantes unos y otros hacían prodigios de valor, demostrando en mil y mil rasgos la soberbia fiereza de la altiva raza española.

De entre los combatientes salieron Amalarico y Pedro Gil, y acercándose á César le arrastraron fuera del sitio de la lucha, llevándole detrás de unas corpulentas encinas que prestaban sombra á un risco, precisamente el mismo donde el conde de Valde Real pudo esconder á su hija.

Leon, que pugnaba por abrirse campo para llegar hasta su amo, vió este movimiento y comprendiendo que le amenazaba algun peligro, hizo un esfuerzo desesperado para desembarazarse de la multitud de cristinos que le asediaban, se rodeó de varios facciosos y les gritó:

— ¡Que asesinan á nuestro jefe!... ¡Vamos á salvarle!

Corrieron con precipitacion hácia el sitio en que se habian ocultado; pero la distancia era grande y debían tardar algunos minutos, siendo tambien interrumpida su marcha delante del peñasco que servia de ascenso al *Pico de las Aguilas*, porque Leon vió la escala de cuerda

que Matilde dejó puesta en su precipitacion por acudir á evitar el desafío de su hermano y de César.

Aquella escala denunciaba el oculto sitio que les servia de refugio y se propuso recojerla, por lo cual mandando á los suyos que prosiguieran hácia las encinas á ponerse á las órdenes del Solitario, subió él precipitadamente: cuando estuvo en lo alto llamó á Flor de Romero con una señal entre ellos convenida; pero la jóven, el conde, la condesa, Mauricia y Andrea, estaban allí debajo del risco, llorando desesperados y en una situacion angustiosa, porque hacía rato estaban oyendo los tiros sin saber de qué procedian, y el horroroso estrépito del combate, sin que pudieran subir ni averiguar la suerte de su querido hijo.

Desde luego comprendieron que debian ocurrir escenas muy graves, cuando Matilde habia desaparecido dejándoles encerrados en el recinto del valle, sin poder salir á campo raso porque la escala estaba en la parte de afuera.

Su inquietud era inmensa, devoradora; por eso cuando vieron á Leon le gritaron con una desesperacion infinita:

—¿Y nuestro hijo?... ¿Qué ha sido de César?

—Allá vá la escala, que suba el señor conde, vamos á salvarle;—esclamó Leon, arrojándola hácia adentro. El conde se apresuró á tomar el extremo de la cuerda, subiendo en dos minutos á reunirse con él. La condesa y Mauricia, sin dar lugar á que las recojieran, subieron detrás, encontrándose á poco los cuatro sobre la plataforma del recinto.

CAPITULO XXXIX.

Continúa el anterior.

Mientras ocurría esta escena, César y Amalarico se apostrofaban con las mayores muestras de coraje; Pedro Gil, con traidora intencion, estaba detrás del Solitario; tenía en la mano un agudo puñal y aguardaba para asesinarle una señal de su hijo.

Ahora que hablamos del sacristan aprovecharemos la oportunidad para decir á nuestros amabilísimos lectores cómo salió del apurado caso en que le dejaron César y el conde de Guayaquil.

Quedó, como sabemos, en el castillo, atado á la cama y bramando de ira, no solo porque su victima se le escapaba, sino porque veía descubierto su secreto por una persona estraña, comprendiendo que estaban perdidos si no se apresuraba á obrar con energía asesinando cuanto antes al conde y al Solitario.

El castillo permaneció en quietud, sin que nadie se apercibiera de la escena ocurrida en aquella apartada habitacion.

Ya cerca de amanecer se oyeron los golpes de muchas personas que llamaban á las puertas; poco despues el

ruido y la confusión hizo conocer á Pedro que el castillo estaba lleno de tropas. Efectivamente, eran el conde de Valde Real y Amalarico que llegaban á buscar al de Guayaquil, en tanto que Hernan, siguiendo otro camino, se internaba en los montes de Toledo.

El sacristan hizo vivos esfuerzos por desatar las ligaduras que le sujetaban; y no pudiendo conseguirlo se resignó á esperar, lleno de ansiedad y de la más cruel impaciencia, porque si los señores del castillo descubrieran que habia entrado allí disfrazado de sacerdote, su perdición era cierta. Por fortuna suya, el primero que entró en la alcoba fué Amalarico. Iba buscando á su padre supuesto y se encontró con el verdadero.

—Pedro, ¿qué haces aquí?—le dijo:—¿y el conde?

—Desátame pronto... pronto... antes que me vean.

—¿Quién te ha puesto así?

—¡Ellos, esos infames!... El Solitario está enterado de nuestro secreto, y se lo ha dicho al conde; ha venido aquí y se le ha llevado, libertándole como por milagro de este puñal que le hubiera clavado en el corazón.

—Y se le clavarás; no hay más remedio: ambos tienen que morir: su sentencia está dada;—dijo Amalarico, apresurándose á desatar á su padre, y ayudándole á ponerse otra vez el disfraz de sacerdote para que saliera en el mismo traje que habia entrado.

Entonces tuvieron el padre y el hijo una larga conferencia, comunicándose sus temores y sus esperanzas, y refiriéndose mutuamente los detalles de aquella trama infernal ya casi descubierta. Convinieron en marchar en seguida á los montes, á fin de que no pudiera el de Valde Real enterarse de los rumores que ya corrían en la aldea, y reuniéndose con Hernan evitar tambien que concibiese sospechas, hasta que muertos el Solitario y el de Guayaquil quedasen como únicos poseedores del título y las riquezas de este.

Así lo hicieron en efecto: salieron de la aldea, sin haber descansado, antes de que el sol dorase con sus rayos las crestas de las montañas.

Pedro desapareció, volviendo más lejos á reunirse con ellos, ya sin disfraz, finjiendo una ansiedad profunda por la suerte del conde de Guayaquil, á quien iba á buscar con solícito cuidado, despues de haber hecho creer al de Valde Real que tambien como á Matilde le habian arrebatado los facciosos para exigir por su rescate crecidas sumas, que no pudiendo satisfacer le asesinarían.

En esta disposicion llegaron á los montes; pero ya era tarde: Hernan y el Solitario se habian visto, si bien no pudo mediar entre ellos una esplicacion amistosa, porque desde lejos los vieron batiéndose. Amalarico comprendió por esto que aún no estaban de acuerdo, y se acercó sin cuidado.

Ya hemos visto que la lucha provocada por Leon se trabó con encarnizamiento, aprovechando los asesinatos aquellos instantes de confusion para conseguir su objeto.

Empero no siempre un plan infame puede llevarse á cabo con seguridad. En el sitio adonde se retiraron estaba el de Valde Real con Matilde, sin que ellos le vieran, escuchando su conversacion; y no solamente este sino tambien los facciosos que Leon mandó adelantarse mientras él subia al *Pico de las Aguilas*, que llegaron á tiempo de evitar una catástrofe.

Mas no anticipemos los sucesos.

Amalarico habia dicho á César:

—Estoy sediento de beber tu sangre, porque me has robado la felicidad: ven, pues, ven detrás de aquellas encinas y nos batiremos: ¿aceptas?

—Sí;—contestó el Solitario, siguiéndole sin detenerse y sin pensar que pudiera ser víctima de una traicion alevosa.

:

—Sin necesidad de medir mi espada contigo puedo perderte;—esclamó Amalarico.

—¿De qué modo? Yo sí que puedo perderte á tí, porque eres un infame, usurpador de bienes ajenos, á tí, que llevas un nombre que no te pertenece, porque no eres hijo del noble conde de Guayaquil, sino de Pedro Gil el sacristan; ¿no es cierto?

—¿A qué lo he de negar, si ese secreto ha de morir contigo?—dijo Amalarico, mirando á Pedro, que oculto entre una carrasca empuñaba el puñal con creciente cólera.

—¡Morir!... ; Morir yo!... Puede ser que muera; pero no será sin arrancarte la máscara: tú eres un traidor, un espía infame, comprado por el partido carlista para que vendas á tu reina.

—Tampoco lo niego, y para que veas que puedo más que tú, aquí tienes una orden espresa de Carlos V, para que te sometas á mis órdenes con toda tu partida; por eso te he dicho que puedo perderte, y sin necesidad de batiirme contigo, te hago prisionero y te mando fusilar para que de ese modo guardes un secreto que no te pertenece.

—Yo no entrego mi espada á un traidor,—dijo César;—moriré matando, y tú serás el que primero caiga á mis piés.

—Corriente: si yo no quiero hacer uso de este derecho, quiero matarte en buena lid;—esclamó Amalarico, guardando con mucha calma los papeles que le habia enseñado al Solitario.

El conde de Valde Real, casi sin respirar y conteniendo á Matilde que pugnaba por arrojarle á contener aquel duelo, escuchaba toda la conversacion, conveniéndose de que el hombre á quien quiso hacer su yerno era un malvado.

—Y bien, defiéndete: porque ya la ira me ciega;—esclamó César chispeando de furor sus hermosos ojos.

—Aguarda: dime antes dónde se halla el conde de Guayaquil.

—¿Y qué te importa? Quieres asesinarle como ha pretendido esta noche tu infame padre Pedro Gil? No lo conseguirás, porque se halla seguro al lado de su mujer, de su hija, y protegido por su hijo, el espósito del castillo, el pobre César, á quien arrancásteis de su cuna por usurparle su nombre arrojándole en brazos de la caridad.

—¿Tambien sabes eso? ¿Tambien sabes que César es el hijo legítimo del conde de Guayaquil?

—No ignoro nada: yo le he puesto en brazos de su padre, y estarán á estas horas desenredando la horrible trama en que le habeis envuelto.

—¿Y no me dices dónde se encuentran?

—No, mil veces no; defiéndete, porque te mato;—esclamó Cesar poniéndose en guardia, dispuesto á clavar su espada en el pecho de su adversario. Este, fingiendo que se defendia, esclamó con voz estentórea: «Hiere.» A cuya voz saliendo Pedro de entre las carrascas fué á clavar su puñal en el corazon del bizarro cabecilla.

—¡Deteneos!... ¡bárbaros!—gritó el conde con voz de trueno precipitándose con Matilde en medio de los jóvenes.

El puñal de Pedro ya se habia clavado en el pecho de César, pero á la terrible voz del conde y á los gritos de Matilde se detuvo, no pudiendo tampoco profundizar, porque á su vez le acometieron los facciosos enviados por Leon; vieron que asesinaban á su jefe y sin miramientos de ninguna clase lanzáronse sobre él.

Uno de ellos, el más osado, le dió tan fuerte golpe en la cabeza que le hizo caer desvanecido, mientras que otro le clavó un puñal en el pecho. Luego se lanzaron sobre Amalarico, maniatándole fuertemente.

Ambos heridos cayeron á un tiempo; César en brazos de Matilde y del conde, Pedro Gil sobre una carras-

ca que le recibió inclinándose á su peso y sosteniéndole en una posicion bastante incómoda.

El cuadro que se ofrecia á la vista era triste, desconsolador: un corazon menos inhumano que el de Amalarico se hubiera conmovido; mas al soberbio hijo del sacristan no se le asomaron las lágrimas como á los valientes facciosos que veian morir á su jefe.

—¡Oh! ¡se muere! ¡se muere! Corred y que venga mi hermano, que vengan todos,—gritaba Matilde con desgarrador acento viendo que César perdía el sentido mientras que de su herida brotaba sangre en abundancia.

—Es inutil, ya ha muerto,—dijo el conde de Valde Real viendo que la cabeza del jóven cayó desplomada sobre la falda de Matilde.

A esta fatal noticia los facciosos prorrumpieron en un grito, y soltando á Amalarico, se lanzaron á través de los campos esclamando con un dolor inconcebible:

—¡El Solitario ha muerto! ¡El Solitario ha muerto! Huyamos, compañeros.

Esta nueva infundió en las tropas de Cárlos V un pánico terrible; antes se batian con ardor y despues amedrentadas y trémulas fueron replegándose, defendiéndose débilmente y huyendo más bien que sosteniendo el combate.

Los soldados de la Reina cargaron con fuerza sobre las dispersas partidas, internándose por el monte en su persecucion, y dejando casi solo el sitio en que se agitaban los dos moribundos.

Amalarico, sin dignarse acudir en auxilio de su padre que le llamaba con voz angustiada, huyó con rapidez apenas se vió libre de los facciosos que le sujetaban.

En aquel momento Leon, el conde, la condesa de Guayaquil y Mauricia, llegaron al lugar de la catástrofe guiados por los lamentos de Pedro Gil y por el congojoso llanto de Matilde.

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?—gritaban á un tiempo el conde y la condesa, precipitándose sobre el inanimado cuerpo de César.

—Aquí solo está el Solitario y Pedro Gil;—dijo el conde de Valde-Real.

—El Solitario es nuestro hijo, y el Solitario es César, el pobre espósito que Vd. recojió por caridad en el castillo arrojándole despues inhumanamente;—dijo la condesa arrancando del rostro del jóven la barba y la peluca que le desfiguraban.

Luego examinó la herida, detuvo la sangre con su pañuelo, y poniéndole la mano en el corazon y los lábios en la boca vió que respiraba.

—¡Vive! ¡vive!—esclamó;—¡está desmayado!

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mio, gracias!—murmuraron Mauricia y Matilde arrodillándose á su lado.

El padre de Matilde contemplaba estupefacto aquella escena, y no cesaba de repetir:

—El Solitario es César, y César el hijo del conde.

CAPITULO XL.

Muerte de Pedro Gil.

Pedro Gil, medio oculto entre la carrasca, agonizaba sin auxilio humano : las heridas que habia recibido eran mortales ; el golpe de la cabeza le dejó aturdido por el pronto ; mas luego recobró el conocimiento , abrió los ojos y vió á su hijo cerca de él , inmóvil , con la espresion de un furor infinito pintado en el semblante , sin dignarse mirarle , sin conmoverle su situacion , su peligro y sus heridas , cuando moria por él , cuando por él se habia hecho criminal , habiendo espuesto su vida por conquistarle un nombre distinguido y una posicion elevada.

Estas reflexiones que pasaron como un relámpago por la mente de Pedro Gil , no se le ocurrieron á su hijo , no se acordó siquiera de que era su padre y de que estaba moribundo.

Oyó sus lamentaciones , sus súplicas y sus gritos , sin hacerle caso. Hondamente embebido en el pensamiento que le dominaba , solo se cuidó de discurrir en los medios que emplearia para salir bien del apuro en que se encontraba.

Cuando los facciosos le soltaron, echó á correr creyendo muerto al Solitario; pero fué con la idea de buscar al conde de Guayaquil á ver si conseguia asesinarle antes de que aquel asunto se aclarase del todo.

Empero como su perdicion estaba ya decretada, mientras que marchó por un lado, el conde, la condesa y Mauricia, acompañadas de Leon, llegaron por otro; hicieron cargo del herido, comprendiendo con alegría que podia salvarse, porque el puñal de Pedro habia penetrado muy poco.

Al adquirir esta conviccion, su gozo fué inmenso; se vieron reunidos y solo pensaron en ponerle á cubierto del peligro que le amenazaba, si las tropas de la Reina volvian por aquel sitio y le encontraban vivo cuando le creyeron muerto.

Leon dijo:

—Yo le subiré en mis hombros al valle, Flor de Romero ha quedado prevenida y arrojará la escala. Vamos, vamos pronto, antes que se descubra.

Este plan fué adoptado inmediatamente; iban á ponerle en práctica cuando resonaron á su espalda los gemidos de Pedro que con debilitada voz pedia socorro.

—¿Quién hay aqui? ¿otro herido? — esclamó la condesa separando las ramas que le cubrian.

—Soy yo, señora, soy Pedro... me muero... perdóname Vd. el mal que la hice arrebatándola sus hijos por colocar al mio en el puesto de su primogénito.

—¿Eres tú, bribon? — esclamó el conde de Guayaquil.

—¿Quién te ha herido?

—Los que defendian á su hijo.

—¿Ya confiesas que César es mi hijo?

—Sí, señor, Amalarico es mio. La señora condesa es inocente; yo quise perderla acusándola y enviando á V. E. unas cartas falsas para que separados y no vién-

dola nunca mi hijo, á quien odiaba la señora condesa, pudiera vivir tranquilo.

—¿Y cómo has tenido valor para callar tanto tiempo esta horrible farsa?— preguntó el conde á la condesa.

—Porque Pedro se aseguró muy bien, arrancándome por fuerza una carta que me comprometia, y que él dictó á su antojo, y luego porque tenia á mis hijos y me amenazaba con asesinarlos el dia que declarase la verdad;— exclamó la condesa con angustiado acento.

—¡Infeliz! ¡Cuánto habrás sufrido!—murmuró el conde apretándola contra su corazon.

—Aquella carta está aquí, sobre mi corazon, tómela Vd., señora, y destrúyala.

La condesa la tomó, y entregándosela á su marido le dijo:

—Esta carta ha sido la causa de mi desventura; por ella perdí mis hijos y mi felicidad. ¿Quieres leerla?

—No, quede destruida en este momento.

El conde la rompió haciendo de ella infinidad de pedacitos, algunos tan pequeños que no se veian; luego los arrojó al alto, esparciéndolos por el monte una ráfaga de viento.

—¡Ay! ¡yo me muero!... No quiero dejar este mundo sin llevar el perdon de Vd. y de César á quien acabo de clavar mi puñal. Dios le conserve la vida.

—No te apures, todos te perdonamos ya que has confesado tu delito;—dijo la condesa.—Vamos á conducir á nuestro hijo á un paraje seguro, y luego vendremos por tí: quizá podamos salvarte todavía.

—Dios bendiga su generosidad;—murmuró el moribundo mirándola con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo me quedaré cuidándole mientras llevan á César;—dijo Mauricia.—¡Pobre Pedro!

—Hija de mi alma! ¡qué corazon tan angelical! No merezco esa bondad; he sido un infame, un malvado.

—El arrepentimiento lava todas las culpas.

—¡Oh! Sí, debo estar perdonado cuando Dios me envía un ángel para que recoja mis últimos suspiros; — decía Pedro entre sollozos, besando la mano de Mauricia.

Sus ojos iban tornándose lívidos, y el ronco estertor de su pecho anunciaba una muerte próxima.

La jóven le dejó un momento, viendo que al cojer á César para llevársele se había vuelto á desmayar.

—No es nada, — la dijo el conde. — Reza, hija mia, reza para que Dios recoja el alma de ese infeliz.

Mauricia se arrodilló delante de Pedro. Instantes despues, cuando ya César estuvo tranquilamente acostado en la gruta del valle, el conde volvió á buscar á su hija y la encontró rezando; á su lado y de rodillas tambien estaba Hernan, que la contemplaba estático con una espresion de adoracion infinita.

—Filomena, Hernan, — exclamó el conde acercándose á ellos, — ¿qué haceis?

Hernan sin levantarse exclamó:

—Concluida la batalla, porque los facciosos huyeron como bandadas de palomas á quien persigue el gavilán, vine aquí buscando á mi padre y á mi hermana, y en su lugar encontré un moribundo y un ángel á su lado; no pude resistir á la tentacion, y me arrodillé tambien á pedir á Dios por el alma de ese desgraciado, próxima á comparecer ante el tribunal de la justicia divina.

—¡Gracias! ¡mil gracias! Muero tranquilo porque la condesa me ha perdonado; — murmuró Pedro con voz débil abriendo los ojos para fijarlos por última vez en el cielo, como pidiendo misericordia.

Casi ya no podia articular ninguna palabra; su enronquecida voz solo lanzaba un débil gemido, pero haciendo un supremo esfuerzo exclamó:

—Perdon para mi hijo; si le veis, decidle que ha sido

un ingrato para sus padres ; pero le perdono, y le suplico busque á su madre y no la abandone en su vejez. Adios, yo... me... muero... Dios mio... perdon... perdon.

La voz de Pedro , estinguida completamente, dejó de resonar , sus ojos se cerraron , y estremeciéndose su cuerpo con una convulsion, dejó de existir.

Las tres personas que le rodeaban siguieron encomendando su alma á Dios llenas de cristiana y religiosa uncion.

Pasados algunos momentos el conde dijo :

—Es preciso que este cadáver vista el traje del Solitario ;— y diciendo esto, le puso la barba , la peluca y la zamarra que le habian quitado para examinar la herida.

—¿Y por qué hace Vd. eso , padre mio? —preguntó Mauricia.

—El Solitario debe pasar por muerto á los ojos del mundo , y de esta manera lo consigo , ya que se ha estendido la noticia de su muerte.

—¿Y qué interés tiene Vd. en ello? ¿quiere Vd. decirme quién es ese gallardo cabecilla , que al batirse conmigo me ha desarmado conduciéndose con una generosidad sin límites? ¿Ese hombre que ha sabido conquistar el corazon de mi hermana?

A las preguntas de Hernan contestó el conde :

—Ese hombre que ha sido un cabecilla de facciosos, es mi hijo , mi primogénito , que ha vivido en el castillo de tus padres, y ha sido tu amigo y compañero hasta que la guerra os ha separado.

—¿Luego el Solitario es César?

—Sí, es el que tú has conocido por César , que en adelante será conde de Guayaquil.

—¡Oh! ¡hermano mio! ¿Dónde está? Quiero abrazarle; —esclamó Hernan.

—¡Ven y le verás! Ven , hija mia.

Como Mauricia, por efecto de la conmocion, vacilase al andar, Hernan la ofreció el brazo.

Ella le tomó, sintiendo que á su contacto se estremecia el gallardo jóven que no habia temblado jamás al frente del enemigo, ni al escuchar el ruido de las balas.

—¿Qué tiene Vd? — le dijo tímidamente.

—No lo sé... quizá se haya resuelto un problema de mi vida.

Tenia razon: él, que hasta entonces habia vivido sin conocer el amor, le sintió en su pecho al ver á Mauricia arrodillada delante del moribundo. Se le imaginó un ángel, hallando en ella la realizacion del bello ideal de sus ilusiones.

EPÍLOGO.

I.

Un mes ha trascurrido desde el dia fatal en qué fue herido César, llamémosle más bien Patricio de la Estrella, su verdadero nombre. Todo este tiempo permanecieron en el valle la familia de Valde Real y la de Guayaquil, hasta que le vieron fuera de cuidado y en disposición de ponerse en camino.

Entonces marcharon todos al castillo, donde debia celebrarse el casamiento de los dos amantes, Matilde y Patricio. Así estaba convenido por los ancianos condes, que se creian muy felices al enlazar por fin sus nombres con el santo vínculo de un matrimonio.

Los recibieron en la aldea con general algazara, el castillo estaba iluminado y la capilla dispuesta para celebrar el casamiento.

El venerable párroco de Valde Real, con suma alegría enlazó á los dos jóvenes, que recibieron los plácemes y felicitaciones de todos, llenos de regocijo y de amor.

La condesa de Guayaquil, en los pocos dias que pasó al lado de su esposo y de sus hijos recobró toda la fres-

cura de la juventud; su razon se afirmó considerablemente, y como si la felicidad hubiese sido el bálsamo que su alma necesitaba, se la vió aparecer siempre sonriendo, gozosa y placentera. Ella hizo los honores de la casa, atendió á todos los preparativos, y no se apartó de los novios hasta que fueron esposos. Estos, despues de un ligero refresco, se despidieron de sus familias y montaron en el coche que debia conducirlos á Francia, donde pensaban permanecer hasta que en España concluyese la guerra civil.

Andrea, la buena y fiel nodriza, los acompañaba: no quiso separarse de Matilde, y aunque con pena, dejó su suelo natal por trasladarse á la nebulosa márgen del Sena.

Poco despues de marchar ellos se ausentó tambien Hernan: la despedida de este fué más dolorosa, porque no se alejaba por diversion, sino como buen soldado á cumplir con su deber en el campo del honor.

Además, su corazon no iba tan sereno como habia llegado. Se enamoró de Mauricia, ella le correspondia; pero sus padres se opusieron á este enlace, aplazándolo para cuando la guerra estuviera terminada. Obedeció, partiendo con un dolor inmenso.

Cuando quedaron solos los condes de Guayaquil con su hija Filomena, se marcharon á Madrid, pensando esclusivamente en atender á la educacion de esta, que tan descuidada habia sido, á fin de hacerla una señorita digna de ser la esposa del noble primogénito de Valde Real.

Leon, convencido por Efigenia, consintió en sacar á Flor de Romero del valle y se la llevaron á Madrid, donde se casaron al fin, quedando en la casa de mayordomos.

Casi todos los facciosos que sirvieron á las órdenes del Solitario y que consintieron en dejar las armas,

fueron espléndidamente recompensados por el conde de Guayaquil, que les envió por conducto de Leon crecidas sumas, á fin de que se retirasen de la guerra, y viviendo en sus aldeas con tranquilidad se ocupasen algunos ratos en rezar por su malogrado jefe, muerto en el campo de batalla.

Esta idea fué generalmente admitida: todos creyeron muerto al Solitario, y más cuando hallaron el cadáver de Pedro Gil con su traje; por lo que no quedó duda ninguna.

Jamás llegó á sospecharse que el hijo del conde de Guayaquil habia sido el famoso cabecilla que sembró la alarma y el terror en toda la comarca.

Amalarico fué descubierto por las tropas de la Reina y denunciado por los facciosos, que le acusaron de ser traidor á uno y otro partido.

Encontráronle las pruebas de su perfidia en varios papeles que le comprometian, y sobre todos, la orden de Carlos V para que el Solitario se le sometiese con toda su partida.

Esto le perdió, porque fué juzgado por un consejo de guerra, y le fusilaron en un pueblo de la provincia de Toledo.

Sus últimos momentos fueron bien tristes: se encontró solo, sin nombre, sin padre, sin fortuna, y caminando al cadalso con el borron de la infamia sobre su frente.

Poco antes de morir, una pobre mujer, desgredada, tuerta y medio loca de desesperacion y de dolor, se arrojó en sus brazos.

Era su madre... su pobre madre, que desde el descubrimiento de la horrible trama que por tanto tiempo sostuvieron se vió sin hogar, sin hijo y sin esposo, vagando como una mendiga de pueblo en pueblo y de monte en monte, siempre detrás de los facciosos, bus-

cando á su Amalarico y á su Pedro que no respondian á su voz.

Por fin halló á su hijo en el momento postrero de su vida, cuando las balas de los soldados iban á destrozar su pecho.

—¡Apártese Vd., madre mia! ¡Apártese Vd!—la dijo Amalarico haciendo un esfuerzo para separarla.—Voy á morir; retírese Vd. por Dios.

—¡Tú morir, hijo mio!... ¡Tú morir cuando me llamas madre, cuando me reconoces!...

Las cariñosas frases de su hijo, que arrepentido la pedia perdon redoblaron su llanto y sus gemidos. Siguióse una escena dolorosísima, teniendo necesidad los soldados de apartar de allí á la infeliz anciana, retirándola por fuerza del sitio fatal. Sin embargo, escuchó los tiros, que resonaron en su corazon como si la hubieran clavado cien puñales, y lanzando un agudísimo grito cayó en tierra sin conocimiento.

El nombre del conde de Guayaquil no sufrió nada en esta ejecucion, porque ya tuvo buen cuidado de publicar la farsa de que habia sido objeto por espacio de tantos años.

II.

Siete años despues de los acontecimientos que hemos narrado en esta novela, la guerra civil habia concluido satisfactoriamente.

Los generales Maroto y Espartero se abrazaron en los campos de Vergara, imitándolos las tropas liberales y las facciosas, que con un júbilo inmenso dejaron de ser enemigos, para ser lo que habian sido antes de la fratricida lucha, hermanos todos, hijos de una misma patria.

Poco despues de este importante acontecimiento que decidió la suerte de la España, se celebraba en Valde Real una espléndida y suntuosa ceremonia.

No tenemos necesidad de hacer una detallada descripción de ella, pues el ama del cura, aquella charlatana Leoncia que el lector no habrá olvidado, nos vá á decir el objeto y lo más importante de la ceremonia.

Estaba como cuando la vimos al principio de la novela, en su bien provista despensa, ocupada en la confeccion y arreglo de las infinitas golosinas que habian llegado á ser para su naturaleza una necesidad imperiosa.

Llamaron á la puerta, salió á abrir y se encontró con una pobre mendiga que enferma, débil y casi moribunda, imploraba la caridad.

Leoncia la reconoció inmediatamente y exclamó con muestras de la mayor sorpresa:

—¡Calla! ¿Es Vd.?... ¿Despues de siete años vuelve otra vez á este lugar la mujer de aquel Pedro Gil tan malo y tan taimado que tuvimos de sacristan?

—¡Ay, señora Leoncia!... Yo soy: vengo medio muerta: he pasado siete años en una cueva de los montes de Toledo; allí mataron á mi hijo, allí le ví caer ensangrentado y pálido, llamándome *madre* con lastimero tono.

—Sí, ya tengo noticia de que le fusilaron por traidor.

—¡Ah, señora Leoncia! ¡Piedad para él y para mí! Estos siete años los he ocupado en rezar para que Dios le perdone y nos perdone á su padre y á mí todo el mal que hicimos á la noble familia que tanto nos habia protegido, dispensándonos su confianza y su cariño.

—¿Y cómo ha dejado Vd. esa vida de penitencia tan necesaria para la salud de su alma?

—Porque me sentia morir, y anhelaba antes de pasar por este trance fatal obtener el perdon de los señores; por eso he venido, y llamé á esta puerta implorando un

socorro, siquiera un pedazo de pan por caridad, pues agotadas mis fuerzas no me permiten llegar al castillo.

—¡Pobre mujer! Entre Vd. y tomará una taza de caldo y un trozo de gallina;—dijo Leoncia conmovida al ver el amargo llanto que brotaba de los ojos de Dorotea.

—Y dígame Vd.: ¿cómo están los señoritos, son felices?—preguntó la anciana sentada ya en la cocina y reanimándose ante la perspectiva de un confortable refrigerio.

—¡Ya lo creo!... Sumamente dichosos. El señorito Patricio y su esposa la señorita Matilde, se marcharon á Francia hace siete años, permanecieron por allá algun tiempo, y á su regreso se establecieron en Madrid. Ahora está toda la familia reunida, han venido á celebrar el casamiento de Hernán con Filomena, que se ha llevado á efecto esta mañana.

—¡Mi Mauricia! ¡Al fin ha sido dichosa!

—¡Muy dichosa! ¿Quién diría que aquella pobre jóven que venia todos los días á contarme sus pesares llegaría á ser la condesa de Valde Real? ¡Cosas del mundo! Tan pronto se vé á las criaturas muy bajas que rayan en la humildad, y tan pronto en la mayor opulencia.

—¿Y la condesa de Guayaquil recobró su salud?

—Por completo. ¡Está tan guapa como su hija! La felicidad rejuvenece: así ella con el amor de su esposo y de sus hijos ha recobrado todo el vigor y frescura de la juventud.

—¿Y diga Vd., señora Leoncia, cómo me recibirán? ¿Será importuno llevarles con mi presencia un recuerdo odioso, hoy que son tan felices?

—¡Quiá, no señora! ¡Si son tan buenos! Vamos, yo acompañaré á Vd.; precisamente estaba buscando un pretexto para entrar en el castillo.

En efecto, el ama del cura, que deseaba curiosear lo

que pasaba en todas partes, fué la introductora de la pobre Dorotea.

Las dos familias y los dichosos jóvenes la recibieron con cariño, perdonándola de buen grado y obligándola á quedarse en la casa, donde recobrando la salud llegó á ser una de las criadas más cariñosas y más fieles.

Hoy, á pesar de haber trascurrido algunos años, todavía son felices ambas familias: suelen pasar varios meses en Madrid; pero generalmente habitan los condes de Guayaquil con Patricio y Matilde en Torre Azul, rodeados de tres ó cuatro hermosísimos niños que el Señor les ha concedido, y Hernan con Filomena en Valde Real, también disfrutando las caricias de dos graciosas niñas, que bailan y juegan en las rodillas del adusto conde y de la siempre impasible y fría condesa.

Por último, Leon es el administrador general de los condes de Guayaquil; su mujer, Flor de Romero, sigue siendo un ángel en el mundo, igualmente que lo era en el valle desierto.

Andrea es el ama de llaves, y Dorotea ha llegado á desempeñar igual cargo en el castillo, más bien como cargo honorífico, porque su ancianidad y sus achaques no la permiten trabajar.

FIN.

INDICE.

	PÁGINAS.
DEDICATORIA	3
CAPÍTULO I.—Preliminares.	7
CAPÍTULO II.—Dos cotorras.	14
CAPÍTULO III.—Mauricia	22
CAPÍTULO IV.—Confidencias.	30
CAPÍTULO V.—La faccion.	39
CAPÍTULO VI.—Los condes de Guayaquil.	47
CAPÍTULO VII.—Sacrificio.	54
CAPÍTULO VIII.—Dolor de madre.	63
CAPÍTULO IX.—Nuevos dolores.	71
CAPÍTULO X.—La carta.	80
CAPÍTULO XI.—Dos cartas más.	92
CAPÍTULO XII.—El padre y el hijo.	100
CAPÍTULO XIII.—La confidencia.	108
CAPÍTULO XIV.—Confianzas.	116
CAPÍTULO XV.—Informes.	124
CAPÍTULO XVI.—Los ramilletes.	132
CAPÍTULO XVII.—Continuacion del anterior.	137
CAPÍTULO XVIII.—La media noche.	145
CAPÍTULO XIX.—Amor.	153
CAPÍTULO XX.—Preparativos.	161
CAPÍTULO XXI.—Esperanzas desvanecidas.	169
CAPÍTULO XXII.—Conversacion familiar.	177
CAPÍTULO XXIII.—Dolor profundo.	185
CAPÍTULO XXIV.—Determinacion.	193

	PÁGINAS.
CAPÍTULO XXV.—Proyectos..	201
CAPÍTULO XXVI.—La madre y la hija..	209
CAPÍTULO XXVII.—Empresa temeraria..	217
CAPÍTULO XXVIII.—Flor de Romero..	225
CAPÍTULO XXIX.—La madre y los hijos..	233
CAPÍTULO XXX.—Un momento de felicidad..	241
CAPÍTULO XXXI.—Pedro Gil y su mujer..	249
CAPÍTULO XXXII.—El tigre en acecho..	256
CAPÍTULO XXXIII.—Salvacion..	265
CAPÍTULO XXXIV.—Amor de hijo..	272
CAPÍTULO XXXV.—Historia de Flor de Romero..	281
CAPÍTULO XXXVI.—Ansiedad y placer..	289
CAPÍTULO XXXVII.—Hernan..	299
CAPÍTULO XXXVIII.—Facciosos y cristinos..	305
CAPÍTULO XXXIX.—Continúa el anterior..	313
CAPÍTULO XL.—Muerte de Pedro Gil..	320
EPÍLOGO..	326

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	PÁGINAS.
Portada..	3
Andrea y el ama del cura..	15
¡Oh! ¡Aborrezco á ese niño!—dijo la condesa..	63
Tomando en los brazos al niño se salió en silencio..	69
Pedro Gil, sentado á la puerta de su casa hablaba con su mujer acaloradamente..	232

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Dedicada á S. M. la Reina D.^a Isabel II.

DIRECTORA PROPIETARIA, D.^a FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

PROSPECTO.

Este periódico, el mejor y más barato de cuantos se publican en España, como lo prueba el fabuloso éxito que ha obtenido en un año que lleva de publicación, está exclusivamente consagrado á la utilidad y recreo de las señoras. Todas las clases de la sociedad hallarán ventajas positivas en las notables condiciones que le adornan. La dama del gran mundo puede ostentar en su tocador un periódico elegante, único en España que está dedicado á S. M. la Reina, y honrado con la suscripción de la Real familia; en él hallará para su recreo novelas originales, ilustradas con preciosas láminas, buenos artículos de moral, literatura, modas y poesías, y además lujosísimos figurines y otros grabados de los mejores que circulan en el vecino reino.

Las modistas, las maestras de niñas y las señoras cuya posición modesta no las permite hacer grandes dispendios, encontrarán en nuestra publicación cuantos patrones, dibujos y labores de utilidad y adorno necesiten; teniendo también en cada estación grandes láminas con modelos de los abrigos adoptados por la moda.

No hay ninguna publicación de este género que por un precio tan insignificante ofrezca las garantías y notables ventajas de LA VIOLETA. Rogamos á nuestros amables lectores tengan la bondad de fijar su atención en las siguientes:

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Se publica todos los domingos. Consta de 16 páginas, en 4.º prolongado, de las cuales ocho están dedicadas á publicar artículos históricos, morales, de viajes ó amenidad; reseña de modas; esplicacion de labores;

poesías y revistas de teatros: y las otras ocho á publicar sin interrupcion novelas originales, ilustradas con magnificas láminas. Estas novelas pueden encuadernarse aparte, proporcionando á nuestros suscritores la inmensa ventaja de reunir, no solo una seccion de modas, teatros, labores y figurines de Paris, sino una escojida Biblioteca de novelas originales é ilustradas.

Además cada mes se reparten tres ó cuatro figurines, dos grandes pliegos de patrones y dibujos, ó uno de doble tamaño, y otro grabado, siendo alternativamente para labores de aguja, crochet, cañamazo ú otros; todo de lo mejor que se ejecute en Paris.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EDICION COMPLETA.

Con novela, láminas, tres ó cuatro figurines, dos pliegos de dibujos y patrones, ó uno de tamaño doble cada mes.—*En Madrid*: un mes 8 reales.—*Provincias*: un mes, 9 reales; trimestre, 27; semestre, 52; un año, 100.—*Estranjero y Ultramar: Costas del Pacifico*, un año, 8 pesos fuertes.—*Costas del Atlántico*: un año, 7 ps. fs.—Lo mismo en América que en Europa, las suscripciones podrán hacerse por tres meses, seis ó un año.

EDICION ECONÓMICA.

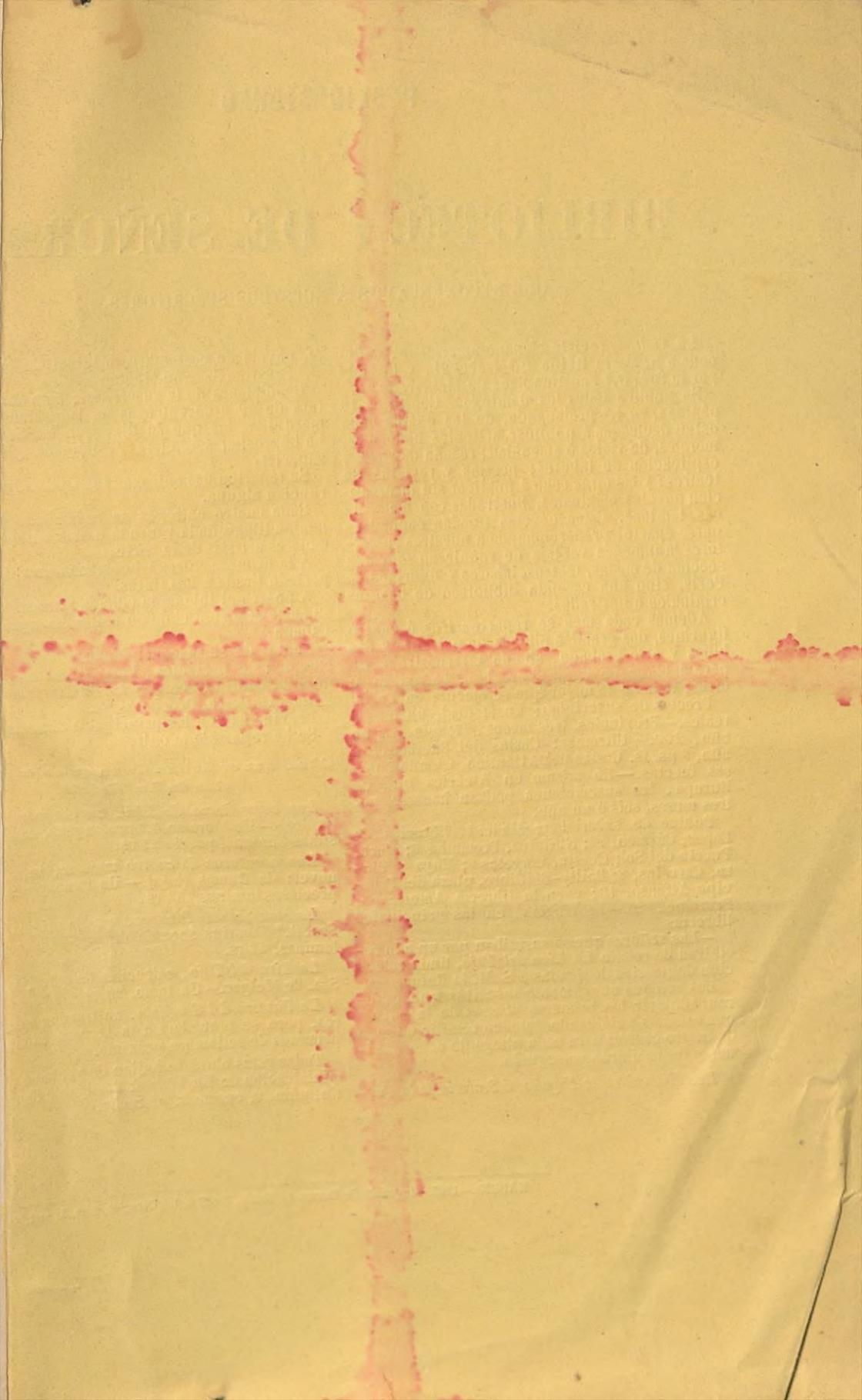
Sin pliegos de novela; solo el periódico con un figurin cada mes, y los pliegos de dibujos, patrones y láminas de crochet.—*En Madrid*: un mes, 5 reales.—*Provincias*: un mes, 6 reales; tres meses, 18; seis meses, 34; un año, 64.—*Estranjero y Ultramar: Costas del Pacifico*, un año, 6 ps. fs.—*Costas del Atlántico*: 5 ps. fs.

PUNTOS DE SUSCRICION. *Madrid*, en la administracion, Postigo de San Martin, 9, 3.º derecha; librerías de Lopez, Cármen, 29; Guijarro, Preciados, 3; Moro, Puerta del Sol; Cuesta, Carretas, 9; Moya y Plaza, Carretas, 8; Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, 16; Duran, Carrera de San Gerónimo, 8; y en la librería Americana, Príncipe, 23.—*Provincias*: en las principales librerías.

ADVERTENCIAS.

Los señores que se suscriban por un año á la edicion completa recibirán de regalo LA LIRA DEL TAJO, linda coleccion de poesías dedicadas á S. M. la Reina.

Los señores nuevamente suscritos que quieran adquirir los primeros pliegos de la novela que estamos publicando, pueden remitir un sello de cuatro cuartos para cada pliego de ocho páginas y los recibirán en seguida.



PUBLICACIONES

DE LA

BIBLIOTECA DE SEÑORAS

QUE RECOMENDAMOS Á NUESTROS SUSCRITORES.

La Violeta, revista hispano-americana, dedicada á S. M. la Reina D.^a Isabel II, y dirigida por la Sra. D.^a Faustina Saez de Melgar.

Se publica todos los domingos. Consta de 16 páginas, en 4.^o prolongado, de las cuales ocho están dedicadas á publicar artículos históricos, morales, de viajes ó amenidad; reseña de modas; explicacion de labores; poesias y revistas de teatros: y las otras ocho á publicar sin interrupcion novelas originales, ilustradas con magnificas láminas. Estas novelas pueden encuadernarse aparte, proporcionando á nuestros suscritores la inmensa ventaja de reunir no solo una seccion de modas, teatros, labores y figurines de París, sino una escogida Biblioteca de novelas originales é ilustradas.

Además cada mes se reparten tres ó cuatro figurines, dos grandes pliegos de patrones y dibujos y otro grabado, siendo alternativamente para labores de aguja, crochet, cañamazo ú otros; todo de lo mejor que se ejecute en París.

Precios de suscripcion: En Madrid, un mes 8 reales.—Provincias, tres meses, 27; seis, 52; un año, 100.—Ultramar: Costas del Pacifico, un año, 8 ps. fs. Costas del Atlántico, un año 7 pesos fuertes.—Lo mismo en América que en Europa, las suscripciones podrán hacerse por tres meses, seis ó un año.

Puntos de suscripcion: Madrid, librerías de Lopez, Cármen, 29; Guijarro, Preciados 5; Moro, Puerta del Sol; Cuesta, Carretas 9; Moya y Plaza, Carretas, 8; Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso, 16; y en la libreria Americana, Principe, 23.—Provincias, en las principales librerías.

—Los señores que se suscriban por un año recibirán de regalo *La Lira del Tajo*, linda coleccion de poesias dedicadas á S. M. la Reina.

Los señores nuevamente suscritos que quieran adquirir los primeros pliegos de la novela que estamos publicando, pueden remitir un sello de cuatro cuartos para cada pliego de ocho páginas y los recibirán en seguida.

Los Miserables de España, ó Secretos de la Cór-

te, novela de costumbres original de la señora D.^a Faustina Saez de Melgar.

Condiciones de la suscripcion: Esta obra constará de 50 á 60 entregas de 16 páginas en 4.^o marquilla, las que se dividirán en dos tomos. La impresion será clara y esmerada, y el papel superior.

Se reparten dos entregas semanales sin interrupcion alguna.

Cada cuatro entregas se regala una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas por los mejores artistas de la corte.

Á la primera entrega acompaña una elegante portada tirada á dos tintas.

A pesar del lujo de la edicion y de su tamaño, su coste solo sera el de un real la entrega en toda España.

Puntos de suscripcion: Madrid, en la Redaccion de este periódico, Postigo de San Martin, núm. 9, cuarto tercero, y en la libreria de don Miguel Guijarro, Preciados, 5.

Provincias: en las principales librerías.

Se ha repartido la entrega 51.

Obras que se hallan de venta en la redaccion de *La Violeta*.

Los compañeros de Jehú, novela por Dumas (padre).—Un tomo en 4.^o prolongado, con bellísimas láminas, precio 27 rs.

Las aventuras de cuatro mujeres, interesante novela de Dumas (hijo).—Un tomo grueso con preciosas láminas, 33 rs.

La Marquesa de Pinares, novela original de la Sra. D.^a Faustina Saez de Melgar.—Un tomo con láminas, 46 rs.

La Lira del Tajo, coleccion de poesias de la Sra. de Melgar.—Un tomo, 20 rs.

La Pastora del Guadiela, no quedan ejemplares, pero se procederá á la tercera edicion en primeros de setiembre próximo.

Todas estas obras se hallan de venta en la administracion de *La Violeta*, Postigo de San Martin, núm. 9, cuarto 3.^o derecha.